

LAS JOYAS DE LA SERPIENTE

PILAR PEDRAZA

«Si tengo que morir, me gustaría ser asesinada atrozmente, en un país muy lejano y muy cálido, por una persona muy hermosa.»

Adrienne de Velours

«Cada vez son más los perros voladores que se encaraman en el espacio, y para todos se pide tolerancia.»

Franz Kafka

«No me gusta la gente que finge no haber deseado nunca probar la más dulce de las carnes.»

Lazarus de Vigenére

LIBRO PRIMERO

I

Un día azul de otoño, a la caída de la tarde, me hallé con mi hatillo al hombro ante las puertas de la ciudad, junto con mi paisano Pedro Pardillo, que me decía sonriendo con picardía:

—He aquí, Bartolomé, nuestra meta. Vamos a iniciar una nueva vida, en la que nos espera la sabiduría y tal vez el amor. Pero, por todos los santos, entremos y comamos algo, que el clarín de mis tripas ha comenzado a sonar.

Habíamos llegado allí tras un largo viaje a pie que había durado parte del verano, después de haber huido como ladrones de nuestro pueblo, porque la vida en él se nos había vuelto demasiado aburrida y deseábamos continuar nuestros estudios en una universidad. De modo que, con nuestras escasas pertenencias al hombro, nos lanzamos al camino y, tras muchas aventuras no siempre agradables de recordar, habíamos llegado por fin a una ciudad grande y rica, donde nos las prometíamos muy felices. Alquilamos un cuartucho fétido y sin más luz que la que se colaba por las mil rendijas de su cochambrosa puerta, en la fonda del Toledano —del rufián, diría yo—, calle de la Espina. Por todo ajuar teníamos un camastro de buen tamaño para un cristiano y no tanto para dos, que tal número de gente juntábamos entre mi paisano y yo. Las paredes y el techo ofrecían al curioso tal copia de manchas y goterones que hubieran causado pasmo y delicia al divino Leonardo, de quien se cuenta que recomendaba a sus discípulos inspirarse en tales obras de arte de la caprichosa Naturaleza.

Comer, lo que se dice comer, comíamos poco, que ya es decir mucho, pues era nuestro sustento y cotidiano maná pan seco y cortezas de queso, fruta pasada en abundancia y algún que otro puñado de almendras o avellanas distraído en el mercado. Nuestro vino era agua, y nuestra agua nada, pues nos lavábamos con la misma frecuencia que los santos de la Tebaida.

Algunas veces, ahitos de hambre y presos de locos delirios, atormentábamos nuestras tripas con fantasías ridículas. Siempre era Pardillo el que empezaba. Cual monje en trance unitivo, ponía la mirada en el techo y recitaba con voz cavernosa:

—Pavo asado, pastelillos saboyanos de ternera hojaldrados, pichones y torreznos. Capirotada con salame y salchichas.

Yo respondía a sus salvas con fuego graneado:

—Hojaldre con enjundias de puerco. Empanada de pavo. Truchas en escabeche. Suplicaciones. Empanadillas de torreznos con masa dulce. Manjar blanco. Tortas de orejones.

Y así pasábamos horas, desgranando la letanía del vientre, como decía Pardillo, llevándonos a los labios, ya que no a la boca, platos regios que cocinábamos en lo más profundo de nuestro corazón.

II

Un día de crudo invierno, estando yo hambriento, acatarrado y con los humores atrabiliarios en desorden, no tuve fuerzas para entrar en la Universidad y permanecía apoyado en una jamba de la puerta, tiritando y dándome a todos los diablos. Acertó a pasar por allí en aquel momento Don Luis de Valdaure, joven mimado por la fortuna, de familia cargada de blasones, que estudiaba Artes y Filosofía Tomista. Al verme tan quebrantado, se detuvo y me preguntó, con mucha galanura:

—¿Qué os ocurre, amigo, que tenéis el rostro del color del pergamino?

—No es nada, señor —respondí yo, admirado de la gentil llaneza de personaje tan ilustre—. Gracias por vuestro interés.

—¿Cómo que nada? ¡Si parecéis un ánima! Venid conmigo, hombre, y tomemos un trago caliente, que os reanimará.

—Pero, señor, ¿y vuestra lección?

—Que espere Santo Tomás y aguarde la Escolástica, que primero es socorrer el cristiano en su necesidad. Vayamos a la taberna de Felipe Carnero, que está a dos pasos.

Allá fuimos sin más ceremonia, yo tiritando bajo mis raídos harapillos negros, que harta vergüenza daba verlos, y Don Luis muy abrigado, con su manteo largo y su bonete de cuatro picos, tan lucida y graciosamente vestido —calzas verdes y justillo de terciopelo— que era milagro que el bedel no le impusiera diariamente una multa.

La taberna de Felipe Carnero era el paraíso del estudiante de todo pelaje. Allí acudía el rico a dárseles de campechano, el pobre a pescar invitaciones y ambos a burlarse mutuamente. Siempre había musiquero y chanzonetas, carcajadas, gritos, golpes en las mesas. Las paredes habían sido declaradas por el uso zona franca, en la que todo el mundo se arrogaba el derecho de colgar jeroglíficos con mote de punta aguda, coplas de doble filo, jaculatorias a Venus y votos a Bríos y al demonio del Mediodía.

Era Felipe Carnero hombre gordo y alegre, gozador y amigo de estudiantes y faranduleros, de los que juntaba gran clientela, porque estaban a dos pasos de su taberna la Universidad y el corral de comedias de La Leona. Solía fiar a todo el mundo por el gusto de ver rostros joviales a su alrededor, y no paraba allí cómica que no le ofreciera su caldero para guisar buenos potajes de nabo. Había recogido a cierta gitanilla, por mal nombre Rompecañas, que le servía de mucama, colchón y fuente de saneados ingresos, pues solía el huésped alquilar a algunos estudiantes de gran rumbo —entre los que las lenguas sueltas contaban a Don Luis de Valdaure— un cuartucho con ella incluida, a cincuenta maravedís la tarde, cuando estaba de buenas, que era siempre. Estos trajines acarrearón al tabernero, amén de fama de alcahuete, alguna reprimenda del Rector, y a sus parroquianos fuertes multas y algún que otro día de encierro en el calabozo del Estudio.

Aquella mañana tenía Carnero poca clientela, por coincidir la hora con *h* de las lecciones de mayor audiencia. En cuanto nos hubimos sentado a una de las mesas, acudió solícito, porque conocía bien a Don Luis y le sabía rumboso y buen pagador.

—¿Qué se ofrece a vuestras mercedes, caballeros? Tengo un estupendo vino de

Jerez que no por recién traído deja de ser menos viejo. Tres bandullos con más años que Matusalén y barbas de telaraña recibí ayer de Andalucía.

—Siempre estáis de chanza, Don Carnero —dijo Don Luis, jovial—. Tráigase vuesa merced ese jerez recién nacido, digo traído, y alguna cosa que le asiente en las tripas.

Cuando el buen Felipe hubo puesto el vino y unas chucherías en la mesa y se retiró, mi compañero me miró a lo hondo de los ojos sonriendo y dijo:

—El ser de origen humilde no quita que tengáis excelente fama en las aulas, Don Bartolomé. Os conozco de oídas y os aprecio, aunque hasta hoy no hayamos tenido ocasión de hablarnos. He notado que últimamente andáis descaecido. ¿Qué os tiene en ese estado?

—El hambre que me atenaza, Don Luis —contesté yo—; no me da reparo confesarlo. Hace meses que no puedo procurarme una comida católica. No conozco más carne que la de frutas rancias, ni más vino que el del verbo venir. A duras penas puedo mantenerme en la Universidad, porque el poco dinero que traje de mi pueblo se ha evaporado, y ya estoy pensando en regresar a él y doctorarme en recogida de nabos y cebollones.

—¿Tan mal andáis, amigo?.

—Puede vuesa merced creermelo, señor. Estas aceitunas son la primera cosa sólida que me cae en el vientre desde ayer por la mañana. Cuando me habéis hallado, no me atrevía a entrar en la lección de Don Josef Montañana, de miedo a desmayarme y causar un alboroto.

—Creo que estudiáis con gusto la Filosofía Antitomista, ¿verdad?

—Verdad, señor.

—Pues habéis errado el camino, amigo. ¿Qué gana el pobre juntándose con el pobre, ni qué beneficio se puede sacar de franciscanos y jesuitas? Si aceptáis un consejo de quien os quiere bien, haced como yo: estudiad el sano tomismo y dejaos de modernidades. ¿Qué se os da a vos si los universales son o no cosas o dejan de ser palabritas?

—¿Y qué ganaría yo —repuse— estudiando lo que decís? No iban a salir por ello mis tripas de mal año. Más vale que venda los libros y vuelva al arado. Trabajando en el campo, podré sacar tiempo para leer cosas de mayor sustancia e instruirme, que es lo único que me interesa.

—¡Leer e instruiros, leer e instruiros! —exclamó Don Luis, irónico—. Vivir y disfrutar es lo que debéis hacer, amigo, ahora que sois joven.

Yo pensé que aquel Don Luis era un cabroncillo, y que veía muy fácil aquello de vivir y disfrutar de la juventud porque tenía la bolsa repleta, mientras que yo me hallaba en la más negra indigencia. Pronto me arrepentí de tan descortés pensamiento, pues dijo de repente, con el rostro radiante y el gesto de quien tiene una idea que todo lo solucionará:

—Escuchad, Bartolomé, voy a proponeros un buen negocio. Yo pienso que no es justo ni cristiano que se malogre una cabeza como la vuestra y queden frustrados vuestros deseos de aprender e instruiros. No puedo consentir que volváis a vuestro lugarejo, cuando tantos goces y satisfacciones merecen vuestras buenas dotes. Os propongo que vengáis a vivir a mi casa y seáis mi criado particular, que es cosa corriente entre los estudiantes ricos el tener como servidores y acompañantes a otros de condición modesta. Seremos, si queréis, amigos y compañeros, y me echaréis una

mano en los estudios, que, por cierto, llevo muy atrasados.

—¿Habláis en serio? —pregunté viendo el cielo abierto.

—Completamente —contestó—. ¿Aceptáis?

—Acepto y os lo agradezco de todo corazón, señor.

—Con una condición, Bartolomé.

—¿Cuál es, señor?

—Tendréis que pasaros al Tomismo. Será cosa muy conveniente para vos y para mí. Para vos, porque encontraréis en esa especialidad excelentes protectores. Los padres dominicos son buena gente, amigo, y valedores poderosos de quien sabe merecer su estima. Para mí, porque me serviréis de ayuda en los arduos caminos de la Summa. ¿Aceptáis la condición?

Acepté. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Pues vendréis conmigo ahora mismo —añadió muy animado— y os mostraré vuestra nueva morada y comeréis algo. Luego, si ¡o deseáis, podréis marchar a arreglar asuntos y recoger vuestras cosas. Yo me encargo de los trámites de vuestro cambio en la Facultad. No me será difícil, pues ya sabéis que el Rector es algo pariente mío: no pondrá ningún reparo.

III

Marché, pues, con Don Luis, y más alegre que unas Pascuas, sintiendo que el catarro se me curaba a pasos agigantados y que el equilibrio de mis humores se restablecía, y pensando que había agarrado a tiempo la greña de la Ocasión. Algo, sin embargo, me reconcomía, y era el haber vendido a Suárez por un plato de lentejas', así como a mi buen maestro Don Josef Montañana, que tanto me había enseñado y tantos desvelos había sufrido por mi causa, alentándome siempre e incluso prestándome algún dinero para continuar mis estudios. Pero un ruidillo de mis tripas prevaleció sobre el runrún de mi conciencia y me hizo pensar que no era de buen cristiano dejarse morir de hambre por filosofías, y que en adelante debía cultivar la virtud de la más perfecta humildad espiritual e intelectual si quería conservar la vida y la posibilidad de instruirme. Además, mi juventud reclamaba los placeres que ofrecía la ciudad y que, a decir verdad, todavía no había llegado a gustar ni por asomo.

La casa de mí nuevo amo me pareció tremenda y maravillosa, aunque ahora que lo pienso desde una mayor experiencia, me inclino a creer que en realidad era incómoda y destartalada, además de pretenciosa. Tenía un gran patio empedrado del que arrancaba una majestuosa escalera doble, que subía a una galería en la que se abrían las habitaciones, casi todas ciegas y sin chimeneas, especialmente las alcobas.

Don Luis me hizo pasar a una gran sala del piso alto, adornada con lámparas de bronce, espejos algo empañados y tapices un poco marchitos, aunque de buena factura. Mis pobres ojos provincianos se pasmaron ante lo que consideré el colmo del lujo y de la elegancia. Me reconfortó el calorcillo de la chimenea, en la que crepitaba un hermoso fuego de leña.

Sentada en un enorme sillón de terciopelo púrpura que parecía un trono, había una señora de edad madura, cara ajada aunque muy bella, cabello negro entrecano y gesto avinagrado. Tenía unos ojos oscuros, brillantes y húmedos, muy abiertos, que revelaban un temperamento obsesionado y nervioso. Don Luis me presentó a ella y le explicó mi situación.

—Madre, este joven es estudiante como yo, y se encuentra en grandes dificultades para continuar en la Universidad, porque carece de recursos. Yo le aprecio mucho, porque su inteligencia es muy despierta y tiene grandes deseos de instruirse. He pensado que a ambos nos convendría ayudarnos mutuamente. ¿Os parecería bien que entrara a mi servicio?

Doña Mariana, que así se llamaba aquella hermosa harpía, me miró con amable frialdad, que a mí me pareció el más ardiente de los afectos, y respondió:

—Siéntense, caballeretes, y conversemos un instante.

Acercamos sendos taburetes y nos sentamos a los pies de la señora, que, tiesa en su sitial, parecía la emperatriz de Constantinopla.

—¿Cómo os llamáis, joven? —me preguntó, mirándome fijamente, como un ave de presa a un ratón.

—Bartolomé Perazas, para servir a vuesamerced —contesté yo, muy galán.

—¿Sois por ventura descendiente de los barones de Peraza?

—No !o creo, señora. Mí cuna es hartó humilde. Mi padre, que fue guarnicionero,

murió cuando yo era muy chico, y mi madre no tardó en seguirle...

—¿De qué murió vuestra madre?

—De soponcio, según tengo entendido. Parece que no pudo sobreponerse a la muerte de su esposo, al que le unía un sólido amor. Estaba, además, algo delicada del pecho desde mocita.

¿Cómo decirle a aquella dama que en realidad yo descendía de una rama bastarda y maldita de los nobles Peraza? ¿Cómo confesarle que mi padre vivía aislado en un caserón, en medio del páramo, entregado a dudosas prácticas, en la sola compañía de raros animales y de unos cuantos servidores sobre cuya naturaleza y costumbres corrían historias espeluznantes entre las gentes del contorno? ¿Cómo explicar que yo había huido de su compañía porque nunca pude comprenderle y porque nos resultaba insostenible vivir juntos? Opté prudentemente por ocultar mi origen a la señora y fingirme plebeyo y oscuro, ya que no deseaba en modo alguno comprometer mi buena fortuna con confidencias que a nadie interesaban.

—¿Y de qué habéis vivido hasta ahora en esta ciudad, Bartolomé? —prosiguió, infatigable, mi inquisidora, con una luz bondadosa en los ojos, pues al parecer le agradaban las patrañas que le iba contando.

—Veréis, señora, mi padre dejó al morir unas casas y algún dinero. Como no tengo familiares, lo vendí todo y traje conmigo lo poco que conseguí sacar de la venta. Pero nada es eterno, y ahora estoy sin blanca.

Me arrepentí al instante de mi última expresión, demasiado plebeya en aquel lugar, y sentí que un inoportuno acaloro encendía mis mejillas. Ella lo notó, porque nada pasaba desapercibido a sus ojos de loca, y dijo:

—No os preocupéis, joven. Hablad con libertad. Todos lo hacen en esta casa y a mí no me desagrada, siempre que se guarde el decoro.

Mientras departíamos de este modo, penetró solapadamente en la estancia un monstruo repugnante. Era una enana rechoncha, de enorme cabezota crespa y ojos muy chicos y maliciosos. Se acercó al sillón y recostó la testa bestial en el delicado hombro de la dama, que no pareció turbada ni molesta ante la intromisión, como si aquel engendro fuera un animal doméstico al que uno está demasiado acostumbrado para prestarle atención o reparar siquiera en su presencia. Continuamos hablando, como si estuviéramos solos. La madre de Don Luis, después de haber hecho un sinnúmero de preguntas fútiles, se mostró cansada y se retiró, no sin antes haber dado su consentimiento para mi incorporación a la casa. La enana salió tras ella, como un perro.

Don Luis, que apenas había despegado los labios durante la entrevista, y que parecía temer a su madre más que a una peste, respiró a sus anchas cuando ella desapareció y, palmeándome las espaldas con afecto, exclamó:

—¡Hecho, Bartolomé! Ya sois de la casa. Disponeos a hacer una buena comida y estad tranquilo, porque el viento de vuestra fortuna ha cambiado. Venid conmigo.

Me llevó a la enorme cocina del palacio, que estaba a cargo de la negra María Corredentora, a la que ayudaba, a guisa de pinche, un galopín jiboso llamado Tarsicio. Mi amo hizo que me sentara en un banco junto a una gran mesa y ordenó a la morena:

—Hermosa, ve preparando un buen yantar a este famélico caballero, que precisa grandes refuerzos.

—Poca cosa tengo, señó, pero procuraré servile lo mejor que puea. Hay güeña olla podría y argo' pavo.

—¡Y buen vino, gran moza, que el joven lo merece!

La hermosa María Corredentora, hembra en cuya hechura empleó Dios con generosidad la carne más prieta y olorosa que pudo encontrar, me sirvió con presteza, gran ruido de faldas y un movimiento de grupa que encandilaba.

Don Luis se sentó a mi lado y se sirvió del excelente vino rojo, presenciando encantado la acción de mi buen apetito sobre aquellos sabrosos manjares, que más que sobras parecían puchero de rey. Comí con deleite hasta quedar harto, que bien merecido lo tenía, y cuando terminé me preguntó mi amo, rebajándome ya el tratamiento:

—¿Qué te ha parecido mi madre, Bartolomé?

—Una gran dama, señor —respondí, prudente—. Os serviré fielmente a vos y a ella con todo mi afecto, pues os estoy muy agradecido.

—La enana te habrá llamado la atención, sin duda...

—No he podido remediar cierto sobresalto al verla —confesé—, aunque he visto individuos de complexión más desdichada —añadí, recordando con un escalofrío al sirviente bicéfalo de mi padre.

—Se llama Rosamunda, pero Don Jacinto Rincón, el otro enano de la casa, la nombra Rosa Inmunda, y a fe que éste es el nombre que le cuadra. Es mala, Bartolomé, mala como una perra rabiosa; no me explico por qué conserva mi madre a su lado semejante sabandija. Ten cuidado con ella. En cuanto al resto de la casa, no tardarás en conocerlo: mi padre, mi hermana Blanca y mi pobre tío Don Gaspar. A María Corredentora ya la estás viendo: moza sabrosa que hace olvidar la negrura de su piel con la blancura de su alma —y, bajando la voz, añadió— y la docilidad de su trato; ya me entiendes.

No entendí cabalmente, pero imaginé que se refería a cualidades íntimas de la muchacha, por el tono en que pronunció aquellas palabras y por el brillo de sus ojos al mirarla.

—Ahora —añadió—, ven que te muestre tu aposento, y luego irás a buscar tus cosas a la posada.

Me acompañó a mi nueva habitación, que estaba en un desván muy decente y tenía más luz que las piezas del piso. Me encantó, pese a que era pobre y de ajuar muy escaso, ya que sólo había en ella una cama, un arcón y una silla.

—Haré que te pongan una mesa para que puedas estudiar. No es una alcoba lujosa, pero creo que estarás cómodo.

—Sí, señor, estaré perfectamente —respondí yo, que no cabía en mí de gozo.

IV

Aquella misma noche, después de la cena, mi amo vino a buscarme a la cocina y me dijo:

—He pensado que, para que tu día de buena fortuna sea completo, hay que darle un amoroso remate. Ven conmigo, y a fe que nos divertiremos.

No supe de momento lo que quiso decir, pero le seguí de buen grado y salimos a la calle, donde nos recogieron algunos amigos suyos que al parecer llevaban el mismo camino, en un coche grande que me resultó mil veces más cómodo que el de San Fernando que yo solía tomar, en el que alternaba el andantino con la paseata. Todos iban muy alegres y una pizca achispados, baranjando chistes y dicharachos, lo cual yo nunca hubiera imaginado en personas de calidad. Ahora que las conozco bien, puedo decir que son como el común de los mortales, pero en aquel entonces, tal vez por el ejemplo de mi padre, las imaginaba siempre abrumadas por el peso de su propia dignidad y creía que la máxima expansión que se permitían era una discreta sonrisa, estando en cierto modo relegada la carcajada y la exclamación ruidosa a gentes de más baja condición.

Como llevábamos las cortinas echadas, no me hacía la idea de por ni adonde nos dirigíamos, de modo que cuando el coche se detuvo y bajamos, quedé con la boca abierta al encontrarme ante un alto muro junto al que se balanceaba, iluminado por la luz de la luna, un ahorcado.

—¿Qué es esto, señores? —exclamé alterado—. ¿En qué lugar nos encontramos?

Rieron mi amo y sus amigos como bestias y dijeron:

—¿Pues, qué, Bartolomillo, no sabes que se pinta a veces a Cupido acariciando una cabeza de muerto? Este muro que ves encierra el Villar de Malas, o furcias, y este fantoche no es sino reclamo y acicate para el goce de los que aquí se acercan. Quiere decir que disfrutes mucho, pues al cabo acabarás pudriéndote en el aire como él.

Yo no salía de mi asombro y me preguntaba cómo consentían las autoridades que se usaran ahorcados para tales fines. Vino Don Luis a sacarme de mi perplejidad espantosa, pues mientras los otros aporreaban la puerta de la muralla, me explicó que a veces se colgaba a los malhechores en aquel sitio para que sirviera de advertencia, y aquella misma madrugada habían ejecutado al que ahora veía, y lo descolgarían al amanecer para llevarlo al barranco del Cuervo, a que se pudriera con otros compañeros mártires, y que cuando estuviera en puro hueso irían a recogerle los cofrades de la Misericordia para llevarle a enterrar cristianamente.

La puerta se abrió al fin con gran chirrido, y nos franqueó el paso un individuo de siniestra catadura, medio ebrio, que rugió:

—¿Qué se ofrece a vuestras mercedes?

—Lo que se nos ofrezca, Pinchoso —respondió riendo Don Luis—, dentro estará de esta fortaleza. Venimos de mozas y estaremos aquí toda la noche, sí el diablo quiere.

El llamado Pinchoso, que tenía cabeza de calabaza y nariz de berenjena, pareció reconocer a mi amo y le hizo una reverencia ridícula, diciendo:

—Sed bienvenidos, señores. Dejad todas vuestras armas en ese rincón y dadme vuestras bolsas, si queréis que os las guarde. Mañana os las devolveré. Si no, ya sabéis

que no me hago cargo de lo que suceda con ellas, y es más que probable que ahí dentro os aligeren de su peso.

Los señores dejaron sus armas y sus bolsas a Pinchoso, y yo las buenas noches, pues no traía conmigo más arma que aquella de la que la naturaleza me proveyó para ensartar sortijas, ni más bolsa que las que en las rodilleras de mis viejísimas calzas había ido socavando el divino Cronos.

—Tenéis suerte, señores —dijo el portero rufián—. Hoy está esta corte sosegada y tendréis donde elegir. Ayer en cambio, tuvimos soldadesca y a las diez ya no quedaba nido sin pichón. Id con Dios y hasta mañana, y no os preocupéis por las bolsas, que estarán a buen recaudo. Ah, y no paguéis más de cuatro dineros por barba, que ahora está el mujerío muy abusón.

Nos despedimos de Pinchoso y estuvimos paseando largo rato por aquel extraño pueblo de busconas, cuya existencia en plena ciudad —con su murallita propia y su portero— yo jamás hubiera sospechado. Me di cuenta de que hasta entonces había vivido como un cartujo y de que el empacho de latines y silogismos me había embotado hasta el punto de hacerme desconocer tan interesantes y amenos lugares.

Recorrimos todo aquel barrio, que constaba de cuatro calles grandes e innumerables callejuelas, rinconadas, pasadizos y escalerillas. Casi todas las casas eran pequeñas y parecían muy cuidadas, con lindos faroles en las puertas. Ante ellas, sentadas o en pie, en solitario o en corrillos, estaban las mujeres, todas aderezadas como para una fiesta, vestidas de sedas de colores, con las caras recién empolvadas y parches de pintura roja en mejillas y bocas, y oliendo a mosqueta, algalia y agua de rosas, que daba gusto respirar.

Había algunas tabernas, de las que salía alegre música y ruido de gentes divirtiéndose. Nos detuvimos ante una que se llamaba La Manzana de Eva, lugar donde, a decir de los amigos de Don Luis, iban a exhibirse y a concertar sus citas las putas más caras y afamadas del Villar. Entramos, y quedé algo atontado por la fuerte música y lo brillante de la iluminación. Mi pobre mirada sólo pudo captar en el primer momento una gran confusión de luces y colores, centelleos, reflejos, espumear de sedas y bullir de carnes blancas. Había algunos caballeros sentados ante mesas de madera oscura y lustrosa, acompañados por hermosas mujeres que charlaban con ellos con gran alegría y desparpajo, luciendo sus carnes con una generosidad que me dejó atónito. Nunca había visto en público damas tan acicaladas llevando los pechos al aire, como algunas de aquéllas. Y he de decir que, o me engañó la vista, o había quien los llevaba tan cargados de afeites como la cara, blanqueados con albayalde y con los pezones pintados de un rojo oscuro cuya vista producía vértigos.

Nos sentamos ante una mesa, yo muy cortado y presa de una infinita turbación por todo cuanto veía. Un mozo nos puso delante vasos y una jarra de buen vino. No tardó en acercársenos una guapa muchacha, morena y robusta, cuyo vestido de seda la hacía semejante a una gran amapola. Dos crenchas de apretados bucles enmarcaban sus lozanas mejillas y caían hasta los hombros desnudos. Mirar su boca le empedraba a uno la conciencia de pecados mortales, y sus ojos ardientes hacían pensar en las calderas de Pedro Botero. Sentóse junto a Don Luis y se puso a hablar con él por lo bajo, riéndose de vez en cuando e inclinándose tanto hacia adelante que los pechos se le derramaban por la mesa, tan desnudos que mi amo tuvo que usar la mano a guisa de hoja de parra para cubrirlos, y desde entonces no quedaron desguarnecidos. Conferenciaron un rato, y al cabo Don Luis exclamó:

—Señores, Juana Rosa nos invita a su casa, donde están reunidas algunas de sus amigas. Pasaremos la velada con ellas, si os parece bien.

Pareció bien a todos, y a mí de perlas, porque mi caña se había tornado lanza con aquellos lances y no hallaba el momento de ensartar alguna enemiga. Salimos luego de La Manzana por buscar a las Evas, y Juana Rosa nos condujo a su linda morada. Llamó y abrióse la puerta, y todos entraron. Cuando yo, que me había quedado en retaguardia, iba a hacer lo mismo, la puerta se cerró ante mis barbas con tal violencia que, sobresaltado por su estrépito, no pude evitar que de mi garganta se escapara un gran grito. Llamé varias veces con la aldaba, con los puños y hasta con los pies, pero nadie volvió a abrir. Perplejo y malhumorado, me senté en el escalón, sin saber qué hacer. Todo estaba muy oscuro y se habían apagado las risas y las músicas. La calle había quedado envuelta en un silencio lúgubre. Un reloj lejano dio las dos.

Suspirando y farfullando maldiciones, traté de incorporarme para ir a algún sitio o intentar regresar a casa, pero mi voluntad estaba como dormida y no conseguí hacer carrera de mis miembros, así que me dije que tal vez lo mejor fuera esperar allí a que me echaran en falta y me hicieran pasar.

Hallábame en tales cavilaciones cuando vino a sacarme de ellas la aparición de un joven que se colocó a mi lado sin ruido, como surgido de la tierra. No le había visto venir por la calle ni salir de casa alguna, pero allí estaba, tan cerca que, inclinado sobre mí con gran solicitud, me rozaba el rostro con el ala de su chambergo. Emitió una risilla ahogada y dijo con voz dulce:

—Bartolomé, ¿qué os ocurre, que os veo tan desanimado?

—¿Sabéis mi nombre, señor? —pregunté yo, que no había visto al individuo en toda mi vida.

—Sí —respondió—. Lo oí en la taberna de La Manzana, hace un rato. Venid conmigo, hombre, que éste no es lugar de vida contemplativa, sino activa y mucho.

Miré con curiosidad a quien tal decía y advertí que era extremadamente joven y agraciado, aunque de corta estatura y constitución algo endeble. La sombra del chambergo con que se tocaba no dejaba adivinar gran cosa de su rostro, pero los pocos rasgos que iluminaba la luna eran de una belleza exquisita y un tanto maligna, y sus ojos brillaban en la penumbra como los de los gatos. Iba envuelto en una amplia capa española. Sus modales, naturales y afectuosos, tenían infinita elegancia, lo cual me hizo pensar que se trataba de un vástago de noble estirpe que, burlando la vigilancia de sus mayores, había salido aquella noche en busca de diversión. Su aparición me tranquilizó y noté enseguida que me sentía muy a gusto en su presencia, de modo que me levanté, dispuesto a seguirle, sobre todo porque no me parecía decoroso que un muchacho de su edad anduviese solo por semejantes andurriales a una hora tan peligrosa. Ahora que lo recuerdo, no puedo por menos de reírme de mi ingenuidad de aquella ocasión, cuando por un momento me erigí interiormente en protector de quien me daba cien vueltas en experiencia y desparpajo. Mi «protegido» me tomó familiarmente del brazo y nos alejamos de allí. Yo le pregunté quién era y cómo se llamaba.

—Llamadme Adrián por el momento, y tened confianza en mi. Decidme, ¿por qué os abandonó Don Luis en este extraño poblado?

—No me abandonó, señor —dije yo, no queriendo hacer quedar mal a mi amo—. Entrábamos en la casa de Juana Rosa y la puerta se cerró ante mí. No sé nada más. Probablemente no se habrán percatado de mi ausencia, pues de lo contrario habrían salido a buscarme.

—No seáis ingenuo, Bartolomé. Sin duda han querido embromaros. Habrá sido idea de esa puta, que tiene a gala recibir solamente a personas de calidad, cuando todo el mundo sabe que su rufián está en las galeras y que ella es hija de siete padres. No os habéis perdido nada, por otra parte, porque en su burdel se adquieren más ladillas que maravillas. Yo tengo algo mejor que ofreceros esta noche, si queréis que os sirva de mentor. Y no creáis que lo haré por interés: no me mueve sino la simpatía que me inspiráis. Conozco bien este barrio y sé dónde encontrar las cosas buenas, pero sólo se lo revelo a quienes, como vos, merecen disfrutarlas y saben apreciar su calidad.

Anduvimos un rato por las calles. En algunas puertas quedaban todavía unas pocas mujeres, las menos agraciadas, resplandecientes de pedrería falsa, que nos llamaban con voces dulces y roncadas.

—No hagáis caso de esas putas, Bartolomé —dijo Adrián—. Están gordas y suelen oler a cabra, aunque gasten en mosqueta la mitad de sus soldadas.

Oyendo las palabras de mi compañero, me dí cuenta que tenía gran experiencia en aquellas lides, pese a su poca edad, de modo que mi actitud para con él cambió y empecé a considerarlo más como protector que como protegido. Tras largo rato de andar en silencio, nos detuvimos al fin delante de una casa enorme y oscura, que parecía un gran animal o un barco dormido en la quietud de un puerto. Adrián empujó sin vacilar la pesada puerta, que estaba entreabierta, y ascendimos por una estrechísima escalera de caracol, completamente a oscuras. Los escalones eran muy empinados e irregulares, tan estrechos que apenas cabía el pie en ellos. No había barandilla alguna a la que agarrarse. Yo subía penosamente, tanteando las húmedas paredes de piedra, alentado por mi compañero, que marchaba delante de mí con gran agilidad. La ascensión se prolongó durante un rato tan largo que creí que nunca llegaríamos a ninguna parte. Sin embargo, no notaba la menor fatiga, aunque sí cierto desaliento, como si me hubieran condenado a subir eternamente y no fuera a ver la luz nunca más.

—Animo —decía y repetía mi acompañante—, ánimo, Bartolomé, que ya llegamos. Animo, ánimo, que esto se acaba,

Pero aquello no se acababa nunca. La oscuridad era cada vez más densa, y a veces tenía la sensación de que bajábamos en lugar de ascender, tal vez a causa de aquella extraña ausencia de fatiga. Al fin pisé el último escalón, y el suelo se hizo plano. Probablemente nos encontrábamos en un corredor, pero seguimos sin ver nada. Caminamos durante largo rato en línea recta.

Guardo una terrible impresión de aquella marcha entre tinieblas, y recuerdo que, a medida que avanzábamos, iba naciendo en mí una angustia insoportable, una gran sensación de ahogo. A juzgar por el largo tiempo que llevábamos subiendo y andando, debíamos de estar ya en alguna esfera celeste. «No hay casa alguna», pensé, «tan larga y oscura como ésta. No tengo idea de dónde podemos estar, pero seguro que ésta no es morada de cristianos.» Adrián pareció leer mi pensamiento, porque dijo:

—¡Voto al diablo, Bartolomé, qué pronto os cansáis! Esto es grande, pero no infinito, y no hemos abandonado todavía el mundo de los vivos. Las casas de la ciudad no son como las de vuestro pueblo.

Se detuvo cuando iba a replicarle, y choqué contra su cuerpo. El me apartó suavemente con la mano. Oí un crujido y se abrió una puerta ¡Por fin habíamos llegado al término de nuestro largo y oscuro viaje!

Accedimos sin transición desde las tinieblas absolutas a la claridad de una

estancia enorme, brillantemente iluminada, que me deslumbró. Cuando me habitué a la luz, pude apreciar el insólito lujo de la pieza. El suelo relucía como el cristal. Las paredes estaban cubiertas de ricos tapices de Bruselas que representaban, con vivísimos colores, asuntos galantes, y de espejos venecianos con los marcos recargados de flores de cristal azules como el zafiro o del color de las violetas. En el centro había un gran lecho negro, con dosel y cortinas de seda de un escarlata profundo. Sobre un bufete, dos candelabros de bronce expandían una luz dorada, que parecía el eco de la que arrojaban desde el techo tres grandes lámparas de cristal de roca.

Por primera vez pude contemplar a mis anchas a Adrián, que se había despojado del sombrero y la capa. Era, como dije, bajo y menudo, y tenía el rostro pequeño, enmarcado por una espesa melena corta de color rojo oscuro. Sus ojos, grandes y muy negros, parecían cuentas de azabache. Su mirada seguía siendo cordial, un tanto maliciosa, y revelaba una jovialidad profunda y una especie de sabiduría, y otro tanto podía decirse de su boca, fina, grande y experta, y de su nariz, insolente y picara.

Se quitó un guante distraídamente, pero, ante la mirada de asombro que captó en mis ojos, se lo volvió a poner al punto. La mano que llegué a entrever me pareció terriblemente monstruosa, aunque a ciencia cierta no sabría decir en qué consistía su deformidad. Tenía cierto retorcimiento, cierta crispación, como la garra de un animal y, aunque era fina y blanquísima, estaba cubierta de pelos largos, negros y muy gruesos. Las uñas eran largas, curvadas hacia dentro, oscuras y afiladas. He visto manos deformes, pero nunca tan extrañas como aquélla, en la que se unía una delicadeza angélica a un no sé qué de bestial. Con el guante puesto se borraba de inmediato esta impresión, y resultaba tan linda como la de la más delicada damisela.

—Bien, Bartolomé —dijo sonriendo—, os dejo. Vuestro es lo que yace en ese lecho; podéis disfrutarlo toda la noche. No os preocupéis por el regreso: encontraréis un fácil camino de vuelta después de vuestra primera noche de amor.

—¿Cómo sabéis...? —comencé a preguntar, algo avergonzado. Pero él me interrumpió:

—Adiós, amigo. Confío en que volveremos a vernos muy pronto.

Desapareció sin darme tiempo a articular una palabra más. Al principio no supe qué hacer. El lecho brillaba como un ascua a la luz de las lámparas, pero yo no me atrevía a descorrer sus cortinas. Confieso que estaba aterrorizado, porque las experiencias de aquel día —y sobre todo de aquella noche— habían sido excesivas para mí. Cuando, haciendo un gran esfuerzo de voluntad, me decidí finalmente a separar las cortinas, quedé petrificado de sorpresa y maravilla. Sobre un adorable desorden de sábanas de raso negro espumeantes de encajes de color marfil, yacía, al aparecer dormida, la mujer más deslumbrante que quepa imaginar. Estaba completamente desnuda, y su único aderezo era una larguísima sarta de perlas rosadas que se enredaba en todo su cuerpo. Su cabellera de oro viejo, desparramándose por la almohada, caía hasta el suelo.

No tardó en abrir los ojos, que rutilaron con el mismo precioso brillo de azabache que los de Adrián. Se parecía mucho a él, en realidad, por lo que llegué a pensar que se trataba de una hermana suya, pero no tardé en desechar idea tan descabellada. La muchacha se volvió hacia mí con gesto lánguido y me sonrió, invitándome con un ademán a yacer a su lado.

El resto no puedo contarlo, porque nadie me creería. Al cabo de una eternidad, aunque ella no había pronunciado ni una sílaba durante toda la noche, comprendí que

deseaba que me fuera, y se lo pregunté. Afirmó con la cabeza, sonriendo de modo encantador, aunque con una cierta tristeza en la mirada, y me señaló una puerta pequeña, semioculta por un cortinón. Tras despedirme en silencio con un beso, me empujó suavemente hacia ella. La abrí y, con gran sorpresa, me encontré en la misma calle en que me abandonaron mis amigos, justo enfrente de la casa donde ellos habían pasado la noche. No bien hube cerrado tras de mí la puerta, se abrió la de Juana Rosa y por ella salieron Don Luis y sus compañeros, con aire cansado y descontento, y detrás la moza, que les despidió con una salva de denuestos, de los que colegí que no estaba satisfecha con el pago recibido.

Cuando descubrieron mi presencia, llovieron sobre mí algunas chanzas, porque todos creían que había pasado la noche al raso, esperándoles. Yo callé prudentemente, no sintiendo el menor deseo de contarles mis fantásticas aventuras.

Recuperadas las armas y las bolsas, salimos del Villar de Malas y nos encaminamos directamente a la Universidad, llegando justo a tiempo para la primera lección del día.

Durante un descanso, Don Luis, que no era tan idiota como sus amigos y sospechaba que yo no había pasado la noche en blanco ante la puerta de Juana Rosa, tras excusarse prolijamente por haberme abandonado —achacando el descuido a la bebida—, me preguntó qué había estado haciendo en realidad. Ingenuamente, le conté mi extravagante historia, de la que, como era de esperar, no creyó una palabra.

—En primer lugar —me dijo en tono paternal—, en la casa de enfrente de la de Juana Rosa no vive ninguna beldad, ni fealdad, pues está ruinosa y habitada solamente por ratas y cucarachas. Segundo: no conozco a nadie con las señas que me das de ese tal Adrián, y créeme si te digo que en esta ciudad conozco a todo el mundo. Tercero: las casas del Villar de Malas son todas muy bajas, de modo que mal pudiste pasarte horas subiendo por oscuras escaleras. Desengáñate, amigo; si es verdad lo que cuentas, lo has soñado todo de cabo a rabo. Te quedaste dormido en el escalón. ¿Cómo se explica, si no, que después de tanto subir y bajar te encontraras en el mismo sitio por el que saliste?

Terminé dándole la razón: probablemente me había dormido y había soñado todo aquello. Pero la explicación de aquel embrollo estaba lejos de ser tan sencilla, y empecé a desecharla cuando me vi envuelto en otros semejantes, como más adelante referiré.

V

Fue en aquella época cuando el Papa Alejandro, a instancias de nuestro Rey Felipe, emitió la famosa Bula que de momento puso fin a las polémicas en tomo a la Inmaculada Concepción de María, afirmando, aunque no como dogma de fe —que no lo es y, a mi juicio, no lo será nunca—, que la Virgen estuvo libre de pecado original desde el primer instante de su concepción. La publicación de aquella Bula de circunstancias causó gran revuelo en España, y la noticia fue acogida en nuestra alegre y voluble ciudad con gran algarabía, un si es no es provocada de un modo forzado por las autoridades, deseosas de congraciarse con el rey.

La Universidad, que siempre ha sido paladín del controvertido misterio, se puso en movimiento y decidió hacer una gran fiesta para expresar su alegría y su gratitud al Papa. Coincidió aquello con las vísperas del Carnaval universitario, que estábamos preparando con no poco derroche de tiempo e ingenio muchos de los estudiantes y algunos maestros. Don Luis, mi amo, como siempre que se trataba de diversiones y festejos, bullía de actividad, hablando con representantes de todas las facultades, consiguiendo permisos del Rector y del Virrey, comprando trajes y adornos y animando a todo el mundo a participar. Durante aquellos días se le veía constantemente en la Universidad o, sí no, en la taberna de Felipe Carnero, en conciliábulo con otros compañeros, inventando bromas y encargando a los estudiantes más agudos mojigangas y piezas burlescas.

Yo por entonces ya militaba en las huestes tomistas, y la verdad es que empezaba a tomarle gusto al realismo. Por otra parte, me agradaba de los dominicos su gran severidad y coherencia en materia religiosa, y estaba totalmente de acuerdo con ellos en que la Virgen no podía haber sido concebida sin la mácula del pecado original, pues de lo contrario el fulgor del dogma de la Redención Universal quedaba oscurecido. Las polémicas entre dominicos por una parte, y franciscanos, carmelitas y servitas por otra, en torno a esta cuestión, eran terribles en aquella época, y yo siempre estaba al lado de los primeros, incluso en una ocasión en que la disputa, asumida por los estudiantes, acabó a pescozones y librazos y hubo tres heridos.

En este ambiente de vísperas de Carnaval por un lado y agria polémica concepcionista por otro, la noticia de la emisión de la Bula cayó como una bala de cañón. El claustro se reunió sin tardanza y, tras grandes trifulcas y dimes y diretes, se acordó verter el Carnaval a lo divino y convertirlo en fiesta en honor de la Inmaculada.

Al enterarme, me escandalicé. No así mi amo, que, aunque tomista, no lo eran tanto que sintiera escrúpulos en festejar aquello en lo que no creía. La ligereza de su temperamento le hacía no sentir repugnancia alguna ante una fiesta, fuera del tipo que fuera, de modo que no le pareció mal la idea —que a mí se me antojaba descabellada— de inmaculizar el Carnaval y carnavalizar a Nuestra Señora. Por otra parte, era de natural dócil, y acató sin comentarios la orden del claustro, que en este sentido fue terminante: o se hacía como se había decidido, o no habría fiesta alguna y se suspendería el Carnaval de aquel año.

El Maestro de Lógica Tomista, Dom Baltasar de Castillejo, viejo dominico intransigente y purista, pensaba como yo, y así lo manifestó en el claustro, pero nadie

le hizo el menor caso, porque se hallaba en franca minoría; de modo que, pasado el primer sofocón de pía ira, que le retuvo en cama dos días y medio, se vio obligado a acatar aquel despropósito, si bien no se recataba de refunfuñar, y decía a quien estuviera dispuesto a escucharle:

—No estamos en un mundo de gentes cuerdas, señor mío, no, no; es de locos, locos de atar. Yo, señor, estoy en contra del Carnaval y de sus desenfrenos, y más del Carnaval universitario, y pienso que el Virrey —con todos mis respetos— hace mal en dar su consentimiento todos los años para que se celebre, y si yo fuera. Rector de este Estudio, no lo permitiría. Pero, bueno, bien, que todos los loquillos que aquí tenemos se desahoguen y jueguen cuanto quieran... ¡Haya Carnaval, noramala! Pero esto, señor... ¡Que se mezcle el Carnaval con los asuntos de la religión! Y, hablando de religión, la Bula para nada da pie a tanto jolgorio, creo yo, pues no es una declaración dogmática. Que me aspen si entiendo todo esto. ¡Qué tiempos!

¡Pobre Dómine Baltasar! En aquella ocasión recibió la humillación mayor de su vida, pues el Rector, enterado de sus denuestos, le llamó al orden y por si fuera poco le obligó a colaborar en la fiesta, ordenándole que diseñara un altar ingeniosamente aderezado, rodeado de jeroglíficos fijados en colgaduras, en representación de su Facultad, y que en todo ello se aludiera al misterio de la Concepción Inmaculada de María. Al principio se negó, sosteniendo con valentía que ni Santo Tomás ni San Alberto habían creído jamás tal patraña. Pero el rector debió de amenazarle con algo grave, porque el pobre dómine acabó claudicando. Una tarde, al acabar la lección, nos llamó a don Luis y a mí, que a la sazón éramos sus mejores discípulos, y nos dijo:

—Queridos hijos, he recibido de las autoridades académicas un encargo extravagante y necesito vuestra ayuda. Ya sabéis que la Universidad ha sido dividida para la fiesta entre las distintas Facultades y Cátedras, con el fin de que cada una adorne el ámbito que le ha caído en suerte con colgaduras, jeroglíficos y altares. A nosotros nos ha correspondido el patio pequeño...

—Eso está hecho, padre mío —exclamó Don Luis, alborozado—. Conseguiremos las colgaduras más hermosas y ricos tapices, y erigiremos el altar más elevado y galán de toda la Universidad.

El dómine le escuchaba muy serio, no pudiendo comprender ni compartir su entusiasmo. Se dirigió a mí y preguntó.

—¿Qué decís vos, Bartolomé, me ayudaréis?

Sentí una rabia sorda hacia el despreocupado Don Luis y una gran compasión por el anciano maestro y por mí mismo, pues de pronto comprendí que yo nunca actuaba de acuerdo con mis convicciones, porque siempre me lo impedían las circunstancias. Había tenido que dejar la filosofía suarista para sobrevivir, y ahora que había abrazado el tomismo se me pedía que actuara contra sus principios, que en este caso eran también los míos. No obstante, mi deber era ayudar al dómine a salir del paso de la manera más airosa posible.

—Si hay que ayudar —dije—, ayudaré de grado. Pero quiero que conste que, como vos, estoy en contra de esa mascarada ridícula en la que se van a mezclar graves asuntos de la religión con las diversiones del Carnaval.

—Vamos, amigos —repuso Don Luis—, no seamos quisquillosos. Prescindamos por unos días de nuestras convicciones y hagámonos la idea de que vamos a celebrar dos fiestas distintas, aunque de hecho estén unidas por el azar. Y, por lo que toca a la Santísima Virgen, pensemos que la vamos a honrar por sí misma y no por si fue o no

concebida sin pecado. No hay que ser demasiado exigente en estas cuestiones cuando se trata de contentar a las autoridades y, sobre todo, a Su Majestad el Rey, que tanto empeño tiene en el asunto. No sintáis excesivos escrúpulos, Dom Baltasar, que yo sé que vuestro convento prepara una fiesta semejante a la nuestra, y no creo que Santo Tomás ni San Alberto se enojen por ello.

—Sí, se enojarán —contestó Dom Baltasar, algo irritado por los frívolos argumentos de mi amo—, porque eran varones sabios y piadosos a los que el Señor iluminaba y que nunca hubieran condescendido con semejantes abusos.

—También ilumina al Papa —comentó, malicioso, Don Luis—, que ha emitido esta Bula.

—En ocasiones —repuso el valiente dominico—. En otras lo iluminan los requerimientos del Rey Felipe o los apremios de franciscanas visionarias.

—Bien —tercié yo—, dejemos las discusiones para mejor ocasión y vayamos a lo que es preciso hacer. Afortunadamente, muchos estudiantes tomistas son lo bastante despreocupados como para salir del paso sin rebelarse, como debieran. Por mi parte, haré lo que me manden vuestas mercedes, aunque no sé qué podrá ser, porque soy poco hábil para estas cosas y temo que no serviré sino de estorbo.

—Nada de eso —dijo Don Luis—. Tú eres agudo e inteligente. Yo te encargaría, si a Dom Baltasar le parece bien, la confección de los jeroglíficos, que son los que requieren más estudio.

Pareció bien a todos y quedamos de acuerdo en que realizaría una docena de ellos, de dos palmos de largo por uno de alto cada uno, ayudado por un estudiante diestro en el dibujo. Pensé que me había caído el muerto más grande de toda mi vida, pero Don Luis, que para todo tenía soluciones, me dijo que su tío, Don Gaspar de Valdaure, guardaba en sus aposentos muchos libros de emblemas y empresas en los que podría inspirarme.

VI

Don Gaspar de Vaídaure era hombre raro y extravagante, tenido por loco en la casa y fuera de ella, aparte de que sus relaciones con el Santo Oficio no podrían llamarse cordiales. Raramente se le veía en público, pues permanecía encerrado en sus aposentos incluso para comer. Alto y enjuto, de rostro habitualmente sombrío, cuando sonreía lo hacía con tal calor y encanto que toda su persona adquiría un cierto aire angélico, sí cabe imaginar un ángel calvo y aguileño. Pese a que apenas habíamos intercambiado algunas frases de cortesía, yo sentía por él una simpatía profunda, que con el tiempo se ahondaría. Me alegró sinceramente que el asunto de los jeroglíficos me diera ocasión de acercarme a él.

Aquella misma noche, después de cenar, Don Luis subió a su estudio, que estaba situado en uno de los desvanes, y le informó de la cuestión. No tardó en bajar, con muy buen semblante, y me dijo:

—Arreglado, Bartolomé. Sube cuando quieras, que mi tío está dispuesto a ayudarnos. Por mi parte, voy a acercarme a casa del carpintero Serrano, por ver si se avendrá a fabricarnos el altar, y cuánto pretenderá robarnos por ello.

La habitación que servía de estudio a Don Gaspar era muy espaciosa, pero estaba tan abarrotada de mapas, esferas, animales disecados, libros, útiles de alquimista, piedras raras y extraños artefactos, que producía una cierta sensación de agobio. Pero he de decir que se trataba de un agobio grato, al menos para mi gusto: odio las grandes estancias desnudas y vacías, pues me hacen pensar en la muerte. Aquella confusión, en cambio, me parecía poblada de presencias benéficas y de espíritus retozones. Junto a un gran ventanal, el único de la pieza, había un escritorio, y en él estaba sentado Don Gaspar cuando llegué, inclinando sobre un libro amarillento. Al pedirle permiso para entrar, levantó la cabeza y me sonrió amablemente, invitándome con un gesto a aproximarme. Hizo que me sentara a un lado y me dijo:

—Mi sobrino acaba de hablarme del asunto que os tiene ocupados. Está muy entusiasmado, creo que demasiado, y quiere que vos y yo colaboremos en esa descabellada fiesta, aderezando algunos jeroglíficos ingeniosos. Bien, bien. Yo estoy dispuesto a ayudar, porque me divierten estas cosas. ¿Qué pensáis vos?

—Ya lo sabéis, señor, pues sois persona discreta y no se os ocultará que no comparto el entusiasmo de vuestro sobrino. Pero le debo fidelidad y obediencia, ya que soy su criado, y pienso colaborar con él en esta ocasión. Sois muy amable ofreciéndome vuestra ayuda. Yo nunca he compuesto jeroglíficos, y menos inmaculistas, y quisiera que me orientais.

—Supongo que sabéis, Bartolomé —comenzó el anciano—, que un buen jeroglífico consta de dos partes: el cuerpo, que suele ser un dibujo o pintura, y el alma o lema que lo acompaña. Ambos deben ser misteriosos y relacionarse entre sí de manera aguda. Suele haber, además, unos versos que sirven de explicación y que dan la clave para entender el asunto. Es elegante que el lema vaya en latín, y podéis tomarlo de las Sagradas Escrituras o de los autores antiguos, pero yo os recomiendo lo primero.

—¿Qué clase de dibujos pondríais vos en una ocasión como ésta?

—El dibujo es lo que menos importa, amigo mío, y si no queréis fatigaros

demasiado, os aconsejo que copiéis algunos de los corrientes en tos libros de emblemas: la granada, que es fruta coronada y se presta a hermosas y elevadas comparaciones; el ave fénix, que renace de sus propias cenizas; el pelícano, que alimenta a sus crías con su propia sangre, desgarrándose el pecho con el pico; la salamandra, que arde sin sufrir daño y sin consumirse... Los hay infinitos. Lo esencial es ponerles un buen lema y unos versos adecuados. Incluso podéis permitirlos alguna ironía, pues es seguro que pocos se tomarán la molestia de descifrar cada jeroglífico y desentrañar su sentido. Por mi parte, puedo prestaros los libros de Ripa, Alciato, Orozco, Covarrubias, y hasta los de Horapolo y Polifilo, que he conseguido hace poco. Os los llevaréis a vuestro aposento y me los devolveréis cuando hayáis acabado el trabajo. Yo, de momento, no los necesito.

—Os lo agradezco infinito, señor —exclamé yo—. Seguiré vuestro consejo de poner los lemas en latín. Sólo veo la dificultad en los versos, pues a mal poeta no hay quien me gane.

—¿Y eso os preocupa? jamás vi un buen poema en un jeroglífico de circunstancias, mi buen amigo. Podéis permitirlos poner ripios e incluso vulgaridades, y creedme si os digo que de este modo los vuestros gustarán más, que la gente es grosera y de pocas exigencias incluso en la Universidad. Si me lo permitís, trataré de componeros un jeroglífico completo para que os sirva de modelo. Mientras, sois libre de curiosear mis libros y lo demás de esta estancia. Sé que sabéis apreciar tales cosas y que no las achacaréis a la locura, sino al afán de estudiar los secretos de la Naturaleza, vicio muy perseguido en estos tiempos en nuestra república, pero del que yo soy rendido esclavo, y creo que vos también.

Agradecí de todo corazón la gentileza y confianza del anciano, pues ardía en deseos de echar una ojeada a los libros. Así que me levanté del escritorio y me acerqué a las estanterías de las paredes. Había allí todo lo imaginable, incluso obras prohibidas, que el valiente caballero se había agenciado de alguna manera. Repasando los viejos y venerables volúmenes, que en ocasiones habían costado la vida a sus autores, sentí un gozo infinito, ya que muchos de ellos contenían en una sola frase más ciencia de la que yo había alcanzado a adquirir en años enteros de estudios en la Universidad. De pronto se me abrieron los ojos del espíritu y contemplé anonadado el abismo de mi ignorancia, y me enfurecí contra mis estúpidos y cobardes maestros, que se afanaban más en ocultar la verdad con sus patrañas que en poner alguna luz en nuestros pobres entendimientos. Hasta tal punto llegó mi turbación que en cierto momento pensé: «Vendería mi alma al diablo si con ello pudiera lograr la ciencia y entender la Naturaleza». Don Gaspar, como si yo hubiera pronunciado estas palabras en voz alta y él hubiera llegado a oírlas, se volvió hacia mí y preguntó:

—¿Decíais algo, Bartolomé?

Respondí que no y le expresé mi admiración por los tesoros que poseía.

—Los he acumulado con grandísimo esfuerzo, hijo mío —dijo, moviendo la cabeza pensativo—. Varias veces he sido acusado de tener libros prohibidos y canales para procurármelos, y he escapado por milagro de las iras del Santo Oficio. Digo por milagro porque, cuantas veces han venido a registrar mis aposentos, se han marchado sin hallar nada censurable, pese a que yo no escondo esas obras, que siempre han estado ahí, a la vista de todos. No parece sino que una mano invisible hubiera tapado sus ojos o cegado sus entendimientos. Aún no he logrado explicarme de qué modo he salido con bien de las infinitas ocasiones en que creí que iba a ser juzgado y

encarcelado. Tal vez algún espíritu me protege. Dios es infinitamente inteligente, Bartolomé, y sabe que el conocimiento no puede ser nunca pernicioso. El ha creado el entendimiento humano y es responsable de todo lo que éste produzca, sea o no agradable a los dominicos, al Papa, al Rey o al Santo Oficio. Aun cuando yo muriese en la hoguera, él me recibirá en su gloria.

Le di la razón con toda mi alma. Hasta entonces no se me había ocurrido pensar de ese modo, pero de repente había comprendido lo que Don Gaspar insinuaba, y aun más. Me dije: «Efectivamente, una mente infinita lo comprende todo hasta sus últimas causas, y todo, por consiguiente, lo admite, puesto que nada le es ajeno». Pero alguna duda debía de bullir en mi alma a estos respectos, pues recuerdo que, en mi ignorancia y mi ingenuidad, le pregunté:

—Entonces, señor, ¿qué papel juega, según vos, el diablo? ¿Acaso no inspira en nosotros ideas y pensamientos erróneos para conducirnos a la perdición?

Don Gaspar sonrió malicioso y su sonrisa reflejó una sabiduría que me pareció sobrehumana. Respondió con dulzura:

—¡Qué joven sois! Tenéis mucho que aprender, Bartolomé, aunque vuestro espíritu va bien encaminado por la vía del conocimiento de las cosas. Si deseáis alcanzar algún átomo de la sabiduría universal, debéis despojaros de vuestro maniqueísmo y abrir vuestra mente por completo. Eso place al Señor, aunque muchos crean, y pretendan hacernos creer, lo contrario. Más adelante tal vez os muestre algunos misterios que conozco, que disiparán vuestras dudas. Probablemente entonces alcanzaréis algo de paz y sabiduría, y os reconciliaréis con vuestro padre.

Sus últimas palabras me sobresaltaron. ¿Qué podía saber aquel hombre de mi padre y de mis problemas con él? Cuando se lo pregunté, contestó de forma harto vaga.

—No me preguntéis —dijo— cómo sé que vuestro padre vive y quién es, Bartolomé. Os prometo no revelar vuestro origen, si es eso lo que os preocupa, aunque, si yo tuviera un padre como el vuestro, me sentiría muy orgulloso y lo proclamaría a los cuatro vientos. Vos lo haréis más adelante, cuando comprendáis las cosas en toda su hermosa complejidad.

—¿Creéis —le pregunté, escandalizado— que las prácticas a que mi padre se entrega últimamente tienen algo de hermoso? ¿Y las gentes de que se rodea?

—Sí, Bartolomé —respondió—, todo ello es hermoso y revela en vuestro padre un ánimo valiente. Pero no hablaremos de ello mientras os obstinéis en manteneros en un punto de vista que, a mi entender, es erróneo y estrecho.

Viendo que la sabiduría de aquel hombre, aunque yo no llegara a comprender su alcance, era tan grande y parecía abarcar regiones de conocimiento que a mí se me escapaban, se me ocurrió preguntarle por Adrián, el joven que me había acompañado la noche del Villar de Malas, del cual hasta entonces nadie había sabido darme razón.

—Sí, le conozco —respondió Don Gaspar—. Tenéis suerte de haber dado con él, pues se trata de una persona cuya benéfica influencia puede abriros muchas vías. Más me agradaría veros en su compañía que en la del cabeza rota de mi sobrino Luis, de cuya amistad no podéis aprender gran cosa, aunque tampoco os perjudique. Tratad de conocer bien a Adrián y aprovechad sus enseñanzas, por raras que os parezcan.

—Es casi un niño... —apunté yo tímidamente.

—Precisamente por eso. Su espíritu es tan abierto y adámico como el de un niño, pero su sabiduría rebasa la de un anciano. Tiene también algo del oscuro conocimiento

de las cosas propio de las mujeres, mucho más penetrante que el de los hombres, aunque carezca de su claridad. La naturaleza de Adrián es buena, y aunque a veces dé la impresión de que se desvía por caminos sinuosos, ello es porque va en busca de respuestas a algunas preguntas que casi nadie formula, pero que penden sobre nuestras cabezas como amenazas.

Dicho esto, de lo cual apenas comprendí nada, se inclinó de nuevo sobre la mesa y continuó elaborando el jeroglífico que me había prometido, Yo, entre tanto, me dediqué a mirar otros libros y los animales disecados. Algunos eran de especies que yo desconocía y sus cuerpos parecían estar dotados de miembros que no eran los suyos naturales, sino injertados de otros. En una botella grande de vidrio verdoso había un feto humano muy desarrollado. Tenía la boca abierta y mostraba unos colmillos como de fiera, pese a que la salida de los dientes de los niños es bastante tardía. No me atreví a preguntar a mi mentor la causa de semejante deformidad, ya que le veía muy ocupado con el jeroglífico. Al cabo de poco rato, levantó la cabeza y me hizo acercarme, al tiempo que me tendía el papel en que había estado trabajando.

Había dibujado en él, con extraña perfección para el escaso tiempo que había invertido, uno de esos monos llamados cinocéfalos, mirando a una gran luna que comenzaba a ocultarse tras una nube oscura. El lema estaba tomado del Eclesiastés y los versos eran muy bellos, aunque herméticos.

—El cinocéfalo —me explicó— es fama que tiene temperamento religioso, y que la contemplación de la luna, a la que tiene por diosa, cura su ceguera. Lo utilizó como jeroglífico Horapolo, del cual lo tomó Horozco. En éste que os he hecho, aunque nadie lo entenderá así (pues lo he compuesto pensando en vos y no en el populacho), es símbolo de vos mismo. Recuperaréis la visión, amigo mío, contemplando la luna. El sol ciega nuestros ojos, aunque parezca iluminar las cosas. La suave luz de la luna desvela misterios y puede revelar lo que está oculto. Ahora, marchad a vuestro aposento con los libros que os daré y confeccionad los jeroglíficos de la fiesta. Ya sabéis cómo hacerlo.

Me despedí del anciano dándole las gracias con profunda sinceridad y emoción. Creo que él se dio cuenta de que no sólo le agradecía su ayuda en aquel asunto, sino, sobre todo, sus palabras y sugerencias. Salí de aquella estancia más puro y sereno de como había entrado, y además profundamente regocijado, porque al fin había encontrado un amigo en el que apoyarme y por el que dejarme guiar para salir del abismo de mi ignorancia.

VII

Blanca de Valdaure era la flor de la casa. Una flor de penumbra, pálida y carnosa como un pulpo. Tenía la piel muy blanca y fina, el pelo plateado y los ojos transparentes, de un hermoso color de aguamarina, aunque a veces parecían de turbio hielo o bien adquirirían la opacidad venenosa de las turquesas. Vestía siempre de blanco, por superstición onomástica, con telas riquísimas, y parecía un ser sobrenatural, aunque no un ángel —era demasiado gordezuela para eso—, sino más bien una santa que ocupara en el cielo una buena posición. Todo en ella era precioso salvo sus dientes, amarillentos con manchas negras, muy afilados y algo salientes; pero, cuando uno se acostumbraba a ellos, constituían un atractivo más de su linda persona. Pese a su aspecto resplandeciente y cándido, Blanca era mala como la sarna y muy dada a la lujuria. Se contaba que había hecho pasar bajo sus horcas caudinas a toda la nobleza de la ciudad, a pesar de lo cual un tropel de caballeros se disputaban su mano, pues, entonces como ahora, nadie hacía ascos a los cuernos, mientras fueran los de la abundancia. Pero Doña Blanca de Valdaure prefería su viciosa libertad de soltera rica y no deseaba complicarse la vida, de modo que los despedía a todos después de haberles librado del exceso de humores, pues nunca se negó a poner a las inflamaciones el remedio de su gran sanguijuela.

Aquella muchacha no respondía en modo alguno a mi ideal femenino, pero de su persona fluía tal magnetismo afrodisíaco que comencé a desear que combatiéramos en campo de plumas. Ella, por su parte, se fijó en mí desde el primer momento —era fama que no hacía ascos a un hombre por su condición humilde, en lo cual se mostraba tan democrática como la Muerte—. Aprovechaba la menor ocasión para echar un párrafo conmigo y me insinuaba mil travesuras que yo, en mi ingenuidad, no llegaba a comprender: sencillamente, esperaba una ocasión propicia para poseerla. Para que su retrato esté completo, diré que hacía muy buenas migas con la enana Rosamunda, que la seguía a todas partes como un perro y probablemente le servía de celestina.

La tarde en que estuve hablando con Don Gaspar, al salir de su estudio para dirigirme a mi aposento me tropecé con ambas por un corredor. Doña Blanca me miró con ironía mal encubierta por su sonrisa cándida, y me preguntó, con cierto dejo de rudeza en su voz meliflua:

—¿Venís de ver a mi pobre tío, Bartolomé?

—En efecto, señora —respondí un poco cortado, como si me hubieran sorprendido en una acción vergonzosa.

—Os aconsejo que no lo hagáis a menudo, amigo mío —replicó ella—. Mi tío está loco y pretenderá enredaros en sus misterios y malicias para indisponeros con otras personas de la casa que merecen vuestra fidelidad.

—Don Gaspar —exclamó la enana, guiñando sus ojillos pitarrosos— arderá como una tea el día menos pensado. El demonio se lo llevará arrastrándole de la lengua.

Aquellas palabras de una persona tan insignificante me parecieron sobremanera atrevidas y desvergonzadas, y tuve que reprimir un primer impulso de emprenderla a patadas con el monstruo. Me limité a despedirme de las mujeres con un frío saludo y a alejarme de ellas lo más rápidamente que pude.

Al día siguiente fui temprano a la Universidad, para mostrar a Dom Baltasar los jeroglíficos que ya tenía compuestos, pues había pasado gran parte de la noche trabajando con los libros de Don Gaspar y había terminado cuatro de ellos. El dómine me recibió con afabilidad y los estudió atentamente.

—Muy bien, muy bien —dijo—. Lástima de trabajo desperdiciado en estos turbios e inútiles menesteres. Sois muy ingenioso y vuestros bosquejos revelan gran destreza y un buen manejo de las fuentes clásicas de los emblemas. Los lemas me parecen bien elegidos. Os confieso, Bartolomé, que lo que más me agrada de estos jeroglíficos es su ambigüedad. No habéis traicionado nuestras enseñanzas tomistas, pues de ellos no se desprende un inmaculismo fanático, sino una elegante concesión a las circunstancias. Podéis continuar como hasta ahora. ¿Cuándo tendréis a punto los restantes?

—Calculo que dentro de dos o tres días, padre —respondí—. Pero si consideráis que debo apresurarme más, lo haré.

—No es necesario, no es necesario, hijo mío. El altar ni siquiera ha comenzado a construirse. Aquí tengo los bocetos: vedlos.

Dom Baltasar había volcado en los dibujos del altar pretendidamente inmaculista todo su ingenio, ideando unas estructuras de tan ambiguo significado como el de mis jeroglíficos, pero que podían hacernos quedar en buen lugar.

Cuando salía de la Universidad para dirigirme a casa, tropecé en la calle con Adrián. Al principio no le reconocí, porque iba muy arrebujaado en su capa, aunque no hacía frío, y el chambergo ocultaba y ensombrecía sus delicadas facciones. Se plantó ante mí, descubriéndose, y me saludó con una encantadora reverencia. Estaba tan lindo que parecía una muchacha disfrazada.

—¿Cómo estáis, Don Bartolomé Perazas? —preguntó con voz de falsete— ¡Hace una eternidad que no nos vemos!

—Me alegro muchísimo de encontraros —exclamé yo, alborozado—, podéis creerme. Estaba deseoso de poder agradeceros que aquella noche en el Villar me guiaseis con tan buen tino, si es que todo no fue un sueño...

—Fue un sueño y no lo fue. Eso no importa mucho, si vos disfrutasteis. A menudo, las emociones que los sueños desencadenan en nuestro espíritu son más intensas que las que nos proporciona la pobre y mezquina realidad, si es que hay algo que responda a tal nombre. ¿Tenéis prisa?

—No demasiada, señor —respondí—. Estoy ocupado con los jeroglíficos de la fiesta de la Inmaculada, pero todavía hay tiempo.

—En tal caso, acompañadme, si gustáis. He de hacer una visita, y luego podemos tomar un trago en un lugar que os agradará.

—Con mucho gusto, señor, pero no quisiera servir de molestia. Sí habéis de hacer esa visita, tal vez sea mejor que os espere en algún sitio.

—Nada de eso, amigo mío. Me interesa que vengáis conmigo: conviene que vayáis conociendo a la gente interesante de la ciudad, además de las sabandijas que se arrastran por ella. Hablando de sabandijas, ¿qué tal os lleváis con la enana del palacio de Valdaure?

—Sí he de seros sincero —contesté—, os diré que me causa una terrible repugnancia y que me parece muy peligrosa, aunque no sé por qué. Creo que siente aversión hacia mí, no menor que la mía hacia ella.

—Bien, bien —dijo Adrián—. Las almas contrarias se intuyen hasta lo hondo, y

suele nacer en ellas un odio recíproco y saludable. Tenéis razón en considerar a esa mujer peligrosa. ¿Qué tal os sienta la primavera?

El brusco giro de la conversación me desorientó, pero me resultó muy agradable. Caminamos despacio, hablando de la primavera y de sus efectos sobre cada uno de nosotros. La conversación de Adrián era deliciosa, porque la conducía con graciosa volubilidad y la esmaltaba de una cierta poesía natural que revelaba un gran dominio del arte del diálogo, de modo que lo que parecía espontáneo se revelaba al buen observador como fruto de un refinado artificio.

Me condujo por calles que yo no conocía y que poseían un encanto extraño al espíritu de la ciudad, como si no pertenecieran a ella, sino a otra diferente y lejana. Como en la noche del Villar de Malas, me daba la impresión de que nos habíamos salido de la esfera de la realidad y nos hallábamos en un mundo ligeramente diferente, como si, habiendo traspuesto el marco del cuadro de un gran maestro, deambuláramos por un paisaje pintado. Incluso la luz que envolvía las casas y las calles era más dorada de lo acostumbrado, un poco espesa, como la de la pintura al aceite.

Estuvimos andando largo rato, pero —como en la ocasión de la aventura nocturna— no sentía la menor fatiga, sino todo lo contrario, una gran frescura y ligereza en mis miembros. Hubiera permanecido paseando con Adrián toda la eternidad, pues, a medida que el tiempo transcurría, mi bienestar aumentaba. Mi alma se iba abriendo y se llenaba de una suerte de calma y de rara alegría.

Nos detuvimos ante una casa enorme y oscura, cuya puerta tenía herrajes de bronce en forma de punta de diamante. La aldaba era de dimensiones descomunales y figuraba una mano de líneas muy delicadas, que sostenía un corazón de cobre rojo. Adrián la levantó con suma facilidad y dio con ella tres golpes secos, que retumbaron como truenos. Las hojas se abrieron y penetramos en el interior, sin encontrar a nadie en el zaguán, de modo que me dio la impresión de hallarme en una casa embrujada, habitada por espíritus.

Adrián levantó, sin el menor esfuerzo aparente, una gruesa losa del patio, que tenía una argolla de hierro en un extremo, y descubrió una escalera que descendía empinadísima y se hundía en las tinieblas. «Por todos los diablos», pensé yo, «ya tenemos otra vez escaleras y oscuridades apocalípticas. Dios sabe lo que nos aguarda ahí abajo.» Adrián pareció oír mi pensamiento, porque, emitiendo una risilla ahogada, se volvió hacia mí y me dijo:

—No os extrañéis, Bartolomé. Mientras seáis amigo mío, las escaleras no os abandonarán y las encontraréis a cada paso. Haced cargo de que de alguna manera hay que salvar los desniveles de la tierra.

Me hice cargo —¿qué remedio me quedaba?— y comencé el descenso tras mi joven mentor, que bajaba con rapidez endiablada, emitiendo alegres risas y frases de amable burla y de aliento. Al cabo de un rato, las tinieblas se fueron aclarando, lo cual me resultaba muy extraño, pues la profundidad a que nos encontrábamos debía ser ya tremenda. Finalmente, fuimos a parar a una especie de desván subterráneo —no hallo palabras más apropiadas para referirme a aquella estancia misteriosa—, iluminado por los rayos del sol, que penetraban por un gran ventanal. Aquel fenómeno escapaba a mi comprensión.

De espaldas a la luz había un hombre, sentado ante una mesa grande y oscura. Estaba inclinado sobre un libro muy grueso que reposaba en un atril de oro, el cual brillaba como si fuese de luz viva, pese a hallarse a contraluz.

Es difícil explicar la sensación que me produjo la visión de aquel hombre. La luz de la ventana le nimbaba de oro, rodeándole de un halo glorioso, y, al darle por la espalda, ocultaba sus facciones, diluyéndolas en una suave penumbra. El contorno de su cabeza parecía arder.

Nuestra presencia no logró sacarle del ensimismamiento de su lectura, y no nos hizo el menor caso. Adrián me dijo al oído:

—Bartolomé, voy a acercarme a él para hablarle. Creo que será mejor que vos permanezcáis aquí, junto a la escalera, y me esperéis. No tardaré.

Asentí en silencio, muy impresionado por la majestad del hombre y por la belleza de aquella escena, modelada por la luz de manera tan extraña que la hacía parecer un cuadro de Rembrandt. Adrián se acercó a la mesa lentamente e hizo una profunda reverencia. El hombre, entonces, levantó la cabeza, pero no pude ver sus facciones, pues al moverse dejó pasar un rayo de sol, que dio directamente en mis ojos y me cegó por un momento. Cuando recuperé la visión, el hombre había agachado de nuevo la cabeza y parecía estar buscando algo en su libro. Adrián esperaba en pie ante la mesa, en actitud respetuosa y grave. Luego cambiaron algunas palabras en voz muy baja, y mi amigo señaló hacia mí con la mano. El hombre me miró, pero el rayo de sol me cegó de nuevo, impidiéndome ver su rostro. Cuando bajó la cabeza otra vez, vi que cogía una gran pluma negra y que, mojándola en un tintero de oro, escribía algo en el libro, o más bien trazaba una línea, pues su mano no realizó el arabesco de la escritura, sino que se movió secamente en una sola dirección. Juraría que lo que hizo fue tachar o subrayar algo. Después cerró el libro y despidió a Adrián con un gesto de la mano, fina y enguantada de negro como la de mi amigo. Sin condescender siquiera a dirigirme una mirada, se sumió de nuevo en la lectura.

Cuando Adrián vino hacia mí, su rostro resplandecía, como si la luz del ventanal fuera polvo de oro y se hubiera adherido a su piel. Tenía en sus bellos ojos de azabache una mirada ligeramente aterrada, pero inundada al mismo tiempo de un gozo indecible. Me tomó por el hombro y comenzamos la ascensión en silencio, penetrando al poco rato en las tinieblas. Fuimos a salir al patio de la casona y mi amigo colocó la losa en su sitio.

Puede que parezca extraño, pero no hice a Adrián ninguna pregunta sobre lo que habíamos visto; él, por su parte, no mencionó nada ni dio explicación alguna.

—¡Vayamos a divertirnos, Bartolomé! —dijo al cabo de un rato—. Nos lo hemos merecido. Si lo deseáis, os llevaré junto a una dama que se muere por volver a veros y cuya compañía nos hará pasar un rato agradable.

Imagué que se refería a la beldad que había poseído en el Villar hacía algunos meses, y asentí encantado. La verdad era que había pensado muchas veces en ella y añorado su silenciosa compañía y su amor maravilloso.

Adrián me condujo a un palacio que yo nunca había visto, pese a que al parecer se hallaba en pleno corazón de la ciudad, junto a la plaza del Mercado, en un lugar por el que había pasado cientos de veces y que no se encontraba lejos de la Universidad. Era mucho más grande que el de Valdaure y de un lujo más propio de los bárbaros de Oriente que de cristianos.

En una sala magnífica, abierta por uno de sus lados a un jardín y sostenida por columnas salomónicas de mármol rosado, yacía sobre un mar de almohadas de seda y raso la muchacha que yo ya conocía, tan desnuda como en la ocasión anterior, y con el mismo collar de perlas rosadas enredado en sus miembros como la cadena de una

esclavitud fastuosa. La cabellera rojiza y pesada, sabiamente dispuesta en docenas de trenzas y tirabuzones entreverados de ajófar, se derramaba hasta el suelo, formando en él un remanso de sangre dorada. Tampoco esta vez desplegó los labios más que para reír. Sin embargo, no daba la impresión de ser muda, sino de estar condenada al silencio por algún oscuro sortilegio. Nos recibió con una sonrisa encantadora, más elocuente que mil palabras, y nos besó a ambos en la boca, indicándonos después con un ademán unos cojines para que nos recostáramos frente a ella. Luego dio una palmada que hizo surgir de algún sitio a una negra bellísima, desnuda como ella y muy acicalada con brazaletes y collares de turquesa, que contrastaban hermosamente con su piel oscura y reluciente. Llevaba en las manos una gran bandeja de oro con frascos y copas tallados en cristal de roca. Tras habernos ofrecido agua perfumada en aguamanil de oro para que nos laváramos las manos, nos sirvió licores fuertes y muy dulces, cuyo sabor hacía surgir en la imaginación una ola de imágenes plácidas y sombrías, ligeramente sangrientas. Trajo también un cuenco de plata lleno de dátiles gruesos, transparentes como gotas de ámbar, rezumantes de almíbar. Luego se fue, tan silenciosa y sonriente como vino, dejando tras de sí una estela de aroma de sándalo.

Nos quedamos a solas con nuestra anfitriona, cuyos preciosos ojos de azabache, semicerrados, nos escrutaban con mirada perezosa, como esperando que habláramos. Adrián rompió el silencio, diciendo con voz dulce:

—Confesad, Bartolomé, que esta casa es más grata y rica que la de Valdaure, y que en ella el espíritu y el cuerpo hallan mejor acomodo.

—Desde luego, señor —respondí yo, que creía encontrarme en un raro paraíso—, Y las personas que la habitan, mucho más amables. ¿Es vuestro el palacio?

Mi amigo no contestó inmediatamente a la pregunta y pareció dudar, como si no estuviera seguro de la respuesta. Acarició con su fina mano enguantada sus pesados rizos rojos, y su ademán hizo que tuviera yo más que nunca la impresión de que era una muchacha disfrazada. El surtidor del jardín murmuraba dulcemente, y el licor violeta de mi copa fulgía como una piedra preciosa. Al fin dijo:

—Sí, sí, es mío, pero también vuestro, puesto que sois mi amigo. Me gustaría que vinierais a vivir conmigo y con ella —señaló a la joven, que parecía algo adormilada—, pero todavía no es tiempo. De momento, debéis permanecer en el palacio de Valdaure, pues hay una persona cuya compañía necesitáis.

—Os referís, sin duda, a Don Gaspar, el tío de mi amo...

—En efecto.

—Ayer me estuvo hablando de vos, y muy elogiosamente, por cierto. Yo apenas le conocía, pero sostuve con él una conversación de la que aprendí muchas cosas.

—Lo creo —repuso Adrián, sonriendo—. Don Gaspar es sabio, aunque la excesiva amplitud de su pensamiento le haga confundir en ocasiones ciertos extremos que deben quedar bien separados. ¿Cómo van nuestros jeroglíficos?

—¡Oh, muy bien, señor! Estoy contento, pues Dom Baltasar de Castillejo ha alabado su ambigüedad. Decidme, Adrián, ¿qué os parece la fiesta que se prepara en la Universidad?

—Me parece —contestó con un dejo de ironía— tan incongruente como a vos. Sin embargo, pienso que es muy humana... La naturaleza de los hombres está regida por la contradicción, no lo olvidéis. En ello reside su grandeza y su miseria. Si tenéis esto en cuenta, comprenderéis mejor todas las cosas. ¿No os parece todavía más estúpido el hecho de que un hombre como Don Gaspar de Valdaure sea tenido por loco y hereje

precisamente por quienes son realmente locos, amén de estúpidos? Y, sin embargo, es un hecho. No deis excesiva importancia a esa fiesta ni os obsesionéis con coherencias dominicanas, querido amigo. Todo eso, en el fondo, carece de interés.

Comprendí que tenía razón y me sentí un poco avergonzado por haber sacado a colación un asunto tan nimio y rancio en aquel ambiente paradisíaco. ¿En qué quedaban, al fin y al cabo, mis problemas de conciencia sobre una fiestecilla religiosa, en medio de aquel lujo de dioses, en aquel palacio de Venus, frente a aquella odalisca desnuda y aquel joven burlón, que sabía de la vida y poseía la belleza y la gracia de cuerpo y espíritu? Me di a mí mismo la sensación de ser un frailuco ridículo enfrentado con una divinidad pagana, tratando de exponer ante ella dudas minúsculas y problemas estrechos y miserables de convento de aldea. Adrián pareció leer en mis pensamientos —tal vez los leyó en mi rubor—, pues añadió para reconfortarme:

—Sin embargo, me parece bien que os preocupéis por esas cosas. Ello revela que sois puro y fiel a vuestras ideas, aunque sean un poco trasnochadas. Y ahora os dejo, amigos. He de marcharme. Vos, Bartolomé, permaneced con ella todo el tiempo que gustéis.

La muchacha me puso la mano en el hombro, como si quisiera retenerme a su lado, de modo que me quedé a hacerle compañía. Y a fe que no tuve de qué arrepentirme, pues, siempre en silencio, me hizo traspasar dos veces el umbral del paraíso.

Regresé tarde al palacio de Valdaure y me abrió la enana, lo cual me produjo hartazgo, pues, pareciéndome que volvía del cielo, su vista hizo que me reconociera de nuevo en algún círculo de los infiernos. Me miró con sonrisa reticente y maliciosa, como de costumbre, y dijo:

—¡Qué hora traéis, Don Bartolomé, y qué cara de fatiga! Las ojeras os llegan hasta la gorguera. ¡Hay que ver cómo chupa la sangre a los jóvenes la Universidad y sus trajines!

—De mis horas y mis asuntos, Rosamunda —respondí yo, muy picado—, sólo he de dar cuenta a mi amo.

Ella rió, emitiendo un ruidillo de rata, y me franqueó la entrada. Crucé el umbral como alma que lleva el diablo, subí a mi aposento y me encerré en él. En un santiamén me desnudé y me metí en la cama, muerto de fatiga pero dichoso. Quedé dormido al instante y soñé que subía al cielo por una escalera de zafiro, en lo alto de la cual se hallaba la muchacha del palacio de Adrián, coronada de estrellas, con la luna a los pies y rodeada de letras de fuego o luz que decían: PULCHRA UT LUNA, y de algunos caracteres hebreos que no pude descifrar. Una voz ronca y diabólica pronunció la siguiente frase: «Esta es la Inmaculada Concepción, y su augusta hermosura resplandece en la noche». Enseguida se oyeron unos golpes terribles, que resonaron en mi cabeza. Me desperté bruscamente, muy agitado y tembloroso, pero los golpes continuaban sonando. Confusamente reparé en que alguien los daba en mi puerta y, encomendando a todos los diablos a quien tal hacía, me levanté medio desnudo y abrí. Estuve a punto de desmayarme de la impresión: en el umbral se hallaba Rosamunda, en camisa de noche. Llevaba en la mano una palmatoria, la luz de cuya vela, dándole desde abajo, trazaba sombras pavorosas en su rostro repulsivo. Su cara parecía la de un cadáver medio descompuesto, surcada por una sonrisa sardónica de increíble maldad.

—Buenas noches, Don Bartolomé —dijo con voz burlona—. Hay aquí una persona que desea veros.

—Estas no son horas de ver a nadie —repliqué yo, muy irritado—, de modo que vuélvase vuesa merced a la cama y no me moleste más.

—No sabéis lo que decís, amigo. Recibid a esa persona sí no queréis veros en la calle ahora mismo. ¿La hago pasar?

—Está bien, está bien, no pienso discutir con vos toda la noche. Hacedla pasar sea quien sea, y veamos de qué se trata —dije yo, bostezando.

Me acerqué a tuestas a la mesa, por encender la luz. Mientras, la enana se apartó de la puerta y dejó pasar a una figura muy tapada, arrebujaada en un gran manto oscuro, la cual entró en la pieza y cerró tras de sí.

Luego, volviendo el rostro en sombras hacia mí, dijo:

—Acostaos, señor, y no os preocupéis de mi presencia.

De momento no reconocí la voz de la mujer, aunque sonó en mis oídos con un timbre familiar. Por otra parte, estaba tan molido, y a la vez tan harto de soportar las extravagancias de aquella casa, que decidí, contra todas las reglas de la cortesía, hacer caso de las palabras de mi extraña huésped y seguir durmiendo como si estuviera solo, sin preocuparme de averiguar si era princesa o vampiro. De modo que me metí en la cama y apagué la vela y me volví hacia la pared como tenía por costumbre. Pero, al cabo de un momento, sentí que el lecho se movía por el peso de algo que se deslizó dentro de él suavemente. Me volví y palpé en las tinieblas un cuerpo grande y carnoso, al tiempo que me sentí ahogado por un abrazo vehemente y por una fuerte vaharada de olor a hembra. Un nombre estalló sin ruido en mi mente: DOÑA BLANCA, y pensé: «Buena la has hecho, Bartolomé Perazas: esta señora viene con la cesta abierta y tendrá que marcharse de vacío, porque ya no te quedan huevos».

¿Qué podía hacer yo para contentar a la dama, después de haber entregado todos mis dones a otra aquella misma tarde dos veces? No teniendo nada sustancioso que ofrecerle, su contacto, con el que tanto había soñado, se me hacía desagradable. Ella intentó varios juegos, algunos ciertamente atrevidos, para hacerme reaccionar, y me susurraba al oído con voz melosa grandes atrocidades que hubieran hecho sonrojar al mismísimo portero del Villar de Malas, pero yo estaba frío como una monja muerta y no le respondía como debiera. Al reparar en que todo era inútil, se apartó de mí y, tendida de bruces a mi lado, comenzó a llorar y a cubrirme de ásperos denuestos, que yo merecía o no según se mirara, pero que desde su punto de vista estaban más que justificados. Finalmente, tuve que sanar su mal por imposición de manos, lo cual la calmó un tanto y trocó su llanto en risas y retozos. Casi al alba, mediana y trabajosamente satisfecha, se marchó, arrebujaando de nuevo sus desnudeces en el oscuro manto. Pasé las pocas horas siguientes durmiendo como un leño, sin soñar absolutamente nada.

VIII

Los días que siguieron fueron de febril actividad en la Universidad. Las lecciones se suspendieron, y todo el mundo puso manos a la obra en la confección de altares y adornos para la fiesta. Los Maestros de Sintaxis y Prosodia, ayudados por sus estudiantes, elevaron en medio del patio grande un enorme monte de cartón que representaba el Parnaso. Habían encargado a hábiles artífices unos muñecos con la figura de Apolo y las Musas, que situaron en la falda del monte. En lo alto pusieron otra imagen, con la apariencia de la Aurora, pero no desnuda, como la figuran los poetas y pintores, sino cubierta con una túnica blanca y un manto azul, pues representaba al mismo tiempo a la Inmaculada Concepción. Debajo, un Pegaso de bulto, perfectísimamente imitado, parecía disponerse a remontar el vuelo hacia ella. Los Gramáticos estaban justamente orgullosos de su altar, pues realmente era muy hermoso y de hechura admirable. He de confesar que resultaba mejor que el nuestro, pero me repugnaba en él aquella mezcla de asuntos de la mitología y la religión, pues la imagen de la Virgen, que al mismo tiempo era la Aurora y que llevaba el rótulo de *Aurora gratissima Musis*, me parecía totalmente indecorosa.

Los de la Facultad de Leyes alzaron un altar pretencioso y complicado, lleno de extraños símbolos e inscripciones propias de su profesión. Creo que con toda aquella fábrica cuajada de personajes bíblicos y de animales extraños, pretendían ilustrar la pureza de la Concepción de María, tomando como base no sé qué sentencia o ejemplo de Justiniano. Los demás altares, incluido el nuestro, carecían de peculiaridades dignas de mención.

Los Maestros y estudiantes adinerados se procuraron gran cantidad de riquísimas colgaduras de terciopelo de distintos colores, y frescos tapices que parecían recién salidos del taller de algún gran artista de Flandes. Toda la Universidad quedó cubierta, por dentro y por fuera, con estos adornos, que ostentaban en tarjas prendidas a las telas jeroglíficos más o menos ingeniosos. Algunos me parecían groseros y ridículos, bien por la torpeza de su dibujo, bien por la escasa agudeza de su motes y versos, o, simplemente, porque estaban concebidos de manera harto vulgar, como por gente del pueblo y no por Maestros y estudiantes de la Universidad.

Una tarde en que ya estábamos dando remate a los adornos, a fin de tenerlos dispuestos para el día de la fiesta, que estaba muy próximo, ocurrió un incidente que estuvo a punto de acabar en batalla campal. Fue ello que a un antitomista que se las daba de gracioso y agudo, se le ocurrió decir una chanza a Dom Baltasar de Castillejo sobre la coherencia de los tomistas en sus ideas sobre la Concepción Inmaculada de la Virgen. Un estudiante de la hueste tomista que se hallaba cerca, tomó aquello por ofensa gravísima y le replicó ásperamente que se metiera en sus asuntos, no fuera a ser que le hiciera tragar el martillo con el que estaba dando los toques finales al altar. Se enzarzaron ambos en una discusión que no presagiaba nada bueno, y muchos estudiantes de ambos bandos acudieron, atraídos por un alboroto que prometía gran diversión. A la discusión siguieron los insultos, y a éstos los golpes.

Don Luis y yo, que nos hallábamos en la taberna de Felipe Carnero, fuimos avisados de la batalla campal que se estaba gestando y acudimos volando a poner paz,

pero ya era demasiado tarde. Cuando llegamos, reinaba en el patio una confusión indescriptible. El suelo estaba sembrado de bonetes y jeroglíficos pisoteados; jóvenes y viejos se atizaban fuertes golpes con libros y otros instrumentos más contundentes. Pese a que las armas estaban rigurosamente prohibidas, salieron a relucir algunas espadas y puñales, y hubo heridos de consideración. Dom Baltasar gritaba como un poseso, encaramado a un taburete. Al fin, acudió el Rector con algunos bedeles y alguaciles y hubo de poner fin a la contienda a base de repartir —y recibir— abundantes mamporros. Los bedeles se llevaron a los combatientes más rebeldes a que meditaran sobre los hechos en el calabozo del Estudio. Se impusieron fuertes multas a todo bicho viviente, incluido Don Luis, que no había participado en nada y que además resultó con una ceja partida al intentar defender al pobre Dom Baltasar.

Cuando el campo de batalla comenzó a despejarse, se levantó un viento fortísimo, seguido de una nube negra que se situó justamente encima de la Universidad. Hubo un trueno colosal, prelude de un violento chaparrón de primavera, que arrasó los adornos que la furia del combate había respetado. Al cabo de unas horas, todo aquello presentaba un aspecto lamentable. No quedó un solo altar en pie. Las colgaduras, embarradas y hechas trizas estaban en su mayoría caídas en el suelo. Los jeroglíficos se mojaron y se echaron a perder.

Hubo que limpiar los patios y reconstruirlo todo, y tal mañana nos dimos que al cabo de dos días los adoraos y altares estuvieron de nuevo en su sitio como si nada hubiera ocurrido.

La víspera de la fiesta tuvo lugar su publicación por la ciudad, que consistió en una procesión de carros triunfales que costaron carísimos. Eran semejantes a los del Corpus, y uno de ellos, prestado por los Jurados, solía exhibirse precisamente en tal fecha. Fue necesario gastar grandes sumas en trajes y máscaras, pues en los carros iban numerosos estudiantes disfrazados de musas, moros, gitanas, ángeles y otros personajes. A mí me ofrecieron salir en uno de ellos, pero me negué en redondo, pese a la insistencia de Don Luis, que me ofreció correr con los gastos del disfraz. El sí se disfrazó, de musa Talía, y no puedo negar que tenía un aspecto imponente, con su bigote rojizo, que no quiso afeitarse para la ocasión.

El día de la procesión pretexté un ligero trastorno para poder quedarme en casa y no verme obligado a asistir a aquella mascarada, que me parecía ridícula y oprobiosa. Cuando ya Don Luis, que no creyó mi excusa y estaba algo mohíno conmigo, se hubo marchado, y yo me veía libre de todo aquel jaleo, recibí un billete, que me trajo a mi habitación Don Jacinto, el otro enano de la casa, y que decía:

«Querido amigo: no seáis tozudo y remolón y venid a presenciar el desfile de la Universidad. Os aseguro que será cosa notable, que merece verse. Os espero en la taberna de Carnero.

«Vuestro

ADRIÁN»

Pidiéndomelo Adrián, no podía negarme, de modo que, aunque no de muy buen talante, me vestí y acudí a la cita. Cuando llegué a la taberna, él ya me estaba esperando en la puerta, y tras saludarme cordialmente me arrastró hacia la plaza de la Universidad.

Realmente, el tumulto que allí reinaba era digno de verse. Los carros estaban

situados según su orden de marcha, y sus personajes comenzaban a ocuparlos, armando un alboroto de todos los diablos. A su alrededor, decenas de estudiantes ricos y nobles, montados en soberbios caballos y vestidos con riquísimas galas y curiosas máscaras, daban vueltas, esperando ponerse en marcha. Los Maestros y Catedráticos vestían los colores de sus respectivas Facultades. Estaban todos menos Dom Baltasar de Castillejo, que, a raíz del sofocón que le produjo la contienda de los días pasados, se hallaba enfermo o lo fingía.

Vi en medio del tumulto a Don Luis, vestido de musa, trepar al penúltimo carro, y a mi paisano Pedro Pardillo, de gitana, aísiguiente. Músicos innumerables afinaban sus instrumentos, contribuyendo a la algarabía general. El Rector, magníficamente vestido, daba órdenes con gran acaloro, aunque sin perder su aire digno. Mostraba todavía un ojo morado y una ceja hinchada.

Al poco de estar mirando aquel pandemónium, vimos aparecer por el callejón de los Infantes a unos hombres portando unos sacos que, cosa asombrosa, rebullían como si estuvieran embrujados o fueran seres vivientes. Cuando llegaron cerca de los carros, los abrieron y fueron sacando de ellos multitud de perros y gatos, atados para que no pudieran escapar, y los colocaron en el primero de ellos. Con infinitas precauciones, ataron a los animales en parejas de distinta especie por los rabos, y los dejaron en el carro. Las pobres bestias rabiaban al verse juntas y amarradas, y se arañaban y mordían ferozmente. No comprendí qué significaba todo aquello ni de quién era semejante idea, y se lo pregunté a Adrián, que me respondió, muy divertido por mi ignorancia:

—Se nota, Bartolomé, que no sois perito en cuestiones carnavalescas. Es costumbre en todo Carnaval atormentar gatos y perros de distintas maneras, bien atándoles mazas a los rabos, bien manteándoles o haciendo con ellos otras crueldades, de lo cual el populacho obtiene motivos de risa y algazara. A nuestro Maestro de Cánones, que tiene un punto de populachero, se le ha ocurrido la fantástica idea, que ha mantenido en secreto, de poner en práctica esta vieja costumbre, pero a lo grande, y ha inventado el carro de los perros y los gatos atados por las colas. Ya veréis el éxito que tendrá su intervención, aunque las pobres bestias acaben despedazándose entre sí.

Vinieron más enmascarados y una gran caterva de estudiantes disfrazados de locos, que se situaron en el segundo carro.

—Fijaos bien en la sucesión de los carros —dijo Adrián, con cierto tonillo de pedagogo—: los dos primeros, el de los animales y el de los locos, son propios del Carnaval. Luego sigue uno de lo que los sacerdotes y estudiosos llaman «mujeres fuertes», que son las principales heroínas del Antiguo Testamento (algunas ciertamente bárbaras), y que corresponde a la Facultad de Medicina. El cuarto es de los Ángeles, de los tomistas, en el que vos no habéis querido participar; aquel fornido mocetón que hace de Arcángel Gabriel usurpa el puesto que os correspondía. El quinto, lleno de rarezas y símbolos mostrencos que nadie entenderá, es el de Leyes. El sexto, de turcos. El séptimo, de gitanas, y a fe que no me explico qué quiere decir con él el Catedrático de Teología. En el octavo hay una danza de paloteado, que si no me equivoco patrocinan los antitomistas y con el cual sin duda aluden a la batalla del otro día. El noveno trae a Apolo y las Musas, y allá va muy galán Don Luis, de Talía, que no sé cómo el Rector no le ha hecho afeitarse los mostachos; supongo que será porque en el Carnaval todo está permitido. En el último, que es el que la Universidad ha recibido en préstamo de los jurados, va la imagen de la Purísima, rodeada de santos y mártires.

Aunque yo ya sabía todo aquello, escuché con gusto las explicaciones de Adrián, y cuando hubo acabado su retahíla, comenté:

—¡Qué mezcla de cosas ridículas y sagradas! ¡Poner perros y gatos mordeándose junto a una imagen de Nuestra Señora, y además todos esos locos, moros, gitanas...!

—En este mundo todo está muy mezclado —repuso Adrián, que parecía muy divertido—: lo sagrado y lo profano, lo alto y lo bajo. No somos ángeles. ¿Acaso cuando más concentrado estáis en una plegaria en la iglesia no viene a sacaros de vuestro recogimiento en alguna ocasión un rizo de la nuca de la mujer que está arrodillada en el banco delantero al vuestro, o un revuelo de faldas o un pequeño insecto que se arrastra por el suelo? Eso es inevitable, ya que estamos en este mundo y no en universos coherentes, como el cielo o el infierno. Aquí todo se mezcla y todo vale, como en el Carnaval. ¿Cómo no gustar del Carnaval, si es un espejo de nuestra propia vida?

—Tenéis razón, Adrián —concedí yo, pero objeté—: Sin embargo, en vuestro palacio todo es de una belleza sin mácula, todo grande y hermoso, y tan puro y acorde consigo mismo que parece irreal. ¿Cómo explicáis esto, si es de este mundo?

—Permitidme que no os conteste de momento a esa pregunta, amigo —respondió, algo contrariado.

Mientras andábamos metidos en tales pláticas, sonó una señal de trompeta y la procesión se puso en marcha pesadamente. Eran las tres de la tarde. Las calles estaban abarrotadas de gentes deseosas de divertirse contemplando el alegre espectáculo de aquel desfile burlesco y sacro. Adrián y yo fuimos siguiendo su recorrido sin perdernos detalle. Cuando, en pos del primer carro, llegamos al palacio de los Virreyes, que se encontraba en el otro extremo de la ciudad, nos dijeron que el último aún no se había puesto en marcha y que permanecía esperando su turno en la plaza de la Universidad: tal era la desmesurada longitud del cortejo. Se tardó varias horas en dar la vuelta completa, y el regreso al punto de partida hubo de hacerse a la luz de miles de antorchas, pues la noche había caído ya.

Una vez llegados a la Universidad, se organizó para Maestros y estudiantes una cena pantagruélica en medio del patio, pese a que hacía algo de frío. Todos se sentaron en largas mesas que rodeaban el claustro, vestidos todavía con las máscaras y disfraces. Yo no tenía muchos deseos de quedarme y hubiera preferido volver a casa a leer y descansar, pero mi amo me rogó que le acompañase y no tuve más remedio que sentarme a su lado y participar en el banquete, y no me pesó, porque fue espléndido. He de decir que en aquella ocasión no se mezcló lo sagrado con lo profano, pues todo fue profano y mucho, lo cual me alegró infinitamente. En aquella etapa de mi vida, la búsqueda de la coherencia de las cosas era una manía que me hacía experimentar reacciones y sentimientos completamente ridículos.

Volvimos al palacio de Valdaure a las tantas de la madrugada, muy bebidos y cansados por el ajetreo del día. Don Luis llevaba la túnica manchada de vino y la corona de laurel ladeada. Había perdido el escaso aspecto de musa que tuviera por la tarde y parecía un Trimalción juvenil.

IX

La desangelada aventura sucedida la noche en que Doña Blanca tuvo la infausta ocurrencia de hacerme aquella visita, trajo algunas consecuencias desagradables, como no podía dejar de suceder. Siempre que una persona defrauda de alguna manera a otra rica y poderosa, que se siente desairada por ella, debe esperar un golpe fuerte y bajo.

Bajo y bien bajo fue en esta ocasión el golpe, pues me lo asestó la enana, la cual vertió en los oídos de Doña Mariana ciertas calumniosas especies contra mí para perjudicarme, en el sentido de que había yo tratado de abusar de Doña Blanca, cuando en realidad había sucedido, en rigor, todo lo contrario. Doña Mariana, muy puesta en el papel de madre, aunque sabía de qué pie cojeaba la hija, me llamó a su terrible presencia y afeó mi pretendida mala conducta, tachándome de desagradecido y otras cosas totalmente injustas. Yo nada dije en sustancia en mi descargo, pues defenderme con la verdad hubiera sido un escándalo, y además nadie me hubiera creído; así que opté por negar simplemente la acusación, achacándola a un error de quien hubiera informado a la señora.

Ella, que en el fondo me apreciaba, fingió que fingía creerme, y dijo:

—Creo, de momento, lo que decís, Bartolomé, aunque ello suponga poner en duda la veracidad de una persona que merece toda confianza —se refería, sin duda, a la enana maldita—, pero os advierto que, si llegan a mis oídos otros rumores semejantes, me veré en la obligación de invitaros a abandonar la casa, pues he de velar por el honor de mi familia.

Me mostré totalmente de acuerdo con ella y le prometí no darle el menor motivo de queja, aunque en mi interior maldecía la hipocresía de la dama y la bajeza de mis enemigas. Pero no paró ahí la cosa, porque la señora añadió:

—Otra cosa quiero deciros. Hay en esta casa una persona ciertamente peligrosa y que no se halla en su sano juicio, aunque me duela hablar así de un familiar. Me refiero al hermano de mi marido. He sido informada de que fuisteis a visitarle a sus habitaciones hace poco y de que sostuvisteis una larga conversación con él. Me parece bien que lo hicierais, porque creo que fue mí propio hijo quien os facilitó la entrevista, por ciertos asuntos de la fiesta de la Concepción. Pero, ahora que ya no existe motivo que justifique el que habléis con él, os ruego que no volváis a hacerlo, por el bien de todos. La persona a la que me refiero permanece en la casa por un favor especial del Santo Oficio y de las autoridades, las cuales, dado su estado mental, han decidido permitirle permanecer aquí y no tratarle con el rigor que merece su conducta. Todo el mundo en esta casa, así lo decidimos en consejo de familia, tiene prohibido intimar con él, para evitar que se extienda su influjo. Habéis de saber que sus ideas rayan la herejía y que si no fuera en atención a su estado, ya habría tenido graves problemas.

—¿Debo entender, señora —pregunté, reprimiendo la ira—, que se me prohíbe tener conversación y trato con Don Gaspar?

—Eso es, joven. Os prohíbo de manera formal y terminante que os acerquéis a él. Creo haberos dado una explicación suficiente y aclarado por completo mi postura al respecto. Si me desobedecéis, ateneros a las consecuencias.

—Pero, señora —protesté débilmente—, no comprendo...

—No se os pide que comprendáis, hijo, sino que obedezcáis a la dueña de la casa en que vivís. Perdonad que me muestre tan intransigente en esta cuestión, pero me veo obligada a hacerlo.

Aquella conversación con Doña Mariana me llenó de congoja, y estuve varios días con el ánimo decaído, preso de una penosa sensación de impotencia y meditando sobre la injusticia y la mezquindad de los seres humanos. La prohibición, sin embargo, no hizo sino espolear mis deseos de ser amigo del desventurado señor, que había tenido la desdicha de nacer en un tiempo de confusión y oscuridad —pues no era otro su pecado—. De modo que me las ingení para procurarme una nueva entrevista con él, esta vez por medio de Don Jacinto Rincón, el cual, aunque enano, era un sujeto de notable altura espiritual, comprendía bien lo que ocurría en la casa y sentía gran afecto hacia Don Gaspar, si bien no lo manifestaba abiertamente ante los demás, por temor a las iras de Doña Mariana y a la malevolencia de la enana Rosamunda o Rosa Inmunda, como él la llamaba.

Era Don Jacinto Rincón lo más contrario a un bufón que quepa imaginar, aunque se le tenía por tal a causa de su obsesión por el Juicio Final, del que hablaba continuamente. La señora, que era grandísima beata y muy temerosa de Dios (a su manera), sentía cierto miedo del enano y le respetaba, pero, por otra parte, le divertía, porque era la contrafigura exacta de Rosamunda.

Ambos enanos se odiaban a muerte y lo sabían, y siempre andaban procurándose recíprocamente la perdición, sin lograrlo, pues sus esfuerzos se contrarrestaban. Esta enemistad, antigua y enconada, hacía que cada uno de ellos hubiera tomado partido por diferentes miembros de aquella casa de locos, a los que protegían a su manera y ayudaban en sus intrigas, lo cual, naturalmente, contribuía a incrementar la discordia familiar, ya de por sí procelosa. Es curioso cómo, a menudo, los enanos y bufones de un palacio se convierten en foco de intrigas y agrupan a su alrededor verdaderos bandos de gente principal, pues su capacidad de movimiento, espionaje y sugestión es mucho mayor que la de aquellos que creen estar divirtiéndose a su costa.

En este caso, la división era clara: Rosamunda agrupaba en torno a sí a las mujeres, especialmente a la histérica Doña Mariana y a su despreocupada hija, y se servía incluso de María Correndetora, la negra inocentona y generosa, para llevar a cabo sus manejos. Don Jacinto, por su parte, aglutinaba a las fuerzas masculinas de la casa, pues era gran amigo, aunque clandestino, de Don Gaspar, y se llevaba muy bien con los dos Luises, padre e hijo, que odiaban a la enana y la temían más que a un dolor de muelas.

Como digo, Don Jacinto me sirvió de enlace para mis visitas a Don Gaspar, en las cuales los tres nos jugábamos nuestra permanencia en la casa. Don Luis, mi amo, sabía que yo continuaba viendo a su tío y lo aprobaba, aunque se cuidaba bien de manifestarlo, por temor a su madre.

Mi amistad con el anciano y erudito caballero fue profundizándose, y me llenaba de satisfacciones. Solíamos vernos por la noche, cuando todos se habían acostado. El enano venía a mi cuarto y daba tres golpecitos en la puerta. Esta era la señal y, cuando yo la oía, salía muy sigilosamente y me dirigía, a oscuras, al aposento de mi amigo, con el cual pasaba largas horas, robándoselas al sueño.

Me enseñó todos los libros de su biblioteca, que era aún más rica de lo que me había parecido la primera vez, e incluso solía prestarme algunos, que yo escondía bajo mi colchón. Comenzó también a instruirme en las letras hebreas, pues opinaba que

ningún hombre que pretenda conocer la Naturaleza y los secretos del espíritu debe desdeñar las vías del conocimiento de la mística judía. Aquello al principio me dio alguna aprensión, porque yo por aquel entonces era un cristiano convencido y de una pieza, pero no tardé en darme cuenta de que no había pecado alguno en conocer el pensamiento de los hombres sabios, cualquiera que fuese su religión. Me inició asimismo en los rudimentos de la Astronomía, y me explicaba con mucho entusiasmo los hallazgos e inventos que los sabios de otros países hacían o habían hecho en los campos de las ciencias naturales y del estudio del Universo, de la Tierra y de las estrellas. Aquello era totalmente nuevo para mí, pues las enseñanzas de estas materias en la Universidad eran escasas o nulas, anquilosadas en la repetición de patrañas antiguas, lastradas por problemas filosóficos totalmente huecos, sin contacto con la Naturaleza. Comencé a darme cuenta de lo estéril que era el estudio de la Filosofía Tomista, e incluso del mismo Aristóteles, y a tener por mucho más interesante y útil la observación de los fenómenos naturales que la mera deducción lógica y el uso y abuso del silogismo, que no engendra sino sofismas ciegos, paradojas y callejones sin salida.

En aquella época trabajaba yo todo lo que mis fuerzas me permitían, pues de día asistía a las clases de la Universidad y ayudaba a mi amo, y por la noche me entrevistaba con Don Gaspar o estudiaba en mi cuarto hasta altas horas. Unos libros me los prestaba él y otros me los agenciaba yo mismo, gracias a algunos estudiantes amigos que compartían mis inquietudes y que se hacían con ellos por medio de una red de contrabando que existía en los barcos que venían de Inglaterra y Holanda. Esos libros, muy escasos y difíciles de adquirir, eran copiados pacientemente por nosotros, y luego difundidos a otras Universidades, donde a su vez los copiaban y redistribuían. De vez en cuando alguno de ellos caía en manos de las autoridades y se producía un gran revuelo, investigaciones minuciosas e incluso intervenciones del Santo Oficio, cuyos familiares tenían ojos y oídos por todas partes y olían las obras prohibidas aunque se encontraran bajo tierra, pero no solía llegar la sangre al río.

Adrián me proporcionaba algunas, muy raras y de increíble valor. Ignoro cómo lograba conseguirlas, pues eran tan peligrosas que ni siquiera los más audaces contrabandistas se hubieran atrevido a introducirlas en nuestro país. Cuando se las mostraba a Don Gaspar, el buen anciano se quedaba estupefacto y no daba crédito a lo que veían sus ojos. Eran siempre libros de impresión bellísima, con las tapas de piel negra con letras de oro, verdaderas joyas desde todos los puntos de vista. En cuanto a su contenido, necesitaría varios volúmenes para dar una idea aproximada de él, y ni aun así transmitiría un ápice de la sabiduría contenida en ellos. La verdad es que yo raras veces lograba desentrañar completamente su sentido, pero, aun así, su lectura hacía nacer en mí una serie de ideas y relaciones que me llenaban de entusiasmo y estupor. Si alguno de aquellos libros hubiera caído en manos de la Inquisición, sí que nadie habría podido salvarme de mil sinsabores, pero nunca tuve ningún percance.

X

Cierto día en que me hallaba en el palacio de Adrián, conversando con él en presencia de la muchacha de las perlas rosadas, salió a relucir la peligrosa posición en que últimamente me encontraba en la casa de Valdaure, a causa de mis relaciones con Don Gaspar. Adrián me dijo:

—No tenéis nada que temer, Bartolomé. Alguien muy poderoso y que vos aún no conocéis, pero que os conoce y dirige vuestros pasos, vela por vuestra persona, que le es ciertamente cara. Mientras gocéis de su favor, no os ocurrirá nada. Sin embargo, guardaos bien de ciertos elementos nefastos de la casa, en especial de la enana; es muy peligrosa, y la inquina que siente hacia vos puede repercutir sobre otras personas.

—Amigo mío —repliqué yo—, no logro hacerme una idea de por qué esa mujer tiene tanto ascendiente sobre los miembros de la casa, ni de cómo ha llegado a adquirirlo.

—Es una historia fea y sucia —dijo Adrián—. Algún día os la contaré. Sabed, de momento, que, por extraño que os parezca, Rosamunda es confidente del Santo Oficio, al que se siente ligada como un perro a su amo.

La sorpresa me dejó sin habla, porque no podía comprender que una institución de aquella categoría se sirviera de tales sabandijas. Adrián, advirtiéndome mi turbación, se apresuró a añadir:

—Esta historia sí puedo contárosla ahora. Rosamunda, aparte de sus trajines de celestina en la casa de Valdaure, es entusiasta de todo lo macabro y especialmente de las ejecuciones públicas. Os habréis dado cuenta de que sólo hila frases largas y coherentes cuando describe degollinas y descuartizamientos, sean de cocina o de patíbulo. Asiste a todas las ejecuciones y nunca regresa después de una de ellas sin traer consigo un pedazo de ropa de la víctima o algunos pelos o astillas de hueso, o cualquier otro resto asqueroso, que guarda como una reliquia santa. Es muy devota de San Onofre,

por proceder de familia de esparteros, que lo tienen por patrón. No sé si sabréis que en el desván donde duerme ha levantado un altarcillo de huesos y porquerías sobre el que ha colocado una estampa de tan desastrado varón, desnudo y peludo, cuya barba bífida, larga hasta las rodillas, le ha interesado siempre sobremanera, haciendo surgir en su hedionda sesera ideas que más vale no mencionar. Los criados con que antes contaba la casa, solían decir que rezaba —y supongo que continuará rezando— oraciones como ésta:

*«Señor bendito, San Onofrito,
lindas barbas de cabrito,
líbrame de este dolor prontito.
Amén, amén.
Amen, Jesús.
Por los clavos de la cruz.
Amén, Jesús».*

«Tras de lo cual, besaba tres veces el suelo. La fama de tales jaculatorias y de las restantes prácticas dudosas a que se entrega, trascendió al punto de que un familiar del Santo Oficio, persona algo obtusa, dio en pensar que la enana practicaba la brujería y adoraba al diablo bajo la forma silvestre de San Onofre, al que confundió con el Gran Cabrón de los aquelarres, y llegó a denunciarla a la Inquisición, sin mayor resultado que el de haber hecho que los venerables dominicos se rieran en sus barbas.

«Naturalmente, no se procedió contra Rosamunda, pero la Inquisición consideró su caso muy interesante y lo estudió con cierto detenimiento, e incluso entrevistó a la enana, sin dejarla sospechar que la persona que la interrogaba pertenecía a la institución. De aquella conversación se sacó en consecuencia que la mujer era lela y estaba medio loca, pero se pensó que sus manías sanguinarias y sus extraordinarias dotes para la intriga casera podían ser útiles, si sabía sacárseles partido. Por otro lado, estaba el caso de Don Gaspar de Valdaure, al que convenia vigilar estrechamente en su propia casa. De modo que se decidió utilizar a Rosamunda como espía para controlarle, y de paso también al padre de Don Luis, su hermano, que en alguna ocasión había levantado sospechas porque mantenía contactos, si bien con fines puramente financieros, con cierta comunidad judía holandesa. En resumidas cuentas, que Rosamunda es en la casa de los Valdaure un peón del Santo Oficio y, en consecuencia, hay que andarse con mucho ojo con ella.

La historia que Adrián acababa de contarme me produjo gran espanto y confusión. Le pregunté si alguien en la casa estaba al corriente de todo aquello, y me contestó:

—Oficialmente, no, pero yo sospecho que Doña Mariana conoce toda la historia y tolera la situación por varias razones. En primer lugar, porque se siente muy tranquila teniendo en su casa a un elemento que la ayuda a controlar a su propia familia. Luego, porque no ve el día de librarse de Don Gaspar, y confía en que Rosamunda descubra al fin alguna prueba fehaciente en su contra que acabe por conducirlo a la hoguera. Y tercero, porque ve con muy malos ojos las relaciones de su marido con los judíos, a los que odia por motivos religiosos. Sospecho, además, que le gustaría deshacerse de él e ingresar en un convento. Nunca ha soportado la vida conyugal y suspira en secreto por dejar de pertenecer a un hombre que, piensa ella, la humilla con sus apremios carnales y le impide llevar la vida casta y retirada que A ella le agradaría. Esa mujer es de tal ralea que no dudaría en cometer un crimen con tal de poder practicar sin trabas los vicios que ella tiene por virtudes excelsas.

—¿Y Don Luis? ¿Creéis que sabe algo?

—Podéis jurar que no. Don Luis es un vividor que toma las cosas como vienen, sin hacer mayor escrutinio de lo que ocurre a su alrededor. Odia a la enana de modo instintivo, y aprecia del mismo modo a su tío, al que considera un loco inofensivo y de agradable trato. Es ajeno a las maquinaciones de la casa, y sospecho que tal vez terminará siendo víctima de ellas, de una manera u otra. Tiene razones para temer a su madre como lo hace, pero no puede dar un solo paso sin contar con ella. Eso le resulta enojoso en ocasiones, pero no tanto que le induzca a rebelarse. Nunca se rebelará, ni siquiera si ve que sacrifican a su padre o a su tío.

—Me maravilla que sepáis tantas cosas, Adrián —dije—. No parece sino que, pese a vuestra corta edad, hayáis seguido las vidas de todas esas personas desde que nacieron: tal es vuestra penetración en sus corazones y sus mentes.

—No me halaguéis, Bartolomé —replicó mí amigo—. Vivimos en una ciudad no

excesivamente grande, y las cosas acaban sabiéndose. Conozco todos esos detalles porque me los han referido personas de confianza, y, meditando sobre ello, he llegado a reconstruir en mi imaginación los hilos que mueven los espíritus de quienes hemos hablado.

Adrián dijo esto un poco cortado, poniendo en sus palabras un énfasis sospechoso. En realidad, no daba la impresión de haberse enterado de aquello por terceros, sino de haberlo visto y vivido personalmente.

Después de aquella conversación, volví a casa sumido en un mar de confusiones y por primera vez me planteé ciertas preguntas sobre Adrián. ¿Quién era aquel misterioso jovencito con aspecto de muchacha disfrazada, que tanto sabía sobre la vida y milagros de la gente, que tenía en pleno centro de la ciudad un palacio que nadie conocía y que en ocasiones yo mismo no lograba encontrar, por más vueltas que diera por la plaza del Mercado que, además, guardaba en él a la mujer más hermosa del mundo, siempre desnuda y sonriente, muda como un muerto pero amorosa como la propia Venus? ¿De qué estirpe procedía? ¿Cuál era su apellido? ¿Qué fabulosa fortuna le permitía vivir como un príncipe oriental en medio de lujos increíbles? ¿Cómo se procuraba aquellos extraños libros de contenido sobrehumano?

Pese a que todas estas preguntas quedaban sin respuesta, y también pese a que nadie, salvo Don Gaspar, podía decirme una sola palabra relativa a mi amigo, yo le estimaba y confiaba en él ciegamente. Había algo en su persona que ahuyentaba cualquier suspicacia y hacía que se le amase sin reservas y con una clase de amor muy superior al que se siente por las mujeres y por los amigos. Yo nunca había experimentado anteriormente un afecto tan dulce y seguro como el que sentía por él, y le hubiera seguido al fin del mundo si me lo hubiera pedido.

He de confesar, además, que me atraía hacia su persona una inclinación que cualquiera podría tachar de nefanda, ya que en ocasiones llegaba a desearle amorosamente. Al principio esto me asustó, y pensé, ingenuo de mí, que mi naturaleza se estaba corrompiendo, aunque, en un vano afán de justificarme, la achacaba al aspecto femenino y suave de Adrián, que le hacía semejante a una linda muchacha. Estaba lejos de saber que las cosas son siempre mucho más complicadas de lo que parecen.

XI

El tiempo fue transcurriendo más o menos apacible, tejiendo a nuestro alrededor una tela de araña que crecía en silencio. Cada uno de nosotros actuaba en su propia dirección, y cada paso que dábamos desencadenaba un cierto número de hechos minúsculos, que se iban enmarañando sin que nos diéramos cuenta, hasta que algunos de ellos confluyeron en una eclosión que produjo la primera víctima del drama absurdo en el que todos nos vimos envueltos.

Un día, al regresar Don Luis y yo de la Universidad, hallamos concentrada ante el palacio de Valdaure a una gran muchedumbre, entre la que destacaban algunos sombreros de alguaciles. Nos acercamos corriendo y preguntamos qué sucedía. Uno de ellos, reconociendo a mí amo, le saludó gravemente y nos informó de que en la casa se había cometido un crimen espantoso. Habían matado a Don Jacinto Rincón, el enano, y despedazado su cuerpo con instrumentos de cocina. En aquel preciso instante estaban sacando su cadáver en un cajón que rezumaba sangre.

Horrorizados, penetramos en la casa, que estaba tan revuelta como es de suponer. Doña Mariana, muy pálida, pero serena, hablaba con los alguaciles, mientras que su marido daba muestras de un terrible transtorno. Blanca se había desvanecido y la habían trasladado a su alcoba, donde había quedado al cuidado de Rosamunda. En la cocina reinaba una confusión indescriptible. Muchos cacharros aparecían volcados y rotos. Se diría que la gran mesa habría servido para degollar a un cerdo, pues estaba empapada de sangre y presentaba profundos cortes como de hacha. En el suelo, también ensangrentado, había dos grandes cuchillos y una hachuela de las que se utilizan para cortar huesos.

Los alguaciles tenían sujeta a María Corredentora, que se debatía fieramente y lloraba a gritos, y cuyo mandil parecía el de un matarife. Tenía sangre en la cara y las manos, y algunos arañazos y cortes en diversas partes de los brazos y el cuello. Parecía evidente que era ella quien había acabado con la vida del pobre enano, y los alguaciles se disponían a llevársela. Ella lo miraba todo aterrorizada y suplicaba a grandes voces que la dejaran libre, y gritaba que ella no había matado a nadie.

Aquellas escenas me produjeron una sensación espantosa que nunca se ha borrado de mi mente. Estuve a punto de desmayarme al ver tanta sangre, tantos indicios de la lucha terrible que se había desarrollado en la cocina, los instrumentos ensangrentados y, sobre todo, la expresión de asombro y terror de la negra María. Desde el primer momento sentí en lo más profundo de mi ánimo que ella era inocente, y así se lo dije a Don Luis.

—Pero, Bartolomé —replicó él, esgrimiendo una lógica tan clara que me pareció burda—, date cuenta de cómo está su vestido, de la señales de lucha que presenta su cuerpo, de los instrumentos de cocina, que en esta casa nadie maneja como ella...

Aquella misma noche, sintiendo mi alma presa de una angustia mortal y deseando hablar con alguien que pudiera comprenderme, me dirigí, sin tomar ninguna precaución, a la estancia de Don Gaspar. Le hallé en el lecho, sumido en una profunda postración por la muerte de su amigo Don Jacinto. Me hizo acercarme mucho a él y me susurró con voz temblorosa:

—Bartolomé, tened mucho cuidado. La guerra se ha desatado en esta casa. Una víctima ha caído ya, pero el desastre no ha hecho más que empezar. Yo os amo como a un hijo y no quiero que os suceda nada malo. Deberíais marcharos de aquí antes de que la muerte nos visite de nuevo.

—No me marcharé —respondí yo con firmeza—, pues temo por vos y no pienso abandonaros. Decidme, os lo ruego, quién ha sido el asesino. No puedo creer que María haya tenido nada que ver en todo esto.

—Sois demasiado inteligente, Bartolomé, y también demasiado ingenuo: eso os perderá. Debéis creer que ha sido ella y no plantearos demasiadas preguntas, pues de lo contrario tendréis problemas en un asunto que, por otra parte, no os concierne.

—Vamos, señor —insistí—, decidme quién ha sido: estoy seguro de que lo sabéis. Si lo decís, tal vez pueda evitarse una nueva muerte. ¿Ha sido Rosamunda? Decídmelo, por vida vuestra.

—En efecto, hasta cierto punto ha sido la enana maldita, que acabará con todos nosotros, pero se ha servido de unos brazos más fuertes que los suyos. Brazos inocentes.

—No os comprendo, señor, pero si la culpa ha sido de Rosamunda, debemos hacer algo y no darle oportunidad de repetir su crimen. Confío en que María la denuncie cuando la juzguen y que, aclarado todo, sea condenada.

—¡Por Dios, que sois inocente, hijo! —exclamó él con cierto enfado—. No os hagáis ilusiones ridículas. A María Corredentora no le darán ocasión de acusar a Rosamunda. En cuanto a librarnos de la enana por otros medios, es imposible. Y ahora, marchaos. No quiero que corráis riesgos por mi culpa. Marchaos y deshaceos de los libros que os presté ¡a otra noche, por lo que más queráis.

Le obedecí, no sin antes hacerle grandes protestas de amistad y fidelidad, y de jurar por todos los santos que aquel crimen atroz no quedaría impune, lo cual le hizo sonreír con ironía.

Al día siguiente nos enteramos de que María Corredentora había sido asesinada en la cárcel al poco rato de su reclusión. Como había predicho Don Gaspar, no se le dio la oportunidad de acusar a la enana. Las autoridades explicaron que la negra, espantada por la enormidad de su crimen, había puesto fin a su vida ella misma por desesperación. En la casa todos fingieron creer esa historia y no se volvió a hablar del asunto.

XII

Paseando un día de primavera con Adrián por los alrededores de la ciudad, vimos venir hacia el lugar donde nos encontrábamos un impresionante cortejo que marchaba muy despacio. Cruzó en silencio el puente de los Arcángeles y comenzó a pasar por delante de nosotros. A su cabeza iba un cenecero franciscano, portando una gran cruz de palo, muy tosca y llena de nudos. Tras él, algunos hermanos de una cofradía, cabizbajos y sosteniendo en sus manos gruesos hachones de cera negra, y después algunos más llevando en unas parihuelas un enorme cajón negro, cubierto con un paño de terciopelo morado muy raído, con el color comido por el sol. Sobre su tapa descansaba una imagen de la Virgen, tumbada, con la cabeza sobre un almohadón de deslucido damasco carmesí. Estaba adornada con muchas joyas, que centelleaban al sol, y su larga cabellera negra de pelo humano, muy enmarañada, casi rozaba el suelo. Su mirada extática parecía dirigirse al infinito. Junto a ella marchaba un jorobadiño que le espantaba las moscas con un abanico de plumas.

—¿Sabéis qué hay dentro de esa caja, Bartolomé? —me preguntó mi amigo, sonriendo de un modo enigmático.

—No, señor —respondí—: es la primera vez que veo semejante cosa.

—Son los huesos de los ajusticiados de todo este invierno. Esos hombres que llevan la caja pertenecen a la Cofradía de la Misericordia, y se encargan de ir a recogerlos una vez al año al pudridero del Barranco del Cuervo, trayéndolos en procesión para enterrarlos en el cementerio del convento de franciscanos del Consuelo. Los miserables restos están aún dentro del cajón y, como en ellos queda todavía algo de carne, atraen a las moscas. Por eso el jorobado lleva el abanico, para impedir que se posen en el rostro de la Virgen.

Sentí un escalofrío de horror y comencé a percibir un olor nauseabundo que procedía de la caja —o de mi imaginación—, mal disimulado por los vapores de incienso que un sacerdote esparcía con un incensario de plata.

Detrás de la caja venían dos carros muy grandes, cubiertos de murtas y otras hierbas olorosas, y en ellos unos extraños personajes vestidos de azul y amarillo, que hacían muecas y contorsiones ridículas. El primer carro estaba ocupado por seis hombres, y el segundo por seis mujeres. Pregunté a Adrián quiénes eran y por qué nacían aquellos gestos, y me respondió:

—No sé si sabréis, Bartolomé, que la Cofradía de la Misericordia cuenta entre sus protegidos no sólo a los reos de muerte y ajusticiados, sino también a los locos del Hospital General. Estos que veis en los carros son enfermos del alma, que siempre son sacados y paseados en carros cuando los cofrades van en busca de los restos de los ajusticiados. Su vestimenta extravagante es la propia de los locos de esta ciudad, y sus fuertes colores sirven para distinguirlos de las personas cuerdas cuando se les deja sueltos para que pidan limosna a la puerta de las iglesias. De ese modo, todo el mundo les reconoce y no se mete con ellos ni provoca sus iras.

Recordé que, efectivamente, muchas veces había visto en los portales de las iglesias a individuos vestidos de aquella manera, pero nunca se me había ocurrido pensar que fueran locos, pues creía que éstos estaban encerrados siempre en el

Hospital y no podían salir, y así se lo manifesté a Adrián, que me explicó:

—Generalmente es así, pero a los que no son peligrosos y se muestran pacíficos se les permite salir a recaudar limosnas. La gente suele ser muy caritativa con ellos, ya que, así como cuando están furiosos se piensa que son presa del diablo, si se muestran apacibles el vulgo les considera inocentes y cercanos a los ángeles. En algunas ocasiones se les encomienda algún trabajo sencillo, como llevar mensajes o transportar bultos ligeros, lo cual se les recompensa con largueza. Sé de un caballero extravagante que enviaba todos sus billetes amorosos a cierta dama por medio de un loco, para significar que él lo estaba por ella. Conozco asimismo historias menos amables, en las que se han mezclado altos personajes, como la del Cardenal Barruga, que compró al Hospital un loco bastante cuerdo e ingenioso para que hiciera de bufón en su palacio, lo cual le valió una durísima reprimenda de Su Santidad. Nuestro difunto amigo Don Jacinto Rincón fue también loco muy famoso hace ya tiempo, pero se curó y le sacaron del Hospital las monjas de la Merced, que le utilizaron como criado y mandadero, siendo después comprado por el padre de Don Luis, que estaba prendado de su discreción e ingenio. En mala hora lo hizo, pues ya veis qué fin ha tenido, el pobre.

Todas aquellas historias me erizaban el cabello. Para mí, además, era un espectáculo atroz el de aquellos desgraciados subidos en los carros y paseados por la ciudad como los vencidos de un triunfo a la antigua.

Seguimos a la comitiva, que, a medida que se acercaba a la ciudad, iba atrayendo al populacho. La gente no parecía impresionada ante tan fúnebre cortejo, sino que se reía y gritaba, saludando el paso de los locos con exclamaciones jocosas e imitando sus muecas. Algún gracioso se atrevió incluso a tirarles boñiga seca, que dio en pleno rostro a una linda demente que permanecía quieta y silenciosa como una muerta. Aquello me sacó de quicio y, volviéndome hacia el insolente, le asesté un puñetazo tan brutal que le hizo morder el polvo. Ni yo mismo sé de dónde saqué fuerzas para ello, pues siempre he sido débil y pacífico. La gente se arremolinó a nuestro alrededor, excitada y deseosa de ver una buena pelea, mientras la procesión pasaba impertérrita. Adrián me agarró por un brazo y me sacó del tumulto a toda prisa, en prevención de mayores males.

XIII

El tiempo fue transcurriendo y las heridas de mi alma cerrándose. Sentía que mi espíritu se endurecía día a día, y que el enrarecido ambiente de la casa de Valdaure no me afectaba tanto como al principio. Sobre el palacio parecía planear una nube mortal que no acababa de descargar, pero todos nos acostumbramos a vivir bajo aquella amenaza misteriosa. Mí amo y yo nos dedicábamos a nuestros estudios, que yo completaba en lo posible con las enseñanzas que recibía de Don Gaspar. Nuestras relaciones se habían estrechado profundamente y ya no nos cuidábamos de ocultarlas. Doña Mariana, impresionada por la muerte de Don Jacinto Rincón, había cedido un poco en su rígido control de la casa y parecía no interesarse por nuestras vidas. Doña Blanca, por su parte, solía visitarme por las noches en mi aposento, y yo, escarmentado, procuraba hacer todo lo posible por contentarla, pese a que continuaba disfrutando de los favores de la hermosa dama del palacio de Adrián, que seguía muda y envuelta en sus perlas.

La segunda gran desgracia tuvo lugar en esta atmósfera de paz relativa, a los dos años de haber entrado yo al servicio de Don Luis, y costó la vida a mi amo y compañero.

Sucedió que la hija de nuestros Virreyes dio a luz a un vástago, acontecimiento que fue acogido por la nobleza con un alborozo tan desmesurado en las formas como insignificante en el fondo. El caso es que se acordó dar en su honor un gran sarao en el palacio y una fiesta de toros y cañas. Iba a intervenir en ella lo más florido del brazo militar, y la casa de Valdaure no podía por menos que estar representada. Mi amo, que era magnífico jinete y gran aficionado a las justas, se ofreció como cuadrillero para las cañas. Doña Mariana se opuso, alegando que el juego entrañaba algún peligro y que no había ninguna necesidad de arriesgarse, de lo cual Don Luis, por primera y última vez en su vida, hizo caso omiso.

Mí amo estaba entusiasmado y pasaba gran parte del día entrenándose con los demás caballeros en el patio del palacio del Virrey, mientras que por la noche meditaba sobre la empresa que debía exhibir en la fiesta. Como su ingenio para este tipo de invenciones era hartamente escaso, no tardó en solicitar mi ayuda, de modo que un día me dijo:

—¡Ay, Bartolomé de mi alma, en qué trance me encuentro! Todos los cuadrilleros tienen ya inventadas sus empresas menos yo. ¿Qué puedo hacer?

—Podéis, señor —le respondí— mostrar en la adarga las armas de vuestra familia: el valle de oro y los tres puñales, acompañada de un mote que puede muy bien ser la divisa de vuestra stirpe: «Valle de oro para río de sangre».

—No, no, nada de eso. Quisiera algo más original que el blasón de mi casa, que todo el mundo conoce y que no causaría ninguna impresión en el ánimo del público.

—Entonces, haced alusión a alguno de vuestros amores por medio de un jeroglífico bien aderezado.

—Tampoco me place, Bartolomé, pues mis amores son tantos y todos tan ligeros que no merecen mención. Si aludiera a una sola de mis damas, las otras se sentirían ofendidas y me retirarían su favor. Piensa por mí alguna cosa enigmática. A ti te

resultará más fácil que a mí, que entiendo más del arte de la jineta que del de agudeza e ingenio.

Comencé a cumplir el encargo de mi amo consultando el caso con Don Gaspar, pero éste, extrañamente, me dijo que no quería saber nada de aquella fiesta, que, en su opinión, iba a traer nuevas desgracias a la familia; de modo que tuve que prescindir de su ayuda e ingeniármelas por mí mismo. Pasé tres días consultando libros de empresas, al cabo de los cuales se me ocurrió una que me pareció hermosa y sugerente: sobre el campo de la adarga, que debía ser rojo, una rosa de plata muy abierta, surmontada por un mote que dijera: *Vitam perdo propter rosam*. Este lema me pareció lo bastante misterioso y poético como para suscitar cierto interés, sobre todo entre las damas.

No obstante, en la primera ocasión que tuve de ver a Adrián le comenté el asunto y pedí su opinión, porque confiaba más en su gusto e ingenio que en los míos. Me dijo que le parecía bien la empresa que había inventado, pero que tal vez admitiera ciertos retoques. Me preguntó de qué color iba a vestir Don Luis para el juego y le respondí que creía que de negro y plata, con la sarracena de brocado verde.

—En ese caso —dijo—, conviene que el campo de la adarga sea verde o negro, y no rojo, para que los colores armonicen. ¿Qué os parece la rosa de plata sobre campo negro, con un mote que diga: *Mi sangre por una rosa*?

—Sinceramente, señor —respondí—, me parece de mal agüero.

—No hay malos agüeros, Bartolomé —repuso mi amigo, en tono triste y solemne—. Hay el destino y la sombra que la muerte proyecta sobre el camino de todos los vivos. Vos habéis pensado en una rosa y un mote fatídico, y yo también. Eso, creedme, significa sin duda alguna cosa...

—Y ya que va de rosas —dije yo, tratando de quitar importancia al asunto—, ¿qué os parecería el mote *Sé de rosas sin fragancia, pero sin espinas*?

—¡Magnífico, amigo! —exclamó, con un entusiasmo tan forzado que provocó mi risa—. Ese es el mejor mote para esta ocasión. De todos modos, consultad a Don Luis, a ver cuál de todos los que se nos han ocurrido hasta ahora le acomoda más. Pero, eso sí, desechad el rojo de la adarga y poned el negro en su lugar. El negro es sin duda el más bello de los colores, y él mismo lo ha escogido para su atuendo, con gran acierto.

Hice un bosquejo de la empresa y se lo mostré a Don Luis, que pareció encantado con él, aunque dijo que tal vez hiciera pensar al público que se moría de amores por alguna dama llamada Rosa, lo cual no era cierto. De los motes escogió precisamente el de Adrián, que a mí, sin saber por qué, me parecía funesto: *Mi sangre por una rosa*. Me extrañó, porque después de la muerte del enano Don Jacinto, mi amo parecía odiar cualquier referencia a la sangre y nunca pronunciaba esa palabra.

Por fin llegó el día de la fiesta, que debía celebrarse en la plaza del Mercado. Durante todo el día anterior, varios miembros del gremio de carpinteros estuvieron muy atareados construyendo a su alrededor un graderío para el público. En las casas que rodeaban la plaza se acondicionaron desvanes y aposentos, para que lo más florido de la nobleza y la Iglesia pudiera presenciar el espectáculo a través de las ventanas y balcones, sin sufrir incomodidades. A los Virreyes y su familia se destinó el balcón principal del palacio de los marqueses de Torrequemada. La familia de Valdaure tuvo aposento en el convento de los Franciscanos, pero yo preferí situarme en las gradas, acompañado de Adrián, que se había empeñado en contemplar el espectáculo en su propia salsa y pensaba que los aposentos estaban bien para las damas, los ancianos y

los clérigos, pero no para jóvenes como nosotros.

El día de la fiesta por la tarde, los carpinteros dieron los últimos toques a su obra y después se dedicaron a situar al público en los asientos, cobrando ellos mismos el precio de las localidades. Adrián y yo pagamos una buena suma por un lugar excelente, porque no queríamos perdernos detalle. Mientras, los cuadrilleros de la cañas permanecían esperando su turno en el palacio de Torrequemada, ultimando detalles de sus atavíos y preparando los caballos.

Situarse a todo el mundo en sus asientos costó Dios y ayuda, porque la multitud era impresionante y los carpinteros no daban abasto para cobrar y aposentar. Hubo, además, algunos incidentes desagradables, ya que, como siempre sucede, no faltaron guapos que confundieron la espada con la bolsa al ir a abonar su localidad, lo cual hizo que los carpinteros, que se las sabían todas, la emprendieran a mamporros con algunos de los gorriones, teniendo al fin que intervenir los alguaciles, que se llevaron a uno de ellos echando sangre por boca y nariz. Las damas, muy excitadas con estas lamentables escenas, fingían terror y hacían mohines de enfado, cuando la verdad es que se estaban divirtiendo mucho, y esperaban que el tumulto les diera ocasión para intercambiar billetes y arrumacos con sus amigos y galanes.

Los balcones, cuajados de señoras de lo más principal, semejaban jardines floridos, pues todas ellas lucían sus mejores galas y, haciendo caso omiso de las leyes contra el lujo, habían derrochado en sus atuendos sedas, rasos y terciopelos en cantidades escandalosas. Iban tan aderezadas y pintadas como las furcias del Villar de Malas. Doña Blanca, en particular, resplandecía en sus albas galas, y se movía mucho para deslumbrar al público de las gradas con los destellos que el sol arrancaba de sus joyas, que eran tantas que no parecía sino que sobre ella hubiera caído una lluvia de diamantes.

Adrián comentaba todo aquello con gracejo, diciendo por lo bajo:

—Esa de verde que veis en la ventana de enfrente, ha empeñado estos días su cuerpo al sobrino del Arzobispo para poder desempeñar las esmeraldas que luce en la garganta. La dueña que tiene a su lado es su celestina, que se embolsa en cada operación más dinero que ella misma. Aquella otra señora de aspecto tan descarado y picaón, en realidad espera todavía que alguien juegue con ella una sortija, y tiene las puertas de su paraíso tan enmohecidas que ni el ariete de Anibal lograría abrirlas, y ello es, según las lenguas viperinas, porque le huele el aliento a culo de mona, con perdón.

Con estas palabras y otras por el estilo, mi amigo me iba desvelando la vida y milagros de aquellas damas tan hermosas y acicaladas, haciendo que me desternillara de risa. En éstas estábamos cuando el Virrey dio la señal, y apareció por la puerta de la plaza la carreta con el tonel del agua con que debía regarse el suelo para sentar el polvo.

Como suele suceder cuando hay toros y cañas el mismo día, los toros se corrieron en primer lugar, para no distraer al público del espectáculo principal, que iba a ser el juego de cañas. Además, en esta ocasión la corrida tenía como actores a toreadores de banda contratados, no a caballeros, lo cual restaba atractivo al espectáculo.

Cuando la arena estuvo remojada, sonó otra señal y se dio suelta a dos toros a la vez. Salieron a torearlos dos cuadrillas de rivales, y no lo hicieron mal, para mi gusto, aunque, a decir verdad, yo de estas cosas entendía bien poco. Cuando ya los toreros se disponían a matar, el público rugió pidiendo desjarrete y perros, de modo que los

lidiadores sacaron una especie de guadañas de mango muy largo, de las que llaman medias junas, y con ellas cortaron las corvas a los toros vivos, que cayeron de rodillas mugiendo que daba escalofríos oírlos. Entonces soltaron a los perros de presa, que eran muy chicos y fieros y tenían los colmillos tremendos. Estos se lanzaron como furias sobre los toros y se afianzaron ciegamente a sus flancos, mordiendo con saña salvaje. Los toros tiraron algún peligroso viaje de cuerna, ensartando a dos o tres de sus torturadores, que cayeron reventados en la arena, pero el resto no soltó su presa. Cuando ya los toros estaban medio muertos a puros mordiscos, bajaron a la plaza unos cuantos mozos y acabaron con ellos a cuchilladas, rematando de paso a los perros heridos. La arena estaba empapada de sangre. Al fin, el Virrey dio por terminado al espectáculo y unas muías muy lucidamente enjaezadas salieron para arrastrar fuera de la plaza lo que quedaba de los toros, que no era mucho, porque los mozos habían cortado grandes pedazos de carne de sus cuerpos, que habían dejado reducidos a sendas piltrafas sanguinolentas.

Pese a que resultaba interesante y vistoso, aquel espectáculo no acababa de gustarme, por la mucha sangre que había en él. Adrián, por el contrario, disfrutaba intensamente, siguiendo todos los lances con auténtica pasión. Las damas también parecían disfrutar y estaban todas muy sofocadas, porque la vista de la sangre bajo el sol las enardecía —decía mi amigo—, mientras que en sus casas una sola gota producida por la aguja del bordado les producía desmayos.

Cuando la plaza se hubo limpiado y regado de nuevo, el Virrey dio la señal de comienzo de las cañas. Por las dos puertas opuestas de la liza salieron sendos grupos, compuestos por dos cuadrillas cada uno, con sus respectivos padrinos en cabeza. Los caballeros, cuatro por cuadrilla, iban fastuosamente vestidos y llevaban un tropel de lacayos y ayudantes, todos de elegante librea. Don Luis, jinete galán en caballo morcillo, estaba en la primera cuadrilla, cuyo cuadrillero o jefe era el mismísimo primogénito de los Virreyes, que se había empeñado en participar para hacer honor a su hermana recién parida y agradecerle el haber dado un nuevo varón a la familia. Los cuadrilleros de esta cuadrilla vestían elegantísimos trajes de terciopelo negro con bordados de plata, sombreros de plumas, y sarracenas de brocado verde oscuro. Sus adargas eran de diferentes colores, destacando entre ellas por su belleza la de Don Luis, sin duda la más hermosa. Como Adrián y yo nos hallábamos en medio del público de las gradas, pudimos darnos cuenta del efecto que su empresa producía: todo el mundo hacía cábalas sobre el significado de la rosa y del mote, no faltando lenguas sueltas que lo relacionaron con la furcia Juana Rosa, reina del Villar de Malas, de cuya casa era mí amo asiduo parroquiano.

Una vez que los cuadrilleros hubieron dado la vuelta a la liza y saludado a los Virreyes, volvieron a salir por las puertas, quedando la plaza despejada y éstas cerradas. Al son de un clarín se abrieron de nuevo, saliendo entonces los Padrinos, que avanzaron el uno hacia el otro hasta situarse frente a frente en medio de la arena. Allí fingieron la afrenta, como es costumbre, y se volvieron a sus respectivas puertas, por las que fueron saliendo de nuevo los cuadrilleros. Aquellas idas y venidas, que ya me tenían hartamente mareado, acabaron cuando los ayudantes entregaron a éstos las espadas corteses y comenzó el simulacro de batalla que precede siempre a las cañas propiamente dichas, y estuvo tan bien ejecutado y era su invención tan graciosa que antes parecía danza cortesana que combate. Don Luis brilló mucho en este lance, pues era excelente jinete y tenía el caballo bien adiestrado en vueltas y floreos.

Cuando la suerte cambió y los ayudantes sacaron las cestas de las cañas, cubiertas con ricos paños de brocado carmesí, las cuadrillas se reagruparon a ambos extremos de la liza y comenzó el juego. La primera cuadrilla de la izquierda se lanzó al galope y arremetió contra la primera de la derecha, arrojando las cañas con gran destreza, las cuales, al romperse contra las adargas enemigas, produjeron el grato chasquido que tanto enardece los ánimos del público.

El juego fue desarrollándose normalmente, y los cuadrilleros dieron sobradas pruebas de su excelente entrenamiento, trenzando complicadas figuras con los caballos a pleno galope y sin dejar de lanzarse cañas unos a otros. Las de la cuadrilla de Don Luis estaban huecas y rellenas de cintas de seda con motes bordados en letras de oro, que salían despedidas y flameaban en el aire cuando la caña se rompía. Hubo, como siempre, grandes revolcones de los ayudantes, que corrían de un lado para otro reponiendo las cañas de sus señores.

Cuando el juego estaba a punto de acabar y los cuadrilleros ejecutaban la suerte más lucida —que consistía en formar una estrella con los caballos lanzados al galope, dando vueltas sobre el eje de la figura—, uno de los caballeros cayó al suelo y fue pisoteado por los caballos. De todas las gargantas surgió un grito de angustia, y el público de las gradas se puso en pie. Segundos antes de la caída, todos pudimos ver que una caña, lanzada sabe Dios por quién, había ido a clavarse en un ojo del accidentado, haciéndolo perder el dominio de su montura y caer. Los cuadrilleros se apartaron del caído al instante, pero ya habían pasado por encima de su cuerpo varios caballos. Quedó tendido sin moverse, como un muñeco, con la cabeza destrozada por los cascos. Los ayudantes se apresuraron a levantarlo y a sacarlo de la liza. El Virrey dio la señal del fin del juego y la plaza se despejó en un santiamén.

Todo había ocurrido con tal rapidez que no dio tiempo a ver quién había sido el caballero caído, en medio de la confusión de hombres y caballos, pero era uno de los de la cuadrilla de negro. Adrián, mientras abandonábamos a toda prisa las gradas, me susurró al oído:

—Ha sido Don Luis, estoy seguro. Y la caña clavada en su ojo no era cortés, sino que tenía un arpón de hierro en la punta. Lo he visto perfectamente.

Corrimos al palacio de Torrequemada, adonde habían llevado al accidentado, y allí supimos que, en efecto, se trataba de mi amo, que en aquellos momentos agonizaba. Adrián se despidió de mí alegando que iba en busca de mayor información, y yo obtuve permiso para entrar en la estancia donde reposaba Don Luis, en un lecho que estaba lleno de manchas de sangre. A su alrededor se hallaban sus parientes, presos de la desesperación, porque el joven estaba muriéndose. Me abrí paso entre las personas que abarrotaban la estancia y pude acercarme lo suficiente como para ver su pobre cuerpo destrozado por los caballos. El médico que había extraído la caña de su ojo movía la cabeza, murmurando:

—Nada se puede hacer ya por él. Va a morir de un momento a otro.

Llegaron los sacerdotes y la sala fue despejada, para que el moribundo pudiera recibir en paz los últimos sacramentos. Yo aproveché para acercarme al médico, que conservaba la caña en sus manos, y pude ver que, efectivamente, su punta estaba armada con un terrible arpón, como había dicho Adrián.

El espanto y la desesperación que produjo en mí lo sucedido me hizo vagar como un loco por las calles de la ciudad durante toda aquella noche. No regresé al palacio de Valdaure, porque imaginé que mi presencia allí no sólo no era necesaria, sino que

podía resultar molesta.

Una idea obsesionante me acompañó durante aquellas horas de angustia: la de que mi amo había sido asesinado. En medio de la terrible confusión de mi mente, el mote de su empresa estallaba una y otra vez, como un mensaje de ultratumba: *Mi sangre por una rosa*. Di en aferrarme al pensamiento de que aquella frase había sido una premonición de Adrián y del propio Don Luis, pero, ¿qué significaba en realidad? ¿Qué rosa era aquella que a todos se nos había antojado el emblema más adecuado para aquella ocasión infausta?

De pronto tuve una especie de iluminación y un nombre brotó en mi espíritu como un alarido: Rosamunda. Rosamunda, la asesina de Don Jacinto Rincón, la enana maldita que parecía el ángel malo de la casa de Valdaure... Pero, ¿qué relación podía tener ella con una muerte acaecida en plena liza, a la vista de todo el mundo? ¿De qué mano había partido la caña traidora que se clavó en el ojo de mi amo, haciéndole caer y ser pisoteado por los caballos?

Era evidente que la enana no podía haber sido en esta ocasión —como tal vez no lo fue en la anterior— el verdugo, pero no me cabía la menor duda de que había tenido que ver, y mucho, con el asesinato. Un mar de hipótesis, a cuál más descabellada, bullía en mi cerebro. Poco antes del alba, agotado por las emociones y el sufrimiento, me dormí en el quicio de una puerta.

XIV

Cuando desperté, mi sorpresa fue mayúscula al encontrarme cómodamente acostado en una gran cama con colgaduras de seda. Las aparté y vi que me hallaba en la mejor de las alcobas del palacio de Adrián, quien, sentado junto a la ventana, me saludó sonriendo y se apresuró a acercarse a mí para tranquilizarme.

—No os asustéis, Bartolomé —dijo amablemente, poniéndome una mano en el hombro—. Os halláis en mi casa y sois mi huésped hasta que vos mismo decidáis marcharos. Os hallé esta madrugada dormido en la calle y avisé a mis servidores para que os trajeran aquí. Comprendo que no regresarais al palacio de Valdaure, después de lo sucedido.

—¿Se sabe quién asesinó a mi amo, señor? —pregunté, presa de una angustia mortal, al recordar lo ocurrido la tarde anterior.

—No —respondió—. Se ha pedido testimonio y juramento a todos los caballeros de las cuadrillas, y todos juran ser ajenos al hecho y no saber nada. El hijo del Virrey tiene tal disgusto que permanece en cama desde ayer, sumido en una especie de estupor que no presagia nada bueno para su salud. Yo sospecho que él sabe algo, pero no ha despegado los labios, y los médicos han prohibido que de momento se le hagan preguntas. Don Luis murió esta noche, en medio de horribles dolores, murmurando algo sobre una rosa. Probablemente se refería a la empresa.

—Tal vez os parezca descabellado —repuse yo—, pero estoy convencido de que en este caso ha tenido algo que ver la enana.

—Pensar eso no me parece descabellado, pero ahora, como cuando mataron a Don Jacinto, faltarán pruebas en su contra, y además nadie sospecha de ella, salvo Don Gaspar, vos y yo.

—¿Qué creéis, señor, que ha motivado esta muerte?

—No lo sé con seguridad. Sin duda hay ciertos intereses, pues nadie asesina por pura maldad, ni siquiera una demente como Rosamunda. Tal vez os explique mis conjeturas más adelante, cuando posea los datos suficientes para que no resulten meras elucubraciones vanas. Pero una cosa sí puedo deciros, y es que, yendo las cosas como van, creo que sé cuál será la próxima víctima.

—¿Quién, Adrián? —pregunté, angustiado.

—El padre de vuestro difunto amo. Me da la impresión de que alguien desea apoderarse de su fortuna, que es mayor de lo que parece y que en parte rueda por Europa en manos de agentes comerciales judíos. Ya ha sido eliminado Don Jacinto Rincón, que sabía muchas cosas interesantes de la casa, y Don Luis, que debiera haber sido el heredero de todo. Ahora tratarán de asesinar a su padre, al cual, si no me equivoco, puede seguir Don Gaspar, que también sabe lo suyo aunque trate de permanecer al margen de los negocios de la familia.

—¡Pero —exclamé yo— hay que impedirlo a toda costa! ¡Eso es una infamia! Y lo que no acabo de entender es qué interés tiene en todo esto la enana, que nada heredera ni se beneficiará en absoluto de semejante carnicería...

—No penséis en la enana. Ella es sólo un instrumento. Debe haber gente muy poderosa en este asunto que la utiliza aprovechando el odio loco que siente hacía todos

los hombres de la familia. En cuanto a lo que decís de intervenir en esta historia para salvar a los que, a mi entender, están ya condenados, es inútil. Las personas como nosotros no contamos, porque estamos al margen de esa maraña de intereses y odios, demasiado espesa para tratar de desenredarla.

—Por lo que a mí respecta, Adrián, tenéis razón: no soy nadie y casi nada puedo hacer, si no es montar guardia día y noche al lado de esos pobres desgraciados o advertirles del peligro que corren. Pero vos sois rico y seguramente poderoso. Debéis hacer algo por ellos. Además, conocéis muy bien el entramado de los asuntos de esta ciudad y no os sería difícil descubrir y desenmascarar a los culpables.

—Es verdad que soy rico y poderoso —respondió él, soñador—, pero no de la manera que vos imagináis. Mí propia naturaleza me impide actuar y mezclarme con las cosas de este mundo. Ya habréis comprobado que aquí nadie me conoce y que incluso mi palacio parece desvanecerse en el aire en ocasiones, hasta el punto de que no podéis dar con él. Verdaderamente, aunque quisiera, no podría hacer nada en este asunto.

—¿Sois, pues, un fantasma? —pregunté, muy irritado por su actitud, que me resultaba incomprensible.

—No exactamente un fantasma, Bartolomé. Os ruego que no me hagáis demasiadas preguntas si no queréis que desaparezca y no nos volvamos a ver nunca más.

Le respondí que en modo alguno deseaba perder su compañía y su amistad, de modo que procuraría no forzarle a una acción que parecía repugnar a su naturaleza. Pero que, por mi parte, estaba dispuesto a defender a Don Luis y a Don Gaspar aun a riesgo de mi propia vida.

—Haced como gustéis, pero sabed ya desde ahora que cuanto ha de suceder está escrito, y no seréis vos quien lo borre o lo enmiende,

Sus palabras trajeron a mi mente la aventura subterránea que había vivido con Adrián años antes, cuando descendimos al extraño aposento y visitamos al personaje luminoso del libro negro. No pude por menos de preguntar, con cierta amarga ironía:

—¿Dónde está escrito? ¿Acaso en el libro de vuestro misterioso amigo del sótano?

Adrián me miró muy serio, casi enfadado, y respondió:

—En efecto. Y podéis dar gracias de que, por una vez y a ruegos míos, accediera a tachar vuestro nombre de la lista de víctimas de toda esta historia.

Aquellas palabras me dejaron estupefacto. Por el tono en que fueron pronunciadas, comprendí que no se trataba de una broma, sino de una terrible verdad que escapaba a mi comprensión. Pregunté:

—¿Eso hizo? ¿Me tachó para salvar mi vida? ¿Tiene poder para modificar lo que está escrito?

—No me hagáis más preguntas impertinentes, Bartolomé —contestó Adrián secamente—. No puedo responderos y aun creo que me he excedido en esta vana charla sobre cosas que están por encima de vos y que no tenéis por qué saber.

Al cabo de algunos días, volví al palacio de Valdaure y hablé con Doña Mariana para rogarle que me permitiera permanecer allí todavía por algún tiempo.

—No tiene objeto que os quedéis, querido amigo —me respondió—, pues vuestro amo, que Dios tenga en su gloria, ha muerto, y a mí de nada me servís en esta casa. No obstante, como no deseo en absoluto que resultéis perjudicado por el accidente, os daré

como compensación una suma que os permitirá terminar vuestros estudios sin estrecheces. Mi hijo lo hubiera querido así, estoy segura.

Al oír estas palabras, comprendí que su decisión de quitarme de en medio era irrevocable. Evidentemente, en aquella casa ya no era yo más que un estorbo. No obstante, insistí:

—Señora, he permanecido en esta casa durante mucho tiempo y no creo que pueda acostumbrarme de nuevo a vivir solo. Permitidme al menos que me quede hasta que termine el año, para que vaya haciéndome a la idea de abandonaros. Me encargaré de trabajos más duros que hasta ahora, si lo deseáis, y no os pediré a cambio más que el sustento y el techo. No deseo seros gravoso, sino permanecer a vuestro lado para servirlos.

—No insistáis, Bartolomé —dijo aquella harpía, que no picaba en anzuelos tan burdos como el mío—. Mi decisión está tomada. Comprended el dolor que me causa veros en esta casa, recordándome continuamente, con vuestra sola presencia, a mi pobre hijo. Debéis recoger vuestras cosas y marcharos.

Leí en sus ojos relucientes una hipocresía y una malevolencia que me asustaron, pero llevé mi osadía al extremo de ofrecerme para cuidar de Don Gaspar y ser su criado.

—De eso —respondió, adivinándome las intenciones— no hay ni que hablar. Por fortuna, Don Gaspar está muy bien atendido por la servidumbre de la casa y no necesita un criado particular. Por otra parte, recordaréis que en una ocasión os prohibí todo trato con él. Sé que me habéis desobedecido, pero os perdono de todo corazón, porque sois muy joven y es natural que cometáis errores. No tengo nada más que añadir.

Me alargó una bolsa llena de monedas de plata y me despidió con un gesto que pretendía sin duda ser amistoso, pero que me produjo el efecto de la picadura de un escorpión. En aquel momento comprendí que Adrián tenía razón y que todo estaba perdido para Don Luis y Don Gaspar. Yo no podía hacer nada por ellos, pues desde el momento en que Doña Mariana quedaba dueña absoluta de la casa, la enana actuaría sin que nadie se inmiscuyera en sus turbios manejos. De todas formas, hice un último esfuerzo, a la desesperada, y dije a la señora, cuando ya estaba a punto de marcharme:

—Comprendo vuestras razones y estoy de acuerdo con vos. Me marchó y no volveré a molestaros, pero antes desearía pedirlos un favor.

—Decid.

—Quisiera ver un instante a Don Gaspar para despedirme de él. Os confieso que le tengo gran afecto, y me duele irme sin decirle siquiera adiós.

—Bien, si no es más que eso, os lo concedo de grado. Podéis subir a su aposento, pero no os demoréis y medid bien las palabras que le dirigáis. Su cerebro está cada día más débil y una conversación demasiado larga o intensa podría afectarle. ¿Habéis comprendido?

—Sí, señora, he comprendido muy bien. No tardaré. Gracias.

Subí como una exhalación a la alcoba de Don Gaspar, con el corazón palpitante de emoción y de pena, porque sabía que aquella iba a ser la última vez que nos viéramos. Cuando abrió la puerta y me reconoció, el pobre anciano fue incapaz de ocultar su alegría y estalló en sollozos, abrazándome como un padre que se despide para siempre de su hijo más querido.

—Sé que os marcháis, Bartolomé —dijo con voz temblorosa—, que os han

despedido de esta casa. Con vos desaparecen de ella la alegría y la vida, y quedan sólo las alimañas y los condenados, pero me alegro de que os vayáis, pues éste no es lugar para personas, sino para fantasmas. Vos tenéis toda la vida por delante, mientras que el palacio de Valdaure será cada vez más un remanso de muerte.

—Lo sé, padre mío —repuse yo, impresionado por su terrible lucidez—. Por eso quiero que os cuidéis mucho. Llamadme en cualquier momento si tenéis algún problema o, mejor aún, id pensando en huir de esta casa y venir conmigo. Ya sabéis que os amo como un hijo. Podríamos marcharnos de la ciudad y empezar una nueva vida en otro lugar, lejos de todo esto.

—Eso es imposible, hijo. Te agradezco tu solicitud y tengo tu amor en lo que vale, pero no puedo seguirte. Mi vida está en estos libros y en todas estas cosas que he ido acumulando a lo largo de los años. Sí las abandonara, no tardaría en morir de pena: prefiero caer defendiéndolas aquí mismo. Pero, ya que me llamas padre y quieres ayudarme, te recordaré una cosa que tal vez hayas olvidado: tienes un padre auténtico, al que debes ayuda más que a mí, y que te necesita, pues su vida será larga y tiene que compartirla con alguien a quien poder transmitir sus conocimientos, que de otra forma se perderán inútilmente. El es sabio, Bartolomé, más sabio que yo. Vuelve a su lado y sé su compañero en los años que le quedan. Que su trabajo no se desperdicie como el mío.

Aquellas palabras me emocionaron y, con lágrimas en los ojos, prometí al anciano que me haría cargo de mi padre y que sería el heredero de su extraño saber. Me abrazó de nuevo y, sacándose del dedo índice una hermosa sortija de oro en la que relucía una maravillosa piedra negra, cuyo fulgor me recordaba el de los ojos de Adrián, la puso en el mío diciendo:

—Hijo, te he proporcionado los conocimientos que he podido, y eso me llena de satisfacción. Has aprendido conmigo la lengua hebrea, la más noble del mundo, pues es el idioma de los ángeles y del mismo Dios, y también he logrado transmitirme algunos secretos de la Cábala y del Zohar. Te servirán de mucho, aunque son peligrosos. No tengo riquezas materiales que ofrecerte, pero, antes de perderte para siempre, quiero regalarte esta sortija. No te desprendas de ella por nada del mundo, porque posee virtudes maravillosas. Yo la recibí de un hombre extraño cuya cabeza estaba rodeada de luz y cuyas ropas eran negras como la noche. Cuando creas que tu fin está cercano, dásela a algún joven que esté marcado por el estigma de la luz superior.

Hubiera deseado preguntarle muchas cosas, ya que sus misteriosas palabras me dejaron perplejo, pero llevábamos demasiado tiempo hablando y teníamos que despedirnos.

Cuando salí de su habitación, lo hice con el corazón encogido de angustia y de impotencia, porque no podía hacer nada por ayudarlo.

XV

Con el dinero que me había dado Doña Mariana, me instalé en una posada modesta pero limpia y en la que se comía medianamente, y me dispuse a terminar mis estudios, que estaban ya muy avanzados, antes de volver a mi tierra a reunirme con mi padre. Para no tener que vivir solo, y deseando ser útil a alguien, hablé con mi antiguo compañero de fatigas, Pedro Pardillo, y le propuse que compartiera mi habitación y mi pequeña fortuna. Aceptó muy contento, porque estaba sin un real y tenía la intención de dejar la Universidad y regresar a su pueblo, como me había sucedido a mí años atrás. Mi ayuda le fue de gran utilidad y la recompensó con creces con su amable trato y compañía.

Transcurrieron algunos meses de calma, en los que no tuve ninguna noticia de lo que estaba ocurriendo en el palacio de Valdaure. Pensé que de momento Don Gaspar no parecía correr peligro y, como por mi parte no podía hacer nada por él, me entregué completamente a mis estudios, terminándolos en breve, junto con mi paisano.

Aquel año, unos cuantos estudiantes juntamos nuestros magros haberes para pagar el banquete de la colación de grado de Licenciatura. Todo se llevó a cabo de la manera más natural y alegre y, encontrándonos ya con el diploma en la mano, nos dedicamos a comentar nuestros respectivos proyectos para el futuro. Pedro, que amaba la Filosofía por encima de todas las cosas, dijo que ya que había conseguido el título con tantos esfuerzos y sacrificios, pensaba continuar en la ciudad, trabajando de criado si era preciso, con tal de proseguir los estudios y hacerse Doctor. Yo veía aquel asunto hartamente difícil, porque el título de Doctor ennoblece y sólo suelen conseguirlo los señoritos, no los desharrapados como él. Pero sus aspiraciones, aunque ilusas, me parecían laudables y le animé cuanto pude, prometiéndole mi ayuda económica hasta donde me fuera posible. Me dio cumplidas gracias y preguntó qué iba a hacer yo.

—De momento —contesté— permaneceré algún tiempo en la ciudad, pues tengo aquí ciertos asuntos que resolver. Pero dentro de poco volveré a mi casa y creo que viviré con mi padre, que ya es anciano y necesita mi ayuda.

Al poco de haberme licenciado, la Muerte llamó de nuevo a las puertas del palacio de Valdaure. Esta vez, como había previsto Adrián, el golpe ciego cayó sobre el padre de mi antiguo amo, que una mañana apareció con el cuello roto al pie de la escalera de piedra. Al principio se pensó que se había caído por accidente, pero no tardó en correr el rumor de que había sido empujado hallándose ebrio. Es decir, que le habían asesinado, como a los demás.

Extrañamente, en esta ocasión las autoridades investigaron el asunto a fondo y Rosamunda fue acusada de haber hecho caer alevosamente a su amo, provocando su muerte. Se la condenó a la horca.

Cuando me enteré, no salía de mi asombro, ya que hasta entonces, en aquella serie de crímenes, las cosas se habían ocultado bien y el nombre de la enana nunca había aparecido mezclado con los hechos. Hablando uno de aquellos días con Adrián, le transmití mi extrañeza y mi alegría por la condena de la asesina. El me dijo, con su habitual seguridad:

—No os extrañe, amigo, que la jugada haya sido esta vez algo distinta.

Rosamunda ha cumplido su misión y ya sólo sirve de estorbo a quienes la han utilizado.

—¿Queréis decir que los mismos que se han servido de ella van a eliminarla ahora? ¿Así le agradecen lo que ha hecho por ellos?

—La gratitud es cosa de los pobres hacia los ricos, pero no viceversa, querido amigo. ¡Bastante le importa a la Inquisición la enana Rosamunda como para mover un dedo por ella, ahora que lo necesitaría!

—¿Insinuáis que los hilos de esta trama infernal han sido manejados por el Santo Oficio? —le preguntó, escandalizado.

—No digo yo —respondió Adrián— que el motor de estos hechos haya sido solamente el Santo Oficio como tal, pero sí que ha tenido parte en ellos, probablemente en connivencia con altas jerarquías e incluso con la corona. El porqué, es harto complicado. Hay mucho dinero de por medio, y esto bastaría para explicar muchas cosas, pero recordad que, además, en su mayor parte es dinero manejado por judíos. En este país, como en todos, los asuntos de la religión están tan trabados con los del dinero que nadie sabe a ciencia cierta dónde terminan unos y comienzan otros, y a nadie interesa, por otra parte, meterse en excesivas averiguaciones.

—Dijisteis, señor, en una ocasión, que la víctima que seguiría a Don Luis de Valdaure sería con toda seguridad Don Gaspar, su hermano. Así pues, el trabajo de la enana no ha terminado... ¿Cómo se explica que vayan a acabar con ella sin que ella, por su parte, haya acabado con la última pieza de este juego de locura?

—Don Gaspar es fácil de eliminar, tan fácil que no es preciso recurrir a la enana. ¿Queréis que os diga cómo veo yo el futuro de la casa de Valdaure?

—Desde luego.

—Pues bien, sospecho que el día menos pensado Don Gaspar enfermará o enloquecerá, lo que dará pie a que se le encierre para siempre, y esta vez no en una estancia del palacio. Doña Mariana obligará a Blanca a ingresar en un convento, donde podrá seguir llevando su vida licenciada, si lo sabe escoger bien. Después, ella misma ingresará en otro, de más estricta observancia, no sin antes haber legado todos los bienes de su esposo y los suyos propios al Santo Oficio y a la Iglesia. Puede ser incluso que el palacio sea convertido en convento...

Las deducciones de Adrián me parecieron muy lógicas, dado el rumbo que llevaban los acontecimientos, pero no pude por menos de quedarme estupefacto una vez más ante la precisión de sus vaticinios: parecía estar leyendo el futuro como un libro abierto.

La ejecución de la enana Rosamunda fue apoteósica, ya que toda la ciudad la conocía y se apresuró a no perder detalle del acontecimiento. Adrián y yo también asistimos, yo temblando de gozo y él con la curiosa frialdad que le caracterizaba en las ocasiones críticas.

A la incierta luz del alba, la horca parecía irradiar una oscuridad majestuosa. Llevaron a la enana hasta ella a viva fuerza, porque se resistía como un animal salvaje. Su corta estatura hizo que la ejecución resultara grotesca, más cruel de lo que incluso yo deseaba: hubo que subirla a una banqueta para que alcanzara la altura de una persona normal. Mientras le pasaban la soga por el cuello, no dejaba de debatirse, haciendo muecas horribles y meneando la greñuda cabezota. El público se reía de sus aspavientos y la llamaba Rosa Inmunda, bruja, asesina y endemoniada.

—Sí, endemoniada... —murmuraba Adrián—. Bastante sabrán estos ignorantes lo

que significa estar endemoniado. ¡Pobres de los demonios si tuvieran que ocuparse de semejantes escuerzos!

Tanto rebullía la condenada que hubo que hacerle perder el sentido golpeándola en la cabeza, para poder colgarla. Creo que en el último instante el dolor le hizo volver en sí, porque guiñó mucho los ojos pitarrosos y se debatió un momento en el vacío, como tratando de volar.

La tarde de aquel mismo día se trasladó su cuerpo al pudridero del Barranco del Cuervo.

A los pocos meses, comenzó a rumorearse en la ciudad que el único hombre que quedaba en el palacio de Valdaure, es decir, Don Gaspar, se había vuelto completamente loco y había tratado de asesinar a Doña Mariana. A mí me dio la impresión de que aquello era una burda mentira puesta en circulación por ella misma. Adrián, que compartía mi opinión, me dijo:

—Recordad lo que os pronostiqué hace algún tiempo: que a Don Gaspar acabarían encerrándole en algún sitio. Ahora ya sé con seguridad qué clase de reclusión se le reserva. Le meterán, ni más ni menos, en el Hospital General, en el ala de los locos furiosos, y pasará el resto de su vida en una jaula, durmiendo en un jergón de paja, entre la inmundicia. Ya lo veréis.

—Pero —repliqué yo, con aquella inocencia recalcitrante de la juventud, que tanto me divierte recordar—, eso es imposible: allí van sólo los locos pobres, mientras que a los de las grandes casas se les conserva junto a sus familias, que se encargan de cuidarles.

—Eso es lo normal —contestó sonriendo—, pero ya sabéis que en esta historia no hay nada que lo sea. Doña Mariana se las compondrá para encerrar al pobre viejo en la mansión de los orates, ya que no tiene el valor de acabar con él por sí misma.

XVI

Pasó mucho tiempo sin noticias dignas de mención. La casa de los Valdaure permanecía cerrada a cal y canto, como si la hubieran abandonado, y no se volvió a hablar de la suerte de Don Gaspar. Ya me disponía a partir hacia mi tierra en busca de mi padre, cuando un día vino Adrián a la posada a visitarme y me dijo:

—Bartolomé, hoy trasladan los restos de la enana Rosamunda desde el Barranco del Cuervo a la ciudad, para enterrarla.

—¿En la procesión de la Misericordia?

—Eso es. He creído que os gustaría asistir al último acto de este drama sangriento, y despediros para siempre de lo que queda de vuestra enemiga. La procesión es esta tarde. Si lo deseáis, puedo acompañaros.

Un mal espíritu me infundió el ardiente deseo de seguir el rastro de la asesina por última vez, de modo que agradecí a mi amigo el aviso y quedé de acuerdo con él para presenciar el traslado.

Como en la ocasión anterior, que yo recordaba en todos sus macabros detalles, la comitiva del arcón, con la imagen de la Virgen encima y el jorobado espantándole las moscas, pasó ante nosotros envuelta en su repugnante olor a incienso mezclado con el de la carne muerta y rancia. Detrás venían los carros de los locos, y lo que vi en el primero de ellos estuvo a punto de hacer que perdiera el sentido. Entre los orates gesticulantes o sumidos en la impasibilidad de la estupidez total, iba Don Gaspar, vestido con el infamante traje azul y amarillo, y la cabeza cubierta con el bonete a cuadros. Permanecía sentado entre las yerbas de olor, con las manos sobre las rodillas y la cabeza gacha. La expresión de su rostro era de absoluta indiferencia, pero también de una tristeza infinita, de una desesperación sobrehumana. A cada bamboleo del carro, su cuerpo se meneaba como el de un monigote de palo.

Nunca en mí vida había sentido yo tanto dolor como entonces. Sufrí en mi propia alma la pena y la vergüenza de aquel anciano magnífico, humillado hasta el punto de marchar en un carro de locos tras el cajón de los huesos de la asesina de su familia, formando parte de su cortejo fúnebre y siendo, por así decir, su trofeo póstumo. Aquello me parecía atroz y absurdo, algo que se escapaba de las leyes de la misma vida, peor que la pesadilla más cruel.

Fui siguiendo al carro durante largo rato. Don Gaspar, ensimismado, no se daba cuenta de mi presencia, o tal vez fingía no dársela. Yo no sabía qué hacer, si detener a toda la comitiva, apoderarme de mi viejo amigo y llevármelo de allí, o dejar que los acontecimientos siguieran su curso fatal. Consulté con una mirada a Adrián, que me cuchicheó al oído:

—No se puede hacer nada, Bartolomé. Don Gaspar acaba de morir.

Aquellas palabras me causaron un terrible sobresalto. Miré hacia el anciano y vi que su cabeza había caído totalmente sobre el pecho, y que su cuerpo oscilaba. Acabó por desplomarse en el suelo del carro, pero sus compañeros, pobres locos, no se inmutaron y nada hicieron para levantarlo o tenderle siquiera una mano. Nadie pareció darse cuenta de su muerte, y la procesión continuó. Yo quise gritar, detenerla, hacer algo, pero me fallaron las fuerzas y me dejé arrastrar por Adrián lejos de allí.

Me llevó a una taberna e hizo que bebiera un gran vaso de vino. Las piernas no me sostenían y tuve que sentarme. El me acarició ligeramente la cabeza y me habló con voz dolida, abandonando su eterno tono de burla.

—Sé que en estos momentos —dijo— nada puede mitigar tu pena, querido mío, pero si te sirve de consuelo te diré que el alma de ese noble anciano vuela ya hacia un lugar maravilloso, donde será acogida como merece. No son palabras vanas: sé lo que digo y por qué lo digo.

Aquellas frases, pronunciadas por Adrián con voz dulce y ardiente, no me proporcionaron el menor consuelo. Por primera vez en muchos años, lloré con la intensidad de un niño abandonado.

—Bartolomé, no llores —susurró Adrián, estrechándome entre sus brazos y acariciando mis mejillas con sus manos enguantadas—. Ven conmigo, porque quiero que veas y vivas algo que te hará confiar en las fuerzas del que te guía, que también protege a Don Gaspar y no permitirá que le devoren los gusanos como a Rosamunda.

XVII

Me condujo a su palacio y, una vez en él, a una cámara maravillosa que yo no había visto hasta entonces. Tenía las paredes blancas, pero cubiertas de extraños jeroglíficos e inscripciones. En su centro había un gran lecho con baldaquino y cortinas de terciopelo negro. En un pebetero de oro ardían perfumes aterradores. Un candelabro de siete brazos, con gruesas velas negras, iluminaba la estancia bañándola en una luz semejante a la del sol de tormenta.

Adrián se quitó el sombrero y los guantes. Por segunda vez en muchos años pude contemplar sus manos deformes y exquisitas, aquellas delicadas garras de marfil cubiertas de pelos negros y armadas con uñas amoratadas, poderosas como las de una fiera. Luego continuó quitándose prendas con ademanes naturales y encantadores, hasta quedar completamente desnudo, o desnuda, porque ante mi asombro comprobé que su cuerpo era la más hermosa y extraña mezcla de rasgos de varón y de mujer que un loco delirio puede concebir.

Adrián, o Adriana, pues ambos nombres cuadraban a su doble naturaleza, se tendió en el lecho negro y me atrajo hacía sí. Loco de amor y de deseo, me precipité en sus brazos. No hay palabras para describir los paraísos que descubrí en aquellas largas uniones múltiples que duraron una eternidad. Cuando volví a la vida tras esta especie de maravillosa muerte, Adrián y el palacio habían desaparecido, y con ellos una etapa sangrienta y dorada de mi vida.

LIBRO SEGUNDO

Viajes Y Laberintos

I

Cuando regresé a mi casa junto a mi padre, encontré un desierto en el lugar que mi memoria infantil había poblado de bosquecillos amenos, campos feraces y viñedos ubérrimos, trabajados con ahínco feliz por cuadrillas de saludables campesinos. Ignoro si aquel yermo que hallé fue el resultado de acontecimientos reales y desgraciados accidentes o si siempre estuvo allí y fueron mis ojos de niño los que vieron manantiales donde sólo corrían regueros miserables, árboles donde crecían grama y ortigas, y tomaron a un par de esclavos negros, cuyo achaque menor era el cansancio crónico, por una legión de lustrosos servidores.

Pero no fue ese enfrentamiento con la realidad lo peor de mi regreso: lo peor rué el reencuentro con mi padre. Este, secas las fuentes de la vitalidad hasta las raíces, languidecía en un semisueño en el que rememoraba inútilmente las actividades y maravillas de sus años de madurez —de las cuales, por otra parte, yo nunca fui testigo directo. En sus libros, que tanto había amado, no hallaba ya sino fórmulas carentes de sentido. Sus animales acompañantes estaban viejos y tiñosos y, habiendo perdido su esplendor y su gracia, se habían tornado demasiado humanos. Los fetos y los pequeños monstruos conservados en botellones de líquido se habían arrugado como pasas y estaban negruzcos, irreconocibles, ya ni siquiera patéticos o curiosos. Los espejos e instrumentos ópticos parecían empañados; el atanor, cegado por una lepra de hollines acumulados por la combustión desordenada de las lamparillas de aceite; las retortas y matraces, opacos por el polvo, y algunos de ellos desconchados, agrietados, inservibles. Los demonios familiares ya no acudían a los conjuros de aquel anciano fatigado, que probablemente había olvidado las palabras correctas o el orden de los dibujos mágicos. Un helado hastío reinaba en la casa y en las vidas de sus habitantes, o al menos esa fue mi primera impresión.

Mi regreso no cambió aparentemente nada. Los ojos de mi padre brillaron tenuemente cuando me reconoció, y chispearon un instante al ver la sortija que me había regalado Don Gaspar, pero se apagaron de nuevo enseguida, tal vez porque se dio cuenta de que su hijo, algo maleado pero nada endurecido por sus experiencias en la lejana ciudad en la que había estudiado, no traía consigo en definitiva sino anécdotas banales, nostalgias de aventuras extravagantes —en gran parte inventadas— y, sobre todo, unos terrores insuperables que le hacían poco apto para progresar por los caminos que sus lejanos mentores, y probablemente él mismo, habían deseado para él.

Durante los primeros tiempos de mi estancia en la casa donde nací, sufrí insomnio y espantos y decaimientos que no sabía a qué achacar a ciencia cierta. A veces echaba la culpa a la ausencia de Adrián, a quien mi memoria agigantaba hasta límites sacrílegos. En lo tocante a él, mis fantasías desbocadas predominaban sobre los rectos recuerdos, logrando engañarme a mí mismo con mentiras bien urdidas, pero muy frágiles, que, una vez rotas, clavaban sus astillas cristianas en el fondo de mi corazón. Otras cosas me atormentaban también, entre ellas el no haber sabido aprovechar las enseñanzas de Don Gaspar, y no haber tenido el valor necesario para salvar al anciano de su terrible final —aunque, por otra parte, no sé cómo hubiera podido hacerlo. Me parecía asimismo que había despreciado neciamente lo mucho que

hubiera podido aprender de mi amo Don Luis de Valdaure, joven animoso y Heno de vitalidad, bien preparado para la vida si el Destino no hubiera truncado la suya tan prematura y cruelmente.

En lo tocante a los desdichados acontecimientos vividos en la casa de Valdaure y que la asolaron por completo, algo me decía que había sido un ingenuo al creer que todo lo sucedido se debió a no sé qué embrollo de la Inquisición. Dudaba de si la memoria me era fiel cuando rememoraba las explicaciones que me diera Adrián sobre el asunto, y en ocasiones llegaba a pensar incluso que nada de aquello había sucedido, que todo eran achaques de mi fantasía y que los personajes que bailaron aquella danza macabra no tenían más consistencia que la de los sueños.

II

Tras un lapso de muchos meses, comprendí que debía desenredarme de aquella madeja de obsesiones y encarrilar mi vida de hombre, de modo que me hice con una plaza de escribano y decidí iniciar una nueva andadura, tan realista y cotidiana como fuera posible. Como es natural, el trabajo al principio me entretuvo, luego se volvió una rutina no del todo desagradable, y finalmente devino un pantano de hastío. Los testamentos y contratos comenzaron a hacerme bostezar desesperadamente, y mi bella caligrafía se fue convirtiendo en una tela de araña tan indescifrable como la del resto de mis colegas. Cuando me veía volver a casa agotado y aburrido después de una jornada de tareas vanas y monótonas, mi padre movía la cabeza con desaprobación, pero no decía nada, como si estuviera dándome un plazo para rectificar el nuevo rumbo que había tomado mi vida.

Al decidir instalarme definitivamente en el pueblo, dedicarme a la escribanía y llevar una vida sedentaria y tranquila, pensé que ésta estaría incompleta sin una mujer y unos hijos, así que pasé revista a las muchachas casaderas del lugar y me fijé en Engracia, que destacaba entre ellas, aparte de por otras cualidades, por su discreción y por cierta finura en sus maneras y forma de hablar. Era, además, pasablemente bonita, especialmente cuando deseaba parecerlo, y muy sensual a pesar de no tener conciencia de ello y de ser la muchacha más casta en muchas leguas a la redonda.

Procedía de una familia de campesinos ricos, de una raza de hombres inteligentes y mujeres voluntariosas y maternales, salvo tal vez la propia Engracia, a la que una cierta abulia y una imaginación más viva que la inteligencia habían convertido en una especie de desmayado sauce entre olivos duros y fructíferos. Tarda para casi todo, lo cual desesperaba a sus vivaces hermanos y hermanas, su lentitud no iba acompañada por la seguridad, pues era la criatura más dubitativa e insegura del mundo. Su confesor solía reprocharle dulcemente —según me decía ella misma— su conciencia escrupulosa, que hacía su vida espiritual un vivero de amarguras; amarguras leves, inasibles, que se desvanecían como jirones de niebla bajo los rayos del sol, pero que a menudo la sometían a lánguidos martirios. Cuando me contaba alguna de aquellas penas suyas incomprensibles, me irritaba con ella y me parecía una niña que nunca crecería, siempre preocupada por naderías, figuraciones y espejismos. Ahora, mis ideas sobre este particular han cambiado: nadie reprocha a las mariposas que tengan alas excesivamente frágiles, ni a las flores que prodiguen inútilmente sus perfumes a las indiferentes brisas, ni a las perlas que permanezcan encerradas en sus ostras en el fondo de los océanos. Las quimeras y sobresaltos de Engracia tenían la calidad del ala de la mariposa, del perfume inútil de las violetas escondidas en la hierba, el fulgor secreto de las perlas que nadie ha contemplado. Tal vez cierto tipo de santidad consista precisamente en eso; tal vez a Dios, además de los santos aguerridos y eficaces, le gusten los que languidecen en un eterno suspiro de angustia por pecados imaginarios. Acaso estos últimos cumplen la misión de purgar en la tierra los pecados cometidos por los hombres sin conciencia, que son su reverso.

Engracia tuvo muchos pretendientes antes que yo, y algunos de ellos muy buenos partidos, atraídos por la posición de su familia, que aportaría una dote

considerable, y por las mismas virtudes de la muchacha, cuya fama era intachable y cuyo bondadoso carácter todos conocían. Ella los rechazaba con una obstinación que comenzó haciendo grada a sus parientes, pero que acabó desesperándoles, pues contaban con uniría a un hombre rico para dejar su vida asegurada, ya que no era la mayor de los hijos y apenas tendría parte en la herencia.

Cuando conocieron nuestra mutua simpatía, sus padres no se opusieron a nuestro noviazgo, pero sé que no les hacía felices la idea de que al cabo fuera a llevarse la niña un escribano sin un céntimo, hijo de un viejo loco, tenido por brujo o por algo peor en el pueblo, que había dilapidado la herencia de sus mayores persiguiendo quimeras y produciendo en su casona extraños fenómenos tras de los cuales parecía estar el Diablo. No es que ellos comulgaran del todo con aquellas habladurías, y tampoco le hacían ascos a emparentarse con hidalgos, aunque fueran pobres, pero no dejaban de tener sus reparos. Por otra parte, yo no soy un Hércules, sino más bien canijillo y de poca presencia, y debían pensar que sus nietos por parte de Engracia, si se casaba conmigo, no serían los rollizos y colorados galopines que ya estaban echando al mundo sus otras hijas y que tenían el aspecto de poder vender salud por arrobos.

Hicieron ver estos inconvenientes a Engracia discretamente y sin alharacas, pero, como vieron que la muchacha no atendía a razones y prefería un licenciado sin un cuarto a un gañán forrado, dieron su consentimiento para el noviazgo, con la esperanza de que, siendo ella tan joven y durando tanto los períodos de galanteo en aquellas comarcas, acabáramos aborreciéndonos y todo quedara en agua de borrajas.

Mi padre, por su parte, tampoco exultaba de alegría, porque para él los campesinos siempre serían campesinos, esto es, una especie de siervos no del todo humanos. No se daba cuenta de que si mi familia había sido algo alguna vez, hacía ya tiempo que dejó de serlo, y que un hidalgo arruinado y con un puñado de tierras no podía aspirar a casar a su hijo con una dama de la Reina.

Así que, entre el desánimo de todos, la pasividad de Engracia y mi indudable — aunque perfectamente disimulada falta de verdadero amor, aquel idilio amenazaba convertirse en un matrimonio de los llamados felices. Prefería no confesarme a mí mismo que Engracia no me inspiraba más que un cierto deseo y un afecto más fraternal que propio de amantes, pero me hubiera casado con ella de no haber irrumpido en la estancada placidez de mi vida de entonces una Medusa perteneciente a los mares por los que había navegado en los días de mis estudios en la ciudad.

Contaré lo que ocurrió y cómo, pero antes debéis permitirme el desahogo de una reflexión. No me importa que parezca ridícula — ¡tantas cosas en mi vida lo han sido! —, ni tampoco que algún censor puntilloso me blanquee el párrafo. Lo que quiero decir es, sencillamente, que en aquellos días me encontraba en una situación que cualquier joven de mi edad hubiera envidiado — con una casa, trabajo y una novia buenamoza —, en camino de convertirme en un honrado padre de familia, respetado por todos y gozando de una existencia plácida. Pero la perspectiva de tanta paz — y tal vez no poca dicha — me angustiaba, la sentía pesar sobre mí como una amenaza y en mis delirios la asimilaba a la muerte. Cuando, turbado hasta la exasperación por la contemplación de aquel camino ni ancho ni estrecho que se abría ante mí, me entregaba a vanas fantasías para disipar su visión, que se me antojaba horrorosa, siempre acababa rememorando mi estancia en la ciudad, mis estudios, la Universidad, la casa de Valdaure y, sobre todo, a Adrián. Echaba de menos de forma indecible aquellas zozobras y sobresaltos, aquellas idas y venidas, aquellas entrevistas quimeras, los amores venenosos, e incluso

— ¿por qué no confesarlo? — la sangre.

Jamás he sido una persona especialmente religiosa, aunque siempre estoy devorado por los más absurdos escrúpulos, pero aquellas ideas me producían cierto malestar, como si fueran un pecado. Por otra parte, la razón me apremiaba a abandonar las vanas imaginaciones y a esforzarme en lo posible por vivir en el tiempo presente, puesto que no podía regresar a aquellos días del pasado, que tal vez mi memoria deformaba y dotaba de vanos esplendores.

Pero como ni la razón ni la conciencia ni la voluntad pesan más que una pluma en la vida del hombre comparadas con el Destino, la salida del estancamiento peligroso en el que mis contradictorios sentimientos me sumían fue proporcionada no por un deseo de cambiar las cosas, no por una decisión o por una resolución mía, sino por el azar, que me sumergió de nuevo en las aguas turbias, en las que yo nadaba con más placer que en los estanques cristalinos. Yo incliné la cabeza ante aquello, con maligno regocijo, y acepté el cambio en el giro de la rueda de la Fortuna.

III

Un día de principios de otoño hube de ir a la ciudad, que distaba del pueblo tres jornadas. Cargué en la muía los arreos de escribir, algo con qué entretener el hambre hasta llegar a la primera venta, y un grueso capote, ya que, aunque el tiempo todavía era bueno, por las tardes solía haber tormenta. Salí de madrugada, muy soñoliento pero de buen talante, porque el viaje, por incómodo y fatigoso que fuera, rompía el tedio de la rutina.

El paso de la muía resonaba por las calles desiertas y todavía oscuras. Al pasar por delante de la casa de Engracia, alcé los ojos hasta la ventana de su alcoba y silbé. Ella, que tenía sueño de gata, se asomó al instante, despeinada y risueña, a despedirme.

—¿Quieres que te traiga alguna cosa? —le pregunté—. A donde voy hay muchos embelecos de los que os gustan a las mozas...

—¿Te recuerdas —preguntó con la voz ebria de sueño— de esa copla que canta siempre mi hermana? La de la gargantilla de corales.

—Sí, ¿por qué?

—Porque quiero que me traigas una, para que, cuando me asome a la ventana con ella por las tardes, me tomen por una reina. Dime, ¿me la traerás?

—La muchacha de la copla acaba muriendo, ¿no te acuerdas? ¿No tienes miedo?

Negó con la cabeza y rió tapándose la boca con la mano.

Cuando aquella madrugada viajera y diferente Engracia me encargó el aderezo de la muerte de la copla, me tembló el alma, no sé si de temor o de regocijo lejano, porque en aquel momento comprendí que algo malo y grande estaba acercándose a mi vida de un modo solapado e implacable, algo ciego y tal vez sin nombre, que venía surcando vertiginosamente aguas profundas, como una fiera del mar. Y aquel palpito lo tiñó todo de unos colores sombríos y magníficos. Permanecí —así me lo pareció— una eternidad bajo la ventana de Engracia, contemplando con arrobó, como sí lo viera por primera vez, su rostro redondo de mujer rubia, que en aquel instante me daba la impresión de estar aureolado de un misterio de dolor y de gozo, como una Madonna italiana, dulce y lejana. Una ligera brisa trajo hasta mí el olor del tiestecillo de albahaca de su alféizar.

—Te traeré todo eso y mucho más, hermosa.

Ella se persignó y exclamó, casi gritando, con la frente súbitamente enrojecida:

—Eso y sólo eso, Bartolomé. No traigas nada más aquí, por Dios bendito y por su Madre la Santísima Virgen. ¡No traigas nada más aquí!

Lo dijo estremecida como por un frío súbito, y también yo me estremecí, porque comprendí sin comprender, como ella. La muía dio un respingo que me arrancó una blasfemia.

Me despedí de Engracia y emprendí mi camino y al poco rato de cabalgar de cara al sol naciente, aspirando los olores de la mañana —tierra mojada de la tormenta de la noche, humo de leña y a ratos algo semejante al pan recién horneado—, se me fueron disipando los humores sombríos que aquella corta charla removiera, y troté alegremente hacia la Venta del Aire, que era la primera meta de mi viaje y en la que pensaba hacer noche.

Llegué allí a la caída de la tarde, sin más novedad que la compañía de un franciscano que se me agregó a la altura del cruce de Espinar y La Losa, y que me entretuvo con su conversación de trotamundos. Una cosa me incomodó sobremedida durante la larga cháchara que sostuvimos, y es que su asno, aunque de buena lazada, era más bajo que mi muía, de modo que, como tengo un oído no muy fino, me veía obligado a cabalgar inclinado hacia el buen hermano, lo cual me produjo un muy molesto dolor de riñones.

Cuando alcanzamos la Venta, la hallamos alterada como por la llegada de la reina de Saba. A la puerta había un par de carros, varias muías excelentes y dos caballos que estaban siendo desensillados por unos negritos. En el patio interior se entreveían revuelos de faldas de colores chillones y se percibían agudas risas y gritos destemplados y algo aguardentosos. Preguntado que hubimos por la causa de semejante alboroto, el posadero, sudoroso y con los ánimos arrebatados, nos informó de que aquella noche se alojaba allí una compañía de cómicos o faranduleros que se dirigían a la misma ciudad que yo. El fraile se santiguó por rutina, pero los ojillos le brillaron, porque debía de ser más amigo de diversiones que de penitencias.

Yo, a decir verdad, estaba tan reventado del viaje que lo único que deseaba era una cena caliente, un poco de buen vino y, sobre todo, una cama blanda, porque el paso duro de la muía me tenía los huesos desencajados. No conseguí ninguna de las tres cosas sino a medias, porque, habiendo cenado ya y hartándose los cómicos aquellos, no se hallaba en toda la venta más que fondo de puchero recalentado, un vino como el de las Bodas de Cana un momento antes del milagro de Cristo y —¡ay de mí!— un camastro en el altillo, que hube de compartir con el fraile y un mocito bachiller que volvía de Segovia de ver a su padre enfermo. Y si bien es verdad que las vituallas y bebidas fueron pocas y malas, mentiría si dijera lo mismo de la charla que mantuvimos antes de dormirnos los allí encamados, únicos intelectuales de la venta. Finalmente, el hermano y el estudiante se pusieron a discurrir sobre los pros y los contras de las comedias, y yo me dormí arrullado por las voces de una polémica que amenazaba con durar toda la noche.

A la mañana siguiente, el estudiante y yo dejamos roncando a nuestro compañero y partimos al alba. Los cómicos debían de tener pocas prisas, porque no aparecían ni por asomo, y sus carros permanecían donde la tarde anterior, de modo que nos quedamos con las ganas de verles las caras y hacer el camino con ellos, que siempre hubiera sido entretenido.

Pero bastante lo fue también la compañía de aquel muchacho, que se llamaba Jesús Carnicero y estudiaba Artes en Salamanca. Me contó muchas cosas de sus maestros y condiscípulos que me resultaron familiares, y yo le hablé de mis estudios en otra ciudad no menos famosa.

Los cómicos nos seguían a tanta distancia que, cuando hubimos llegado a la segunda venta del viaje y acomodado nuestros molidos huesos en un catre, oímos llegar los carros y bullir y alborotar a las mujeres y los perros. Asomados al ventanuco de nuestro cuartucho, vimos desembocar ante la puerta la comitiva, y a los hombres descender y descargar los carros y los animales entre risas y blasfemias. A las luces de los faroles y de la luna no se veía gran cosa a la distancia a que nos hallábamos, en el segundo piso, pero Jesús se prendó de una cómica y corrió escaleras abajo por ver de cortejarla, o al menos de divertirse un rato con aquella gente, que pasa por la vida como por un tablado de comedia, siempre representando farsas o tragedias para

engatusar a los necios como aquel estudiantillo. Tal fue la estúpida reflexión que me hice para convencerme de que sería más sensato dormir y reponer fuerzas para la jornada siguiente que pasar media noche o más de farándula.

En resumidas cuentas, que no vi a los cómicos ni aquella noche ni a la mañana siguiente, porque, como en la jornada anterior, se acostaron a las tantas de la madrugada y se quedaron durmiendo mientras yo reemprendía la marcha solo —el estudiante, al parecer, se había unido a ellos y no volvió a nuestro cuarto—, deseoso ya de llegar a la ciudad, que pensaba alcanzar a la caída de aquella misma tarde.

IV

Eso pensaba yo, pero no estaba de Dios que lo consiguiera. A eso de las dos del mediodía, cuando hube terminado en soledad mi pan con queso y me disponía a seguir mi camino, comenzaron a agruparse nubes negras y preñadas que venían de levante, arrastradas por un viento frío. El día ya de por sí desapacible, se enturbió completamente en pocos momentos, y la soledad del campo, bajo aquella luz de ceniza, daba miedo.

En un santiamén las compuertas del cielo parecieron abrirse y, entre relámpagos y truenos horribles, comenzó a caer una tromba de agua acompañada de rachas de viento, y que nos cegó completamente a mi pobre animal y a mí. En aquel descampado no había dónde guarecerse, y volver a la venta era inútil, porque llevábamos ya mucho andado. El agua era tanta que pronto borró el camino. Yo no sabía qué partido tomar y, como no podía quedarme parado y la mula parecía ir a enloquecer, proseguí fatigosamente la marcha, de espaldas al viento y la lluvia, afortunadamente. No tardé en perder la senda, y con ella la poca serenidad que me quedaba. La oscuridad iba en aumento y la tormenta no llevaba visos de amainar. Chapoteando en el barro, empapado de agua y de sudor, anduve mucho rato cabe de mi muía, llevándola por el ramal para no agravar sus males con mi peso.

Cuando la tormenta comenzó a alejarse y se abrieron los claros en el cielo, no fueron ya rayos de sol los que se filtraron hasta la tierra empapada, sino un tenue resplandor de estrellas. A lo lejos vi brillar una luz amarilla y, aun temiendo que me engañara mi deseo de encontrar alma viviente en aquellos parajes, me encaminé hacia ella dando las gracias a Santa Bárbara bendita.

Y, en efecto, aunque parezca cosa de cuento, se trataba de una casa, y de muy hermosa construcción para estar situada en aquellos andurriales. Un par de enormes perros negros salieron a recibirme. No emitieron el menor ladrido, sino que, por el contrario, me hicieron grandes fiestas, como si fuera su propio amo de regreso. La muía, que ya estaba algo repuesta de los pasados accidentes, se asustó y se puso como loca cuando los tuvo cerca, pero al abrirse la puerta de la casa se calmó como por ensalmo. Una sombra jorobada y canija, que pensé que era un criado, me arrebató las riendas de las trémulas manos y se llevó al animal, mientras que quien había abierto la puerta, que por la voz conocí que era mujer joven, me invitó a pasar, con tanta gentileza y pulidos acentos que la tuve enseguida por persona de calidad.

Y a fe que lo parecía. A la luz de un candil que llevaba, que iluminaba su rostro risueño, pude ver a ja más gentil de las damas, blanca y rosa como la flor del almendro, ojos de carbón y labios de brasa. Sus trenzas, más negras que las tinieblas mismas, se perdían en las sombras.

Después de dirigirle el más rendido de los saludos y de aceptar agradecido su invitación a pasar la noche en su casa, la seguí, atolondrado y estupefacto, por un dedalo de corredores oscuros, escaleras y recovecos, hasta llegar a una amplia sala de techo abovedado, en cuyo centro ardía, en una especie de extraña chimenea semejante al atanor de los alquimistas, un fuego poderoso que daba gran luz y calor. Los muros de la estancia estaban tapizados de una piel que no supe identificar, suave y densa

como la de los armiños, pero muy oscura, a la que el fuego arrancaba brillos rojos y dorados. En el suelo, ante la chimenea, había un gran espacio cubierto con una de aquellas pieles, y alrededor del fuego un banco tapizado de igual modo.

Mi encantadora anfitriona, que dijo llamarse Soledad, me trajo ropa seca para que me cambiara, y mientras lo hacía, desapareció de la estancia, diciendo que iba a ocuparse de mi cena y del alojamiento de la muía. Frente a aquel fuego y vestido con ropa seca, me sentí como en el cielo, y no di importancia al ligero desgarrón manchado de algo oscuro que había en el lado izquierdo de la camisa que me había dado Soledad. Mientras estuve esperando su vuelta, tendido en el mullido banco forrado de pieles, que parecían exhalar un aroma semejante al del almizcle, tuve tiempo de pensar en lo extraño de aquella situación, pero no lo hice: de alguna oscura manera, mi naturaleza aceptaba los lugares extraños con mayor facilidad que los habituales, y a aquella criatura preciosa e incongruente con más familiaridad que a la misma Engracia.

No me dejó solo mucho tiempo. Pronto reapareció, trayendo entre las manos una gran bandeja de madera riquísima, que contenía algunos platos de aspecto y aroma exquisitos y un frasco de cristal tallado, lleno de un vino de color rubí oscuro. Situó la bandeja frente a mí, a modo de tabla de mesa, sobre un trípode, y se sentó de espaldas al fuego a hacerme compañía. Al preguntarte si ella no cenaba, me respondió sonriendo que lo haría más tarde y que, si deseaba complacerla, no me preocupara más que de mi propia satisfacción. También me advirtió que no le hiciera preguntas sobre su persona o que, si las hacía, no esperara siempre respuesta.

—Vuestros deseos son órdenes para mí, señora —dije—, no temáis indiscreciones por mi parte, pues bueno sería proceder como un bellaco molestando a un huésped tan amable como vos. Vuestra mera existencia es, por otra parte, contestación viviente a la pregunta más importante que pueda formular un hombre.

—¿Y qué pregunta es ésta? —inquirió con una coquetería no exenta de fiereza.

—La pregunta es —respondí, creyendo hacer el cumplido más hermoso de mi vida— si Dios existe, y la respuesta es que sí, puesto que una criatura como vos sólo puede haber sido diseñada por una mente divina.

Apenas hube pronunciado estas palabras, me sentí incómodo. Ella hizo una mueca que duró un instante, pero que me reveló un mundo abismal, pues ningún ser humano había hecho ante mí un gesto semejante en todos los días de mi vida, y sí muchos animales cuando se sienten amenazados. Incluso creí ver, a contraluz de las llamas, un leve movimiento de sus orejas, que eran un poco puntiagudas.

—Perdonad si os he molestado —dije tontamente, sintiéndome aún más torpe en la disculpa que en la ignorada ofensa. Pero ella, que ya había recuperado la compostura, replicó dulcemente:

—No hay nada que perdonar, Bartolomé. Sólo os ruego que no hagamos de ésta una velada teológica.

Aquella velada, en efecto, no fue teológica, sino infernalmente pagana. El amor de Soledad, bárbaro hasta extremos que me hacían perder el sentido, dejó en mi cuerpo marcas indelebles, y en mi alma una cierta sed de sangre que me ha acompañado después durante toda mi vida. Poco antes del alba me llevó a los inmensos sótanos de su morada, llenos de huesos humanos y despojos repugnantes, y me dijo:

—He aquí, Bartolomé, los restos de mis festines. Tu podrás marcharte sin pagarme más tributo que el del amor que me has dado esta noche y las pocas gotas de sangre que he arrancado de tu piel con mis caricias. Tú tienes el anillo negro y eres

amigo de Adrián, y yo respeto a los amigos de mis amigos.

El anillo negro. Lo llevaba siempre puesto, pero a fuerza de vérmelo brillar sombríamente en la mano izquierda, había terminado por olvidar su existencia. En cuanto a Adrián, ignoro de qué modo supo Soledad que yo le conocía, pero me guardé bien de preguntárselo. Recuerdo que le dije:

—No me importaría nada acabar como éstos si puedo seguir teniendo tu amor siquiera por una noche más. Toda mi sangre y todo lo que soy es tuyo si tú quieres, porque si la muerte que deparas es tan dulce como tus caricias, quiero morir mil muertes en tu seno y servirte luego de esclavo en los Infiernos por toda la eternidad.

Ella rió, encantadora como una muchachita que coquetea con un estudiante, y, tomándome de la mano, me sacó de aquellas cavernas habitadas por la corrupción y me condujo a la puerta de la casa.

Mi muía estaba lista, enjaezada y fresca. Soledad me dio un beso en la boca y me obligó a partir súbitamente, pues de una palmada en el anca hizo que el animal emprendiera una carrera enloquecida, que me llevó justamente al camino que debía seguir para llegar a la ciudad.

V

Soledad lo había previsto todo para hacer del final de mi viaje una delicia: no sólo me puso en el buen camino, sino que llenó mis alforjas de manjares exquisitos. Tampoco creo que fuera ajena al hermoso tiempo de aquel día, en el que el cielo azul sin una nube reía sobre la tierra húmeda, que un limpio sol iba secando. El camino estaba muy tranquilo y pude entablar conversación con varios viajeros que se dirigían como yo a la ciudad, y que me dieron muy buenos consejos para los asuntos que me traían a ella. Llegamos a la caída de la tarde. Las murallas resplandecían a los últimos rayos del sol y se revestían de unos oros viejos y rojizos que ennoblecían las piedras con que los antiguos las construyeron.

Tomé posada aquella noche y dormí mucho, para reponerme de las fatigas del camino. Al día siguiente muy temprano, comencé a solventar mis asuntos y trabé amistad con una de las personas a las que venía recomendado, un anciano vivaracho llamado Don Juan Martínez Población, que me invitó a comer.

El gran balcón del comedor de su casa daba justamente sobre la Plaza mayor, y Don Juan se hizo lenguas sobre lo incómodo que resultaba aquello durante las fiestas, en las que todo transcurría bajo sus ventanas y no había quien pegara ojo de noche ni tuviera sosiego de día. Sus hijas, dos lustrosas morenitas en edad primaveral, que no cesaban de reír, parecían, por el contrario, encantadas con la ubicación de su morada, y me aseguraron que, con tal de no tener que abandonarla, no se casarían, o que obligarían a sus maridos a vivir allí. La opinión de Doña Teresa, la dueña de la casa, era más realista: le causaba un enorme fastidio que ésta se le llenara de propios y extraños cada vez que había algún espectáculo bajo sus balcones.

Y dio la casualidad de que aquella tarde lo hubo, y naturalmente se me invitó a presenciarlo. Me divirtió sobremanera saber que desde aquel mirador íbamos a asistir a una representación de los cómicos con los que tantas veces había coincidido y tenido encuentros y desencuentros a lo largo de mi viaje.

En un santiamén fue montado un tabladillo y unos bancos, y aquello se convirtió en un corral de comedias. Algunas damas y caballeros de calidad, en escaso número, aparecieron ocupando ventanas y balcones como el nuestro. Acudió sobre todo mucha gente del pueblo llano, que alborotó cuanto pudo antes, durante y después de la representación. No fue ésta muy notable, ni tenía por qué serlo, dado el público de picaros y zoquetes al que iba dirigida. Los versos eran de dos especies: imitados toscamente de otras piezas, o bien copiados de ellas sin más ceremonia, y los actores ponían tan escaso interés en su recitado que a ratos apenas se les oía. Cuando aquella tediosa función hubo terminado, un gigantón macilento y con la peluca ladeada se adelantó hacia el público, que ya se disponía a arrojar porquerías al escenario, y solicitó atención, porque el espectáculo continuaría un rato más, con lo que él llamó «la atracción más pasmosa de los Siete Países», «la incomparable Venus Blanca», «la propia Eva seduciendo a la serpiente del Mal». Dicho esto, que fue acogido con risotadas y silbidos, hizo una profunda reverencia y señaló hacia su derecha.

De ese lado del escenario surgió una aparición sorprendente, que dejó sin aliento a aquellos patanes y mosqueteros: una mujer de cuerpo esbelto y Heno —enfundado

en una malla del color y el brillo de la plata, que dejaba adivinar todos sus encantos—, con un antifaz en el rostro, una gran cesta en la cabeza y una maravillosa melena rubia cayéndole en sueltas trenzas hasta las caderas. Diversos velos irisados y resplandecientes se deslizaban por su cuerpo como tenues cascadas iluminadas por la luz de la luna. Un «¡Oh!» de admiración se escapó de todas las gargantas, incluidas la de Don Juan Martínez de Población y la mía.

La mujer dejó la cesta en el suelo con gentil ademán, hizo una reverencia al público y seguidamente levantó la tapa y metió las manos en su interior. Lo que de allí sacó profundizó el pasmo general, que se tornó delirio cuando desde detrás del escenario comenzó a sonar una melodía rara y nunca oída, a cuyos sonos ella y la serpiente comenzaron una danza que no es para contarla. La mujer se arrancó uno a uno todos los velos y los arrojó al público, produciendo el alboroto que es de suponer. Luego, con su pura figura de estatua enfundada en la malla de plata, fue trenzando su cuerpo con el del animal de mil maneras, sin que la música —que era parecida a la que usan los moros— cesara un momento.

El alboroto fue apagándose hasta no oírse en toda la plaza más que los instrumentos. Luego, incluso éstos callaron, y todos contuvimos el aliento mientras la mujer abría la boca y dejaba penetrar en ella la cabeza de la serpiente, tan grande que le exigía un tremendo esfuerzo. Las mandíbulas parecían ir a desencajársele y los nervios del cuello se le tensaron al límite. El antifaz de terciopelo, muy ancho y en forma de mariposa, impedía apreciar la expresión de su rostro.

Mientras la cabeza de la bestia permaneció en la boca de la bella, algo extraño sucedió en mi corazón: una especie de recuerdo, muy vago, casi inasible, como de algo vivido en sueños o en una época remota con ella. Tuve la impresión de conocerla, pero no podía ubicar claramente el recuerdo, lo cual me sometió a un molesto desasosiego que me hizo olvidar momentáneamente el espectáculo. Cuando volví a la realidad, la mujer estaba encerrando con gestos suaves al animal en la cesta y se colocaba ésta en la cabeza. Hizo luego una reverencia y corrió hacia el lado derecho del escenario, por el que desapareció.

Los comentarios de mis anfitriones sobre todo aquello me resultaron muy divertidos. Doña Teresa echaba chispas y tronaba contra las indecencias que la autoridad consentía en plena plaza pública, a la vista de todo el mundo.

—¡Una mujer desnuda, y con esa bestia del infierno! —exclamaba la buena señora, disimulando ante su propia conciencia el placer que el espectáculo le había causado, como a todos.

—No estaba desnuda, mujer —pacificaba Don Juan, muy regocijado pero poniendo cara de circunstancias.

—Vamos, no en cueros vivos, Juan, sólo faltaría eso. Pero no nos negarás que estos espectáculos son indecentes e indignos de cristianos.

—Yo lo que pienso —dijo él, conciliador— es que no conviene mezclar el teatro, entretenimiento muy honesto, con las lascivas invenciones de estas ramerillas, con perdón de la palabra.

Doña Teresa y las muchachas se retiraron a preparar un bocado. Don Juan y yo permanecemos en el balcón, viendo caer la tarde. Yo le pregunté:

—¿La conocéis, señor?

—¿A quién? ¿A esa descarada de la bicha? No, joven, no. Y a vos tampoco os convendría conocerla.

—Quiero decir que si la habéis visto alguna otra vez por aquí, o habéis oído hablar de ella...

—Nunca antes ha estado aquí, aunque hace unos días la precedió su fama. Se hace llamar Cándida Alba o Alba Cándida, qué sé yo. Se cuentan cosas de ellas: que si es una gran dama que dio un mal paso, que si una monja fugitiva, que si una criminal... Embustes y patrañas para seducir a los necios. Será lo que son todas éstas: una perrilla tirada que se gana la vida como puede. Baila bien, la condenada, y se necesita estómago para meterse eso en la boca. ¡Qué porquería!

VI

Durante los pocos días que duró mi estancia en la ciudad, me crucé un par de veces por la calle con algunos de los cómicos, y creo que en una ocasión con la mujer de la serpiente, aunque no estoy muy seguro, porque ¡levaba la cabeza cubierta y media cara tapada, supongo que más por coquetería que por pudor, ya que el único ojo que dejaba ver el rebozo chispeaba de picardía, y la media boca se curvaba en una sonrisa que podía significarlo todo menos inocencia.

Cuando mis asuntos estuvieron a punto de resolverse y se acercaba la hora de mi vuelta al pueblo, decidí comprar el regalo que había prometido a Engracia. Pregunté a Don Juan las señas de un platero bueno y de confianza, y me dio las de Samuel Cohen, explicándome cómo podría encontrar su casa en el dedalo de callejas de la judería.

Las calles de los plateros formaban un laberinto pequeño y encantador en torno a un árbol un poco tiñoso, pero copudo y de generosa sombra. Cerca de él había una fuentequilla muy murmuradora, cuya agua fresca sabía a flor de geranio.

No tardé mucho en dar con el tallercito de Cohen, situado al fondo de un callejón llamado de las Palomas, cuyas casas eran tan viejas, pero al propio tiempo tan diversas y hermosas, que la vista se divertía sobremanera en su contemplación, pues parecían seres humanos, cada uno cargado de historias propias y oídas, inventadas o soñadas en aquel silencio roto únicamente por los pájaros, los niños y los delicados instrumentos de los plateros.

Sólo un rótulo de cobre sobre el dintel de la puerta indicaba que allí vivía y trabajaba Samuel Cohen. Como estaba abierta, penetré con toda la discreción de que fui capaz, y me hallé en un patio fresquísimo, en cuyo centro se alzaba una palmera. Las losas del suelo eran blancas y negras —tenían el lustre del mármol—, y a un extremo había un aljibe. Muchos tiestos de albahaca, geranios y hortensias rodeaban su brocal. Al fondo del patio se abría una puerta pintada de azul, por la que se asomó una carita casi infantil, oscura y pálida, y una vocecilla de plata me preguntó qué deseaba. Luego, la muchachita me condujo a través de un corredor abovedado a un segundo patio, tan profundamente encerrado en la casa que parecía su corazón. En él las flores eran mayores y más olorosas: no había visto yo en la tierra lugar más delicioso que aquél.

Cruzando este patio, la muchacha me condujo a un taller que se abría en uno de sus lados. Era enorme, iluminado por grandes ventanas desde las que se veían los tejados de la ciudad, a pesar de que la casa tenía un solo piso y de que nos encontrábamos al nivel de la calle.

Samuel trabajaba, inclinado sobre una bandejita de oro, en la que estaba grabando con un punzón muy fino unas estrellas formadas por puntos diminutos. La luz nimbaba de plata su cabeza venerable, que alzó de su delicada tarea apenas me oyó entrar. Con una voz cortés que dejaba transparentar una especie de celeste serenidad, me invitó a sentarme frente a él y me preguntó el motivo de mi vista. Yo me presenté y le dije que deseaba un aderezo para mi novia y que venía de parte de Don Juan.

—Bien, bien, amigo, pues eso sois para mi si venis con tan buena recomendación. Yo sólo trabajo ya para distraer el hastío, pero procuraré complaceros, si no sois muy exigente —dijo, y el rostro de pergamino se le arrugó en una sonrisa beatífica.

Cuando le expliqué que Engracia deseaba tener una gargantilla de coral, su rostro se nubló por un instante.

—Ese deseo —dijo— parece inocente, pero no lo es. Una gargantilla de coral en el cuello de una mujer muy blanca, como debe ser vuestra prometida, siempre me ha parecido la huella de una decapitación.

—Una decapitación —repliqué yo, impresionado por sus palabras— no dejaría más huella que un cuerpo y una cabeza irremediabilmente separados.

—Me refiero a una decapitación deseada o, si lo preferís, temida.

—¿Y cómo sabéis vos —pregunté, sintiendo que un estremecimiento me erizaba el vello— que Engracia es muy blanca?

—Blanca y rubia se me representa. Los plateros, joven amigo, sabemos mucho de las mujeres, como los perfumistas y los alcahuetes, con perdón. Blanca, rubia y con los ojos azules... Gargantilla de zafiros orientales debiera desear, y no de corales, pero ellas siempre se encaprichan de las joyas que hacen juego con sus destinos.

No comprendí lo que quiso decir, pero recordé la impresión que me había producido, al salir del pueblo de madrugada, 3a voz soñolienta de Engracia al encargarme aquel aderezo, y volvió a rozar mi espíritu el ala de un oscuro presagio. Samuel añadió, suspirando:

—En fin, creo tener lo que deseáis. Aguardad un momento.

Abandonó su asiento y, empuñando un gran manojo de llaves, se dirigió a una cómoda de ébano que había al fondo de la estancia. Abrió uno de sus cajones y sacó de él una caja de madera oscura, que trajo consigo y depositó en la mesa ante mí.

—Aquí está —dijo— la gargantilla de coral más hermosa que conozco. No lo digo por alabarme, porque os confieso que no es obra mía. Me la vendió no hace mucho una dama, supongo que porque se hallaba en apuros: de otro modo, no comprendo por qué se desprendió a un precio bajo de semejante preciosidad.

Abrió la tajita con mucha ceremonia. En su fondo, sobre terciopelo verde pálido, vi la joya más bella que mis ojos han contemplado jamás. Cohen tenía razón al ponderarla, pero había en ella algo más que mera belleza, algo que recordaba figuras o instrumentos de magia. Era muy sutil, formada por cuentas de coral oscuro talladas en múltiples facetas y engarzadas en oro rojizo. De su centro pendía un corazón de coral de un rojo sangriento, que parecía latir o ir a derretirse de un momento a otro. Tenía embutida en su centro una gran A de oro, finisimamente trabajada.

—¿Qué significa esa letra? —pregunté a Samuel.

—Antes de hablar de eso —respondió—, deseo saber si la joya es de vuestro agrado.

—Ya sabéis que sí: ¿quién podría dejar de sentir su hechizo? Es digna de una reina, y lo que temo es que no podré pagarla.

—Todas las mujeres son reinas, hijo mío. Y no os preocupéis por su precio, pues deseo desprenderme de ella antes de morir y prefiero que os la quedéis vos a que se haga con ella algún rufián para saldar una deuda, o que la luzca mi hija, por lo que os dije antes sobre su aspecto de herida en la garganta. En cuanto a la A que tiene grabada, debe tratarse de la inicial de la señora que me la vendió, que se llamaba Adriana. Una hermosa dama... Su pelo era tan rojo como estos corales.

—¿Adriana, decís? ¿Cómo era, señor?

—Debía de ser forastera, porque me precio de conocer a todas las damas de calidad de esta ciudad, y a ella no la había visto antes. Era graciosa y bien formada, no

muy alta, con el pelo rojo y los ojos como el azabache. Jamás vi combinación tan rara y hermosa en un ser humano como aquellos dos colores, y también me subyugó la blancura dorada de su piel.

—¿Pudisteis ver sus manos?

—Sus manos... No lo recuerdo. Pero, aguardad, ahora que lo decís, sí, me llamó la atención el hecho de que, siendo verano y un día de gran calor, llevara unos tupidos guantes, que no se quitó ni siquiera para recibir el dinero. Pero, decidme, ¿la conocéis? ¿He cometido tal vez alguna indiscreción?

—Estad tranquilo, señor Cohen, no creo que me hayáis revelado nada que no deba saberse. Pero tal vez me habéis puesto tras la pista de una persona que me es muy querida y a la que hace tiempo que no he visto. ¿Podéis decirme exactamente cuándo vino a veros?

—Pues, dejadme pensar... Sería en agosto. Sí, a mediados del pasado agosto, hará unos dos meses.

Mi corazón latía locamente. Tomé con manos trémulas aquella joya encantadora y la sostuve en la palma. Estaba fría y, al mismo tiempo, quemaba, y efectivamente su rojo era como el del cabello de Adrián. Sentí que aquel objeto diminuto y sangriento era una huella que él había dejado en su camino para que yo le siguiera, y en aquel momento tuve la certeza de que él estaba cerca y de que con él se avecinaba un peligro y un esplendor que haría de mi vida algo nuevamente merecedor de vivirse. Recordé el amor bárbaro de Soledad, que no era sino un regalo de mi amigo, y estreché la joya contra mi corazón.

El anciano no debió de perder detalle de mi éxtasis, porque cuando volví a la realidad vi que me miraba gravemente, como si yo estuviera al borde de un precipicio y él no pudiera hacer por mí otra cosa que advertirme del peligro. Y así lo hizo, de algún modo, pues dijo:

—Pese a su gran belleza, hay algo en esa joya que me repugna. No parece hecha por mano de hombre, y su metal no es el oro con el que he trabajado toda mi vida. El corazón relumbra en la oscuridad como un carbón encendido. Considerad estos misterios antes de decidiros a llevárosla.

—Pero señor, hace un momento me la recomendabais para Engracia, y prometíais dejármela a buen precio... ¿Acaso habéis cambiado de idea?

—No. No se puede ir contra lo que está escrito. Podéis llevárosla sin darme nada a cambio, porque no tiene precio. Pero presiento que entre sus cuentas está enredada la Muerte. Cuidad de vuestra Engracia, Bartolomé, y desposadla cuanto antes. Y si algo ocurre que os lo impide, no desesperéis, porque todo lo que debe ocurrir está en el Libro Negro y ni una línea puede ya enmendarse.

Compré para Engracia una alianza y unos zarcillos de plata, con lindas cadenas de flores caladas trabajadas por Samuel. Junto a la otra joya, que también me llevé, tenían el aire inocente y desvalido de unas ovejas acechadas por una pantera.

VII

Mi estancia en la ciudad tocaba a su fin, y yo no me resignaba a abandonar aquel mundo, que sentía como mío, para regresar a mi lugarejo, junto a mi padre, mi monótono trabajo, mi vida rutinaria. He de confesar, sin embargo, que una cierta ternura no ajena al amor me asaltaba al pensar que volvería a tener entre mis brazos a Engracia, que si bien no era una mujer fascinante, reunía cuanto un hombre de gustos sencillos puede desear, y cuyo plácido y original carácter dignificaba el hastío de la vida pobre y simple del pueblo.

La última noche cené en casa de Don Juan Martínez Población, y luego anduve de tabernas hasta altas horas con unos conocidos. Todos íbamos bastante bebidos y acabamos por perdernos unos de otros en el laberinto de la judería, a la que uno de ellos se había empeñado en ir a rondar a una tal Raquel. De pronto me encontré solo en un dédalo oscuro de callejas que parecían todas idénticas. Me vino a la mente la loca esperanza de dar al azar con la casa de Samuel Cohen, pero inmediatamente pensé que, aun en el improbable caso de encontrarla, no podía presentarme en ella a semejantes horas y en aquellas condiciones, borracho como una cuba y apestando a aguardiente barato.

No sé cómo, fui a parar a un descampado cerca de la muralla, en el que vislumbré unos carros y algunas bestias o, más bien, bultos negros que lo parecían en las tinieblas de aquella noche sin luna. Me acerqué a uno de los carros, del que salía luz y fuertes voces aguardentosas, acaloradas y empedradas de blasfemias, de un hombre y una mujer. El hombre insultaba ferozmente a la mujer, llamándola perra, zorra, guarra y otros innumerables apelativos de hembras del reino animal. Ella no se quedaba corta en sus réplicas, asimismo bestiales, las más suaves de las cuales eran cornudo y cabrón. Aquella voz femenina, aunque deformada por el alcohol, enronquecida y basta, me resultaba familiar, como si la hubiera oído en circunstancias diferentes y con más suaves acentos. Permanecí en las sombras, junto al carro, fascinado por el brutal diálogo. Oí unos golpes y luego unos sollozos. Por último, ella gritó:

—¡Pues ahí te quedas, hijo de la gran puta! ¡No necesito tus miserables títeres!
¡No me verás jamás, maldita sea!

—¡Vuélvete a tus líos y a tus misterios, sucia bruja —replicó él—, y rézales a las ánimas, que buena falta te hace, Sor Putanga! ¡Y llévate contigo a tu bestia asquerosa, que esto es compañía de cómicos y no tenderete de turcos, vive Dios!

Se oyó un nuevo golpe y salió despedido del carro un objeto grande y no muy pesado. A la luz de farol del vehículo pude ver con espanto que se deslizaba de él una forma alargada, que brillaba como si estuviera húmeda. Dio una lenta vuelta sobre sí misma y volvió a refugiarse en el cesto volcado.

Inmediatamente salió, ésta por su propio pie y hecha una Furia del Averno, la mujer de los gritos. Estaba muy borracha. Tanteó en la oscuridad y tropezó con la cesta. Pareció asegurarse de que su contenido seguía en el lugar y, con ella en la cadera como una moza con un cántaro, se puso en marcha, rezongando maldiciones. Por el toldo del carro asomó un rostro brutal y desencajado que las sombras proyectadas por

el farol desfiguraban hasta convertirlo en una caricatura. Gritó:

—¡Vete al infierno, ramera, y haz que un cura condenado te case con tu bicha, ya que es lo único que te importa en este perro mundo!

La mujer cruzó el descampado andando a trompicones, muy envuelta en un rebozo negro, aferrada al cesto como si en él estuviera encerrada su alma. Un mechón de su cabello, escapado de la toca, brillaba en la oscuridad como un rayo de luna.

La seguí sin que lo advirtiera. Mi propia borrachera había desaparecido como por ensalmo. Ahora, algo fuerte como una cadena de hierro me mantenía unido a aquella figura extraña, a aquella Eva cargada con su serpiente, que atravesaba la noche como un oscuro fantasma. Olvidé que debía regresar a mi pueblo aquel mismo día —ya era más de media noche—, que me convenía descansar antes de emprender el largo viaje y que debía poner mis cosas en orden antes de abandonar la posada. En aquel momento, el mundo entero se redujo para mí al paso —a un tiempo torpe y grácil— de aquella mujer, en la que yo adivinaba un regreso de mi propio pasado y una sombría proyección del porvenir. Recordaba su belleza, su baile con la serpiente, su nombre ficticio —Cándida Alba—, pero no eran esos recuerdos lo que me hacía seguirla. Era como si en todo lo que yo había visto en los días pasados en la ciudad, hubiera una capa más profunda, un vínculo que se me escapaba y que estaba a punto de anudarse definitivamente.

Tras de sus pasos recorrí media ciudad, siempre por los barrios más apartados y a menudo por los más infames. Ella parecía saber adonde se dirigía. En un momento dado, se volvió y se quedó mirándome. No pude disimular que estaba siguiéndola, de modo que me resigné a que cayeran sobre mí los insultos más soeces. Se me acercó y me dijo, con una entonación zalamera y de falsete que disfrazaba el timbre de su voz tal como yo lo había oído en el carro:

—Vaya, tengo compañía de caballero... (Qué quieres de mí, alma mía? ¿Me acompañas?

Me sentí muy ridículo mientras le respondía, sincera e ingenuamente:

—Os vi salir del carromato de los cómicos y os seguí por si necesitabais ayuda. La noche es tan negra... ¿Puedo saber adonde os dirigís y si puedo acompañaros?

—Voy a casa de una amiga que me quiere bien, pero no me importa que vengas conmigo, ni a ella le importaría tampoco.

—¿No podría... veros la cara? —dije, porque la llevaba tapada con el rebozo.

—De eso nada —respondió petulante—. Tendrás que fiarte. Yo te digo, corazón mío, que la mercancía es buena. No soy tuerta ni me faltan dientes. La lengua sí que la tengo algo afilada, pero es de tanto meterme la serpiente en la boca. ¿Me has visto actuar en la plaza?

—¡Vaya si os he visto! Y os he aplaudido con toda mi alma. Bailáis muy bien.

—¿A quién diablos le importa si bailo bien o mal? Hago arder a todos de codicia de pecados que no se atreven ni a imaginar. Ese es mi oficio.

Esta plática entretuvo el camino, que no fue muy largo, hasta la casa de la amiga de Cándida Alba, que estaba al extremo de una calleja extramuros, ya casi en el campo, solitaria y pintada de azul celeste. La amiga, llamada Magdalena la Puñales, era una hembra de armas tomar, hermosa como una yegua de raza y fiera como un tigre. Ignoro a qué se dedicaba en su casa azul, pero de seguro que no a componer himnos. Recibió a Cándida con gran algazara y besuqueo, pese a lo intempestivo de la hora, o tal vez precisamente por eso, y a mí me estampó en la boca un beso que me supo a vino

y a canela. Tenía el pelo negro como el carbón y liso como unas crines, y el cuerpo fuerte y fino. Cándida le pidió que nos acomodara en un cuarto.

No tardé en quedarme a solas con mi enigmática bailarina, que no abandonaba su cesto ni un momento. Mientras se quitaba los mil trapos que la cubrían de pies a cabeza, le pregunté, por decir algo, cómo se llamaba el bicho. Dijo que le había puesto el nombre de Mimosa, porque era el ser más dulce y afectuoso de la tierra. Luego se volvió hacia mí, desnuda y con el cabello suelto, como una Venus, y a la luz de los candiles de sebo vi con los ojos lo que ya había visto antes con la mente sin querer admitirlo: que aquella hermosa harpía era ni más ni menos que Blanca de Valdaure.

Pero, pese a que oscuramente lo había sentido, al comprobar que se trataba de ella me quedé de piedra, como si hubiera contemplado el rostro de Medusa, y tuve que sentarme en el lecho para no caer desfallecido, pues las rodillas se me aflojaron y el entendimiento se me nubló. Ella se echó a reír ante mi sobresalto, mostrando aquellos dientes terriblemente cariados, puntiagudos y deformes que tanta maña se daba en esconder detrás de los labios de rosa cuando quería seducir sin horrorizar, pero que a fin de cuentas eran lo que hacía de su belleza un enigma inolvidable.

—¿Qué, Bartolomé Perazas, no sabías quién era la bailarina de plata? ¡No te hagas el sorprendido! Tú siempre te haces el sorprendido: esa es el arma que usas con los necios, pero yo te conozco bien. Corres detrás de lo peor que encuentras, tras los vómitos del Infierno, y luego dices: «¡Oh, yo qué sabía! ¿Cómo iba a figurarme...?» Tú y yo nos conocemos muy bien, Bartolomé. ¿Qué tienes que decirme? ¿Por qué me has seguido? ¿Qué quieres de mí?

Blanca había tenido siempre una habilidad de todos los demonios para poner en evidencia las debilidades de mi carácter, pero aquella vez no me dejé avasallar por su lengua de víbora, sino que —confieso que haciendo violencia a mi modo habitual de conducirme— le increpé lo más ásperamente que pude.

—¡Vaya quién pregunta! Dime tú, más bien, si antes me haces el favor de cubrirtte decorosamente, cómo has venido a parar a estas bajezas y qué aventuras vergonzosas has vivido para llegar a ser lo que ahora eres.

—¿Encuentras que soy peor de lo que era entonces —preguntó sofocada por la ira—, cuando la casa de Valdaure pintaba sus blasones con sangre y cieno? ¿Era más decente que me acostara con todos aquellos pisaverdes, entre ellos tú mismo, que con los hombres que ahora encuentro en mi camino? ¿Qué, tratar con mi madre y con su enana era más noble que alimentar y adiestrar a mi Mimosa, con la que me gano la vida libremente? ¡Buen moralista vienes tú ahora hecho, borracho como una cuba, saliendo del diablo sabe dónde!

Los ojos de turquesa de Blanca estaban enrojecidos de cólera, pero pronto asomaron a ellos unas lágrimas insólitas y cayó de bruces en el lecho, sollozando y convulsionándose. La serpiente había abandonado su cesto y se había acurrucado al lado de la muchacha desnuda, como un perro fiel. La escena no dejaba de tener cierta magia, que yo aprecié aunque me hallaba fuera de mí. Sabía que no debía hacer caso de nada que saliera de su boca, porque era maestra en mentiras y enredos inextricables, pero al mismo tiempo me compadecía del estado en que se hallaba, y por otra parte me devoraba la curiosidad de saber de qué modo había ido a parar a aquel mundo, en el que ahora llevaba una existencia de mujer del arroyo.

Cuando los sollozos se convirtieron en hipo, y el hipo en vómitos corrí a llamar a Magdalena para que la auxiliara, pues parecía estar echando el alma por la boca. La

mujer vino corriendo, sacó de no sé dónde un aguamanil, un jarro y unos lienzos y la atendió como la madre más solícita. Blanca, ya limpia y algo repuesta de su accidente, lloró dulcemente sobre el hombro de su amiga. El contraste entre la cabellera negra de ésta y sus rizos rubios componía un cuadro encantador, pero yo no me hallaba en disposición de gustar delicias de libertino, sino de echarme a llorar a mi vez, no tanto de dolor cuanto de impotencia y de perplejidad. Una vez más, caí en una viscosa tela de araña de la que no me iba a ser fácil escapar.

Amanecí. Yo debía estar ya en camino si no quería que la noche me sorprendiera en un descampado, pues la venta más próxima estaba a una jornada, pero no tenía valor para dejar a Blanca en aquel estado. Se había dormido como una niña, chupándose el pulgar, y a su lado dormía Mimosa. Magdalena, sentada en el lecho, mantenía la vista baja y murmuraba una letanía que no parecía oración de cristiano. Levantó los ojos y, mirándome fijamente con mucha gravedad, me dijo:

—Yo no te conozco, Bartolomé, pero adivino tu buena condición, porque sé leer en las caras de los hombres. Esta pobre ha sufrido como no puedes imaginar. Ya te lo contará ella, si quiere. Pero yo te pido por tu madre que la ayudes a salir del cieno en el que ha caído, porque si no, no creo que vaya a durar mucho.

Aquellas palabras, además de enternecerme, me comprometieron, porque una de mis debilidades mayores consiste en ser incapaz de no acudir cuando alguien requiere mi ayuda. Magdalena, hembra avisada donde las hubiere, lo comprendió y nos dejó solos.

Contemplando a Blanca dormida, con los párpados enrojecidos por el llanto y los horribles dientes medio ocultos por los bellísimos labios de fresa, insolentes e infantiles, me sumí en unas reflexiones que entonces me parecieron muy sensatas, pero que, recordadas ahora, me hacen indignarme de mi ingenuidad incurable. Pensé que a fin de cuentas Blanca era una víctima de las circunstancias; que, por otra parte, ella y yo nos habíamos querido de cierta manera, en el palacio de Valdaure; que su hermano había sido mi amigo y protector, y que yo había comido durante mucho tiempo el pan de su casa, gracias a la cual había logrado realizar mis estudios. Ahora el Destino me brindaba la oportunidad de devolver a uno de sus miembros el favor que la familia me había hecho. En ésas estaba cuando Blanca despertó. Se volvió hacia mí, sonriendo dulcemente, y se despezó con gesto encantador. La serpiente alzó la cabecita y me miró con sus ojos sin párpados.

—¿Me perdonas las inconveniencias que te dije anoche, Bartolomé? —preguntó la muchacha, con voz contrita de niña que sabe que se ha portado mal.

¿Qué podía responder yo?

Ella se incorporó. La sábana con la que Magdalena había cubierto su cuerpo desnudo se le deslizaba, dejando al descubierto poco a poco los senos blancos, firmes y llenos, y la flor rosada de sus pezones. La rubia cabellera le cubría los hombros, dejando a la vista aquel esplendor. Por un momento creí perder la cabeza: pasaron por mi mente como un relámpago escenas de los momentos de pasión febril que había vivido con ella, a escondidas, en el fondo de su palacio, con la complicidad de Rosamunda. No pude resistir la tentación de acercarme al lecho y abrazarla, con un deseo desesperado. La serpiente salió de la cama y se metió en el cesto, que se hallaba en el suelo.

Después de las solitas efusiones, mi entusiasmo por Blanca y su suerte decayó un tanto, pero estaba decidido a ayudarla de algún modo, y ella, adivinándolo, trató de

convencerme con elocuencia zalamera de que la llevara conmigo.

—Te suplico, Bartolomé, que me lleves contigo. No para siempre, claro está, sino por algún tiempo, hasta que se me olviden ciertos malos lances que ha vivido en los últimos meses. No seré una carga para ti, te lo juro. Trabajaré en lo que me pidas. Necesito una casa, unos amigos, olvidarme de la mala gente con la que me he visto enredada. Por favor, Bartolomé...

—Yo por mi parte, nada tengo que objetar, Blanca —le dije—, pero vivo con mi padre y no se me ocurre qué historia voy a inventar para explicar tu llegada y pedirle que te permita quedarte con nosotros. Además...

—Además —me atajó—, hay otra mujer, ¿no es así?

—Sí, hay otra mujer. Voy a casarme con ella y no creo que sea adecuado que me presente en el pueblo contigo. Para ella sería terrible. Es una muchacha muy joven y muy inocente; no comprendería nada.

—Tú eres quien no comprende nada, como de costumbre, Bartolomé. Vas a casarte con una lugareña ignorante y te avergüenzas de acoger en tu casa a una Valdaure. ¡Bonitas elecciones! Tu padre, sábelo bien, estará encantado de tenerme a su lado. ¿Qué sabes tú de tu padre? No cruzas con él ni dos palabras al día y te crees con derecho a suponerle unos escrúpulos que son tuyos, no suyos...

—¿Y tú? ¿Qué sabes de mi padre? No le has visto en toda tu vida y hablas de él como si fuera el tuyo.

—El mío, sí, porque todos los padres son iguales, y yo los conozco. También conozco a los hijos fríos y egoístas como tú, como mi hermano Luis y como tantos otros. Llévame contigo y no tendrás de qué arrepentirte. ¿O es que vas a permitir que vuelva con esa bestia que anoche me arrojó a la calle, que me pega y me insulta cuando le place y que me saca todo el dinero que gano con mi trabajo y el de Mimosa?

Estaba ya medio convencido, y mi debilidad hizo que la balanza se inclinara definitivamente del lado de Blanca. Entonces, por una ironía de la memoria que me hizo sonreír, recordé las palabras de Engracia pidiéndome por Dios que sólo llevara conmigo de regreso la gargantilla. Ya de por sí, la gargantilla estaba envuelta en sabe el diablo qué historias, y además iba a presentarme con una mujer desconocida por todos, acompañada por una enorme serpiente. La situación no tenía nada de cómico, pero la encontré tan divertida de repente que lancé una fuerte carcajada. Ella, que no se dejaba sorprender por nada, también rió.

—Está bien, Blanca —dije—, tú ganas. Pero sólo por unos días. Y antes de partir, dime qué diantres haces aquí y qué ha sido de tu madre y de la casa desde que yo me fui.

—Eso, querido, será entretenimiento del viaje. Ahora, vámonos. Si te parece, deja a Magdalena unas monedas por sus desvelos. Es una buena mujer.

VIII

Gran parte del dinero que había ganado con los asuntos que me habían traído a la ciudad se esfumó en equipar a Blanca, porque hubo que vestirla decorosamente y proporcionarle una cabalgadura. Le cedí mi excelente muía y yo hube de alquilar otra a un paisano mío, que aprovechó para sacar tajada y me cobró por aquel penco lo que por un elefante de las Indias Orientales. Blanca aceptaba todo aquello sin gratitud, como si el deber de todo el mundo no fuera otro que el de satisfacer sus necesidades.

Desde el momento en que emprendimos el camino, no dejó de quejarse ni un instante, ya del frescor otoñal del aire, ya de que el sol afearía su piel, ya de lo incómodo de su cabalgadura, y de cuanto accidente, por pequeño que fuera, hacía el camino algo distinto de una alfombra persa extendido sobre un pavimento de mármol pulido. Algo cansado de semejante letanía, que amenazaba con ser infinita, le recordé su promesa de relatarme su historia, a lo que accedió después de mucho hacerse de rogar.

—Ya sabes, Bartolomé —comenzó— que mi hermano Luis murió por accidente durante un juego de cañas, y que mi padre no tardó en seguirle a la tumba. Cuando nos quedamos solas, mi madre despidió a la servidumbre, vendió los bienes de la familia y se metió en una casa de beguinas de Cantalar, que tiene fama de cultivar las virtudes que a ella le convenían. A mí me encerró en un convento, y no precisamente en el que yo hubiera escogido, de muchachas de mi condición, sino oscuro y casi desconocido de carmelitas descalzas. Desde el momento en que pisé sus miserables umbrales, juré por mi vida salir de allí cuanto antes, viva o muerta: todo antes de convertirme en una más de las mujerucas fanáticas que lo habitaban, todas muy suaves y amables, pero con el alma roída por envidias y recelos peores que los que se ven en el mundo.

»La superiora, que no tenía un pelo de tonta, advirtió enseguida que yo podía traerle trastornos y tal vez alborotar a la comunidad. Al principio trató de atraerme con blandas seducciones, pintándome los caminos de la santidad como senderos de rosas y la vida retirada como el colmo de la felicidad que se puede alcanzar en la tierra. Cuando vio que aquello no sólo provocaba en mí desdén, sino que mis propios argumentos comenzaban a hacer tambalearse sus falacias, emprendió la vía dura, que al parecer le había dado resultados excelentes con algunas otras pobres desgraciadas encerradas allí. Yo opté por ignorarla, pero aquella harpía se había fijado en mí lo suficiente como para prendarse de alguna de mis gracias (ignoro de cuál de ellas), y no me dejaba en paz ni me quitaba los ojos de encima.

»A todo esto, apareció en el convento una nueva víctima, una novicia que era casi una niña y cuya belleza resplandeciente hacía pensar antes en los demonios que en los ángeles. Tenía una blancura de lirio, pero no pálida, sino dorada; los cabellos, rojos como el fuego, y los ojos como el azabache. Sus trenzas fueron segadas por las tijeras envidiosas de aquellas mujeres enemigas de la belleza, pero nada pudo acabar con el fulgor de aquellos ojos, ni con los hoyuelos risueños que se formaban en sus mejillas, ni con el encanto de su voz y la amenidad de sus pensamientos, que, aunque se dirigieran a cosas nimias, eran siempre agudos y atrevidos como los de un muchacho. Tenía

hecha una promesa extraña, de la que no se le pudo disuadir con ruegos ni con castigos, y que finalmente se le permitió observar: la de llevar puestos siempre unos guantes oscuros y muy tupidos. Nunca le vimos las manos.

»En medio de aquella desolación de rezos, mala comida, frío y disciplina vacua, hallé en Adriana (que así se llamaba la hermosa niña, aunque le cambiaron el nombre por el de María de los Misterios) una compañía encantadora. Ella no se quejaba de aquella vida: antes bien, parecía sumamente divertida, y se las ingeniaba para sacar partido de las situaciones más insípidas. Cuando me hablaba del resto de las monjas, nos partíamos de risa, porque sus observaciones eran tan agudas como las de un viejo pícaro. Ella me hizo reparar en la poesía de los rezos en latín, especialmente de las letanías, que yo había tenido hasta entonces por insulseces de beatas. Me hizo leer con nuevos ojos el Cantar de los Cantares y el Eclesiastés, y la verdad es que con estos y otros entretenimientos pasábamos la vida agradablemente.

»Agotados los juguetes poéticos, Adriana comenzó a introducirme en misterios amorosos por sendas que yo nunca había frecuentado, y que convirtieron para mí el convento en un paraíso de delicias infinitas, presididas por el más encantador de los demonios. En medio de las ceremonias de la liturgia, un cruce nuestro de miradas clavaba nuevos puñales en el corazón de la Dolorosa, patética y amuñecada, que había junto al altar, y hacía sangrar las llagas de aquel Cristo repugnante, de carne verde y cabellera humana, que abultaba en la sombra como un emblema de espanto. Él perfume del incienso se nos antojaba opulenta esencia de orgía del Oriente, y el sonido del órgano un murmullo de dioses situados más allá del bien y del mal.

»La amistad con Adriana me devolvió la visión infantil de las flores. No sé si sabré explicártelo. Cuando una es una niña, está más cerca de ellas, quizá porque, siendo más pequeña, la distancia del suelo es menor. Yo recuerdo que, de chica, la seda de los pétalos de las flores, sobre todo de las amapolas, me hechizaba, y que uno de mis juegos favoritos consistía en ir abriendo capullos de amapolas, porque los pétalos arrugados que contenían eran de colores siempre diferentes: rojo oscuro, rojo sangre, rosado como carne, incluso blanco. Lo mismo ocurría con las ciruelas. Todos esos pasatiempos encantadores, perdidos con la infancia, los recuperé con Adriana en el huerto del convento.

»En las noches de luna, salíamos con gran sigilo de nuestras celdas y vagábamos como almas en pena por los corredores y por la iglesia en tinieblas, espiando los movimientos y gestos de las imágenes, y asistíamos a oscuros misterios que no puedo relatarte. Y en el huerto, iluminado por una luz de plata, veíamos reflejarse en la alberca rostros deliciosos, de ojos verdes y fosforescentes, y flotar largas cabelleras de seda verde tachonada de diamantes. Un día la tentación fue demasiado fuerte y, al calor de la noche de julio, nos desnudamos y nos metimos en el agua. Acompañaron nuestros juegos criaturas que apenas tenían sustancia, como la música o los suspiros. La carne húmeda de Adriana parecía tejida de luna y espolvoreada con estrellas diminutas, que competían impotentes con el centelleo de sus ojos. Aquello era demasiado hermoso y fue quebrado brutalmente por unas voces ásperas y chillonas, carreras, luces y aspavientos.

»Las monjas estaban acechándonos hacía mucho tiempo, pero esperaban el momento más oportuno para sorprendernos y castigarnos. Fuimos arrancadas de nuestro paraíso y separadas. Ignoro qué fue de Adriana, a la que no volví a ver más.

»Fui encerrada en una celda subterránea, a pan y agua, en sus perpetuas

tinieblas, durante no sé cuánto tiempo: mucho, a juzgar por la longitud de mis uñas cuando me sacaron de allí. Nunca he sufrido tanto en mi vida, Bartolomé, ni creo que Dios, si existe, condene a penas tan monstruosas a los más pertinaces pecadores. La hediondez del calabozo, las carreras de las cucarachas y el bullir de las ratas, la dureza del pan y la amargura de aquel agua que Dios sabe de dónde se sacaba, la proximidad de mis propios excrementos, la angustia horrible de no saber si era de día o de noche, hicieron que estuviera a punto de volverme loca. Al cabo de algún tiempo, creo que me acostumbré, porque el hombre es el animal más fuerte que existe. Sobreviví gracias a los sueños y a las imaginaciones. Conseguí dormir muchísimo, casi todo el tiempo, y me despertaba únicamente cuando una monja vieja, que no cambiaba conmigo una sola palabra, me renovaba el pan y el agua. Algo repuestas mis fuerzas por aquella miserable colación, volvía a caer en mi anterior estado: poco a poco perdía la conciencia de lo que me rodeaba y me veía transportada a mundos que nada tenían que ver con mi estrecho encierro.

»Pero no todo eran visiones paradisiacas. También, de vez en cuando, me sucedía que no podía encontrar el camino para alcanzar aquel estado feliz, y pasaba largas horas despierta, con los ojos abiertos en las tinieblas. Y entonces, Bartolomé, desfilaban ante mí los sucesos de la casa de Valdaure y sus protagonistas: mi madre y su enana, mi tío, mi padre, mi hermano e incluso tú. Y todas las miserias y los dolores, y las marañas de engaños y traiciones de mi familia se exhibían ante mí impudicamente, y la conciencia me atormentaba hasta el punto de que yo me acusaba ante mí misma de haber sido la causante, con mi conducta escandalosa, de todos aquellos males. No era verdad, pero se trataba de uno de los refinados tormentos ideados por las monjas, que sabían qué clase de pensamientos asaltaban a las pobres desgraciadas que eran abandonadas en las tinieblas y enfrentadas con la memoria y la conciencia. Yo trataba de luchar contra aquellos fantasmas, aferrándome al recuerdo de Adriana y a lo que nuestro amor había supuesto para mí en los últimos tiempos, pero a veces aquello no me servía de consuelo, porque daba en pensar que Adriana no existía, que sólo era un producto de mi imaginación exaltada por el ayuno; que en mi vida no había podido ocurrir nada tan hermoso y que la única realidad era lo sucedido en mi casa y lo que estaba sucediendo entonces: es decir, que yo estaba condenada a sufrir cárcel perpetua (por no sabía qué horrible pecado), y que primero había cumplido mi condena en el palacio de Valdaure y ahora estaba purgando parte de ella en este agujero, del que no saldría sino para ser encerrada en otro peor: en el Infierno, que era mi lugar natural.

"Cuando mis meditaciones llegaban a este punto, y aunque en tales momentos daba por descontado que Adriana era un producto de mi imaginación, recordaba nuestras miradas blasfemas en la iglesia, nuestras correrías nocturnas, nuestros abrazos en la celda y en la alberca, y la angustia que me atenazaba amenazaba con asfixiarme.

A estas alturas del relato de Blanca, yo estaba —¡lo confieso— pasmado de su elocuencia y enternecido por los sucesos desdichados a que su Destino la había conducido. Ni por un momento se me ocurrió dudar de sus palabras, aunque me parecían más de poeta que de mujer. Por otra parte, me turbaba sobremanera la cuestión de aquella Adriana omnipresente, vista también por el platero Cohen hacía poco, y pensé que mi amigo Adrián había decidido ser dama por una temporada. Me preguntaba bajo cuál de sus dos naturalezas se me presentaría, pues no dudaba de que tantos indicios suyos en vidas cercanas a la mía no significaban otra cosa sino que iba a salirme al encuentro de un momento a otro.

Al ver los ojos de Blanca nublados por las lágrimas, le dije que descansara un momento antes de proseguir su narración. Entretanto, le conté mis aventuras desde que abandonara el palacio de Valdaure y le hablé de mi modesta vida de escribano rural. Ella me miraba como sin comprender, y me di cuenta de que se le daba un ardite de todo lo mío y de que se hallaba compadeciéndose de su propio relato y tai vez trazando ya el argumento de lo que iba a seguir contando. Aquella actitud me dolió, pero ya estaba acostumbrado a ella, no por Blanca, sino por cuanto sujeto se me ponía por delante, y ello desde que dejé atrás mis años mozos y mis amigos de la Universidad. Ya hacía tiempo que había llegado a la amarga conclusión de que nadie escuchaba a nadie, salvo yo, que escuchaba a todo el mundo, y Engracia, que me escuchaba a mí con atención embobada.

—Yo —continuó mi amiga—, que nunca he sido religiosa, di en hacer recuento de mis pecados. Luego de establecida la lista de todos ellos, los examinaba uno a uno, encontrándolos a cual más inaudito y me llamaba a mí misma serpiente ponzoñosa y demonio. Me veía condenada al fuego eterno. Perdí absolutamente la fe en Dios y en los hombres, olvidé que mi reclusión no era a perpetuidad e imaginaba que de aquellas cuatro paredes sólo me sacarían para arrojarme, muerta, a pudrirme sin sepultura en algún muladar, mientras mi alma era atormentada en el infierno por terribles suplicios, uno por cada uno de los pecados que había cometido. Sapos repugnantes devorarían mi sexo y serpientes negras chuparían mis pechos. En mi delirio, unos diablos me acercaban un espejo, en el que yo veía mi rostro (el rostro de mi cuerpo muerto) en plena descomposición; otros me cosían los párpados con grandes agujas y luego abrían en ellos un pequeño orificio, para que siguiera viendo; otros me hacían beber una copa de oro fundido.

«Cuando al fin me sacaron de allí, mi estado de debilidad era extremo, estaba casi ciega y era incapaz de articular palabra. Las monjas me cuidaron bien, aunque sin la menor ternura, que es tan necesaria a los enfermos como los remedios. Limpia y descansada en la cama de mi celda, viendo reverberar el sol en el claustro, me sentía más triste y abandonada que en la inmundicia del calabozo, y muy a menudo lloraba y deseaba profundamente morir. Nadie me hablaba de Adriana; y una vez que pregunté por ella, me dijeron que nunca habían oído ese nombre.

«Mis visiones infernales desaparecieron rápidamente, pero dejaron en mi espíritu un vacío y una aridez que me hacían añorarlas. Me veía condenada a llevar de por vida aquella existencia monótona que odiaba con toda mi alma, y sentía lo peor que puede sentir un ser humano: que había perdido mi libertad para siempre, y con ella el amor y todas las cosas amables de la vida.

«Cuando estuve restablecida, tuve que cumplir una sentencia de rezos que me dejó exhausta. Debía orar en voz alta, prosternada ante el altar, y las monjas se turnaban durante horas para vigilar aquel nuevo tormento, que duraba gran parte del día. Cuando hube cumplido, se me encomendaron las tareas más sucias y viles del convento.

»Ni por un momento se me ocurrió ponerme en contacto con mi madre para pedirle ayuda: sabía muy bien que ella hubiera aprobado los castigos que se me habían impuesto, y tal vez incluso habría pedido que mis penitencias se alargaran. No tenía, en verdad, a quién acudir, porque por otra parte aquel convento no era frecuentado por gente principal, ya que se componía en su totalidad —con mi sola excepción— de monjas de familia humilde. Pero un día, hallándome limpiando las letrinas, cayó a mis

píes desde un ventanuco un papelito muy doblado, rugoso y de calidad excelente, que exhalaba un extraño perfume. Me agaché inmediatamente a recogerlo y lo escondí entre mis tocas, esperando el momento propicio para leerlo sin ser sorprendida, pues no quería volver a ser objeto de los brutales castigos de las monjas.

»Por la noche aguardé a que todas se hubieran retirado para encender una pequeña vela en mi celda y poder desdoblar el misterioso billete. Lo hice con mano trémula, con tal prisa y nerviosismo que al principio lo creí en blanco, hasta que, más repuesta, volví a examinarlo y hallé escritas en él, con tinta roja y caracteres delicadísimos, estas palabras:

«Los muertos y las cosas de la cripta te son propicios. Tienes ahí un camino para salir, pero no mires atrás.

»No había firma ni nada más que estas palabras misteriosas, que me llenaron de espanto. Pensé que si aquello era una trampa de las monjas, estaba perdida: sí, estaba perdida, porque pensaba seguir aquellas instrucciones y arriesgarme a lo que el Destino me reservara, incluso a morir si era preciso con tal de aprovechar una oportunidad de escapar. Por un momento me pasó por la cabeza la idea de que el autor de la nota era Adriana, pero pronto deseché esa posibilidad, porque me parecía que si se trataba de ella, me lo habría indicado de alguna manera, y además aquél no era su estilo ni su letra. Fuera quien fuese el autor del mensaje (si es que no era una trampa), le di las gracias desde lo más profundo de mi corazón y me dispuse a intentar la locura que me sugería.

Con estas pláticas y las pausas que hicimos para comer y reposar, pasó aquel día, y pronto nos encontramos a la vista de la primera venta. Blanca, que estaba agotada, me pidió aplazar el resto de su relato hasta el día siguiente. Mal de mi grado, pero comprendiendo que tenía razón, le prometí tener paciencia y no molestarla hasta que ella misma se viera en condiciones de continuar su historia, que me iba envolviendo por momentos en un interés personal, pues aquellos lances se parecían, aunque vagamente, a los que yo mismo había vivido mucho tiempo atrás, cuando Adrián estaba a mi lado y me conducía por lugares y dimensiones poco comunes.

IX

A la puerta de la venta estaban los carros y los animales de los comediantes. Aquello me pareció obra del diablo, porque tales coincidencias no eran naturales. ¿Por qué razón volvía sobre sus pasos aquella gente, en lugar de seguir su camino hacia otras villas y aldeas? Por un momento pensé que estaban buscando a Blanca y me sobresalté, pero inmediatamente pensé que no tenía nada que temer, puesto que ella venía conmigo por su propia voluntad, y nadie tenía derecho a reclamarla. Ella, por su parte, también se sobresaltó. Vi pasar por sus ojos un deseo irreflexivo de dar media vuelta y alejarse de allí, pero luego debió de hacer la misma consideración que yo, y decidimos tácitamente quedarnos.

Blanca dijo al posadero que estaba muy cansada y que no tenía interés en encontrarse con los comediantes, por lo que el hombre se apresuró a hacernos subir a nuestro cuarto por una escalera para uso particular del personal de la venta, prometiendo que haría que nos trajeran la cena en un santiamén. No nos cruzamos con nadie, lo cual pareció hacer feliz a mi compañera, que se puso de un humor excelente. Cenamos muy bien y en amena charla, aunque no recuperé el hilo de su relato, porque, según dijo, para hablar de sus aventuras le inspiraba más el camino que aquellas cuatro paredes, y prometió que al día siguiente continuaría. Se acostó enseguida, rendida por la jornada en muía, que es un rompehuesos para quien no está habituado a viajar así.

Yo, que estaba desvelado y presentía que iba a seguir estándolo durante gran parte de la noche, esperé a que se durmiera y luego salí del cuarto sigilosamente. Me apetecía beber algo de vino y charlar con hombres.

La gran sala de la chimenea estaba bastante concurrida, pero no tanto como en otras ocasiones. Había bancos y mesas libres, y en una me senté, no lejos del fuego, y pedí una jarrita de tinto. No tardé en tener compañía. Uno de los hombres que rodeaban el fuego me miró con simpatía, se acercó a mí y me pidió licencia para acompañarme. Se la concedí encantado, preguntándome interiormente dónde había visto antes aquella cara, que me resultaba vagamente conocida. Se presentó con voz ruda y grata.

—Pablo Jarava, para servirle, señor —dijo—. ¿Cuál es su gracia?

—Bartolomé Perazas —respondí, sonriéndole cordialmente.

Aquel hombre tendría más o menos mi edad, que era de treinta años. Era alto y bien plantado, robusto y viril. Su frente, aunque estrecha, no permitía calificar su rostro de brutal, ni tampoco lo tupido de sus magníficas cejas, bajo las que ardían unos ojos pardos pequeños y fieros. Era el jefe de aquella tropa de cómicos de la legua, que, después de haber actuado en la ciudad coincidiendo con mi estancia, se dirigían a una población cercana, para llegar a la cual no tenían mejor opción que dar un rodeo y retroceder una jornada. Tras haber charlado de todo un poco y bebido una jarra, encargamos otra. Pablo se acercó más a mi asiento, frunció ligeramente el ceño y dijo:

—Supongo que no os disgustará, señor Perazas, que os advierta sobre un asunto que nos concierne a ambos, y que creo de gran importancia...

Aquel prólogo me hizo temer que la protagonista de lo que seguiría iba a ser Blanca de Valdaure, y no me equivoqué. En ese instante reconocí, en el rostro franco y

noble que tenía delante, aquella máscara de rabia y despecho que viera asomar del carro, un par de noches atrás, para increpar a la mujer que ahora dormía plácidamente en mi cama.

—Se trata de cierta dama, como habréis adivinado —dijo Jarava—. La he visto llegar con vos y luego os he oído subir arriba. Supongo que ella no deseaba encuentros desagradables, y no se lo reprocho, ni a vos tampoco, por supuesto. Pero vos me habéis resultado simpático y quiero que si optáis por quedaros con ella (con lo cual arruinaréis mi vida más aún de lo que ya está), sepáis a qué ateneros.

»Hace unos cuantos años llevaba yo una compañía de titiriteros y saltimbanquis que, podéis creerme, me daba más dinero y satisfacciones que esta desastrosa compañía de ahora. Solíamos trabajar en las plazas de los pueblos y las villas, pero nuestra principal fuente de ingresos eran las actuaciones para personas privadas, pues conocíamos trucos y teníamos habilidades que son más para disfrutarlos en compañía, escasa y selecta que a vistas del populacho ignorante. La gran atracción era mi esposa Yasmina, una muchacha turca de quince años que yo había comprado, bautizado y desposado. Yasmina bailaba con la serpiente Yuna, que ya conocéis, sin duda, porque Cándida se quedó con ella y ha pasado a ser de su propiedad. Ahora se llama Mimosa.

«Conocí a Cándida Alba en una de esas fiestas privadas de las que os hablaba antes. Un rico mercader daba un banquete a sus amigos, para festejar un pingüe negocio que le había reportado una cuantiosa fortuna. Alguien le habló de nosotros y se nos contrató para amenizar la velada. La casa de aquel hombre no tenía por fuera nada de extraordinario, y se confundía con el resto de las del barrio de los mercaderes. Pero, ¡ah, amigo! Una vez cruzado el primer patio, comenzaban unos esplendores más propios de un cuento bárbaro que de la realidad; claro que no todo eran mármoles, sino que había mucho yeso pintado, como se estila entre esa gente, pero el lujo era inmenso.

»El banquete, cuyos invitados eran innumerables, había tenido lugar en el patio mayor de la casa. A juzgar por la alegría de los comensales, ahítos y borrachos como cubas, el vino debía de haber corrido sin tasa. En la penumbra de un rincón, una pequeña orquesta de muchachas tocaba unas melodías dulcísimas, que invitaban a un sueño en el que algunos de los invitados ya habían caído. Pero, al entrar nosotros, íos vapores del vino parecieron disiparse y fuimos recibidos con gran algazara. Mis compañeros realizaron sus números, que eran casi todos de acrobacia; yo, mis magias y juegos de manos, que había aprendido de un gran mago holandés llamado Cornelis Vaenius, hombre extraordinario que me recogió y crió cuando fui abandonado por mis padres al nacer.

»El número fuerte de nuestra compañía, el más espectacular y el que nos había hecho famosos, era la danza de Yasmina con la serpiente. Cuando actuábamos en las calles y plazas públicas, Yasmina iba vestida con una malla que cubría su cuerpo sin disimular sus formas, pero en fiestas como aquella, con cuyos beneficios podíamos sobrevivir durante meses, yo le permitía bailar desnuda. La luz de las lámparas y las antorchas, al reflejarse en su cuerpo moreno untado de aceite, lo hacía destellar como una estatua de oro. El arte de su danza y la belleza de su persona siempre levantaban oleadas de entusiasmo en el público, y ataques de celos en mí, que tenía que ver puestos en los encantos de mi mujer todos aquellos ojos desvergonzados y codiciosos. Pero, ¿qué estoy diciendo? ¿pretendo haceros creer que todo aquello tenía lugar contra mi voluntad? No, señor, nada de eso. Yo envilecí a Yasmina a conciencia, y quien en

realidad sufría la vergüenza de semejante exhibición era ella, aunque siempre antes o después de su actuación, y no en su transcurso, porque le gustaba tanto danzar desnuda como a mí embolsarme los beneficios que aquel espectáculo proporcionaba.

»Nada de aquello impedía que nos amásemos tiernamente: por el contrario, para mí no había más mujer que mi pequeña conversa, ni para ella más hombre que yo. Todo, claro está, hasta que entró en escena Cándida Alba, que hizo marchitarse aquel joven y fragante jazmín oriental.

»La noche de la fiesta, el espectáculo acabó muy tarde, y el mercader quiso brindarnos su hospitalidad, así que mandó aderezar unos cuartos para todos nosotros y nos invitó a pasar la noche en su casa. Antes de permitir que me retirara, me llevó aparte y me dijo:

»— Esa perla que tú tienes vale más que todo el oro del mundo, y no hay con qué pagarla. Pero yo, hijo mío, tengo muchísimo dinero y puedo compensarte hasta cierto punto si estás dispuesto a desprenderte de ella. Conmigo no le faltará nada. Será feliz, porque lo único que tendrá que hacer será danzar para mí de vez en cuando como esta noche.

«Rehusé el negocio tal como él lo planteaba, pero le propuse otro a cambio: que nos tuviera en su casa, actuando para él, hasta que se cansara de nosotros, a cambio de alojamiento y una compensación sustanciosa en dinero. Y tan loco estaba aquel hombre por Yasmina que accedió a mi oferta, y dándome las buenas noches y una moneda de oro, me despidió hasta el día siguiente.

«También a Yasmina el trato le pareció bueno, aunque dijo que presentía que todo aquello acabaría mal. Pero el caso es que durante un tiempo el negocio funcionó. Por las noches, mi mujer danzaba para el mercader y sus invitados, y alguna que otra vez actuábamos también los demás, especialmente yo, porque mis trucos encantaban a las damas. Noté que una de ellas me miraba con muy buenos ojos: una de las concubinas del viejo, mujer blanca y rubia como un sueño, que nunca sonreía y que tenía los ojos delcolor del cielo. Yo, hastiado sin confesármelo a mí mismo de la esbeltez morena de Yasmina, me prendé de aquellos encantos rotundos y niveos, y de las mudas promesas de aquellos ojos, que a veces parecían aguamarinas y a veces turbio hielo. Y una noche la poseí bajo las madreselvas del jardín interior de la casa, y ella me pidió que la liberara de la lujuria fatigada del viejo y la ayudara a salir de allí. Me confesó algo que me dejó perplejo: que, además de estar enamorada de mí, se había prendado de la serpiente de Yasmina, y que no deseaba otra cosa que sentirla enredada en su cuerpo, danzar con ella y ocupar en todo el papel de mi joven esposa. Mentiría si dijera que aquello me escandalizó o me repugnó; simplemente, me extrañó, pero lo tomé por un capricho pasajero de la mujer. Lo que sí hizo mella en mi ánimo fue comprobar que ella tenía ya todo un plan, elaborado hasta en sus menores detalles para huir de allí conmigo, sacando además buen provecho de todo el asunto. Dijo:

»— No nos engañemos, Pablo, el viejo está loco por tu muchacha y sé que te ha ofrecido un buen precio por ella. Pues bien, véndesela. Sácale todo lo que puedas, pero además dile que se la cambias por mí. No dirá que no: empieza a estar harto de una mujer entera y ahora quiere una niña como Yasmina. No te preocupes por ella, porque aquí estará bien y tendrá todo lo que pueda apetecer.

»Y así lo hice. No os voy a aburrir contándoos los pormenores de aquella vileza, ni los manejos que tuvo que hacer mi conciencia para permitirme caer en la infamia. No le dije nada a Yasmina, porque me faltó valor en el último momento para confesarle

que la había vendido; y allí la dejó una noche, simplemente, dormida, ignorante de todo. Y le arrebaté a Yuna.

«Al poco tiempo, me enteré de que se había ahorcado con sus propias trenzas. Desde entonces, recorro el mundo con Cándida y... con el fantasma de Yasmina, que no me abandona. El dinero que nos dio el mercader duró lo que un suspiro; el dolor por la infamia, me durará toda la vida. Mi único consuelo en estos años ha sido el amor de Cándida, tormentoso pero sin el cual no puedo vivir. Sé ella me deja, si se va con vos, no sé qué locura cometeré.

La historia de Pablo Jarava no me pareció muy coherente, pero la expresión de su rostro mientras la relataba me convenció de que algo de verdad debía de haber en ella, porque jamás había visto a un hombre más hondamente abismado en el remordimiento y la pasión como a él cuando hablaba de cualquiera de las dos mujeres.

—El alma de Yasmina —concluyó— está ahora en la serpiente, cuyo nombre ha cambiado Cándida por el de Mimosa. Cándida ama a su Mimosa de una manera que ni yo sé explicaros ni vos comprenderíais. Por eso la ha traído y en este momento duerme con ella al lado en el piso de arriba. Y ahora que lo sabéis todo, decidme qué pensáis hacer.

La verdad es que yo no pensaba gran cosa. Estaba completamente anonadado y perplejo. Me daba la impresión de que Pablo y yo pensábamos en dos mujeres distintas, pero en el fondo sabía que no era así y que Blanca de Valdaure podía jugar a cualquier juego con tal de satisfacer el menor de sus caprichos. Cortó el hilo de mi breve meditación la aparición de la propia Blanca en lo alto de la escalera.

Bajó lentamente, mirándonos a Pablo y a mí con ojos de basilisco, pero sonriendo —nunca había visto una sonrisa tan amenazadora como aquella en boca de una mujer. Los hombres que bebían al amor del fuego la miraron como pájaros a una serpiente, y luego a nosotros dos, y por último, por un acuerdo tácito semejante al instinto pánico de los animales, retiraron ostensiblemente su interés de nuestras personas y continuaron con su charla, como dando a entender que no querían vela en aquel entierro.

Blanca se acercó a nuestra mesa y se sentó entre los dos. Antes de pronunciar palabra, echó un buen trago de la jarra de vino y luego rió por lo bajo, como si la situación fuera una broma preparada para su exclusiva diversión. Por fin, dijo:

—Veo con gusto que os habéis hecho amigos, queridos míos. ¿Estáis en algún trato interesante? ¿Comprándome o vendiéndome? Tú, Pablo, tienes experiencia en esa clase de cosas...

Jarava se puso lívido y su rostro reflejó al mismo tiempo el dolor por el golpe bajo y la perplejidad causada por el hecho de que fuera ella precisamente quien dijera aquello. Yo también me horroricé. Blanca continuó:

—Será inútil que lleguéis a un acuerdo sobre mí, porque aquí lo que cuenta es mi voluntad. No soy una niña ignorante, ni tengo carne de esclava. Tú, Pablo, escucha esto: nosotros nos hemos querido y hemos disfrutado mucho; hemos hecho locuras juntos y hasta hay un fantasma que nos une: todo eso es cierto. Pero Bartolomé y yo nos hemos amado mucho antes de que tú y yo nos conociéramos. El sabe de mí y de mi vida cosas que tú no puedes ni imaginarte, y además es un hombre al que tengo afecto. Un afecto limpio: tú no sabes qué es eso, porque eres... ¡eres, Pablo, un alcahuete de tus propias mujeres y un canalla!

A Jarava le centellearon los ojos. Levantó la mano y propinó a Blanca una

tremenda bofetada que le dejó media cara del color de la grana. Ella, después del sobresalto del golpe, recuperó inmediatamente la compostura y sonrió. Sus ojos, clavados en los del hombre, reflejaron una admiración profunda, una especie de deseo denso y anhelante que yo no había visto nunca en los ojos de una mujer puestos en los míos; claro que yo no hubiera sido capaz de pegar a Blanca ni a ninguna otra, porque eso no está en mi carácter —para desgracia mía, según he ido comprobando al correr los años.

—Mi decisión está tomada, Pablo —siguió Blanca, tranquilamente—: me marchó con Bartolomé. Estoy harta de estas escenas, de tus golpes y de toda la basura en la que estamos metidos.

—¿Harta, eh? —preguntó, feroz, él— ¡Harta! Antes no decías eso, grandísima embustera. Te gustaban mis golpes y te gustaban mis arrebatos, porque eras una fiera y eso te daba ocasión de convertirte en un animal. Pero, de acuerdo, sigue tu camino y márchate con el señor escribano: a su lado te espera sin duda una vida de apasionantes aventuras.

Luego, volviéndose a mí, dijo con gesto contrito:

—Perdonadme, Bartolomé. No tengo nada contra vos, pero lo que he dicho no me lo ha dictado únicamente el despecho. Cándida se cansará de vos en menos que se tarda en decirlo, porque lo suyo es el vagabundeo y la mala vida, y lo que vos le ofrecéis es todo lo contrario, si no me equivoco.

—Os equivocáis —repliqué yo con todo el sosiego que me permitieron mis nervios en tensión—, si pensáis que entre Blanca y yo va a haber una relación comparable a la vuestra. Ella me ha pedido hospitalidad en mi casa por un tiempo,

¿no es verdad?, y nada más. Tengo una mujer esperando en el pueblo. Voy a casarme con ella dentro de muy poco y nada lo impedirá, y no tengo la menor intención de complicarme la vida.

—Con mayor motivo, pues —dijo Jarava—, debéis recordar la historia que os he contado. No auguro mucho porvenir a esa novia vuestra —y, levantándose sin mirar a Blanca, añadió—: Id con Dios, caballero, y que él os libre de todo mal y de las alimañas de los caminos.

Se fue, y tras él, al poco rato, todos los hombres que quedaban en la sala. Ante la chimenea, ya fría, quedamos solos Blanca y yo; es decir, sólo yo, porque Blanca cayó en un sueño profundo y estaba en otro mundo, durmiendo plácidamente con los brazos apoyados en la mesa. Tuve que zarandearla con fuerza para despabilarla y conseguir que subiéramos al cuarto.

X

Aquella noche mis sueños fueron espantosos. Soñé que Rosamunda y Blanca eran a un tiempo dos y una sola persona, y que descuartizaban con un hacha a una pequeña esclava negra. Se la servían asada a un pirata de grandes barbas rojas, que era el Polifemo de la Odisea. Las dos asesinas iban vestidas de monjas, pero sobre su pecho no colgaba un crucifijo, sino un pequeño cencerro, que el gigantón señalaba riendo a carcajadas, mientras engullía las carnes de la niña.

No creo en las interpretaciones de los sueños, a las que tan aficionado era Don Gaspar de Valdaure, pero sí que algunas pesadillas advierten de peligros y acontecimientos futuros. Aquella me llenó de angustia, y seguramente porque me recordaba lo que Pablo Jarava había dicho sobre Yasmina y lo que había insinuado sobre la suerte que correría Engracia si Blanca se quedaba conmigo. Pero cuando abrí los ojos y vi entrar por la ventana la luz, todavía gris, de aquel amanecer, mis espantos nocturnos desaparecieron y me reconfortó encontrarme en el mundo de la vigilia, en el que las cosas no son tan espantosas —idea, como muchas de las mías de aquella época, totalmente necia— como en los sueños.

Blanca se despertó de un humor excelente y lo primero que hizo fue abrazarme y cubrirme de besos. Olía a sudor y a vino enranciado, pero aun así sus efusiones hicieron brotar en mí una ola de pasión que murió amorosamente en sus rubias playas. La serpiente salió del cesto y se unió a nuestras efusiones, y juro que un reptil jamás me ha resultado tan grato. Si el alma de Yasmina habitaba en ella, debió de sentir que yo la amaba ya un poco, o al menos que me estaba habituando a su compañía.

Al poco de ponernos en camino, pedí a mi compañera que continuara el relato que dejó inconcluso el día anterior. No le mencioné los incidentes de la noche pasada, pero ella comenzó a hablar refiriéndose a aquel lance ingrato.

—No sé —dijo— qué fue lo que te contó Pablo en la venta, pero yo que tú no creería ni la mitad. Es un comediante, le arde la imaginación y le gusta inventar historias complicadas.

—¿A ti no? —pregunté, con cierto dejo de ironía.

—Como a todo el mundo, pero las mías son mejores. ¿Qué sería la vida, Bartolomé, sin las locas historias que todos inventamos? Tú no te quedas corto, a juzgar por lo que me contó mi hermano Luis. La vida no es lo que es, sino lo que de ella se dice. Algún día me dirás lo que te dijo Pablo, y yo te daré mi versión. Será divertido conocer las dos y también lo que dirán de ellas en el Juicio Final nuestros ángeles y demonios acusadores y defensores, y la idea que Dios se hará de todo, si es que Dios se entretiene en dilucidar detalles y sí realmente distingue justos de pecadores.

—Sabes mucha teología tú, ¿dónde la has aprendido?

—En el convento pude meditar a mis anchas sobre todas estas cosas. Y ahora, te contaré como logré escapar de allí y lo que me sucedió después, ya que, si no lo cuento, será como si nunca hubiera ocurrido.

—Adelante, pues. No deseo otra cosa.

—Cuando estábamos llegando ayer a la maldita venta, te decía que recibí una nota misteriosa y anónima que me recomendaba escapar por la cripta de las monjas.

No era tarea fácil. Sólo la superiora tenía la llave y no se abría más que cuando alguna tenía que ser enterrada. Pero en aquella ocasión la suerte me favoreció, porque una muy vieja, llamada Sor Juana Inés de la Cruz, falleció aquella misma semana, y entonces vi el cielo abierto.

Blanca se rió de su propia expresión, dejando al descubierto sus dientes horribles y fascinantes, responsables en buena medida de las turbias pasiones que despertaba en los hombres.

—El día del entierro —prosiguió— me fingí enferma, para que no me echaran de menos. Cuando la comitiva fue descendiendo a la cripta, me uní furtivamente a las hermanas y nadie se dio cuenta de mi presencia, ocupadas como estaban todas en fingir gran duelo por la muerte.

»Allí abajo hacía frío, pero no había nada de macabro. En el pavimento se alzaban los hermosos sarcófagos de mármol de las superiores, y en los muros se abrían los nichos de las hermanas. Todo estaba muy limpio. Habían traído hachones, que pusieron en abrazaderas en las paredes, de modo que ni siquiera las tinieblas hadan que aquel ámbito fuera más misterioso que una simple despensa.

«Cuando el entierro hubo acabado y el cortejo comenzó a salir por la puerta que daba al claustro, me oculté detrás de un gran sarcófago labrado, perteneciente a una superiora de alta cuna muerta hacía más de cien años, y allí me quedé, sin rebullir, hasta que todas se hubieron ido. El ruido de la puerta al cerrarse me produjo un escalofrío, pero me dije que si no encontraba un medio de salir de allí, más valía morir que volver a la vida de fregona de letrinas que había llevado en los últimos tiempos. A decir verdad, sentía dentro de mí una cierta valentía e incluso, siendo la situación tan escasamente cómica, un amago de risa me cosquilleaba en la garganta.

«Por respeto a la muerta, las monjas habían dejado algunos hachones encendidos en los muros, de modo que, afortunadamente, no estaba sumida en la oscuridad. Anduve dando vueltas por la gran cámara, pero de momento no encontré ninguna puerta ni hueco alguno que indicara que el subterráneo continuaba más allá de ella. No me di por vencida. Tomé uno de los hachones y di otro recorrido, esta vez mucho más minucioso, examinando con atención las paredes y el suelo. Y en éste, al fondo de la estancia, hallé una losa con una argolla, de la que me puse a tirar sin más resultado que el de desollarme las manos; mi diversión anterior dio paso a un infinito fastidio. Desanimada, me senté en el suelo y miré distraídamente los sarcófagos que me rodeaban. Advertí entonces con espanto que la tapa de uno de ellos comenzaba a levantarse lentamente. Una mano descarnada salió de debajo y se agarró con fuerza a un ángulo. Vi el trabajo de los tendones, desnudos de carne y de piel. Pese a su enorme peso, la tapa cayó al suelo sin ruido, y de la caja se levantó, con un movimiento solemne pero no rígido, el cadáver de una monja, amojamado como una momia, con los ojos vacíos y una sonrisa seca y tirante. Los desgarrones del sudario dejaban escapar mechones de pelo tieso, polvoriento.

»El fenómeno se repitió en las tumbas de las otras superiores, y luego en los nichos de las paredes. Muchas losas fueron cayendo al suelo silenciosamente. Los grados de descomposición de aquellos restos eran muy variados; el cadáver que más espanto me produjo fue el de una que llevaba enterrada un mes; el que menos, el de la noble señora que reposaba allí desde hacía cien años, de la que sólo quedaban huesos limpios, muy delicados e incluso belios.

»Yo estaba muy asustada al principio, porque creí que todas aquellas difuntas

tenían la intención de castigar a quien había venido a turbar su reposo, y esperé con los ojos cerrados que sus dedos como garfios se clavaran en mi garganta. Pero nada de eso sucedió. El horrible coro se acercó a mí en profundo silencio, me rodeó sin hacer un solo ademán amenazador, y algunas de ellas me indicaron por señas que me apartara de la losa que había intentado levantar. Tomaron entonces la argolla con sus manos descarnadas y podridas y la levantaron con gran facilidad, como si no pesara más que un pliego de papel. Yo, que ya me había repuesto y veía todo aquello como si en mi vida no hubiera hecho otra cosa que presenciar las idas y venidas de los muertos, agradecí su ayuda con una reverencia y les pregunté si podía hacer algo por ellas. No me contestaron, pero la superiora centenaria me señaló el agujero que había dejado al descubierto la losa e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Y la que acababais de enterrar? —pregunté a Blanca, muy interesado en el relato, que desde luego superaba los de Jarava de la noche anterior en interés e intriga.

—Aquella —contestó mi compañera, sonriendo con picardía— no compareció a ayudarme, no sé por qué. Tal vez desconocía todavía las costumbres de sus colegas, o bien, habiéndome conocido en vida, no sentía el menor deseo de hacerme un favor en aquel trance.

»El espectáculo no duró más de lo que yo he tardado en contarlo —prosiguió—. Con la misma celeridad y sigilo con que habían salido de sus tumbas las venerables mujeres volvieron a ellas, cerraron sus tapas y me dejaron sola, pero con mi primer problema solucionado.

»Acerqué la antorcha al agujero y vi que daba a una escalera de caracol muy profunda, que se hundía en las tinieblas sin que se viera su fin. Se oía una especie de goteo y nudillos como de ratas. Sin pensarlo un momento, me dispuse a descender con la antorcha y a llegar a donde fuera preciso, diciéndome que si los muertos estaban de mi parte, no tenía nada que temer.

»El descenso no fue fácil. Las vueltas de la escalera me produjeron enseguida un violento mareo; además, no habiendo barandilla, mi único punto de apoyo y referencia era el muro, húmedo y frío, y tenía la sensación, cada vez más fuerte, de que aquella superficie iba a interrumpirse de un momento a otro y de que yo caería al vacío. La antorcha no daba ya mucha luz. Y la escalera parecía interminable.

»Pero, finalmente, terminó. Dí un traspies que estuvo a punto de hacerme caer al suelo, porque los escalones se interrumpieron bruscamente. El suelo en el que desemboqué estaba cubierto por al menos un palmo de agua helada, que olía de un modo espantoso y que yo presentía horriblemente sucia. En aquel momento, la antorcha chisporroteó y se apagó, haciéndome soltar una maldición que resonó en aquel ámbito profundo y cavernoso como un trueno. Avancé a tientas como pude, temiendo que me faltara el suelo bajo los pies o que comenzara, sin yo verla, alguna otra escalera. Ya empezaba a arrepentirme de aventura tan absurda cuando vi a lo lejos una luz, o al menos una fosforescencia, y me encaminé hacia ella sin perder un instante, temblando de frío y con los pies helados por aquella agua inmundada.

»La luz venía de una cámara de aspecto ciclópeo, con las paredes excavadas en las rocas como por las uñas de gigantes inconcebibles. Se desprendía de ellas un fulgor que no llegaba a disipar las tinieblas, pero que permitía ver los objetos y hacerse una idea del espacio. Al fondo, enroscada o sentada o acomodada (ignoro cómo debería decirse) en un sitio de roca viva, se hallaba una enorme serpiente moteada, de cuerpo reluciente y cabeza humana. Sus mejillas eran bellísimas y sus ojos centelleaban como

pedras preciosas. A su lado había una serpiente pequeña, sin rasgos monstruosos y de aspecto inofensivo. El monstruo, al que me acerqué sin temor, dijo:

»—¿Sabes quién soy yo?

»—No —contesté con firmeza—, pero seas quien seas te pido que me ayudes a salir de aquí.

«—Equidna, Sabina y otros nombres se me han atribuido, pero yo me llamo Ella, y estoy en muchos lugares: en los corredores oscuros, en los portales, en los rincones, en las carboneras, en los armarios, en los espejos de las alcobas profundas... Tú debes de ser fuerte, si has llegado viva hasta aquí y no sientes pánico ante mi vista y la de mi hija —y señaló la serpiente que yacía a su lado.

»—No —repuse yo—, no te tengo miedo. Te necesito. Tengo algo que rogarte.

»—Nada se da a cambio de nada.

»—Te daré lo que me pidas, si está en mi mano, pero ayúdame. Quiero que me enseñes el modo de salir de aquí y recuperar mi libertad. Dime qué quieres que haga por ti.

»—Quiero que saques de aquí a mi hija y la lleves contigo. Este no es lugar para una criatura delicada como ella, ni tiene aquí porvenir alguno. Su lugar está en la vida de arriba. Si la tratas bien, será buena y fiel contigo. Se llama Yuna, pero tú puedes ponerle el nombre que prefieras, puesto que va a ser tuya.

»La serpiente, que había alzado la cabecita y parecía escuchar y entender las palabras de Ella, reptó hacia mí y se me enroscó en las piernas, haciendo que estuviera a punto de caerme. En cierto modo, aquello era una caricia, y correspondí a ella palmeando la cabeza y el frío lomo del animal.

»—Cuidaré de Yuna como de mí misma —dije—, y no le faltará nada si logramos salir a la superficie y ponernos a salvo.

»—Bien, bien. Antes tendrás que superar algunas dificultades, pero con mi ayuda saldrás adelante. Primero te atacará la Esfinge y te hará una pregunta; procura ingeniártelas para dar con la respuesta adecuada, porque si no morirás. Luego, las Harpías intentarán robarte a Yuna para devorarla; gritan mucho y hacen muecas espantosas, pero no hay que temerlas: si eres fuerte y haces oídos sordos a sus graznidos, te dejarán en paz. Por último, llegarás ante la puerta del Señor y podrás entrar a su presencia; no le mires el rostro ni el sexo: procura clavar tu mirada en su pecho y no la desvíes de él mientras te hable, si es que se digna a hacerlo. Si te pregunta algo, contesta con la mirada baja. Y cuida de que Yuna no se te escape, porque en ese momento tendrá mucho miedo y hará lo posible por volver conmigo.

Pensé que semejante aparato mitológico para salir de un convento era un tanto excesivo, pero me abstuve de hacer el menor comentario, porque la narración de Blanca era, al menos, entretenida, y amenizaba el viaje por aquellos páramos. Pero no pude por menos de hacerle notar que lo de la serpiente Yuna, en versión de Pablo Jarava, era ligeramente diferente.

—Según él —dije—, perteneció a su mujer, una tal Yasmina.

—Escucha, Bartolomé —replicó ella, molesta por la interrupción—, si vamos a pasar el resto de nuestras vidas cotejando los puntos de vista de Jarava con los míos, renuncio a seguir con mi relato. Es posible que él crea que Mimosa perteneció a Yasmina; tal vez, incluso, Yasmina tuvo una serpiente semejante a la mía. Pero la que viene con nosotros en el cesto, la que ha dormido a nuestros pies en la venta, es mi

serpiente, fue Ella, Equidna, quien me encargó que la cuidara.

—Está bien, Blanca, prometo no interrumpirte más. Cuenta las cosas a tu manera y no te enfades conmigo. No doy más crédito a la versión de Jarava que a la tuya. Continúa tu relato, por favor.

—Yuna, que entonces era pequeña, se enroscó en mi brazo izquierdo y apoyó la cabecita en mi hombro. La Equidna me señaló con un gesto una mancha de tinieblas que se percibía en el muro de roca de su derecha y me dijo que ese era el camino.

»Me introduje por aquella especie de túnel y fui a parar a un ámbito iluminado difusamente, como la gruta anterior. Sus paredes estaban cubiertas de estanterías hasta donde alcanzaba la vista, y en las estanterías había libros de todos los tamaños, encuadernados en pergamino. Mirándolos, comencé a sentir que me invadía el sueño, y agradecí que el suelo de la estancia no estuviera cubierto de agua. Me senté para cobrar aliento y tomé al azar uno de los volúmenes. Todas sus páginas estaban en blanco. Lo repuse en su lugar y cogí otro, que estaba en blanco también. La serpiente me miró y en mi mente surgió un pensamiento ajeno a mí, como si un extraño hablara en mi interior: "Sólo uno de estos libros está escrito, y contiene la historia de tu vida". Me pareció una broma monstruosa, porque allí había miles y miles, y ninguno tenía en el lomo la menor indicación de su contenido. El sueño se estaba apoderando de mí por momentos y no pude oponerle resistencia. Me quedé profundamente dormida.

«Estaba soñando que por fin había dado con "mi" libro, y que sus caracteres me resultaban indescifrables, cuando un aliento hediondo llegó a mi rostro. Algo peludo y enorme se había instalado en mí pecho; algo cálido, confortable, como mi madre cuando, siendo yo niña, se extendía sobre mí en la cama para darme las buenas noches y yo podía ver sus pechos y la mata oscura de su sexo a través del escote abierto de su camisón. Abrí los ojos y vi en las tinieblas unos ojos fosforescentes que me miraban, y el brillo de unos colmillos de fiera muy cerca de mi cara. El peso de aquella bestia me oprimía cada vez más, y cuanto más me oprimía, más deseaba yo que me oprimiera. Una voz suave y profunda me preguntó: "¿Quieres leer el libro de tu Destino?".

«Respondí que no, y entonces el peso desapareció, el aliento ardiente se apagó, las garras que me atenazaban amorosamente se aflojaron, y me encontré fresca y despierta, en la única compañía de Yuna, que dormía apaciblemente. La cogí con ambas manos, la coloqué en torno a mis hombros como un chal y reemprendí el camino.

»Fui dejando atrás los libros y desemboqué en un corredor bastante iluminado, de paredes pintadas de rojo. Unas voces chillonas llamaron mi atención a la derecha, y vi una estancia no muy amplia, semejante a la cocina de una casa de pueblo, con gran chimenea y muchos trastos de asar y cocer, y cuchillos, cazuelas, tinajas, garrafones, fuelles y hachas. En torno al fuego estaban sentadas tres viejas vestidas de negro, pálidas como la muerte y con los ojos enrojecidos por el humo, removiendo un gran caldero, en el que hervía un espeso líquido amarillo y nauseabundo. Apenas advirtieron mi presencia, se volvieron al unísono y me sonrieron con su bocas desdentadas, lanzándome miradas codiciosas y gruñidos que sin duda querían ser amistosos. Yuna se irguió, hinchó el cuello y lanzó un silbido siniestro.

»—¡Vaya! —dijo una de ellas—. Parece que no gustamos a tu perrillo faldero. Ven de todos modos, hijita, y toma un bocado con nosotras. Debes de estar hambrienta, después de haber hecho un viaje tan largo.

»—Ven, pequeña —dijo otra—, ven a cenar con estas abuelas solitarias. Haznos

un poco de compañía esta noche y te contaremos un cuento.

»—Si nos das tu serpiente —añadió la tercera—, haremos un estupendo guiso con ella. Así te librarás de su carga, y al mismo tiempo nos aprovechará su gustosa carne, que es tierna y delicada como la de anca de rana. Ven, comamos, comamos todas.

»—¡Ven, hijita, ven, ven —corearon las otras dos—, ven a cenar con nosotras!

"Escupí en su dirección y besé la cabeza de mí serpiente. Luego les volví la espalda y reemprendí mi marcha.

Llegado el relato de Blanca a este punto, dejamos el resto para la siguiente jornada, pues nos hallábamos ya muy cerca de la venta.

XI

Aquella noche no dimos con cómicos —ni con casi nadie— en la posada. Cenamos solos, con excepción de una misteriosa dama de negro que se hallaba sentada en una mesa en un rincón oscuro, con la cara cubierta por un velo muy espeso, que tenía que alzarse un poco para comer, dejando entrever entonces una barbilla adorable. Sus manos enguantadas se movían con exquisitez principesca. Intrigados, preguntamos al posadero quién era y a qué se debía su luto y su soledad, y él nos contestó, en voz muy baja:

—Ha venido sola en una yegua negra como la noche, y me ha rogado la máxima discreción. No desea hablar con nadie ni que se la moleste. Su presencia y su porte puede que asusten, pero os juro que el oro de sus monedas es de buena ley. ¡Ya lo creo que sí! ¡Al mismo diablo serviría yo de buen grado si me pagara con la misma largueza que esa señora!

No consiguiendo sacarle más, nos dedicamos con ahínco a enterrar en nuestros vientres una pierna de cordero, regada con buen vino. Estábamos de buen humor; yo, porque, entre unas historias y otras, opté por no dar crédito a ninguna y disfrutar con todas; ella, sin duda porque le divertía contar semejantes fantasías.

Los humanos somos injustos. Yo, que confié al papel las aventuras que viví de estudiante con Adrián, haciéndolas pasar por la pura realidad —porque para mí lo eran—, no daba crédito ahora a las de Blanca, que por otra parte no resultaban más increíbles que las mías. A veces me pregunto a quién o a quiénes creará el que lea estas páginas, aunque, a decir verdad, me importa una higa, porque, como decían los antiguos filósofos, las cosas son lo que son, y lo que cambia es la opinión sobre ellas. Así que allá cada cual con sus opiniones, que yo seguiré relatando puntualmente de qué manera se desarrollaron los acontecimientos y cuáles fueron los decires de unos y de otros.

Nos retiramos pronto a dormir, porque Blanca estaba tan rendida como el día anterior. La serpiente dormitaba plácidamente al lado del cuenco de leche con tropezones de pan que acababa de engullir, a falta de algo más apropiado. Blanca la miró con ternura y acarició su cabeza triangular. He de reconocer que era un animal espléndido, con su lustrosa piel verde y dorada.

Cuando estaba desnudándome, cayó de mis ropas una cajita que ya tenía medio olvidada. Blanca se apresuró a cogerla y —rasgo muy propio de una mujer, y más de una mujer como ella— a abrirla, sin siquiera pedirme permiso con la mirada. Lo que vio la hizo palidecer hasta la raíz del cabello, y yo quedé confuso con su reacción, pues allí no había otra cosa que las joyas que había comprado a Samuel Cohen para Engracia. Desdeñosamente, arrojó la caja, la alianza y los pendientes sobre el lecho, y contempló arrobada la gargantilla de coral. Luego me miró con ojos encendidos como centellas y preguntó, con voz ronca:

—¿De dónde diablos has sacado esto?

—¿De dónde diablos se sacan las joyas cuando no se roban? —contesté—. De un comercio de platería. Se lo compré a un tai Cohen, muy conocido en la ciudad. Es un regalo para mi novia.

—¡No es posible!; Han asesinado y robado a Adriana, Dios mío! —gritó—. Yo me temía algo así, me lo temía todo el tiempo. Cuando desapareció del convento...

—No empieces a fantasear antes de saber las cosas, Blanca, por lo que más quieras. Esta gargantilla fue vendida a Cohen por una señora llamada Adriana, que él me describió como pelirroja de ojos negros, que se la llevó a su taller en el mes de agosto pasado. Yo, queriendo comprar una joya a Engracia, vi ésta y Cohen me contó su historia antes de vendérmela.

—Pelirroja de ojos negros... Sí, así era Adriana. Pero, ¿quién nos asegura que no la mataron para robarla?

—Yo lo aseguro, Blanca. Samuel Cohen me pareció la persona más inofensiva y honesta del mundo, y lo mismo digo de quien me recomendó que fuera a verle. Así que, en lugar de ponerte como una loca, vale más que te alegres de saber que Adriana vive y que fue vista hace poco tiempo. Tarde o temprano te tropezarás con ella.

«Nos tropezaremos», pensé para mis adentros, porque no me cabía duda de que ambos hablábamos de la misma persona, que iba dejando una estela tras de sí, tal vez para que pudiéramos seguirla Dios sabe a qué parajes. Lo que no concordaba con lo que yo creía saber de Adrián, era aquella amistad suya con Blanca, pero lo achaqué más a mi ignorancia que a un mero capricho suyo, porque él, ella o ¡o que diablos fuera, era mucho más sabio que nosotros, y sin duda lo que hacía tenía un sentido que a mí se me escapaba.

—Esto —dijo Blanca, mirando la gargantilla, fascinada— era lo que Adriana apreciaba más en el mundo. Constituía para ella una especie de talismán. Decía que en él se hallaba la fórmula para invocar a ciertos espíritus, y que llevarlo al cuello aseguraba la obtención del amor de la persona deseada, pero que también entrañaba peligros, aunque sólo para los corazones débiles. Nunca me permitió ponérmelo para ver cómo me sentaba, pero ahora puedo hacerlo, ¿verdad? ¿Lo hago?

—Tú verás —respondí, de mala gana—. Por mí no hay inconveniente, pero vale más que no se entere Engracia.

—Descuida. Nunca se lo diré.

Se quitó el vestido, que era de cuello muy alto y cerrado, y se quedó en camisa y saya. Puso la joya sobre su garganta y me pidió que se la abrochara en la nuca. Lo hice y luego, tomándola de los hombros, le di la vuelta y la contemplé arrobado. Realmente, aquella joya redoblaba su belleza de forma increíble, confiriendo a su piel la blancura y el brillo traslúcido del mármol, a sus labios el mismo color encendido de las cuentas de coral y a sus ojos de hielo azul una claridad nunca vista. Ignoro si fue decoroso que nos amáramos como dementes llevando ella las joyas de boda de Engracia, pero sí puedo decir que semejante escrúpulo no me atormentó en absoluto y que, salvo con el propio Adrián y con Soledad, jamás he disfrutado tan profunda y mortalmente de los placeres de Venus como en aquella ocasión.

Más tarde, cuando, echados uno junto a otro, descansábamos de las dulces fatigas, ella desnuda y con la gargantilla puesta todavía, vi que una minúscula gota de sangre se le deslizaba desde el corazón de coral, y la limpié distraídamente con la sábana, creyéndola resultado de algún beso apasionado en exceso. Ella no se dio cuenta, porque estaba agotada, tal vez dormida. Pero al momento la gota volvió a formarse, esta vez mucho más gruesa, y corrió como un reguero diminuto hacia el hueco entre sus senos. Me asusté y zarandeé a Blanca para despertarla, pero no lo conseguí. Junto al pendiente de la joya continuaban formándose gotas de sangre, cada

vez mayores, ya casi verdaderos borbotones. Levanté el corazón para ver la herida, pero no había herida alguna en el cuello de la muchacha, aunque una palidez enfermiza había comenzado a extenderse por su pecho y su rostro, perlado de un finísimo rocío de sudor. Muy asustado y sin saber qué hacer, opté por quitarle la gargantilla, por si había en ella algo que ocasionaba aquel extraño fenómeno, y así lo hice —no sin dificultades, porque el cierre era rebelde y el nerviosismo había dado al traste con mi escasa habilidad manual.

La sangre dejó de manar y el color rosado volvió de nuevo a las mejillas de mi amiga, que abrió los ojos y me sonrió. Al ver toda aquella sangre, se asustó, pero le dije que me había cortado en un dedo y que algunas gotas habían caído sobre ella. También, que le había quitado la gargantilla porque me había parecido que le apretaba excesivamente. —¿Estás seguro —preguntó, marrullera— de que vas a dársela a Engracia? Me he encaprichado de ella de una forma loca, bien mío. ¿Por qué no me la regalas y le compramos otra parecida? Al fin y li cabo, ella no la ha visto nunca y no apreciará la diferencia.

A eso me opuse con todas mis fuerzas. Ya había bastantes misterios en la joya como para que además comenzáramos a jugar sucio con ella. Le dije a Blanca que era para Engracia y que nadie podría arrebatársela. Ante aquello, se puso hecha un basilisco, y hasta la pacífica serpiente, que se pasaba la vida durmiendo, se irguió y silbó de forma amenazadora. Luego se hizo un tenso silencio, que Blanca rompió finalmente, intentando convencerme con una dulzura fingida.

—Al fin y al cabo, Bartolomé, yo conozco la gargantilla antes que tú. Pertenecía a mi amiga Adriana, y sé que ella estaría contenta si supiera que la hemos recuperado y que ahora la tengo yo; si alguna vez vuelvo a verla, se la devolveré. ¿A ti qué más te da? ¿Y qué le puede importar a la rústica de tu novia, que a buen seguro no sería capaz de distinguir un coral de un hueso pintado? A veces te obcecas en unas naderías que me sacan de quicio, te lo juro.

—Mira, Blanca —repliqué yo, sinceramente dolido por sus palabras—, tendrías que estarme agradecida por el favor que te hago trayéndote conmigo, cosa que no debería hacer y que no me acarreará más que complicaciones y disgustos. No te consiento que te refieras a Engracia de esa forma. Ella nada te ha hecho, y es una muchacha excelente. ¡Y además, mi prometida, no lo olvides! ¿Puedes entender eso? ¡Voy a casarme con ella, te guste o no, te parezca bien o mal!

—¡Bonita manera de guardarle ausencia, retozando conmigo y quién sabe con cuántas más en cuanto sales del pueblo! No creo que esa Engracia tuya esté muy contenta si sabe tus hazañas presentes y pasadas, así que no me grites ni te hagas el caballero. ¡Entérate de una vez de lo que eres, Bartolomé Perazas: un hipócrita y un canalla!

La sempiterna habilidad de Blanca para dar en el clavo de mis debilidades se demostraba una vez más. Esta vez había hecho un gran blanco. También yo me acusaba frecuentemente de ser un hipócrita, y a fe que lo era y lo sigo siendo. Lo compruebo cuando releo estas páginas y me doy cuenta de que, sin querer, intento presentarme ante su posible lector como un sujeto bueno e inocente, cuando en realidad soy tan vil como todos los humanos. Entonces comprendo lo bien merecidos que tengo los males que se han abatido sobre mi cabeza, y no sé a qué virtudes achacar los inmensos beneficios que me ha deparado el Destino.

Las furias de Blanca duraban lo que las tormentas de verano, porque en el

momento en que sentía que insultar o poner el grito en el cielo no le servían de gran cosa, se aplacaba como por ensalmo e intentaba salirse con la suya utilizando métodos más sutiles, como hacen casi todas las mujeres; así que aquella discusión sin salida se cortó de repente. Suspiró, sonrió con falsa resignación y dijo:

—Bueno, ya veremos. No nos pongamos así por una tontería y descansenos, que mañana nos espera un largo camino. Buenas noches, querido. Olvida lo que te he dicho y no te enfades con tu amiga vagabunda, aunque sea tan mala.

XII

Aquella mañana me desperté antes que Blanca y me asomé a la ventana del cuarto a ver cómo se nos presentaba el día, porque la tarde anterior había visto unas nubes que me habían parecido amenazadoras. Ahora, aunque el cielo permanecía aún oscuro, podía verse que estaba ligeramente nublado, pero sin amenazar lluvia. A la puerta de la posada estaban ensillando una preciosa yegua negra, cuya dueña no tardó en aparecer enfundada en un ajustado traje de caza de ante negro, falda de terciopelo y un gracioso sombrero con velo. Sus guantes eran de una brillante piel negra, y lo mismo sus bolitas, que vislumbré cuando, ágilmente y sin ayuda, montó en su cabalgadura. Tras calentar un poco al animal con unos pasos y un ligero trote, salió al galope por el camino como una diablesa. Su silueta hechicera se recortó contra el alba gris. De espaldas, el velo le volaba a ambos lados de la cabeza como una aureola de cambiantes tinieblas. Pensé en voz alta: —Es la Muerte.

—¿Qué dices, Bartolomé? —preguntó Blanca con voz de sueño.

—Nada. La señora de anoche, que ha salido al galope con su yegua negra como alma que lleva el Diablo. Por un momento me dio por pensar que es la Muerte que se dirige a realizar alguno de sus trabajos.

—En ese caso, Dios nos libre, porque seguro que lleva la misma dirección que nosotros —dijo Blanca, irónica.

—Pues sí —repliqué yo—. La misma. Anda, levántate, que el día es corto y hoy hemos de llegar al pueblo como sea antes de que caiga la noche.

Aparentemente olvidado el incidente de la noche anterior, pero ambos con la joya en la mente, nos pusimos en marcha. El cuello de Blanca presentaba una especie de picadura de chinche o de mosquito en el lugar de donde había manado fa sangre, y a menudo se llevaba los dedos a ella y frotaba, pero no decía nada, pensando sin duda que lo más ingrato de las ventas son los bichos que anidan en los colchones. Por mí parte, palpaba de vez en cuando la cajita de las joyas, que había metido en la bolsa del dinero y llevaba colgada del cinturón. Para distraer la tirantez que adivinaba en mi compañera, le pedí que continuara contándome su huida del convento, y ante mi sorpresa no sólo no se hizo la remolona, sino que comenzó a hablar alegremente de inmediato, con toda la fluidez que le permitía el áspero paso de la mula.

—Cuando me hube alejado de la estancia donde las tres viejas cocían aquel caldo repulsivo, oí a mis espaldas una voz que me llamaba y que me pareció la de Adriana. Estuve a punto de volverme, pero recordé unas palabras de la nota anónima en las que hasta entonces apenas había reparado: «no mires atrás». Vinieron asimismo a mi memoria muchos cuentos de mi infancia en los que volver la vista atrás acarrearba la perdición, y la historia de la mujer de Lot. Tuve que hacer un esfuerzo terrible para no sucumbir, porque la voz decía cosas insoportablemente convincentes:

»—Ven, Blanca: he descubierto una salida. Vámonos juntas, Blanca, hay un carruaje esperándonos y tengo el lugar donde viviremos, escondidas y felices, tú y yo solas,.. ¡Ven, no hay tiempo que perder! ¿No me oyes? ¡Blanca, por Dios, no perdamos tiempo!

»Al verme capaz de resistir aquellas solicitudes venenosas de los fantasmas

del subterráneo, me di cuenta de mi gran fuerza, pues no sólo no volví la cabeza, sino que aceleré el paso, abrazada a mi serpiente. De algún oscuro modo, sabía que ya me quedaba poco camino, lo cual me alegraba profundamente, porque a esas alturas mis fuerzas físicas se hallaban muy mermadas.

»Corriendo y corriendo por aquellos pasillos llenos de recovecos, fui a parar a una estancia amplia y muy bien iluminada, aunque no se veían lámparas ni candiles. Había algunos divanes aquí y allá, y mucha gente escribiendo y haciendo gestos extraños al otro lado de una especie de poyete, sobre el que se alzaba un fino muro de cristal. De trecho en trecho, el cristal estaba horadado por diminutas ventanas, detrás de cada una de las cuales había hombres y mujeres con lentes. Fuera del muro de cristal, iban y venían algunos hombres uniformados, llevando montones de papeles. Al parecer, todos tenían mucha prisa y no reparaban en mí ni en Yuna, que estaba asustada y ocultaba la cabeza en un pliegue de mi ropa. Yo también lo estaba, pero me repuse inmediatamente, me dirigí a uno de ellos y le pregunté por la salida.

«—¿Salida? —me dijo, mirándome de arriba abajo de un modo muy impertinente—. ¿Trabaja usted aquí, señora? ¿Qué bicho es ése que lleva? Está prohibido. Terminantemente prohibido. Deshágase de él o tendré que dar parte.

»No entendí nada de lo que me dijo aquel hombre, así que me dirigí a una de las pequeñas ventanas, tras la cual estaba sentada una muchacha de aspecto amable, aunque peinada de un modo espantoso. Ella también debió de notar algo extraño en mi aspecto, porque me miró como si no diera crédito a sus ojos.

«—¿Le ocurre algo, señorita? —me preguntó solícita.

»—¡Oh, sí! Veréis, señora, estoy buscando a alguien, pero no sé en verdad a quién. Es para salir de aquí. He cumplido las instrucciones de la nota, pero me parece... me parece que me he perdido. Estoy agotada y tengo hambre. Y Yuna también.

»—¿Hambre? ¿Cómo se le ocurre mendigar en un lugar como éste? Si algún bedel se da cuenta, la echará a la calle sin miramientos. ¿Por qué no va a otro sitio? Créame, aquí las personas como usted no tienen nada que hacer, aunque yo, personalmente, no tengo nada en contra de...

»Un ruido horrible que salía de una pequeña caja situada en la mesa de la muchacha interrumpió sus palabras. Puso el dedo en una pequeña cosa roja, que ardía como un carbón, y comenzó a hablar sola. Me di cuenta de que ella no me resolvería nada. En esto, un caballero alto y muy apuesto me tocó ligeramente en un hombro y me dijo gentilmente:

«—¿Tendría usted la amabilidad de acompañarme, señorita? —ignoro por qué hablaba de aquella extraña manera.

»Le seguí por pasillos iluminados y a través de puertas de metal pintadas de gris claro. Entramos en una habitación no muy grande, iluminada por una ventana con cortinas transparentes, como de encaje muy fino. Había una mesa, tras la cual se sentó, y me indicó que hiciera lo mismo en una silla frente a él. Era de terciopelo y metal, muy cómoda. Me sentía asustada, porque no sabía cómo hacerme entender por aquella gente, que por otra parte no parecía peligrosa. Decidí que tal vez hablando lo menos posible y siguiéndoles en todo la corriente, lograría que se me indicara la salida de aquel extraño lugar, así que agucé el ingenio, sonreí al caballero con toda la serenidad que fui capaz de reunir y me dispuse a contestar a las preguntas que quisiera hacerme con pocas palabras y procurando llevar el agua a mi molino.

»—¿Busca usted trabajo? —preguntó amablemente.

»—Sí, señor.

»—¿Es usted de aquí, de esta ciudad?

»—¡Oh, no! Tal vez por eso llaman la atención mis ropas y mi forma de expresarme. Necesito que alguien me ayude.

»—¿Documentación?

»No tenía la menor idea de lo que quería decir con aquello, de modo que bajé la mirada y me mantuve callada, mordiéndome el labio inferior.

»—Ya comprendo —dijo él, encendiendo con un instrumento de oro un rollito de papel blanco y llevandoselo a la boca—. Bueno, en estas condiciones no se puede hacer gran cosa por usted y su...

«Indicó con el rollito humeante a la serpiente, que le miraba fascinada.

»—Se llama Yuna, señor —expliqué—. Es muy mansa.

»—Ya, ya. No lo digo por eso. Mire, señorita, lo mejor es que ustedes dos vayan a ver a un agente. Ya sabe, uno de esos profesionales que se ocupan de contratar artistas. Yuna le servirá de mucho, se lo aseguro. Incluso pueden actuar en la plaza de la ciudad indígena. Muchos nativos lo hacen y recaudan una buena cantidad al día.

»—Sí —dije yo, sin comprender una palabra—, pero para eso necesito salir a la calle, ¿no creéis, señor?

»—Naturalmente, ¿quién lo impide?

«—La verdad os parecerá sin duda ridícula, pero hela aquí: no hallo la salida y nadie parece dispuesto a indicármela.

»—¿Cómo? ¿Quiere decir que su único problema es que *no* encuentra la salida? ¿Qué salida? ¿La del barrio europeo?

»—La del lugar éste, señor. La de esta... casa.

»—En tal caso, y si no se trata más que de eso, me complacerá acompañarla por mí mismo a la puerta, si no tiene inconveniente. ¿Lleva algún dinero?

»—No señor. Cuando salí no pude coger absolutamente nada.

»—Ni pasaporte, ni dinero, ni equipaje... Ustedes los jóvenes están, perdóneme la expresión, un poco chiflados. No tengo obligación alguna de darle nada, pero ya que es usted una compatriota, hágame el favor de aceptar esta pequeña cantidad. Se arreglará con ella durante unos cuantos días... Y ahora, venga conmigo, por favor.

»Le di las gracias de todo corazón, aunque pensé que aquel tipo de dinero no iba a servirme de mucho: no había visto nada igual en toda mi vida. Me condujo ante una gran puerta de cristales, me tomó una mano, la sacudió ligeramente y se despidió de mí con una sonrisa muy cortés.

»Todo aquello había sido muy raro, pero al menos había conseguido lo que me había propuesto: abandonar el convento y volver a ser libre. No tardé en darme cuenta de que me hallaba en una ciudad extraña, pero no me importó: pensé que ya me las arreglaría, como había hecho hasta entonces.

«Según iba saliendo de una zona de la ciudad y entrando en otra de calles más estrechas y torcidas, menos llamaba la atención mi atuendo, y a mí también me resultaba más familiar la gente, a la que no parecía extrañar que Yuna estuviera dulcemente enroscada en mí cuello. Una pareja de jóvenes rubios muy altos, con la piel enrojecida por el sol, me pidió por señas que me detuviera un momento. Se alejaron de mí unos pasos y me hicieron mirar una pequeña caja negra que llevaban, de la que salió un ruido leve, como el chasquido de un beso. Luego, muy sonrientes me pusieron en la mano un poco de dinero parecido al que me dio el caballero anterior. Ignoro a

qué se debió semejante recompensa, porque yo nada hice, pero me resigné a no entender gran cosa en aquella ciudad extraña, y me dije que mientras no me ocurriera ningún percance, no tenía por qué preocuparme, porque la gente parecía pacífica y amable.

»Tenía un hambre y una sed insoportable. Vi que en la calle había tabernas semejantes a las nuestras, a cuyas puertas estaban sentados hombres que bebían un líquido humeante que desde lejos olía a yerbabuena, y algunos comían una especie de bollos muy fritos. Me senté a una mesa bajo un árbol y esperé, preocupada por el modo de hacerme entender. Pronto se me acercó un muchacho oscuro y sonriente, con una bandeja algo sucia en la mano, que me preguntó qué deseaba (le entendí mejor que al de la gran casa). Le dije que tenía sed y hambre, y le enseñé uno de los papeles mugrientos que allí hacían de dinero. Moviéndose afirmativamente la cabeza, y al rato regresó con una bandeja de pasteles y una jarrita de plata conteniendo el líquido con aroma de yerbabuena, que era delicioso. Comí y bebí hasta hartarme, y hasta conseguí algo de leche con pan para Yuna. Cuando entregué el papel al muchacho que me había servido, me dijo que aguardara un momento y me entregó a su vez unas cuantas monedas. Seguramente aquel papel valía lo que una moneda de oro nuestra, y lo que hizo fue devolverme la diferencia de lo que costaba lo que había comido. Me despedí de él y me dispuse a buscar una tienda donde poder cambiar mis ropas, sucias y extrañas para aquellas gentes, por otras nuevas. Ahora sabía que teniendo aquellos papeles no me faltaría de nada. No me atrevía a pensar qué sería de mí cuando se terminaran.

»Por fortuna, allí había un barrio dedicado enteramente a la venta de telas y vestidos, como en nuestras ciudades y mercados. Entré en una de las tiendas, que eran en su mayoría diminutas, en la que me recibió un anciano sumamente amable y sonriente, que me llenó de elogios sobre mi juventud y mi belleza. Dijo que me vestiría como a una reina. Le seguí por la escalera que descendía a un sótano muy profundo, que semejaba a un auténtico palacio encantado. De las paredes colgaban riquísimos tapices de frescos colores, y en todas partes había hermosas telas que brillaban como el oro, y alfombras de lana y seda, y velos sutiles como jirones de niebla, tachonados de puntos de oro y plata... Vi también grandes vasijas de cobre, fustas de cuero trenzado, pebeteros y otras mil cosas cuya utilidad ignoro, pero que encantaban la vista con su brillo y sus formas.

»El anciano hizo que me probara varios vestidos maravillosos y que me mirara en un espejo que era más alto que una persona. Al final, ambos convinimos en que el que mejor casaba con mi piel y mis cabellos, y con el color de mis ojos, era uno de raso azul, claro como el aire, con flores de oro bordadas. Mi atuendo se completó con unas babuchas del mismo color y adorno.

»—Todo esto es muy hermoso, señor —dije yo con picardía, que es lo que les gusta a los viejos—, pero me temo que el poco dinero que tengo no llegue a cubrir ni la mitad de lo que cuesta. Me estáis vistiendo de reina, y yo en realidad soy poco más que una mendiga, una pobre extranjera sin fortuna ni amparo.

»—De eso no ha de preocuparse la hermosa gacela —contestó el anciano, galante y un poco meloso—. Ahora ya hemos dado con lo que te sienta bien, bueno será que reposes un momento en mi patio y que bebamos té a la salud, si no tienes prisa ni inconveniente.

»No tenía prisa ni inconveniente, y sí muchos deseos de que ocurriera algo que

me colocara en una situación menos precaria que aquella en la que me encontraba, así que, vestida con lo que ya dije, seguí al anciano a un patio interior, bellamente decorado con labores de estuco y madera labrada, hirviente de flores y surtidores y bañado en perfumes, unos exhalados por jazmines y rosas, y otros por cuatro pebeteros dorados, en los que se quemaban no sé cómo gomas de Oriente. El anciano dijo unas palabras a un muchacho, que desapareció en un santiamén. Volvió enseguida y dispuso a la sombra, bajo unos arcos y unas madreselvas, una inmensa bandeja de cobre sobre un trípode, a modo de mesa, en la que depositó un servicio de plata para beber la infusión de yerbabuena. Nos sentamos en pequeños taburetes, cuyos cojines de cuero eran muy mullidos.

«Aquel anciano tenía una conversación amenísima, y aunque no entendía todo lo que decía, sí captaba lo suficiente como para alegrarme de haber encontrado un amigo tan culto y exquisito. Invirtió la mayor parte del tiempo en alabar mi belleza y recitar versos de poetas árabes que hablaban de mujeres rubias y blancas.

»Al poco rato llegó y se unió a nosotros un amigo suyo mercader, hombre de edad madura, aunque no viejo, y por las trazas riquísimo. También éste alabó mucho mi hermosura, y me lanzaba miradas menos inocentes que las del anciano.

»El muchacho volvió a aparecer, esta vez para traer más bebida y unos largos y delicados instrumentos de madera. Los hombres me preguntaron si me gustaba fumar kif.

Yo ignoraba qué significaba fumar, y no sabía qué era el kif; dije que sí por cortesía, pero que lo había hecho pocas veces.

«Pronto tuve ocasión de enterarme de que fumar era lo que había visto hacer al amable caballero de la gran casa, pero mis actuales amigos no encendían rollitos de papel, sino una hierba que colocaban en una especie de cazuelita al extremo de una caña. Me alargaron una de ellas, encendida, y yo, recordando lo que viera hacer a aquél, aspiré el humo. Tosí mucho y me sentí mal, y los caballeros se rieron y me dieron instrucciones sobre cómo hacerlo para que resultara placentero. Poco a poco, fui aprendiendo, y entre aquel entretenimiento y los innumerables vasitos de yerbabuena que bebíamos, las horas transcurrieron rápidamente.

«Pese a que no bebíamos alcohol, yo me notaba cada vez más ebria. Primero lo achaqué al humo de los pebeteros y luego a la hierba que fumábamos, porque también mis compañeros hablaban y se reían cada vez con mayor desenvoltura, y el más joven se atrevió incluso a pasarme un brazo por los hombros y atraerme hacia su pecho. Yo le dejé hacer, porque estaba muy alegre y era incapaz de oponerme a nada, y también porque me gustaba. En aquel jardín mágico, con las estrellas naciendo en el cielo, los aromas y el arrullo de las palabras zalameras, me sentía muy feliz, lejos de las miserias del convento y de la opresión de mi familia... En realidad, nunca había disfrutado tanto. Miraba mis babuchas de seda y oro y, vagando por entre los vapores del kif, pensaba: "Soy una reina, una diosa de Oriente, y todos me adoran".

»No me extrañó que, ya entrada la noche y tras haber cenado con los dos hombres unas palomas con arroz y muchas frutas y dulces, el más joven me propusiera ir con él a su casa. No me llevó allí con engaños ni marrullerías sino que se limitó a decir, muy claramente y en presencia del otro:

»—Mira, muchacha, yo ya tengo cuatro esposas, todas ellas viejas, pues han cumplido los treinta años. Me han dado muchos hijos, se llevan bien entre ellas y somos felices. No puedo tomarte a ti por esposa, porque eso iría contra las leyes del

Profeta, pero lo que te voy a ofrecer es casi lo mismo.

Puedes ser mi concubina. Serás tratada en mi casa como una más de mis mujeres y no te faltará de nada. Eres muy bella y muy joven, y quiero tener un hijo con el pelo del color del sol y los ojos celestes como los tuyos. ¿Qué me contestas? »¿Qué podía contestarle? Estaba en un país extranjero, al parecer de infieles, sola y sin dinero... Pero no voy a justificarme, Bartolomé, a ti puedo decirte la verdad. Y la verdad es que le dije que sí porque aquel hombre me gustaba, y también porque me devoraba la curiosidad de vivir en una familia con cuatro esposas. Y porque él podía proporcionarme esa clase de lujo que de vez en cuando necesito, del mismo modo que de vez en cuando necesito la aventura y el peligro. ¡Y porque aquel kif producía un efecto tan dulce que cualquier proposición me hubiera parecido una invitación a entrar en el Paraíso!

«Sospecho que el mercader de telas se llevó una buena comisión por haber hecho tan eficazmente las presentaciones, pero eso es cosa que no me incumbe: cada cual debe recibir su justa compensación por los trabajos que se tome por el prójimo. En cuanto a mi amante (mejor fuera decir marido, porque en la casa yo era una más de sus mujeres), era hombre jovial y amable, muy apasionado, amigo de fiestas y jolgorios. Mimaba extraordinariamente a todas sus mujeres y chiquillos, nos adoraba a todos, y creo que era correspondido. Entre las mujeres reinaba una especie de relación fraternal; se pasaban la vida cotilleando entre ellas y abrumando de cuidados a los niños, sin hacer distinciones entre los de unas y otras.

»En aquella casa encontré a Pablo Jarava, en mala hora. Al llegar a este punto, Blanca se calló y frunció el ceño dolorosamente, como si el recuerdo de su marcha de allí con Jarava fuera una espina clavada en su corazón y removida ahora por los recuerdos. Lo que me había contado hasta entonces era tan extraordinario que no tuve más remedio que creerlo: no la veía capaz de inventar semejantes historias y, aunque se trataba de sucesos en gran parte inverosímiles, recordé los que yo había vivido en ocasiones y creí en ella, creí humildemente. Pero me interesaba saber de su boca cómo había sido la aventura de Yasmina y Jarava, y por qué razón había abandonado ella al mercader, puesto que lo que Jarava me contara en la venta sobre el intercambio de mujeres no casaba con lo que dejaba traslucir el relato que Blanca acababa de hacerme.

—Dime, Blanca —pregunté, como al azar—, ¿por qué te fuiste con Jarava, si eras tan feliz en aquella casa?

—Me arrebató el deseo de cambiar: no hay otra explicación. Llevaba mucho tiempo viviendo allí, conocía todas las costumbres de la casa y a todos sus habitantes hasta la saciedad, y estaba harta del lujo y de la placidez de aquella vida, cuyos días discurrían sin preocupaciones ni problemas, todos iguales entre sí. Me encontraba bien, tengo que reconocerlo, pero cuando encontré a Pablo, supe que mi vida no podía transcurrir para siempre en aquella jaula de oro, que lo que de verdad deseaba era volver a sentir la incertidumbre de la huida y del mal paso. Además, en aquellos ojos feroces creí adivinar algo que echaba de menos en el mercader: la fuerza de una voluntad dura y sombría, el amor al riesgo, la crueldad. Así que, una noche, metí en una cesta a mi fiel Yuna, que para entonces ya se llamaba Mimosa, como ahora, y me marché con Jarava dejando una carta muy dolida y sincera al mercader, a quien había llegado a amar profundamente y al que estaba muy agradecida por la paz y la felicidad que me había proporcionado al acogerme en su familia.

—¿Y Yasmina? —pregunté con cierto temor.

—Por lo que a mí respecta, Yasmina nunca existió... —dijo, mirando

sombriamente a lo lejos—. El resto ya lo sabes. Estuve trabajando con Pablo de acá para allá, como una zanguanga de carromato, con Mimosa y todo lo demás.

—Y ahora —dije—, creo entender que te vuelve el arretrato del sedentarismo y quieres abandonar por un tiempo la vida bohemia, ¿no es así?

—Es posible. No lo sé. Lo único seguro es que con Pablo no podía seguir. La crueldad que tanto me atrajo en un principio, resultó ser vulgar brutalidad, alimentada abundantemente con vino; el apasionamiento, obsesión celosa insoportable; el afán de aventuras, una maraña de mentiras y enredos.

Es verdad que le he querido, pero querer a una persona no consiste en atarse a ella para siempre.

—Sí, eso lo has probado de sobra —comenté, con alguna ironía.

—Sí —replicó ella—, y no me arrepiento. No te preocupes, Bartolomé, me portaré bien en tu casa y no os molestaré ni a ti ni a los tuyos. Seré amiga de tu novia y asistiré a vuestra boda, y cuando haya descansado, me iré.

—¿Adonde?

—No lo sé. A buscar a Adriana.

XIII

Nuestra llegada al pueblo fue cualquier cosa menos apoteósica. Era ya noche cerrada y las calles estaban desiertas; no obstante, como no deseaba encuentros prematuros —y menos pasar bajo las ventanas de Engracia en semejante compañía—, di un rodeo y alcancé mi casa por la parte trasera.

Vi luz en la habitación de mi padre, pero el resto de la casa estaba oscuro y ni siquiera los criados nos vieron llegar. Metí los animales en el establo y me encaminé con Blanca escaleras arriba, a saludar a mi padre. Iba con el corazón en un puño, pues todavía no sabía qué diablos le iba a contar sobre la presencia allí de la muchacha.

Cuando entré en la estancia, estaba leyendo. No hizo grandes aspavientos al verme, pero pareció alegrarse de mí regreso y me preguntó cómo habían ido mis asuntos en la ciudad. Le referí lo que me pareció, muy brevemente —y creo que no con absoluta coherencia—, y luego me dispuse a coger el toro por los cuernos. Blanca se había quedado en la antesala y podía oír todo lo que hablábamos.

—Padre, no he vuelto solo —comencé, con voz insegura—. En la ciudad encontré a una persona que me es muy querida y que me ayudó cuando estuve estudiando, pues serví en su casa y fui como de la familia. Ahora se halla en algunas dificultades y he pensado que ¿vos no os molestaría que se quedara aquí algún tiempo, reponiéndose de ciertos lances desagradables en que se ha visto envuelta.

—Claro, hijo —contestó mi padre amablemente, llevándose una mano al pecho—, dudar eso sería poner en tela de juicio la gratitud y hombría de bien de las que siempre ha hecho gala nuestra familia, y que siempre conservará aunque ahora se vea pobre y arruinada. ¿Dónde le has dejado? Hazle pasar inmediatamente, que será recibido como amigo y procuraremos proporcionarle una estancia grata entre nosotros.

—Padre, no es un hombre, sino una mujer. Se trata de Blanca de Valdaure, la hermana de mi señor Don Luis de Valdaure, al que servía en la Universidad. Su familia ha sufrido grandes reveses, muchos de sus miembros, entre ellos el propio Don Luis, han muerto, y ahora ella se encuentra desamparada. —Sonreí para mis adentros al pronunciar esta última palabra. ¡Blanca de Valdaure desamparada! ¡Blanca, que, como los gatos, siempre caía de pie!

—Bien, hijo, ¿qué importa que sea hombre o mujer? Yo garantizo el decoro y la honestidad de esta casa, y por otra parte tú estás a punto de casarte, así que no veo inconveniente en que viva bajo mi techo una doncella... porque, será joven, ¿verdad?

—Sí, padre. Es algo más joven que yo. Y muy inteligente. Os gustará, estoy seguro. Voy a llamarla.

Cuando Blanca apareció en el umbral con su polvoriento traje de viaje, el cabello algo desordenado y las mejillas arreboladas por los soles del camino, a mi padre le brillaron los ojos, y en ese momento recordé que siempre decía que le habría gustado tener, además de un hijo, una hija. Dadas mis relaciones con ella, sentí cierta vergüenza íntima al considerar que en aquel momento el viejo podía estar pensando que por fin había conseguido reunir en su casa a los dos hijos que soñara.

Blanca y mi padre se hicieron muy amigos, en parte porque él necesitaba ese algo indefinible que aporta a una casa la presencia de una mujer joven, y en parte porque la

extraordinaria versatilidad de Blanca para acomodarse a las situaciones más diversas la capacitaba para seducir al anciano. Además había entre ellos una afinidad misteriosa, cuya naturaleza no me resultaba clara, pero que se notaba flotar en las estancias, como una especie de secreción espiritual de dos seres unidos por algo mucho más sutil, y también más consistente, que el amor.

Desde su llegada a la casa, Blanca y yo nos relacionamos con toda la inocencia y limpieza que es posible imaginar. Ella —lo notaba yo claramente en mil detalles— había dejado de desearme por completo; yo, por respeto a mi padre y a Engracia, no me atrevía ni a imaginar una reanudación de nuestras relaciones.

Pese a ello, no fue posible impedir que el pueblo murmurara, desde el momento en que supo que yo había vuelto de la ciudad en compañía de una joven hermosa cuya identidad era un misterio. Estos rumores atormentaban a Engracia, aunque ella tenía confianza absoluta en mí y aceptó sin discusión ni comentario las escasas explicaciones que le di al respecto. Su mansedumbre habitual —que me parecía una resignación atávica que tenía más de defecto que de virtud— la hizo tomar las cosas como venían, y ni siquiera insinuó su evidente deseo de acelerar los preparativos de la boda. Aquella reacción, lejos de tranquilizarme y alegrarme, de provocó en mí una rabia sorda, y en el fondo, aunque no me lo confesara a mí mismo, comencé a presentir que nunca me casaría con una mujer cuyo carácter la hacía semejante a un animal doméstico.

Sé que era injusto sintiendo de ese modo, y también deseando en lo más profundo de mi corazón que mi prometida fuera no aquella excelente muchacha, sino la turbia Blanca de Valdaure, que vivía en un perpetuo engaño, pero a cuyo lado la vida se coloreaba como un cielo de tormenta al atardecer.

Las joyas que traje a Engracia de la ciudad hicieron nacer en mi prometida una alegría semejante a la que los juguetes, por modestos que sean, provocan en los niños pobres. Se pasaba horas mirándolas, decía que eran demasiado bonitas para ella y, cuando conseguí que se las pusiera —lo que hizo roja de contento y timidez—, ya no hubo forma de convencerla de que se las quitara. Lavaba la ropa en la fuente pública, iba a la huerta, limpiaba la casa, llevaba las vacas al abrevadero... todo con su aderezo, como una reina de cuento, como una dama de alcurnia jugando a pastorcita. Por las tardes se asomaba a la ventana a lucir su gargantilla de corales y sus zarcillos de plata, y las otras mozas, que se morían de envidia, murmuraban. Sé que decían que se los había regalado para hacerme perdonar el estar viviendo con otra mujer en mi propia casa.

El primer día que en la garganta de Engracia relució una gota de sangre como un rubí oscuro, me asusté, recordando el accidente de Blanca en la venta. Ella, inocente y sin perder su sonrisa un poco boba, se limpió con un pañuelito y dijo que algún insecto la había picado. Tras aquella gota brotaron otras, pero el fenómeno cesó pronto y me tranquilicé.

Pero a la tarde siguiente, cuando caminábamos cogidos de la mano por los huertos haciendo planes para la boda, advertí que estaba muy pálida, que sus mejillas habían perdido la lozanía que tenían habitualmente y que bajo su fina pelusilla no esplendía ya aquel color de melocotón que tanto me gustaba, sino una blancura de yeso. También sus labios habían perdido su aspecto jugoso. Nada de eso empañaba su belleza, que parecía, por el contrario, haberse acrecentado. Me sentí inquieto por ella, pero no dije nada por no asustarla.

LIBRO TERCERO

Los juegos de la muerte

I

Engracia se extenuaba a ojos vistas, ante la impotencia de todos por ayudarla. Nadie conocía la naturaleza de su mal, ni el cirujano del pueblo vecino, hombre de gran experiencia y considerable intuición, ni la curandera de Cobisa, ni la partera del lugar, que entendía bien las enfermedades de las mujeres; ni el cura párroco, que conocía los entresijos del espíritu de la muchacha. La abuela Gregoria, que tenía fama de bruja, pero a la que todos respetaban en el pueblo porque no hacía sino beneficios a quien necesitara de sus artes, dijo que Engracia padecía un extraño mal de ojo, y que algo cuya naturaleza no podía precisar le estaba chupando la vida.

Saber aquello era tanto como nada, porque todos nos dábamos cuenta de que, efectivamente, el mal que tuviera la estaba agotando, y de que la limpia fuente de sus energías se secaba como si una mano misteriosa estuviera tapando su caño. Yo relacionaba vagamente aquel fenómeno inexplicable con la gargantilla de corales, pero sé que si hubiera comunicado mis sospechas a cualquiera de las personas que acabo de mencionar —fuera tal vez de la abuela Gregoria—, me hubieran tomado por un orate. Los tiempos eran de superstición, pero no de bobería.

La materia de que estaba hecha mi prometida parecía ir disolviéndose en una especie de éter que no era de este mundo, quedando sólo aquí abajo un a modo de compendio de su persona. Sin embargo, a su ser actual no le faltaba nada: ni la estrecha frente marfileña, ni los ojos candorosos, ni el alto busto, ni el talle flexible, ni las redondas piernas de campesina. Pero todo ello parecía depurado, como si un dios artista se entretuviera en borrar por la noche cada uno de sus rasgos y en redibujarlo y colorearlo de nuevo, rectificando los antiguos errores cometidos en su creación, refinando cada detalle hasta llegar; a ese punto en el que todo pintor se impone a sí mismo dejar la obra como está, porque el menor añadido o retoque no hará sino empeorarla o robarle la perfección a la que, milagrosamente o a fuerza de trabajo e ingenio, la ha llevado. Sí en un mundo celeste había habido alguna vez un arquetipo de Engracia, del que la muchacha que nosotros conocíamos no fuera sino la sombra, creo que ese dios cruelmente juguetón había borrado tal sombra y puesto en su lugar en aquellos días el arquetipo mismo, con todo su esplendor pero también con su cualidad horrible de ente inhumano.

El espíritu de Engracia presentaba los mismos síntomas de aquella sublime degeneración que el cuerpo. Se refinaban en él la discreción, la benevolencia y la amabilidad, y comenzaban a aparecer cualidades nuevas o que antes estaban latentes en ella, y en las que nadie hasta entonces, ni siquiera yo, había reparado: una cierta ironía, una pasmosa facilidad para leer los pensamientos ajenos y un desinterés por las cosas que, aunque se esforzaba, no llegaba a disimular.

En suma, de la rozagante muchacha rústica, agradable pero insustancial, no quedaba nada. En su lugar veía yo una especie de princesa aquejada por un mal legendario, cansada de vivir en un mundo que no era el suyo y del que deseaba huir. Comenzó a ser presa de leves manías nunca vistas en ella, como la de vestir siempre de gris, renunciando a los abigarrados atavíos que entonces eran usuales entre las muchachas de su edad; la de peinarse de modo que quedaran bien a la vista los

zarcillos de plata de sus orejas y, sobre todo, la gargantilla de corales; la de pasar largas horas a la caída de la tarde asomada a su ventana, mirando a lo lejos y sin contestar a quienes le dirigían la palabra desde la calle. Aquella nueva costumbre era la más inquietante, porque verla allí, recortándose nítidamente contra la sombra de su cuarto, con su palidez transparente y sus joyas, era como contemplar un cuadro inalcanzable o el busto de una santa en una urna.

No volví a verla sangrar por debajo de la gargantilla, pero cuando el corazón de coral se deslizaba un poco, entreveía una especie de herida diminuta, que ella se tapaba con la mano riendo y que no me dejaba examinar. La joya parecía aumentar en belleza según se afinaba y se apagaba la vida de Engracia. El color de las cuentas había pasado de rojo claro al escarlata más intenso que había visto en objeto alguno, natural o coloreado por el hombre. En cuanto al corazón, su extraña hermosura no sólo suscitaba placer en quien lo contemplaba, sino que tenía la cualidad de obsesionar la mente hasta el punto de que, al apartar los ojos de él, uno creía seguir viéndolo por doquier; y se introducía en los sueños, agigantándose y latiendo de un modo ensordecedor, como si fuera el mismo corazón del Universo. Si la vista y la fantasía experimentaban con él tales aberraciones, no era menor la que sufría el tacto, que se veía tentado de forma incoercible a entrar en contacto con aquella materia pulida, lisa hasta la locura, que prometía a los dedos unas delicias que a la imaginación se la antojaban pecaminosas. Bajo la presión de un dedo, tan pronto parecía estar frío como caliente, y juro que una vez que lo toqué, latía. Se me replicará que la respiración de Engracia, al hacerlo subir y bajar, producía tal ilusión, pero no era así: el latido no seguía el ritmo de su respiración, sino que era completamente autónomo. Una noche, obsesionado por estos fenómenos, soñé que el corazón de mi prometida estaba siendo sustituido por el de coral, y que si alguien le arrancaba la gargantilla, moriría.

II

Un día hube de acompañar al notario de Cienfuentes a una noble casona de aquel término, distante de mi lugar un par de jornadas, para hacer el testamento del señor, que se hallaba en la agonía y quería modificar el que ya tenía hecho. Aquello no era nuevo: desde que me establecí de escribano, había acompañado al notario Espinosa no menos de tres veces a idéntica misión y destino. Las reformas de aquel testamento eran siempre ínfimas, y las presuntas agonías de aquel señor infinitas, de modo que nos conocíamos al dedillo el camino, y no sólo el camino, sino también nuestros aposentos, la comida que se nos serviría, el nombre de los perros que saldrían a nuestro encuentro, y los achaques y manías de los principales miembros de la casa, ninguno de los cuales se hallaba plenamente en sus cabales.

La señora salió a recibirnos hecha un mar de lágrimas y nos acompañó a ver a Don Facundo —que así se llamaba y se llama el señor de Cienfuentes, que todavía vive y agoniza, y que ha enterrado ya a nietos. No estaba mejor ni peor que otras veces. Cómodamente instalado en un sillón de terciopelo, y envuelto en mantas pese al calor que despedía el gran fuego que ardía en la chimenea, exhibía su acedía y su melancolía sempiternas como si se tratara de males exóticos que fueran a acabar con su vida de un momento a otro. El capellán de la casa, hombre apergaminado, raído y bilioso, suspiraba de impaciencia ante las chochees de su señor y las lamentaciones vacuas de su señora, y se refugiaba, cerca del fuego, en la lectura de un Salterio forrado de terciopelo morado, procurando mantenerse ajeno a lo que no fueran aquellas sublimes estrofas.

Cumplido nuestro cometido, que como siempre resultó muy llevadero —dado lo nimio de los cambios introducidos en el testamento anterior—, la señora quiso que la acompañásemos a la mesa, no permitiendo que yo, como tenía por costumbre en semejantes ocasiones, comiera con la servidumbre. La verdad es que, entre la memez de la señora, la amable pesadez del notario y el malhumor del clérigo doméstico, no me las prometía muy felices, aunque he de decir que la comida en aquella mansión era siempre excelente, lo cual compensaba la carencia en la mesa de placeres más finos. Doña Carmina nos advirtió que habría un invitado más, cuya compañía nos resultaría grata, ya que se trataba de una joven forastera, de gran belleza e ingenio, lejana parienta de su marido, que se hallaba de paso y les había honrado con su visita.

Cuando vi ante mí a Adriana —pues no era otra belleza anunciada— y besé su mano, creí morir de sorpresa y de emoción. Ella me hizo un guiño casi imperceptible, que contenía la promesa de vernos más tarde a solas.

Ya ni huellas quedaban de su antigua personalidad masculina; era ahora una deliciosa mujer de unos veintiocho años, espigada y juvenil, de aire resuelto y algo insolente, y voz ligeramente ronca. Sus cabellos rojos habían crecido extraordinariamente desde la última vez que la había visto, y los llevaba en parte recogidos sobre las sienes, y en parte sueltos por la espalda hasta más abajo de la cintura. Sus ojos de azabache eran los mismos de siempre, picaros y centelleantes bajo las cejas espesas y las tupidas pestañas. Vestía de negro de pies a cabeza, y de su cuerpo brotaban vaharadas de un perfume semejante al ámbar. Cuando bajé los ojos

hasta sus manos, ella sonrió: las llevaba enfundadas, como siempre, en guantes negros.

El capellán, que no había renunciado al disfrute de las bellezas de este mundo, se apresuró a sentarse junto a la hermosa y lo más lejos posible de doña Carmina, que no dejaba de secarse los ojos —más secos, por otra parte, que el corazón de una piedra— con un pañolito de encaje malva con aroma de violetas, y de suspirar mientras se servía grandes raciones de pavo. El notario tampoco perdía bocado, y yo, el comensal más humilde, le imitaba, bajo la mirada picara de Adriana, que fingía comer pero que lo único que hacía era beber grandes vasos de vino tinto, sin dar la menor muestra de que sus vapores alcanzaran su deliciosa cabeza.

Después de la comida, todos se retiraron a descansar, salvo yo, que anduve paseando por el árido jardín trasero de la casa, en el que unas estatuas roídas por la intemperie hacían juego con las plantas agostadas por las primeras heladas. El día era templado y se estaba bien al aire libre. Yo esperaba que Adriana se reuniera conmigo, mientras me entretenía en pensar que era precisamente ella la misteriosa amazona que Blanca y yo habíamos encontrado en la venta y que tan en secreto guardaba su identidad.

Me alegraba infinitamente haber vuelto a verla, pero una especie de pánico erizaba la piel de mi espalda cuando imaginaba mi vida enredada de nuevo en el hechizo de aquella rara criatura, cuyos secretos nunca pude descifrar y que tanto había significado en mi adolescencia. Blanca ya había complicado bastante mi existencia actual, y la enfermedad de Engracia todavía más. La irrupción en escena de Adriana era algo que podía hacer que aquel cúmulo de absurdos deviniera monstruoso, o bien que la madeja se desenredara y que yo comprendiera al fin si todo aquello tenía algún sentido, porque ella veía siempre más allá de las apariencias inmediatas y era la única persona en el mundo que podía explicarme ciertas cosas que no alcanzaba a entender.

No tuve que esperar mucho. Apareció, sombría y resplandeciente, bajo una glorieta, como un hada no del todo bondadosa pero por ello doblemente seductora. Riendo y diciéndome que no le hiciera demasiadas preguntas, me conduje al laberinto del jardín, que el descuido y el mal tiempo habían convertido en una espiral de incoherentes jirones de boj poco tupido, pero en cuyo centro había un cómodo asiento de piedra gris, que ocupamos. Adriana acercó su rostro al mío y me besó dulcemente en los labios, murmurando:

—¡Mí pequeño Bartolomé! ¡Mi buen amigo! ¡Mi eterno peregrino perplejo!

—Bien puedes decirlo: perplejo me tienes con tus misterios, tus idas y venidas, tus apariciones y desapariciones, tus cambios... Ya casi había perdido la esperanza de verte: me había resignado a pensar que eras una criatura de mi sueño; árida resignación, porque si tú no existieras, la vida se reduciría a una noria de pesadilla.

—Eso es justamente lo que es, conmigo o sin mí.

—¿Por qué no te diste a conocer en la venta, cuando coincidimos contigo? ¡Blanca de Valdaure te echa de menos tanto como yo! Los dos habríamos sido felices de estar contigo.

—No me mientes a Blanca mientras estemos juntos tú y yo, ni le digas que me has visto. Mi amistad con ella nada tiene que ver contigo, y no hay por qué mezclar, ni se puede, el agua con el aceite.

Dijo esto frunciendo el ceño como una diosa ofendida, y yo me arrepentí de mi indiscreción. Probablemente tenía razón: una amistad de tres puede ser una guerra, sobre todo si dos de esos tres son Adriana y Blanca de Valdaure.

—Ahora he venido —continuó— por ti, no por ella. En una ocasión tuve que enseñarte lo que era el amor; ahora debo enseñarte algo más importante; más difícil, también. Ella sólo es un instrumento, como un día lo fue su familia...

—¿Un instrumento para qué?

—Para forjar la brillante espada en que tú debes convertirte, Bartolomé. No intentes comprender antes de tiempo. Ahora ocurrirán cosas terribles en tu vida y con tu vida, pero yo estaré a tu lado. En las horas de dolor que te esperan, no me pidas alivio ni consuelo, porque el dolor debes beberlo como un remedio amargo que te fortalecerá. Si vieras lo que te espera al final del camino, ni el dolor te dolería; pero, puesto que la meta está todavía lejos, tienes que recorrer un sendero espinoso paso a paso, sin ver más que las piedras y los abrojos que hay ante tus pies.

—Dime sólo una cosa, Adriana: ¿es preciso, para que esas cosas se cumplan, que muera Engracia? ¿Es su enfermedad uno de esos abrojos?

—Ojalá pudiera morir como muere la gente. Lo suyo será más penoso, pero tiene que cumplirse.

—¿Y Blanca, qué papel juega en todo esto?

—Blanca juega su papel en el juego, en el suyo y en el tuyo, y en el que está más allá de todos nosotros. Nunca menosprecies su fuerza y su poder, porque cuando el campo de batalla quede sembrado de cadáveres y desierto, será con Blanca con quien tendrás que librar el gran combate: ella tiene ya un nombre infame y potentísimo en el Libro Negro. Ahora es apenas un pajarillo travieso, pero con el tiempo, y después de las tormentas, se convertirá en un buitre cuya sombra gris planeará sobre las almas, y nadie sino tú podrá verla.

—¿Qué pájaro seré yo en ese cielo de espanto que me pintas?

—Tú serás un águila, porque no temerás mirar al sol.

—¿Y tú?

—Yo para entonces estaré en un mundo sin pájaros, y presenciare vuestras luchas.

Un trueno lejano me hizo despertar, como de un sueño, de aquella conversación sin sentido. Y miré a Adriana extrañado, como si fuera una desconocida para mí, como si no estuviera dispuesto a compartir su juego o su locura. Pero en el fondo de mi corazón sabía que, estando ella cerca, lo que se avecinaba —fuera lo que fuese— sería real, doloroso y espléndido, como el nacimiento y la muerte, como el amor.

El mal tiempo que se desencadenó aquella tarde repentinamente hizo que el notario y yo tuviéramos que pernoctar en la casa del señor de Cienfuentes. La invitación de la señora a quedarnos me procuró una esperanza loca: la de que Adriana viniera a mí y me amara, como había hecho en otra ocasión ya muy lejana. Pero nada de lo que yo añoraba se repetía. Lo que se había iniciado no era un juego de espejos de la nostalgia, sino algo más complicado.

III

Cuando volví de mi breve viaje, Blanca notó algún cambio en mi humor o en mi rostro, y creo que adivinó que me había sucedido algo importante. Obedeciendo las órdenes de Adriana, no le dije que me había encontrado con ella, pero creo que lo adivinó, porque estar con Adriana imprimía una especie de cualidad radiante, imposible de ocultar.

En aquella temporada, mi padre y Blanca estaban tan unidos como un par de conspiradores, de amantes o de hermanos gemelos. Tal vez lo que más me sorprendía de su compenetración era precisamente que no fueran ninguna de las tres cosas. Cuchicheaban por los rincones, se encerraban en el estudio de mi padre —del que volvieron a brotar por entonces rayos y centellas—, paseaban de noche por el jardín, y a veces realizaban excursiones nocturnas, de las que volvían agotados y cubiertos de barro, pese a que siempre se llevaban los caballos.

Yo, en principio, me alegraba de que aquella amistad hubiera cuajado de modo tan óptimo, tanto por mi padre, al que por primera vez desde mi vuelta a casa veía activo y casi feliz, como por la misma Blanca, que no planteaba —como yo me había temido— el menor problema con su presencia entre nosotros, sino todo lo contrario. Pero he de reconocer que también sentía algo semejante a los celos, y por partida doble: porque mi padre me quitaba a mi amante, y porque mi amante me robaba la poca atención que hasta entonces mi padre me había dispensado. Ninguno de los dos hacía el menor caso de mí.

Mientras tanto, Engracia empeoraba, y una mañana no apareció en su lecho. Su familia la buscó sin resultado por toda la casa y por los campos. Sus hermanos se presentaron muy airados en la mía, sospechando que habíamos huido durante la noche. Mi presencia, mi aspecto soñoliento, mi espanto al saber su desaparición y el hecho de que todos los caballos y las mulas estuvieran en el establo, les disuadieron. Yo me sumé, naturalmente, a la búsqueda, en la que no tardó en participar el pueblo entero. Dado el mal estado de salud y la fragilidad que aquejaban a la muchacha en los últimos tiempos, todos temíamos que hubiera sufrido un desvanecimiento en algún lugar apartado, del que no pudiera regresar; o que se hubiera caído a un pozo o por un barranco. Exploramos todos los alrededores, los bosquecillos, los huertos, registramos los pajares y hasta vaciamos las albercas, pero no aparecía por parte alguna.

Al atardecer, nos dispersamos en pequeños grupos y dimos una batida minuciosa, con todos los perros disponibles. Yo fui con uno de sus hermanos, llevando dos perros de olfato extraordinario. Anduvimos vagando por la orilla del río, llamándola a grandes voces.

El cielo se estaba poniendo ya de color del azafrán cuando los perros comenzaron a inquietarse, hasta que echaron a correr; les seguimos y desembocamos en un lugar encantador, en el que ninguno de los dos había estado antes. Era un remanso medio oculto por una extraña vegetación muy tupida, cuajada de flores blancas que parecían estrellas. Allí estaba ella, flotando en el agua transparente entre las flores caídas de los matorrales, con los cabellos rubios semejantes a algas de plata. Su palidez era tal que su rostro parecía hecho de la misma materia de aquellos pétalos cándidos. Tenía los ojos

cerrados y sus labios esbozaban una ligera sonrisa, como si se hallara en una región cuya amenidad nosotros no podíamos ni imaginar.

De sus orejas pendían los zarcillos, brillando tenuemente bajo el agua. Pero en el cuello no estaba la gargantilla, y, en el lugar en que debiera haber reposado el corazón de coral, había una herida horrible, hinchada, de labios azulados, como si la piel hubiera sido succionada por una boca monstruosa.

Su hermano y yo caíamos de rodillas, contemplando en silencio aquella visión, que tenía más de celeste que de terrena. El oro de la tarde que se filtraba entre las hojas y los tallos de las plantas confería al cuadro un delicado barniz de tiempo y lo alejaba de nosotros. Los perros, ajenos a la belleza pero no al dolor, gemían lúgubrementemente.

IV

La muerte de Engracia causó en el lugar la consternación que es de suponer. Sus padres parecían haber perdido el juicio. Yo también, porque en los últimos tiempos, conforme ella se iba alejando de la vida y penetraba en regiones más altas y desconocidas, mi tibio afecto se había ido convirtiendo en una suerte de pasión mística, muy parecida —y tal vez superior— al amor humano.

En cuanto a las causas de su muerte, las especulaciones fueron infinitas. Hubo quien apuntó la posibilidad de que la hubieran matado para robarle la gargantilla, y, siendo una idea lanzada casi al azar, resultó en parte cierta. Pero de momento nada podía decirse con seguridad porque la herida de su cuello no era lo suficientemente profunda como para haberle producido por sí sola la muerte, y además todos sabían que estaba muy enferma, aunque se ignoraba qué clase de mal padecía.

Las mujeres la amortajaron, la vistieron con un hábito de novicia y pusieron en su cabeza una pequeña corona de violetas frescas. Todos estábamos admirados, porque la Muerte parecía haberse complacido en aumentar los encantos que ya su sombra había hecho brotar en aquel cuerpo y en aquel rostro, que ahora parecía el de un ángel.

En medio del dolor general, la actitud de mi padre y de Blanca me resultaba enigmática. No es que no sintieran la muerte de la muchacha —al menos, del pesar de mi padre estoy seguro—, pero parecían asustados y al mismo tiempo aliviados; se miraban frecuentemente con aire de complicidad, espiaban el rostro de la difunta, se santiguaban una y otra vez. Y yo, que les conocía bien, sabía que estaban inquietos, aunque la razón de su temor —o lo que fuera que les aquejaba—, se me escapaba por completo.

El día del entierro amaneció radiante, de precoz primavera. Por primera vez se notaba en el aire ese perfume tibio e indefinible que anuncia la resurrección de las plantas y el despertar de los animales, del amor y de los juegos de la Naturaleza. Algunos almendros se habían cubierto de un encaje blanco y rosado de flores prematuras, únicamente —al parecer— para acompañar a Engracia a la tumba, pues al día siguiente una helada las quemó. El contraste entre la alegría dorada y joven de las cosas y nuestro dolor, hacía que una y otro fueran más intensos y que sus cualidades se confundieran, provocando un sentimiento que tenía más de pagano que de cristiano. No parecía sino que la vida que había abandonado a Engracia se hubiera expandido por el aire como un perfume que a todos era dado aspirar, y el hecho de que pudiéramos incorporarnos aquel aire tibio y perfumado parecía —al menos, a mí— un acto de canibalismo espiritual, una comunión sacrílega, pero también infinitamente amable.

El ataúd fue depositado en el panteón familiar —el único del pueblo, aparte del de los señores del lugar y del de mí propia familia. Cuando contemplé por última vez aquel rostro adorable, aureolado de violetas, pensé:

—Ojalá descanses en paz, querida mía. Ojalá no tengas que danzar en el círculo que va a comenzar a estrecharme. Ojalá que Adriana se haya olvidado de tu existencia y tu muerte sea un sueño sin pesadillas.

Pero sabía oscuramente que aquello no era sino la formulación de un temor.

Había muchos detalles en la muerte de Engracia que me hacían pensar en uno de los juegos brillantes y crueles en los que de vez en cuando me veía envuelto por no sé qué hados ni con qué intenciones.

La muerte de la inocente me reveló muchas cosas sobre mí mismo. En primer lugar, que me había refugiado en mi pueblo y en la rutina huyendo sin darme cuenta de aquellos destinos agobiantes que había intuido en mi etapa en la Universidad; y además, que la huida había sido inútil, lo cual ya debía haber previsto desde un principio, porque no puede escaparse del Destino, como muy bien sé yo, que he visto el Libro Negro y a uno de los entes que lo manejan. Tras una etapa de falsa calma, que había comenzado a resultarme insoportable —como algo artificial incrustado en mi vida—, se habían desatado de nuevo las fuerzas que me zarandeaban como un huracán a un árbol tierno. No obstante, si era sincero conmigo mismo, debía convenir en que aquello, aunque doloroso, era mi razón de ser, y que no había nada en el mundo que pudiera compararse en esplendor a la proximidad y los juegos de Adrián. Mejor dicho, de Adriana, pues mi amigo había dejado paso definitivamente a su naturaleza femenina y ahora era una mujer magnífica que nada tenía de ambiguo, a no ser aquella sonrisa un tanto altiva y aquel aire de seguridad y de dominio que cualquier reina le hubiera envidiado.

Al día siguiente del entierro de Engracia, el tiempo cambió súbitamente. Una oleada gélida se abatió sobre la llanura, trayendo consigo tormentas que duraban poco tiempo, pero que eran terribles. Por la noche se desencadenó una espantosa, cuyos truenos hacían retemblar todas las vidrieras emplomadas de la casa. La cena, al son de aquella música del infierno y recién enterrada Engracia, resultó lúgubre, a pesar de que mi padre se esforzó cuanto pudo por elevar el ánimo. Blanca, afectada por la tormenta y por algo más que yo desconocía, me miraba y hablaba con ternura, como una hermana. Pero ninguno de los dos era capaz de hacer penetrar en mi corazón, sofocado por los vapores sombríos de la melancolía, un soplo de aire fresco.

Aquella noche los perros aullaban como si hubiera un muerto en la casa.

Me acosté pronto y me llevé un libro a la cama, porque sabía que tardaría mucho en lograr conciliar el sueño. No obstante, quedé dormido apenas me hube metido entre las mantas, sin cuidarme siquiera de apagar la lamparilla de aceite. Dormí profundamente, sin sueños y sin que los truenos me molestaran, hasta que una voz dulce y demasiado conocida me susurró:

—Despierta, querido mío, y mira si puedes ayudar a tu pobre novia muerta.

Me senté en la cama espantado. Ante mí, en pie, perfectamente visible a la luz dorada de la lamparita, estaba Engracia, más pálida que el lino de sus hábitos, con las ojeras del mismo color que las violetas marchitas que adornaban sus cabellos, la herida del cuello espantosamente ennegrecida y las manos arrugadas. Exhalaba un ligero olor a flores muertas, cieno, humo y corrupción, y ya no parecía un ángel dormido, sino una Empusa del Averno, a pesar de que conservaba su belleza y que se esforzaba por dar a su voz un tono cariñoso. Yo le pregunté despavorido:

—¿Qué puedo hacer por ti? ¿Por qué no descansas?

—No descansaré, Bartolomé, hasta haber recuperado lo que es mío; lo que tú, para bien o para mal, me trajiste. Si no me lo hubieran arrebatado, todavía estaría viva.

—¿Qué es, Engracia? ¿La gargantilla? ¡Maldita sea la hora en que le puse la vista encima!

—Sí, sea maldita. Pero la culpa no fue tuya, sino mía. Yo te la pedí. También te

pedí, y eso no me lo cumpliste, que no trajeras nada más contigo. Y trajiste a la serpiente.

—¿Hubiera ido todo mejor si sólo hubiera traído las joyas?

—No lo sé. Creo que ni siquiera así... No sé. Estoy tan confusa, querido... tan desamparada.

Se llevó las manos amarillentas al rostro y se tapó aquellos ojos terribles, que brillaban en la penumbra como carbones. Sollozó sin lágrimas, roncamente, expresando un dolor que estaba más allá de mi comprensión, pero no de mi sentimiento: porque sentí la cualidad de aquel dolor áspero y seco, que me hizo estremecer hasta la médula. Y pensé que si la muerte es un estado tan espantoso, es preferible aferrarse a la vida y retrasar hasta el límite el momento de caer en semejantes abismos, poblados por Dios sabe qué fantasmas y creadores de necesidades inconcebibles para los vivos.

—Te ayudaré en todo lo que pueda, amor mío —le dije, de todo corazón—: Dime qué puedo hacer para aliviar tus dolores.

—Necesito mi gargantilla, Bartolomé. Al precio que sea.

—¿Cómo la perdiste? ¿Sabes dónde está?

—Sí supiera dónde está, iría a por ella, aunque fuera al fondo de los infiernos. Me la quitó la bruja de la serpiente. Ella sabrá.

—¿Blanca?

—Blanca, sí. Nunca conocí nombre peor puesto. Esa Blanca me quitó mi joya, y con ella la vida que yo estaba viviendo desde que tú regresaste de tu último viaje. Ella me quitó mi dolor y mi delicia, pero también esa vida. ¡Esa vida...!

—¿De qué vida hablas, Engracia? ¿Por qué insinúas que era una vida diferente?

—Porque lo era. Tú lo notabas en mi piel y en mis ojos. Era otra vida, y yo hubiera seguido así, cada vez más hermosa, cada vez más limpia, aun con la herida, si hubiera conservado los corales.

—¿Qué tenían esos corales? ¿Qué eran, en realidad?

—¡Por Dios, Bartolomé, no me atormentes más con tus preguntas! He venido a pedirte, a suplicar, que los busques y me los devuelvas, y que lo hagas lo antes posible. ¿No ves qué aspecto tengo? No estoy viva ni muerta, pero a cada hora que pasa noto mi corrupción, huelo mi podredumbre... ¡Tú no sabes lo que es esto! Adiós, Mañana volveré.

Un relámpago llenó de luz malva la estancia, sonó un trueno espantoso y Engracia desapareció.

V

No esperé al día siguiente para dirigirme como un loco a las habitaciones de Blanca a pedirle explicaciones sobre la gargantilla. No se hallaba en ellas. Tampoco encontré a mi padre en las suyas, y entonces supuse que ambos andarían enfrascados en alguno de sus experimentos infernales en el sótano, al que me encaminé sin perder un momento.

Allí estaban, absortos en sus ocupaciones habituales por aquel entonces, que no eran otras que mezclar líquidos, calentar metales y leer gruesos libros semejantes a los que tenía en su estudio Don Gaspar de Valdaure.

Mi irrupción en camisa y con el rostro desencajado, les dejó de una pieza. Por una de esas ironías del habla, mi padre me preguntó:

—¿Qué te pasa, hijo? ¡Parece como si acabaras de ver a un muerto!

Me acometió un ataque de risa dolorosa, como la de un orate que está siendo azotado. Luego, me dejé caer en una silla y, con el rostro cubierto con las manos, traté de serenarme.

—Quiero —acerté a decir finalmente, con voz insegura— hablar a solas con Blanca, padre, si es posible.

—A estas horas —contestó— deberías estar durmiendo, y *no* viniendo aquí a perturbar nuestro trabajo. Pero, si tanta prisa te corre, id a hablar a otra parte, que yo tengo cosas que hacer. Y no la entretengas demasiado, que la necesito.

Acudió a mi mente un montón de improperios, pero respetaba demasiado a mi padre para desahogarme gritándoselos —porque los hubiera gritado hasta desgañotarme—, así que me limité a decir a Blanca que la esperaba en la biblioteca, que estaba justamente encima de aquella cámara tenebrosa.

Acudió enseguida, pálida y preocupada: creo que ya tenía una ligera idea de lo que se le venía encima. Sin preámbulos ni rodeos, le pregunté qué había hecho con la gargantilla. Eso intensificó su palidez, pero no le hizo perder el aplomo que siempre conservaba en las situaciones verdaderamente comprometidas.

—Está —dijo con cierta insolencia— a buen recaudo. No te preocupes por ella. Será devuelta al lugar de donde vino. En eso estamos trabajando tu padre y yo.

—¿Así que mi padre está metido también en este asunto? ¿Robando gargantillas a las muchachas muertas?

—¿Y tú cómo sabes...? ¿Con quién diablos has hablado de esto?

—¿Tú qué crees? Esto no es un juego de niños, Blanca. Blanca perdió la serenidad cuando se dio cuenta exacta de lo que yo le estaba insinuando. Con voz temblorosa y terrible exclamó:

—¡Dejemos a los muertos pudrirse en paz en sus tumbas: es la única manera de que no hagan daño a nadie! ¡Lo muerto debe quedar muerto!

—Yo estoy de acuerdo con eso: los muertos deben estar muertos. ¡Pero Engracia no está muerta, no del todo, al menos! Escucha, Blanca, escucha, por Dios...

Se tapó los oídos, gritando que no quería escucharme. Me acerqué a ella, le separé las manos de la cabeza y grité a mi vez:

—¡Tienes que oír lo que quiero decirte! Hace un momento, Engracia estuvo en mi

alcoba, muerta y viva al mismo tiempo, con un aspecto terrible, reclamando su gargantilla, sin la cual no puede tener paz. Mañana volverá a por ella, y presiento que si yo no puedo devolvérsela, te la reclamará a ti, porque sabe muy bien quién se la arrebató. ¡Quiero que me la des, y también que me expliques qué misterio grotesco hay detrás de todo esto y qué papel juega en ello mi padre!

VI

En ese momento, mientras gritábamos y forcejeábamos, entró mi padre en la estancia y reclamó silencio. Luego dijo que él me lo explicaría todo y mandó a Blanca a sus habitaciones. Ella salió de allí a toda prisa, sollozando de un modo histérico.

Cuando mi padre creía hallarse en posesión de la verdad en cualquier asunto, asumía el papel —y hasta el aspecto— de Jehová: imponente, omnisciente y dispuesto a imponer sus ideas a toda costa. Fue ése precisamente uno de los rasgos de su carácter que me habían distanciado de él, porque yo, eterno inseguro, no concibo que un ser humano se crea dueño absoluto de la clave de algo, por nimio que sea. En aquel momento, viéndole en uno de sus raptos de total seguridad en lo que iba a decirme, y sabiendo de antemano que me trataría como a un niño que se obstina en no comprender lo evidente, me senté, dispuesto a sobrellevar con paciencia el discurso que se avecinaba.

—No confío en que vayas a entender —comenzó, como yo me temía— lo que voy a decirte, hijo, pero tanto si es así como si no, debes confiar en mí, porque mi experiencia es mayor que la tuya y también mis conocimientos. Así que escucha con atención y procura no interrumpirme hasta el final.

«Sé que no te movió malicia ninguna al traer a este lugar la joya que regalaste a Engracia, y que además fue ella misma quien te la pidió. Cierto que algo extraño debiste notar cuando, por el camino, permitiste a Blanca que se la probara y viste sangrar su garganta; pero tu ignorancia te impidió reparar en la gravedad del asunto.

»Ojalá me estuviese permitido revelártelo todo en relación con esos corales, pero no es así. No puedo decirte sino que no son de materia natural ni trabajados por mano humana, y que la sustancia que los compone no es mineral, porque no es inerte ni carece de vida como el resto de las piedras. Esta joya tiene un poder demoníaco que la hace capaz de absorber sangre humana para poder subsistir, porque el espíritu que habita en ella se alimenta de sangre y, si está mucho tiempo sin bebería, corre el peligro de extinguirse. Pero eso no es todo. Cuando la joya ha agotado la sangre de una persona, toma posesión de su cuerpo —que realmente ha muerto, aunque no lo parezca— y la convierte en un ser que ya no es humano, en un ente sediento de sangre a su vez, que vive una vida ficticia y que acaba transmitiendo su mal a otros.

«Cuando regresaste del viaje a Cienfuentes, el estado de Engracia era ya irreversible. En realidad estaba muerta, aunque ella no lo sabía: no lo sabíamos más que yo y Blanca, porque yo se lo dije. A tu vuelta, tú encontraste a tu prometida muy cambiada, naturalmente: ya no era ella, sino una cáscara vacía, habitada por el espíritu de la joya. Su aspecto y su comportamiento resultaban encantadores, pero su esplendor físico y espiritual no eran más que una trampa para atraparte y comenzar a apoderarse de ti, del mismo modo que se había apoderado de Engracia. Y eso, porque su estancia en cada uno de los cuerpos de los que se apodera es efímera, ya que los agota rápidamente. Al cabo de poco tiempo de haberte infectado a ti, hubiera emigrado a tu cuerpo, dejando a Engracia convertida en un vampiro sin alma, en una muerta viviente chupadora de sangre. De sangre de niño, puesto que era doncella. Las vírgenes acometidas por estos males, hijo mío, convierten su frustración maternal en

un deseo irresistible de apoderarse de los hijos de las demás mujeres, y su peculiar amor por ellos se manifiesta de forma depravada: les sorben la sangre o los devoran.

»La única manera de salvar a Engracia de ese calvario (en el que la muerte se hubiera convertido para ella en una falsa vida espantosa) era arrebatarle la joya y separar así su cuerpo del espíritu maligno que lo ocupaba. De este modo, su muerte sería total, pero natural: una muerte humana, el gran descanso. Blanca tuvo que luchar con ella para arrebatarle la gargantilla, porque para entonces Engracia era ya una fiera casi invencible. Sólo pudo conseguirlo con mi ayuda, porque yo sé de qué manera hay que actuar para inmovilizar al espíritu maligno, y cómo ha de desarrollarse el combate espiritual. Nos costó un trabajo ímprobo, puedes creerme, pero cuando la joya estuvo en nuestras manos, nos dimos cuenta de que nuestro sufrimiento había valido la pena, porque Engracia cayó al río, muerta pero serena, con una expresión de gran placidez en el rostro. Creíamos que lo mejor era no decir a nadie lo que había ocurrido, porque pensamos que el cadáver no tardaría en ser hallado.

»No nos figurábamos que Engracia estuviera ya tan afectada por su mal que fuera capaz de salir de su tumba a reclamar el talismán que le dotaba de vida ficticia. Pero sé que eso durará poco. El cadáver se corromperá, y con él desaparecerá la escasa fuerza que todavía le queda. Creo que lo mejor sería quemarlo inmediatamente, para mayor seguridad, pero eso es muy arriesgado: nos exponemos a ser quemados nosotros por brujos.

»Eso es todo, hijo mío: así de sencillo y así de brutal. Me hago cargo de tu dolor. Hazte cargo tú, por tu parte, de la gravedad de este asunto y de las consecuencias que traería devolver a Engracia la joya, cosa imposible, además, porque ha sido destruida.

Aquello último no lo creí. Mi padre no sabía mentir, y noté que le costaba un gran esfuerzo decirlo sin enrojecer. Por otra parte, Blanca había dicho que la joya estaba a buen recaudo, no que ya no existiera.

Tampoco creí completamente el resto de aquella historia absurda, que juzgué inventada por la sensibilidad de mi padre y por la imaginación perversa de Blanca, que le seguía la corriente y estimulaba su imaginación porque había hallado en él al compañero más interesante de toda su vida.

Mi versión de lo sucedido era otra, mucho más sencilla: Engracia había enfermado, tal vez a causa de aquella extraña herida en el cuello, y había muerto. Alguien, probablemente Blanca, había dado con el cadáver antes que nosotros y le había arrebatado la joya, de la que estaba prendada desde hacía tiempo, Engatusó a mi padre con cualquier historia inverosímil, para cuya construcción era muy hábil, como yo había tenido ocasión de comprobar durante nuestro viaje, e hizo que la mente del viejo, ya de por sí dada a lo extravagante, trenzara aquella patraña con su concurso.

Lo evidentemente real era la visita que me hizo Engracia para reclamarme la joya. Pero incluso comencé a dudar de mí mismo, y acabé convenciéndome de que todo había sido un sueño. El tiempo no tardó en quitarme la razón, como casi siempre ocurre cuando trato de poner orden en las cosas que se rigen por un orden que no es el mío.

VII

A la noche siguiente no hubo tormenta, pero sí un vendaval que hacía crujir lúgubrementemente las maderas de la vieja casona y ladrar asustados a los perros. Terriblemente disgustado con mi padre y con Blanca por los incidentes del día anterior, no acudí al comedor a cenar con ellos, sino que me acerqué al pueblo a comer algo en la taberna de la Pura, un lugar modesto y limpio en el que uno podía hartarse de buena comida por poco dinero, y además disfrutar de las ocurrencias y chismorreos de la patrona, una guapa viuda de rompe y rasga, hermosa como una yegua, deslenguada y simpática, que trataba a su curtida clientela de campesinos como si fueran chiquillos. Alquilaba habitaciones del piso alto a los pocos forasteros que iban a parar al pueblo por asuntos de trata de ganado.

Cuando me vio entrar, se llevó las manos regordetas al pelo renegrido y lustroso, como para atusárselo, y me hizo una seña. Al acercarme a ella, me dijo en un susurro:

—Llegáis que ni pintado, señor Bartolomé, ni que os hubiera avisado el mismísimo demonio. Hay aquí arriba una señora forastera que desea hablar con vos y que lleva esperando una hora. Ya le he dicho que enviaría a alguien a la casona, pero ha contestado que no, que aguardaría y que sabía que vuesamerced acudiría. Está en el cuarto de la derecha, el de la chimenea. No ha querido decirme su nombre.

—No te preocupes, Pura, creo que sé quien es. Por favor, súbeme algo de cena. Vengo muerto de hambre.

Subí al piso de los cuartos de alquiler y encontré a Adriana, bella como una pintura, con la cabeza cubierta por un gran sombrero con una pluma morada, vestida de negro, como era habitual en ella, con un ramito de violetas en el pecho que me recordaron las del tocado fúnebre de Engracia. Se levantó del sillón en que estaba sentada junto al fuego y me dio un beso en la mejilla, envolviéndome en su raro perfume.

—Vienes —le dije— como enviada por la Providencia.

—A lo mejor es así —replicó, sonriendo con picardía— ¿Qué ocurre?

—Tú debes saberlo, porque no vas a hacerme creer que estás aquí por casualidad. Engracia ha muerto. Según mi padre y Blanca, se ha convertido en una especie de ogresa y se dedicará a comer niños si, como exige, se le devuelve cierta joya que, al parecer, te ha pertenecido a ti anteriormente...

—¿Y tú crees esa historia?

—Ni una palabra, y espero que tú me ilumines sobre ella, puesto que conoces la joya en cuestión, según dicen Blanca y el platero que me la vendió, un tal Samuel Cohen.

—Sí, sé lo bastante de esa joya como para recomendarte prudencia. Sería preferible que no trataras de recuperarla, y sobre todo que no se la devolvieras a Engracia, pero...

—Escucha —le interrumpí—, no trató de recuperarla ni de devolvérsela a nadie. No creo en esa historia, ni creo en las apariciones nocturnas de Engracia. Lo que quiero es que me expliques qué tiene de particular la gargantilla, y si hay algo que justifique todo este revuelo, estas fantasías y estas locuras.

—Sí, hay algo que justifica todo esto. Y, lo creas o no, la historia que habrás oído a tu padre o a Blanca es cierta. Engracia fue vampirizada por la gargantilla y se convertirá en un monstruo sanguinario si consigue recuperarla.

—¿Y por qué Engracia? ¿Por qué dispusiste las cosas para que fuera a parar a ella? ¿Por qué utilizaste a Cohen?

—A todo no puedo contestar, pero te diré algo: conviene que, antes de pasar a una vida más compleja que ésta en la que te mueves ahora, conozcas los peligros que van a acecharte en ella. Yo voy mostrándotelos lo mejor que puedo, y tú asimilas a tu vez lo que puedes de lo que yo te muestro. Los seres como Engracia son muy numerosos, y constituyen un terrible peligro para quienes somos como yo y como serás tú. Debes conocerlos para saber cómo defenderte de ellos, y las cosas se han dispuesto de modo que tengas una ocasión cuanto antes. Tal vez esto suene cruel, porque no parece sino que nos hemos servido de Engracia para hacerte una demostración de ciertas cosas. En definitiva, así es. Pero a ella se le recompensará de algún modo en su momento, y a ti, cuando sea tiempo, no te pesará haber tenido esta experiencia.

En aquel momento, Adriana me pareció odiosa, tan odiosa como mi padre. ¿Qué intentaban demostrarme con aquellos trucos? ¿Y a qué se refería con aquellas insinuaciones sobre la vida más plena que me esperaba? Todo me sonaba extraño, incluso siniestro. Tenía la sensación de estar cayendo en manos de una secta de maniacos peligrosos, cuyo Gran Maestre era Adriana y cuyos adeptos, repartidos por doquier, me acechaban y me tendían trampas. En aquella época no podía comprender cuáles eran las auténticas dimensiones de todo aquel entramado.

Dejé intacta la succulenta cena que me subió Pura, pero bebí mucho, y Adriana me acompañó en mis libaciones de aquel excelente vino negro y espeso. Cuando ya sus efectos comenzaban a hacerse sentir en mi cabeza, pregunté:

—Bien, después de todo, querida, dado el estado de las cosas, ¿qué es lo que conviene y es sensato hacer?

—Lo conveniente no siempre es lo sensato. Interesa devolverle la gargantilla a Engracia cuanto antes.

—¡Aja! —exclamé, creyéndome más ebrio de lo que en realidad estaba—. Veamos si lo entiendo bien: se le devuelve la joya a la muerta, a fin de que la muerta recupere sus fuerzas y devore a cuantos niños pueda... ¿He entendido bien tu plan?

—Sí, lo has entendido muy bien, aunque no comprendes más que el principio. Bartolomé, sólo si ves las cosas con tus propios ojos te darás cuenta de quién tiene la razón aquí y de cuáles serán en el futuro tus enemigos. Lo verdaderamente sensato es lo que propone tu padre: quemar el cadáver de Engracia o dejarlo corromperse; sin la joya, ella no es más que una muerta.

—Una muerta que se aparece por las noches a reclamar lo suyo —repliqué con aspereza.

—En efecto. Pero te repito que en este caso se hará lo insensato, porque así debe ser.

Me despedí de ella muy borracho, dolorido y airado. El viento, que seguía aullando, intensificó lo sombrío de mi estado de ánimo hasta la exasperación. Adriana me ayudó a montar en mi caballo; ella montó ágilmente su yegua negra y partió como un rayo en dirección contraria. Yo me encaminé a la casona, deseando como un loco tumbarme en la cama y descansar —o, tal vez, incluso morir.

Sin embargo, aunque me hallaba agotado y algo adormilado por el vino, no pude

dormirme profundamente y estuve largo rato dando vueltas, inquieto. En aquel ingrato estado, temí que la visión de la noche anterior se repitiera, de modo que procuraba no dar rienda suelta a mi imaginación, sino pensar en las banales tareas que debía realizar al día siguiente en la escribanía. Pero de nada me sirvió aquella trabajosa protección. Aproximadamente a la misma hora que el día anterior, Engracia apareció ante mi cama, esta vez precedida por un olor nauseabundo. Su aspecto era semejante al de la otra vez, salvo que sus cabellos se hallaban más enmarañados, y unas manchas oscuras comenzaban a extenderse por sus mejillas y por sus manos. A la luz de la lamparilla no pude ver mucho más. Sin embargo, más que el deterioro físico, lo que diferenciaba su aparición de la anterior era una especie de envilecimiento general, un avance de la corrupción que no era sólo la de la carne, sino que estaba afectando a lo más íntimo de su ser —no me atrevo a escribir de su espíritu, porque ignoro si tenía espíritu o alma en el estado en que se encontraba. Cuando me habló, su voz sonó muy ronca y algo gangosa, como emitida por una boca y una garganta no del todo sólidas. La expresión de su rostro era una mezcla terrible de horror, cólera, hastío y deseos de mostrarse amable conmigo.

Cuando le dije que no había podido dar con la gargantilla, pareció venirse abajo. Sufría tanto que le juré por mi vida conseguírsela aquella misma noche por cualquier medio. Contestó que, aunque la hallara aquella noche, no podría devolvérsela, porque su plazo para estar fuera de la tumba había expirado y debía volver al cementerio.

—Mañana —añadió—, recuérdalo bien, volveré. Es mi última oportunidad. Si me amas todavía un poco, no me decepciones otra vez. Y si no me amas, consíguela de todas formas; porque, si no lo haces, te mataré con mis propias manos y te arrastraré a mi infierno.

Dijo aquello con voz espantosa y desapareció.

VIII

No sirvió de nada rogar y amenazar a mi padre y a Blanca para conseguir que me dijeran dónde diablos habían escondido la joya. Pero, de algún modo, inspirado tal vez por Adrián, lo adiviné cuando ya desesperaba de recuperarla en el plazo que Engracia había señalado.

Cuando al poco tiempo de nuestra llegada a mi casa la serpiente Yuna —o Mimosa— de Blanca murió, fue enterrada dentro de su cesto en el jardín trasero, bajo un macizo de dalias. Allí me encaminé como alma que lleva el diablo y, en efecto, hallé la tierra removida recientemente. Excavé el tierno suelo y pronto di con el cesto, que estaba ya medio podrido. Al levantar la tapa, salió de su interior un olor nauseabundo. Mimosa estaba medio corrompida, y a través de su piel deteriorada y desgarrada a trechos se veían sus costillas. No obstante, alzó la cabeza, con las cuencas vacías pero llameantes, y lanzó un silbido estremecedor; comprendí entonces confusamente que la versión de la historia contada por Blanca con respecto a la serpiente era más cierta que la de Pablo Jarava, a pesar de las apariencias. Pero no era aquel un momento oportuno para meditaciones, sino para actuar rápida y eficazmente. Con una piedra de los arriates de las flores, aplasté el cráneo del animal. Luego, aunque me repugnaba hacerlo, saqué todo su cuerpo asqueroso y miré en el fondo del recipiente: allí estaba lo que buscaba; mi intuición no me había engañado. Cogí la gargantilla, dejé caer el reptil en su tumba, puse la tapa en su sitio y volví a cubrir de tierra la pequeña fosa.

La joya hedía y rezumaba una especie de asquerosa gelatina, así que tuve que limpiarla lo mejor que supe, y, no pudiendo resistir la tentación de examinar de cerca el motivo de tantos males y a la vez objeto tan prestigioso, estuve dándole vueltas entre mis dedos, fijándome en cada detalle, en la peculiaridad de cada una de sus cuentas, en el brillo del oro que las engarzaba y, sobre todo, en el corazón que colgaba en su centro, que fascinaba, no sé si por su color, su brillo o su forma perfecta: no se podía apartar la vista de él sin hacer un violento esfuerzo de voluntad.

Ni mi padre ni Blanca se percataron de que me había apoderado de la joya, y yo procuré no mostrarme excesivamente contento o aliviado, sino que seguí representando mi papel de exasperado por lo espantoso de la situación. Sin duda, ellos pensaban que aquel arrebató se me pasaría con el tiempo, y que Engracia se convertiría también para mí en un inofensivo montón de huesos.

Su aparición de aquella noche fue terrorífica. Ya no podía hablar; se limitó a extender hacia mí una mano de vieja mendiga, macilenta y llena de manchas, como pidiéndome la única limosna que podía salvarla del horror en que se hallaba. Yo, también en silencio, le tendí la joya, procurando no tocar aquella carne asquerosa, que presentía tan helada y viscosa como la de la serpiente.

Nunca he tenido ocasión de contemplar la alegría feroz de un ave de rapiña abalanzándose sobre su presa, pero lo que vi en el rostro de Engracia en aquella ocasión debía de ser su viva estampa. Sus ojos, velados por la niebla de la corrupción, centellearon; sus labios pálidos y agrietados esbozaron una sonrisa espantosa, que era de júbilo y de triunfo, pero también de incalificable maldad. Me hizo señas para que le abrochara la gargantilla, dándose la vuelta y acercándose mucho a mí. Luchando con

una náusea que amenazaba con privarme de mis facultades, cumplí su deseo.

Su transformación fue fulminante. Cuando volvió a darme la cara, tuve ante mí a la mujer más bella que hubieran contemplado mis ojos, aparte de Adriana. Su cabello recuperó su flexibilidad y su brillo de seda, apareció coronado de frescas violetas. Sus ojos, antes velados por unas turbias nubes, resplandecían como transparentes gemas azules. El color de la sangre volvió a sus labios y mejillas. El perfume de las violetas reemplazó completamente al de la corrupción, y a él se añadió otro aún más fresco y grato, semejante al de la raíz de los juncos.

Engracia me recompensó largamente mi favor con el más delicioso de los dones. La pequeña herida que dejó en mi garganta su pasión delató al día siguiente ante mi padre y Blanca las delicias de aquella noche, y aún no ha cicatrizado.

IX

Mi caída tan ingenua en una compasión de consecuencias funestas, fue una dura lección que asimilé a medias: nunca más he ayudado a un vampiro a campar a sus anchas facilitándole las cosas como en aquella ocasión, pero he vuelto a cometer errores en los momentos en que me he enfrentado con ese mundo que pocos conocen, pero que nos rodea y nos solicita: el de los muertos no muertos.

Al poco de haber recuperado Engracia la gargantilla, comenzaron a producirse en el pueblo hechos espantosos. Al principio fueron desapariciones de niñas; luego, sus apariciones, muertas, casi siempre flotando en el remanso del río en el que habíamos encontrado a la propia Engracia, con las gargantas mordidas como por un gran animal. Diminutos milagros diabólicos solían seguir a sus entierros: una noche, asomaban sus caritas frioleras tras los cristales de la alcoba de sus padres, pidiendo por señas que las dejaran entrar; otras, se aparecían al viandante al volver una esquina, le miraban con ojos inmensos y alargaban una manita, como mendigando algo; a veces los enamorados las veían jugar al corro en las eras; alguien las vio chupando la sangre de un garito. No tenían fuerzas ni poder para atacar a las personas, ni siquiera a niños, y se limitaban a arrastrar su soledad, su frío y su pequeña desolación por el desapacible corazón de la noche.

En pocos meses sufrieron esta suerte cuatro niñas, las más hermosas del lugar. La gente achacó sus muertes a algún tipo de animal, porque no sabían de ía existencia de los vampiros, aunque eran supersticiosos. Los más fantasiosos pensaron en un licántropo; los menos, en un perro rabioso o en un lobo. Sólo mi padre y Blanca estaban seguros de que aquellos crímenes eran cometidos por Engracia. En cuanto a las apariciones de las pequeñas difuntas, nadie pareció extrañarse de ellas, y los familiares se limitaban a rezar y hacer decir misas por su eterno descanso. Yo no sabía qué pensar, y procuraba achacar las muertes a causas naturales desconocidas, pero surgían en mi interior sospechas cada vez más pavorosas de que ¡o que estaba ocurriendo tenía realmente por causa mi intervención en los avatares de la vida de ultratumba de mí prometida.

Cuando murió la quinta niña, Blanca y mi padre me plantearon ía cuestión abiertamente y me exigieron que colaborara con ellos en la solución de aquel problema, que amenazaba con adquirir unas proporciones monstruosas, porque el intervalo entre las muertes era cada vez menor, lo cual según ellos significaba que Engracia se fortalecía cada vez más y que sus exigencias de sangre eran mayores de día en día y aumentarían con el paso del tiempo. Yo continuaba resistiéndome a creer aquella historia, pero me di cuenta de que nada se perdía probando la solución que ellos proponían, que en cualquier caso no haría daño a ningún vivo y al menos serviría para que me dejaran en paz.

Mi padre, que parecía saber sobre los muertos más que sobre los vivos, dijo que en el caso de Engracia, que era el más complicado que había conocido, se imponían dos cosas: en primer lugar, arrebatarle la gargantilla, de la que extraía la fuerza para seguir viviendo en la muerte, y luego clavarle una estaca en el corazón, cortarle la cabeza y quemar el cadáver.

Las tres últimas acciones entrañaban un grave riesgo para nosotros, porque si éramos sorprendidos en semejantes manejos, correríamos la suerte de los brujos o alguna tal vez peor; pero ellos estaban decididos, y no tuve más remedio que adherirme a sus planes.

Por si las dificultades eran pocas, todo debía llevarse a cabo durante el día —que es cuando estas criaturas reposan y se hallan inermes—, y la situación del cementerio, muy cercano al pueblo, dificultaba mucho el que pudiéramos hacerlo sin ser vistos. Mi padre, que tenía recursos para todo tratándose de casos de esta índole, propuso que penetráramos en él en plena noche y que aguardáramos allí el alba para comenzar nuestro trabajo con las primeras luces. La dificultad que planteaba sacar el cuerpo y quemarlo hizo que perfeccionara su idea.

Nuestro panteón estaba muy próximo al de la familia de Engracia. En él reposaban mi madre y muchos de nuestros antepasados, de modo que no levantaría sospechas el hecho de que hiciéramos algunas visitas. Mi padre se las arregló para difundir la especie de que nos disponíamos a efectuar en él ciertas mejoras, limpiezas y reparaciones, y que ello nos llevaría varios días. De este modo, nos dijo, no extrañarían a nadie nuestras idas y venidas al cementerio ni el hecho de que entráramos y saliéramos de él con bultos. Creo que, dada su fama de hombre excéntrico, aquella manía repentina no suscitó comentarios. El guardián no tuvo inconveniente en prestarle una llave, e incluso le ofreció algunas herramientas.

El *día* de Todos los Santos, con el cementerio más concurrido que nunca, comenzamos a poner en práctica nuestro plan, que a mí no dejaba de parecerme grotesco, pero que a Blanca le resultaba evidentemente una sabrosa aventura, y a mi padre le había devuelto parte de su vitalidad —y hasta yo diría que de su buen humor. Durante dos días nos dedicamos a quitar las malas hierbas que habían crecido en los alrededores, a limpiar algunas lápidas y a traer unos sacos de cal y ladrillos, como para reparar algunos desconchados de las paredes. A nadie le extrañaron tales manejos, que por otra parte eran frecuentes. Blanca se las arregló para distraer la llave del panteón de la familia de Engracia de la caseta del guardián, quien, dado que se pasaba la vida empapado en vino como un barril, no hubiera echado en falta ni el camastro en que dormía, si un ánima juguetona se lo hubiera arrebatado durante el sueño.

Los días que siguieron fueron muy tranquilos. La gente, habiendo cumplido con sus difuntos en los días señalados para ello, volvió a abandonarlos, como de costumbre; y allí quedamos nosotros y el enterrador, que por cierto tuvo poco trabajo aquella semana, durante la cual la Muerte pareció haberse ausentado del lugar para facilitarnos la tarea. Ni siquiera había nuevas víctimas de Engracia.

Cuando mi padre hubo decidido que había llegado el momento de atacar a la vampira, quiso concederme una prueba irrefutable de su existencia. En primer lugar, nos hizo penetrar en el panteón ya bien entrada la noche. Levantó, con nuestra ayuda, la tapa del sarcófago, abrió el ataúd y me señaló triunfante su interior: estaba vacío, con el forro de seda limpio salvo por unas minúsculas gotas de sangre reciente. Regresamos a casa, pero volvimos al cementerio antes del alba, para continuar nuestra indagación. Penetramos en el panteón y nos escondimos detrás de unos grandes sarcófagos que se hallaban en un rincón en la penumbra, desde donde espiamos el regreso de Engracia.

Y, en efecto, regresó de alguna correría nocturna, bella como una diosa, viva y, al parecer, alegre. Abrió con gran facilidad las tapas del sarcófago y el ataúd y se tendió

en éste muellemente, como quien se mete en la cama tras una jornada fatigosa. Juraría que incluso la oí suspirar, como cuando uno se dispone a apagar la lamparilla. Cerró luego las dos tapas como por arte de magia y todo quedó tranquilo y silencioso.

Mi padre nos hizo salir de nuestro discreto rincón y abrir la caja que contenía aquel prodigio. ¡Qué esplendor! Allí yacía ella, compendio de todas las seducciones, dormida dulcemente, con una gota de sangre en la comisura de ¡os labios que brilló a ¡a luz de nuestra tea como un diminuto rubí. La piel de su rostro era pálida y traslúcida como la cera, pero debajo de ella parecía extenderse un rubor rosado, un poco ebrio. La cabellera rubia, flexible y lustrosa, las largas pestañas de oro, la boca fresca como las cerezas, el pecho turgente, todo hablaba de vida y de plenitud, de una belleza que — sentía yo— no debía ser profanada. En torno a la garganta fulgían suavemente los corales diabólicos, que parecían haber aumentado de tamaño y cuyo color intenso era, a la luz escasa de la antorcha, negro, surcado de resplandores y centelleos sangrientos.

Mi padre me ordenó que le quitara la gargantilla, y lo hice hábilmente —tan acostumbrado estaba ya a manipularla en el cuello de unas y otras. Ella no despertó de su sueño, pero se removió ligeramente, como un durmiente atacado por una pesadilla, Tocar el cuello helado de Engracia, levantar su cabeza para desabrochar la joya, me produjo una sensación extraña: una cierta ternura mezclada con una secreta complacencia sensual, y al mismo tiempo una gran repugnancia, que no tenía nada de física sino que emanaba de las fuentes más recónditas de mi mente. La joya estaba fría, sin la tibieza propia de las que acaban de estar en contacto con la piel.

Sin la gargantilla, que mi padre se apresuró a guardar, Engracia parecía desnuda, aunque no lo estaba, y, si cabe, aun más hermosa. Blanca la miraba con un cierto encono, como si se tratara de un rival temible aún después de muerta. Yo me incliné y besé sus labios fríos, y sentí en mi boca el sabor de aquella diminuta gota de sangre, que probablemente era de una hermosa niña, pues Engracia había demostrado un gusto exquisito al escoger a sus pequeñas víctimas.

La voz algo cascada pero firme de mi padre, rompió la magia de aquel momento con una frase que me resultó no sólo brutal sino grotesca, y que estuvo a punto de hacerme estallar en una carcajada sardónica:

—¡Ahora, la estaca!

Incluso Blanca pareció acusar la impertinencia de aquellas palabras, pero alargó al anciano un palo puntiagudo como los de las cercas y un gran martillo. Luego, con mano trémula, abrió el sudario de Engracia, dejando al descubierto su seno izquierdo. Yo me estremecí de algo mucho más intenso que el mero deseo físico. Nunca había visto los pechos de Engracia, y juro que aquél era de una perfección y belleza sólo acostumbradas en los cuadros de los maestros, blanco y rosa como las flores del almendro, ligeramente dorado por la luz de la antorcha, prometiendo a mi vista una suavidad que ya conocía mi tacto y que por eso mismo me resultaba doblemente deseable. Sentí un desasosiego dulcísimo, y mi miembro se levantó a suplicarme lo que de ningún modo podía concederle.

Mí padre, menos sensible a la belleza y más preocupado por acabar aquello cuanto antes, apoyó el extremo puntiagudo del palo en aquel seno de diosa, que cedió ligeramente a su presión, revelando que la calidad de su dureza era comparable a la de su color y forma. Hizo que Blanca sostuviera el palo en aquella posición y él se dispuso a golpear con el martillo.

Me gustaría decir que volví la espalda por no poder soportar la vista de tan cruel

espectáculo, pero mentiría. Estuve ardientemente atento a sus menores detalles; vi cómo al primer martillazo la punta penetró bastante profundamente, saboreé la calidad del ruido que produjo, y me estremecí más allá del placer cuando de la herida brotó un torrente de sangre fría, que me salpicó ligeramente y manchó mis ropas. El segundo martillazo fue banal, comparado con las sensaciones que produjo en mí el primero, el inolvidable.

El grito que lanzó Engracia cuando su pecho fue atravesado por la estaca no tuvo nada de humano: pareció el de un gato cuando le pisan la cola. Cuando su boca se abrió, vi con terror sus dientes amarillentos y sus colmillos de fiera, robustos y afilados. Blanca, días después, cuando nos disponíamos a incinerar el cadáver, arrancó esos colmillos y los guardó como amuleto. Dijo que protegían de la mordedura de otros vampiros. Yo creo que lo hizo movida por un impulso vicioso.

Mi padre dio por finalizada la tarea por aquel día. Como al parecer Engracia estaba completamente muerta tras la operación de la estaca, pensó que el resto podía hacerse de noche, cuando nadie anduviera por allí o por los alrededores. No había por qué preocuparse por el guardián: su borrachera alcanzaba a medianoche una de sus cumbres. Ni la resurrección de todos los muertos a su custodia el día del Juicio Final hubiera sido capaz de despertarle.

La noche siguiente tuvo lugar la segunda parte de aquella ceremonia sangrienta. Mi padre, con una energía de la que no le hubiera creído dueño, decapitó a hachazos el cadáver. La sangre, inverosímilmente, manó en abundancia de la nueva herida e inundó el ataúd, arruinando el esplendor del forro de seda. Blanca, cual un Perseo femenino enarbolando la cabeza de Medusa, sostuvo con sus manos, por los cabellos, aquel despojo, cuya boca entreabierta dejaba ver los colmillos. También sus ojos se habían abierto y estaban mirando al infinito de un modo aterrador, como gemas envenenadas. Al contemplar aquello, comprendí por qué la cabeza de Gorgona petrificaba de horror a quienes la miraban. Yo mismo me sentía petrificado, incapaz de hacer un solo movimiento.

El decoro me *veda* la descripción de lo que aconteció después, aunque recuerdo cada uno de sus atroces detalles, de sus chasquidos, de sus horrores. Mi padre y Blanca, como dos de los demonios carniceros que se ven en los Infiernos de los cuadros antiguos, descuartizaron el cadáver. Aquella noche no dio tiempo más que a cortarle los brazos y las piernas, y a partir el tronco por la mitad; cuando esto estuvo hecho, apuntaba ya la claridad del nuevo día, de modo que metimos los despojos en el sarcófago, salimos de allí tras haber limpiado la sangre y regresamos a casa.

La tarde siguiente, trabajamos en las presuntas reparaciones de nuestro panteón, que realmente las necesitaba. Las pocas personas que estuvieron en el cementerio pudieron vernos absortos en la inocente tarea de cubrir de yeso algunos

desconchados de la parte de afuera. Cuando se hizo de noche, avisamos al guardián de que nos quedaríamos aún un rato más, de lo cual creo que se alegró, porque no le agradaba quedarse a solas con los muertos, pese a que llevaba cuarenta años durmiendo en su compañía.

Penetramos en el panteón de Engracia y mi padre continuó su macabra tarea. Con ayuda de Blanca, sacó los pedazos del día anterior, que hedían espantosamente, y, colocándolos sobre la tapa de piedra de otro de los sarcófagos, los fue reduciendo a trocitos con el hacha. Por fortuna el panteón estaba lejos de la portería y los golpes no debían de oírse a aquella distancia.

En poco tiempo el cadáver quedó convertido en un montón —obsценamente grande— de carne picada. Me negué a ir metiéndolo en los sacos, porque no podía vencer la repugnancia que me producía la mera imaginación de tocarlo. Blanca no parecía tener tantos escrúpulos: actuaba con el amasijo con la misma indiferencia con que una cocinera echa carne en una olla. En cada saco cupo aproximadamente la mitad, además de un poco de cal y arena que mi padre añadió por precaución. Sacarlo del cementerio fue un juego de niños. Al día siguiente repetimos la operación, y pronto tuvimos en casa lo que había sido el cuerpo de Engracia.

Para acabar de una vez con aquellos manejos, propuse que enterráramos los restos en el jardín, pero mi padre estaba convencido de que la única manera definitiva de exterminar al vampiro era quemarlo, así que comenzó a plantearse un nuevo problema: ¿dónde hacerlo? Sí lo hacíamos fuera de la casa, corríamos el peligro de ser descubiertos, por más cuidado que pusiéramos. Si dentro, la cosa no era fácil, y además había que actuar rápidamente, porque el olor comenzaba a ser tan insoportable que Blanca tenía náuseas y vomitaba frecuentemente. No comprendo cómo, sintiendo la repugnancia que daban a entender las reacciones de su cuerpo, fue ella quien propuso usar uno de los ruegos de la cocina: el homo del pan. Mi padre no estuvo de acuerdo, y en cuanto a mí, me sentía demasiado trastornado como para emitir una opinión al respecto. La cocina de mi casa ya me resultaba suficientemente siniestra de por sí, para además tener que recordar siempre, de entonces en adelante, que habíamos quemado allí el cadáver descuartizado y putrefacto de un vampiro {la Fortuna nos coloca en ocasiones en unas situaciones absolutamente desaforadas, ¿no os parece, queridos lectores?}. Finalmente, mi padre accedió a que se utilizara uno de los hornos del sótano que le servían para hacer sus experimentos, aunque de muy mala gana, porque pensaba que aquellos restos asquerosos podían dañar para siempre su noble instrumento de trabajo.

X

Después de aquellos sucesos, me sentí mal durante bastante tiempo. Perdí el apetito, el deseo de vivir, las pocas ilusiones que me quedaban... La muerte de Engracia, su metamorfosis y sobre todo las manipulaciones a que sometimos su cuerpo, habían devastado mi alma hasta dejarla convertida en un desierto barrido por los vientos más desapacibles.

Un día en que, sumido en pensamientos sombríos y saboreando la hiel y el vinagre de unos recuerdos que se negaban a abandonar mi mente, me hallaba sentado al borde del remanso del río donde encontramos el cadáver de Engracia, ocurrió algo que, de un modo oscuro, había estado esperando que sucediera de un momento a otro. Me incliné sobre el espejo del agua y vi reflejado junto a mi rostro otro, encantador y risueño: el de Adriana. Cuando me volví, la hallé sentada a mi lado, pálida y bella, vestida de terciopelo morado. Me acarició el rostro con sus manos enguantadas, y yo me refugié en su pecho y lloré como un niño. Ella reía, como una madre que consuela a su hijo tratando de quitar importancia al problema que le atormenta, y me pasaba la mano por el pelo, y secaba mis lágrimas con un pañuelo malva que olía a lilas. Entre sollozos y besos apasionados, le pregunté la razón de aquellos juegos absurdos del Destino. Lanzó un suspiro de impaciencia y se apartó un poco de mí, dispuesta a hablar, y yo esperé anhelante su explicación, por absurda que fuera.

—En la vida —dijo con voz segura— hay muchas cosas extrañas; en la muerte, aún más, Somos muy pocos los que las conocemos. En todo caso, tratamos de enseñárselas a quienes han de enfrentarse con ellas en el futuro. Tu destino es singular, Bartolomé; no puedo explicártelo todavía, pero sí pedirte que lo aceptes y procures aprender las lecciones que se te proporcionan. Hay millares de muertos anodinos, que se reducen a polvo en poco tiempo y que no sienten ni padecen, sino que se desvanecen como un jirón de niebla. Hay otros, muy pocos, que sufren tránsitos y pasan a ocupar regiones que tú desconoces. Y los hay que aún van más allá y que están destinados a ¡llevar una existencia que las palabras humanas no son capaces de expresar: son los rechazados por la Muerte, aquellos a los que no les es concedido descansar. Creo que tú serás uno de ellos. Engracia te fue puesta como ejemplo de que eso es posible, pero hubo que acabar con ella porque no había nacido con tal destino. Sirvió únicamente para aleccionarte y volvió a la muerte, que es su lugar natural. Ahora ella no es nada, pero no sufre por ello, del mismo modo que no sufría antes de nacer.

—¿Quieres decir que estoy llamado a convertirme en un vampiro?

—No. Quiero decir que estás llamado a ser un rechazado por la Muerte. La diversidad de los rechazados es muy grande.

—¿Eres tú una de ellos?

—No puedo explicarte más. Sólo he venido a pedirte que sufras con paciencia y que mantengas los ojos bien abiertos. Y que recuperes la gargantilla, que ha cumplido ya su papel en este juego y es un talismán peligroso en las manos en las que ahora se encuentra. Devuélvemela.

Le pedí que me permitiera ver a Engracia por última vez, si estaba en su poder

hacerlo.

—Si Engracia existiera —contestó ligeramente triste, mirando al infinito—, estaría en mi poder hacerla comparecer ante ti, pero no existe ya. Su corta vida de ultratumba fue un simple préstamo.

—¿Y qué será de la niñas que ella mató y que vagan por la noche sin poder descansar?

—También para ellas ha sido ésta una aventura. Ahora se pudren en sus tumbas y ya no existen sino en el recuerdo de sus padres, que no tardarán en olvidarlas. ¡Pobres niñitas locas y hambrientas! No eran capaces de procurarse una sola gota de sangre humana. Algunas se alimentaron de pájaros, otras de algún gatito recién nacido. Una de ellas, en su inocencia, creyó que las mariposas tenían sangre: atrapó una grande, nocturna, y chupó sus repugnantes jugos.

Contra aquel verdor tachonado de flores blancas como estrellas, reflejándose en el agua quieta del remanso como una aparición, Adriana era un puro esplendor malva. Su cabellera roja recogía los últimos oros de la tarde y nimbaba su rostro de cera, en el que los ojos de azabache eran los de una Esfinge tierna e impenetrable.

XI

Lo que voy a referir a continuación dará una idea de la dureza del aprendizaje y del destino de los Rechazados, algunos de los cuales han sido tenidos por los demás hombres por grandes criminales, y sin duda muchos lo han sido, pero probablemente no estuvo en su mano hacer otra cosa que recorrer un camino que estaba trazado de antemano, cuya meta existía antes de nacer ellos, pues el tiempo no fluye desde el pasado hacia el futuro, sino desde el futuro hacia el pasado, siendo nuestro último acto, antes de desaparecer en ¡a nada, el nacimiento.

El caso es que mi padre, enfebrecido por el éxito de sus manejos con Engracia e imbuido de la misión de salvar de los vampiros al mundo, se vio acometido por una fiebre de actividad que pareció devolverle su perdida juventud, en el plano espiritual e intelectual. Sirviéndose de la experiencia adquirida, quiso ir más lejos, y ello desencadenó la catástrofe.

Blanca y él pasaban horas, y hasta días enteros, encerrados en los subterráneos de la casa, o bien en los altillos y desvanes, estudiando y experimentando. Nunca hablaban conmigo de sus actividades, y no nos veíamos más que a las horas de las comidas, y aun eso no siempre, porque a menudo se hacían llevar las suyas al lugar en que estaban trabajando.

Por mi parte, me dedicaba a mis tareas rutinarias, que me proporcionaban cierta paz. Pero de algún modo intuía que aquellos días eran un paréntesis entre el horror pasado y algún acontecimiento importante que estaba por venir y que no se haría esperar largo tiempo. Blanca había dejado de interesarme como amante, y veía en ella una especie de hermana preferida por mi padre, cuya inclinación hacia ella la realizaba a mis ojos. Más que como la despreocupada aventurera que había conocido en otro tiempo, se me aparecía ahora con el prestigio de una maga, de una Circe o de una Medea, y, después de haber admirado —contra mi voluntad— su temple en el caso de la muerte de Engracia, la creía capaz de hacer, bajo la dirección de mi padre, cualquier cosa por difícil o nefanda que fuese.

Mi vida personal era por entonces de una pobreza desolada. No tenía amigos en el verdadero sentido de la palabra, aunque solía juntarme con unos cuantos hombres en la taberna de la Pura a jugar a las cartas. Tampoco amores, porque la única mujer que me interesaba en el pueblo había muerto, y no consideraba posible reemplazarla en mi corazón por cualquier tosca lugareña. Ni siquiera me sentía enamorado de Adriana, a la que, sin embargo, adoraba. La veía tan raras veces que hubiera sido ridículo perderme en la contemplación amorosa de un objeto inasequible; por otra parte desde su transformación en mujer parecía haber perdido todo interés por mis caricias. Así que pasaba mis días en una especie de tranquilidad desasosegada, solitario y aburrido, asaltado por recuerdos macabros y teniendo ante mí una especie de nube negra que me impedía vislumbrar el futuro.

Blanca y mi padre comenzaron a permanecer cada vez más tiempo encerrados con sus libros y aparatos, entregados a una actividad febril cuyo objeto me resultaba completamente desconocido, pero que debía de tener mucha importancia, ya que lo llevaban tan en secreto y se dedicaban a él con tal ardor. El excesivo ajetreo y la falta de

sueño se acusaron en Blanca en unas ojeras de color malva grisáceo que se formaron entonces debajo de sus ojos y que ya no la abandonaron. Estaba pálida, porque el sol no le llegaba nunca. Su belleza se hacía cada vez más serena y dura, más semejante a la de Atenea que a la de Afrodita.

No comencé a inquietarme seriamente por aquellas ausencias y encierros hasta que llegaron a un punto extremo: no vi a ninguno de los dos en una semana, aunque por los ruidos y vapores que se escapaban de diversas estancias sabía que estaban en la casa, y porque la cocinera les preparaba algunos platos, que depositaba en una bandeja en las puertas. Una de aquellas noches vi pasar fugazmente a Blanca por una de las estancias y eché a correr tras ella como un loco, decidido a pedirle una explicación de lo que estaba sucediendo. Cuando la alcancé, me lanzó una mirada de basilisco. Le cerré el paso y le pregunté rudamente qué diablos se traían entre manos y por qué no se dejaban ver.

—Estamos —contestó, en un tono ligeramente insolente— haciendo algo cuya bondad dudo que tú comprendieras. Es más arriesgado y difícil que lo de Engracia y requiere tiempo y concentración. Si tú fueras de otra manera podríamos decírtelo, pero en aquella ocasión te comportaste como una niña asustada y tememos que, en este caso, no tendrías las fuerzas suficientes para llegar al final.

Oír aquello me sobresaltó, e inmediatamente pensé que alguien se hallaba en peligro. Vagamente intuí que no era yo, porque de haber sido así, me habría visto involucrado en aquel nuevo juego, mientras que, por el contrario, no sólo no se contaba conmigo para nada, sino que mi presencia, al parecer, molestaba.

Una tarde se presentó en la casa Adriana, espléndida de terciopelos y sedas escarlata. De su gracioso sombrero del color de las amapolas, descendía sobre su rostro un tenue velo rojo que confería a su rostro de cera un rubor artificial. Una pequeña gargantilla de rubíes ceñía su cuello. Toda ella parecía salir de un baño de sangre, y su perfume era salado y profundo como el de las entrañas de los ángeles.

—He venido —dijo— porque quiero que veas algo interesante que va a suceder en tu propia casa y que no podrías presenciar solo sin dejarte llevar por un arrebato que podría interrumpirlo o alterarlo, y tiene que cumplirse completamente. Será duro para ti, mucho más de cuanto has visto hasta ahora, pero debes ser testigo de ello como si te fuera ajeno, como una representación, pues en gran parte va a serlo.

La noche iba cayendo y era desapacible. Mientras yo cenaba en el gran comedor, acompañado por Adriana, que como siempre se limitaba a beber vino rojo, se desencadenó una tormenta formidable, que comenzó con un gran viento y enseguida desplegó un horroroso aparato de relámpagos y truenos. Cuando el reloj dio las once, Adriana se levantó de junto al fuego y me hizo una seña de que la siguiera. Bajamos al sótano por las escaleras que yo conocía perfectamente, pero enseguida abrió ella una puertecilla en la que yo nunca había reparado, y nos hallamos ante un gran corredor en ligero declive, iluminado con grandes hachones sujetos a los muros. Estaban éstos pintados de blanco, surcados por bandas de escritura que no pude descifrar, pese a que los signos me resultaban familiares. De trecho en trecho había espejos redondos como ojos, que nos devolvían nuestros rostros iluminados por la luz de las antorchas.

Descendimos durante largo rato, unas veces por la rampa y otras por escalones, cuyos primeros tramos me parecieron de ladrillo y luego tallados en la roca viva del subsuelo; estos últimos estaban húmedos, ligeramente resbaladizos. Finalmente llegamos a una pequeña cámara cuyo suelo consistía en un cristal, a través del cual,

como por una claraboya, se veía perfectamente una gran sala situada debajo. Estaba ésta muy iluminada y tenía en el centro una gran mesa de mármol y una enorme parrilla en la que ardía un fuego muy vivo.

La pequeña estancia donde nosotros nos hallábamos estaba en sombra. Adriana me indicó que me sentara, como ella misma hizo, al borde del cristal, desde donde podríamos presenciar cómodamente cuanto sucediera en la habitación de abajo. Todo aquello me hacía pensar en cámaras de tortura y en pequeñas piezas concebidas para espiar tormentos y recrearse en ellos, y tal vez antaño había servido para tales menesteres.

Yo temblaba, no sé si de frío —porque allí lo hacía— o de temor. Adriana me tomó de la mano con las suyas enguantadas y me sonrió. Su rostro, iluminado de abajo arriba por las luces de la sala inferior, parecía el de una hermosa hechicera que hubiera decidido mostrar a un peregrino algunos de sus trucos.

Al poco rato de estar inclinados sobre el cristal que nos separaba de ella, entraron en la estancia Blanca y mi padre. Mí padre parecía cojear, o al menos no poder sostenerse muy firmemente sobre sus piernas. Estaba más viejo que nunca, pero contento, hablaba con la mujer y sonreía. Ella vestía ropas burdas y llevaba un delantal rojo oscuro, como el de los carniceros. Se sentaron un momento y mi padre bebió, en una enorme copa que le ofreció Blanca, un líquido que parecía humear. Luego se levantó, ayudado por ella, y se dirigió a la gran mesa de mármol. Caminaba como si estuviera muy ebrio. Se lo hice notar en un susurro a Adriana, quien comentó:

—Efectivamente, así es. Lo que ha bebido es una droga poderosa, que le hace insensible a cualquier dolor. Lo que vas a ver a continuación es espantoso, pero debes conservar la serenidad, por que de otro modo interrumpirías lo que van a llevar a cabo y acarrearías la muerte de tu padre. Veas lo que veas, por horrible o repugnante que te parezca, no te alteres. Las cosas de esta índole no siempre son lo que parecen ser, y al final presenciarás un milagro que te dejará muy asombrado.

Me dispuse a no perder detalle de lo que allí sucediera. Vi como mi padre se tendía suavemente sobre la mesa de mármol, que tenía sendos canales en los lados largos. Blanca le dio un beso en la frente y luego le abrazó con la ternura de una hija, y él correspondió acariciando con una mano torpe sus cabellos. Se separó de él y estuvo trasteando en un rincón oscuro a cuya vista no alcanzábamos, mientras él parecía caer en profundo sueño; en su rostro se reflejaba una especie de plácida felicidad.

Blanca avivó el fuego de la parrilla y colocó encima una enorme olla. Echó en ella abundantes líquidos, algunos claros como el agua, otros espesos y oscuros, otros semejantes a la leche. Volvió a avivar el fuego una y otra vez con un fuelle, hasta estar segura de que no se apagaría. Tomó un hacha y algunos cuchillos de carnicero y se acercó a mi padre. Adriana intensificó la presión de sus manos sobre las mías y lanzó un profundo suspiro.

Del primer hachazo, la mujer separó del tronco la cabeza del durmiente tan rápida y limpiamente que yo apenas pude darme cuenta de lo que ocurría; cuando vi la cabeza en sus manos, no daba crédito a mis ojos. Ahogué un grito, que pugnaba por salir de mi garganta, y me mordí los labios hasta hacerme sangre. ¡Sangre! La de mi padre corrió por los canalillos de la mesa y fue a verterse en unas vasijas de boca ancha que se hallaban situadas en el suelo, bajo los cuatro ángulos de la tabla de mármol.

El descuartizamiento subsiguiente careció de emoción, en gran parte gracias a la pericia de Blanca, que se movía y actuaba con la precisión de un viejo carnicero. Cortó

el cuerpo en trozos relativamente pequeños y los fue echando en la inmensa olla, cuyo contenido ya hervía y de la que salía un humo denso y amarillento. El sudor corría por los brazos y la frente de la mujer, cuyo brutal trabajo la estaba dejando exhausta. Cuando tuvo toda la carne dentro de la olla, metió en ella una enorme cuchara de palo y removió; luego, la sacó y, con un gesto que todos hemos visto hacer mil veces a nuestras madres, se llevó un poco de caldo a los labios. Añadió mil cosas que no pude ver a la luz de las llamas y luego rodeó la olla con un círculo de tiza. Ella misma se rodeó de otro, se arrodilló y, con las manos en alto, imploró canturreando:

—¡Hécate, Madre de las Tinieblas, Devoradora, Prostituta, Virgen amarga como la hiel, Matriz de todos los seres, concédeme que este hombre vuelva de tu reino renovado como las serpientes! ¡Dame su amor y su juventud, y te dedicaremos los sacrificios que te sean más gratos!

Semejante letanía me estremeció más fuertemente que las atroces acciones que acababa de presenciar. Y era tan potente, que una gran nube negra brotó del centro de la estancia, y cuando se disipó pudimos ver a una mujer monstruosa, desnuda, de nalgas y pechos inmensos, negra y reluciente como una estatua de bronce. No hizo ni dijo nada, pero su mera presencia, que fue muy fugaz, produjo una suerte de indecible cambio en todas las cosas. Blanca cayó en un éxtasis extraño. El fuego de las antorchas creció y la luz se hizo más viva. La aparición se esfumó enseguida, rodeada de tinieblas.

Blanca, hablando consigo misma, gritó: «¡La señal, la señal!», y se precipitó hacia la olla, de la que comenzó a emerger un joven bellísimo, con los ojos cerrados y tambaleante, como si estuviera ebrio. Ella le ayudó a salir y le envolvió en un gran lienzo blanco. Adriana me susurró:

—¿No le reconoces?

¡Dios mío, entonces le reconocí: era mi padre, al que había visto poco antes caduco y achacoso y luego despedazado y hervido! Sí, mi padre, pero ahora convertido en un joven Adonis por medio de las artes de Blanca —y de las suyas propias probablemente.

Cuando aquella nueva criatura estuvo del todo despierta, abrazó a Blanca dulcemente, y lo que había sido mesa de martirio, todavía manchada de sangre, se convirtió en lecho nupcial. Adriana y yo nos retiramos de nuestro observatorio.

Afuera, la tormenta había alcanzado su culmen. Llovía copiosamente y no cesaba de tronar y relampaguear, de modo que pedí a mi amiga que se quedara en casa a pasar la noche, no tanto para que no tuviera que cabalgar bajo la furia de los elementos, como para que me ayudara a mí a atravesar otra tormenta peor: la que estaba estallando en mi cerebro y en mis sentidos tras lo que habíamos visto aquella noche. La confusión de mi mente y mi excitación sexual eran insoportables.

Adriana, no pudiendo hacer nada por poner fin a la primera, se avino, sin que mediara una palabra por mi parte, a remediar la segunda. Me condujo al salón de la chimenea y allí, iluminada por las brasas, fue dejando caer una a una sus prendas rojas, sus joyas del color de la sangre, los guantes que ocultaban sus garras monstruosas, hasta quedar cubierta tan sólo por su larguísima cabellera rizada, que parecía el manto de una diosa. Cuando una de sus manos atroces separó de su rostro y de su frente un rizo adorable, caí a sus pies desvariando como un loco, y la poseí sobre una piel de oso con un frenesí de endemoniado, gustando sus delicias y sumiso a sus martirios, deseando hallar la muerte en la cima del éxtasis.

XII

Al día siguiente, Blanca y mi padre acudieron a la comida como si nada hubiera sucedido. Ninguno de los dos se consideró en la obligación de darme explicaciones. Parecían felices como una pareja de enamorados y no me hacían el menor caso, aunque se comportaban conmigo con absoluta corrección, incluso con cierta ternura distante. Mi padre habló de la tormenta de la noche pasada y se interesó por mi trabajo. Blanca hizo algunas observaciones sobre mi palidez y me recomendó descansar y comer más. No esperaron a que yo terminara para levantarse de la mesa. Supe, sin necesidad de hacer un gran esfuerzo de adivinación, que estaban ávidos de amor y que no pasarían la tarde en la^a biblioteca ni en el estudio, sino en la gran alcoba nupcial de la planta noble, que permanecía cerrada desde la muerte de mi madre.

En el transcurso de los días, no tardé en darme cuenta de que lo que más me turbaba de aquel joven era su parecido conmigo mismo. Porque el hecho era que había recuperado una edad similar a la mía, que su rostro reproducía mis rasgos como un espejo y que su porte y sus maneras, aunque más finas y maduras que las mías, le convertían en mi hermano gemelo. Pero para mí no era eso lo peor: lo peor era que espiritualmente tenía la misma edad que antes de su transformación, que sus conocimientos y saberes excedían tanto a los míos que yo nunca podría alcanzarle, puesto que cuando llegara a saber tanto como él, él habría aprendido a su vez mucho más. Se reproducía en nuestro caso, pero efectivamente y no como sofisma, la paradoja de Aquiles y la tortuga, con la diferencia de que ahora no se trataba de dos corredores de distintas capacidades, sino casi idénticos, uno de los cuales llevaba al otro una ventaja de salida insalvable. El mero hecho de que aquel espejo de mí mismo pudiera mirarme por encima del hombro por tener él —y no yo— la sabiduría y la experiencia de un viejo, me llenaba de una rabia indecible, de un sentimiento de profunda impotencia. De un modo confuso, razonaba que él podría arrebatarle todos mis amigos y todas mis mujeres, puesto que, siendo muy semejante a mí, me aventajaba. Incluso llegué a temer que Adriana le prefiriera, del mismo modo que le prefería, indudablemente, Blanca, cuya indiferencia hacia mi persona aumentaba día a día.

Comencé a pensar que aquel ser nuevo y resplandeciente, salido de una olla en circunstancias tan innaturales, no era en realidad mi padre, sino una réplica de mí mismo, y a razonar que si yo existía previamente a él —de lo que no me cabía ninguna duda—, resultaba que él sobraba, que era una excrescencia inútil en el orden del universo. Me decía que mi padre había sido muerto y descuartizado por Blanca sobre aquella horrible mesa de mármol, y que el ser surgido de aquel caldo nefando era una criatura artificial y diabólica, cuya vida ficticia era tan poco respetable como la que había cobrado Engracia después de muerta y enterrada. En el fondo de mi corazón, estos argumentos no lograban convencerme, porque yo sabía que aquél era en realidad mi padre, pero el hecho de que, siendo así, mi padre y yo tuviéramos la misma edad y el mismo aspecto, no contribuía a aclarar las cosas. Por último, decidí matarle, o, mejor dicho, obligar a Blanca a hacerle recuperar su primitivo ser y aspecto.

Cuando, aprovechando un momento en que la encontré sola, la abordé y le supliqué que volviera a envejecerle, se echó a reír de un modo malvado que me

humilló profundamente. Dijo:

—¿Y qué interés tienes tú en algo semejante? Antes, a tu padre sólo le quedaban unos pocos años de vida; ahora, por el contrario, tendrá que llegar a la edad que tenía, y para eso deberán pasar unos cuarenta. ¿Quieres acelerar su muerte? ¿Y por qué? ¿Sientes envidia de su juventud y su fuerza? (O es que estás celoso? En ese caso, tienes razón: tu padre es mejor amante que tú, y creo que voy a casarme con él.

Aquello incrementó mi angustia y mi odio hacia ambos, porque —sin que pueda explicar el porqué— me parecía algo obsceno. Probablemente se debía a que no podía soportar la idea de ver convertida a Blanca en mi madrastra y a mi padre en mi hermano gemelo.

Visto que no podía convencerla de ninguna manera de que hiciera volver las cosas a su estado normal, me armé de valor y me enfadé con mi padre. Se hallaba enfrascado en la lectura de un libro cuyos caracteres me resultaban absolutamente desconocidos, lo cual me humilló ya desde el primer momento.

—Padre —le dije—, deseo hablar con vos muy seriamente, porque en esta casa las cosas han llegado a tales extremos que se impone dar alguna explicación, y me veo obligado a pedíroslo, ya que nadie está dispuesto a hacerlo espontáneamente.

—Ignoro del todo lo que quieres decir, hijo mío —replicó él, mirando de reojo el grabado de la página que estaba leyendo—, pero hablemos cuanto quieras, pues todavía falta un buen rato para la cena.

—¿Cómo? ¿Ignoráis lo que está pasando, lo que ha pasado, lo que está a punto de pasar?

Enrojeció ostensiblemente y se pasó una mano por la cabeza con el mismo ademán que hacía cuando tenía el cráneo calvo, aunque ahora ostentaba una abundante cabellera rizada, y dijo:

—Si te refieres a mi afecto por Blanca, he de decirte que, aunque nuestra diferencia de edad sea grande, no veo impedimento alguno en mantener con ella la relación que mejor me parezca. No sé en qué puede perjudicar esto a nadie.

—No es eso de lo que quiero hablaros, padre —exclamé, impaciente—, sino de algo que me resulta tan embarazoso como a vos, pero que solamente dejaré de atormentarme si lo tratamos.

—¿Pues, qué ocurre? —preguntó con aire preocupado, cerrando ostensiblemente el libro, como dispuesto a escuchar con paciencia el problema de un niño impertinente.

—Ocurre, señor, que vuestro cambio de edad me resulta monstruoso.

—Hijo mío, el amor hace milagros. No había reparado en ello, pero ahora que lo dices, es cierto que me siento rejuvenecer en espíritu, e incluso que algunos de mis achaques han desaparecido. Pero nunca pensé que tal cosa pudiera llegar a ser motivo de escándalo.

Estaba claro que el astuto viejo intentaba jugar conmigo e impedirme entrar en materia. Pero yo, lejos de desistir de mi empeño, inquirí:

—¿Me permitís que os haga una pregunta más directamente?

—Sin duda, siempre dentro de los límites del decoro.

Me levanté, le tomé por un brazo y, sin que opusiera la menor resistencia, le conduje ante un espejo que ocupaba parte de una de las paredes de la estancia. En él se reflejaban dos hombres tan absolutamente idénticos que tuve que hacer un pequeño cálculo antes de lograr averiguar cuál de ellos era yo. Sonreí triunfante y exclamé, en tono algo teatral:

—He aquí lo que no puedo soportar: que estemos tan confundidos como si fuéramos uno mismo. Si hay un Dios, seguramente no le gustan estos juegos.

Mi padre —no su imagen en el espejo, que dejó de interesarme—, me miró como si yo fuera una piedra que entonara himnos.

—Mira, hijo mío —dijo con voz condescendiente y cargada de aparatosa benevolencia—, ignoro por completo adonde quieres ir a parar, pero desde luego no comparto tu idea de nuestro parecido. Desgraciadamente, tú tienes el físico de la familia de tu madre, que en gloria esté, y el espíritu de mi abuelo materno, completamente distinto del mío. Pero aunque así no fuera, ¿es ésa razón para ponerte como te estás poniendo? —luego, con tono irritado, añadió—: Te agradecería muchísimo que me permitieras continuar mi lectura. En cuanto a tus problemas, será mejor que consultes al cirujano. ¡Probablemente una sangría te aliviará y equilibrará tus humores!

XIII

El día de la boda de mi padre con Blanca, el pueblo pareció reconciliarse con todos nosotros, especialmente con él, que siempre había sido considerado un personaje siniestro. La iglesia fue engalanada, el coro de niños cantó como los ángeles, la novia irradiaba una alegría serena. Lo que me admiraba sobre todo, era el hecho de que la gente mirara a mi padre sin sorpresa: nadie parecía darse cuenta de que había rejuvenecido cuarenta años. Llegué a pensar que le confundían conmigo y que me tomaban por el novio; pero era evidente que no, puesto que nos saludaban a ambos al mismo tiempo sin hacer el menor comentario o gesto de extrañeza. Ninguna mirada reflejaba duda o sospecha.

Al acabar la ceremonia, vi fugazmente a Adriana entre los curiosos que esperaban a la puerta de la iglesia la salida del cortejo. Iba vestida de un verde profundo, y de su gracioso sombrero descendía un vellillo del mismo color, orlado de esmeraldas diminutas, que confería a su rostro una suerte de palidez perversa. Me hizo una seña con su mano enguantada y desapareció.

A partir de aquel momento, la situación en la casa se me hizo insoportable, aunque no sabría explicar de un modo preciso el porqué. Decidí marcharme. Pero cuando Blanca intuyó que yo había tomado semejante decisión, su actitud con respecto a mí cambió radicalmente. Comenzó a pasar mucho tiempo conmigo, a distanciarse de mi padre, tal vez a intentar incluso recuperar mi amor, o lo que entre nosotros había jugado en otro tiempo el papel de amor. Fue ella quien me empujó a hacer lo que hice, y de ese modo su persona recuperó la importancia que había tenido en tantos momentos de mi vida. Me convenció de que sólo matando a mi padre lograría encontrar mi lugar en el mundo.

Al principio, la idea me horrorizó, pero acabé dándole la razón. Era inadmisibile que yo fuera un mero espejo de mi padre, era inadmisibile aquella reviviscencia de un anciano cuyo papel en la vida debía limitarse ya a recordar el pasado y a cavarse la tumba. Yo, que era un hombre, seguiría siendo un niño si crecía al unísono con él pero con aquella desventaja que me asfixiaba espiritualmente.

La daga que utilicé no era mía, sino de ella. Era bellísima, muy fina, de hoja cruciforme y empuñadura de oro.

Cuando la hundí en el pecho de mi padre, sentí que un dolor agudísimo traspasaba mi corazón. Mi pecho se llenó de sangre y caí al suelo. No tardé en morir.

LIBRO CUARTO

La Peregrinación Secreta

I

La noche en que ocurrió, había en el aire ese olor a carne tibia que anuncia la primavera y sus hervores sangrientos. Cuando la daga penetró en mi cuerpo sentí, en medio de una convulsión de placer, que una llama me abrasaba y que algo se me desgarraba dentro. No tardé en flotar en un mar de nubes. Las había espesas, calientes, de color malva, y algunas otras más sutiles, frescas, de azul muy claro, que pasaban deprisa, velando las otras sin confundirse con ellas.

Ascendí durante mucho tiempo, y en lo más alto vi una monstruosa puerta de oro, custodiada por querubes de hierro de largas barbas y pezuñas oxidadas. Luego todo se volvió oscuro y caí en un sueño profundísimo, durante el cual no dejé de percibir una especie de zumbido que, según supe después, no era un sonido, sino el eco del dolor de Blanca ante aquel cadáver único al que se habían reducido sus dos hombres.

Cuando desperté, una luz brutal me cegó. Quise llevarme las manos a los ojos, pero ya no tenía manos ni ojos, aunque podía percibir claramente la luz y el espacio que me rodeaban, las otras lápidas, las cruces y las flores, y algo semejante al olfato me hacía sentir un olor intenso a tierra removida. Sobre las lápidas percibí algunas formas casi transparentes, que parecían brotar como una neblina o un humo muy ligero. Ninguna de ellas tenía un color idéntico a las demás: las había doradas y purpúreas como auroras diminutas que, cuando eran atravesadas por un rayo de sol se irisaban maravillosamente. Otras eran azules y suaves como pequeños espíritus del agua. Abundaban sobre todo unas blanquecinas o agrisadas, semejantes al humo. Pensé que tal vez yo era percibido por ellas como ellas por mí, y me pregunté cuál sería mi color. De algunas losas no se desprendía absolutamente nada.

Al caer la tarde, vi descender de una nube de oro a una criatura palidísima, vestida con una flotante túnica negra, que llevaba en la mano derecha unas tijeras de jardinero, se posó en silencio a mi lado y cortó un hilo de plata que salía de mi tumba. En aquel momento, me acometió una embriaguez de libertad, un sentimiento tan profundo de total desasimiento que, de haber tenido boca y pulmones, habría lanzado un alarido salvaje, o tal vez un sollozo o una gran carcajada. La criatura me besó en la frente, inundándome con el olor maravilloso de su cuerpo y envolviéndome en un tintineo cristalino y dorado que emanaba de su presencia. Luego, se perdió en el crepúsculo.

II

Cuando el sol se hubo ocultado, sentí frío, pero gocé de él sin aprensión. Me extendí sobre la lápida, que se enfriaba rápidamente, para sentirlo con más intensidad.

Me hundí entonces en la materia de la piedra, traspasándola, y en la espesa capa de tierra húmeda que había debajo, y atravesé la tapa de madera del ataúd.

Al final de aquella penetración, átomo a átomo, de aquella caída por un masivo túnel de materia, me hallé pegado a un cuerpo frío y rígido. Me asusté y miré lo que había debajo de mí. Vi en la oscuridad un rostro lívido, sembrado de manchas amoratadas, con una herida seca en medio del pecho. Los párpados, amarillos y rodeados de unas densas sombras pardas, estaban entreabiertos y dejaban escapar un líquido repugnante. La boca, descolorida, parecía estar helada en un gesto de violento placer. Aquel rostro atormentado me resultaba familiar, y casi tenía la sensación de estar contemplándome en un espejo deformante. Mi miedo desapareció y, a pesar del asco, sonreí cuando comprendí quién era aquel muerto que se corrompía solitario en el frío y la humedad de su tumba. Una vaga ternura nació en mí al contemplar aquellos despojos, aquel cascarón vacío, aquel muñeco de cabellos de estopa y dedos crispados, cuya podredumbre no impedía que su rostro expresara el éxtasis.

Mi caída continuó hacia un fondo que desconocía, atravesando ahora los tejidos en descomposición del cadáver. Me hundí en una muralla de carne reblandecida y hedionda, nadé en sangre corrompida, pisé charcos viscosos. Pero no había peligro alguno para mi naturaleza etérea, y nada parecía poder manchar la pureza de mi nuevo estado.

Vine a caer en un túnel extraño y oscuro, y de pronto recobré mi figura humana y una cierta consistencia. Mi nuevo cuerpo parecía estar compuesto de materia gaseosa, recubierta por una piel finísima y elástica. Una túnica de tejido suave y color indefinido me cubría desde el cuello a los pies.

III

Me encontraba, como dije, en un túnel oscuro, y sin prisa ni temor me aventuré por él. Al principio no reparé en lo anómalo de aquel espacio, pero pronto me di cuenta de que simultáneamente era estrechísimo e infinitamente ancho; de la redondez de su sección y de su inexplicable angulosidad. Alargué una mano para tocar su pared, que me pareció bastante separada de mí, pero mi codo tropezó inmediatamente con ella, sin darme ocasión a estirar el brazo, lo cual me desorientó y me produjo una angustia sofocante. Pasé la mano por aquella superficie, que era muy blanda y rugosa, y cuando la retiré estaba chorreando sangre. Entonces me di cuenta de que aquel túnel era de carne, de carne viva, desollada y caliente. Oí con claridad unos latidos ensordecedores y sentí bajo mis pies el ritmo de aquella arquitectura monstruosa, que se movía lenta y acompasadamente.

Una densa angustia se apoderó de mí y eché a correr a ciegas, tropezando con enormes coágulos de sangre, apartando jirones de carne cálida y húmeda que rozaban mis mejillas y mi frente. Al cabo de mucho tiempo de correr, tropezar y sentir en la boca y en todo el cuerpo el olor y la tierna viscosidad de aquella carne, ensordecido por el latido que no cesaba y atormentado por sensaciones indescriptibles, me estampé literalmente contra una gran puerta, que se abrió con estrépito por el choque de mi cuerpo contra sus hojas.

Caí rodando al interior de una sala inmensa y blanca, y, como no había recibido daño alguno, me levanté con presteza y permanecí en el umbral, todavía aturdido pero dispuesto a afrontar el nuevo horror que me estuviera destinado.

Aquel aposento era una sala rectangular, intensamente iluminada por unas claraboyas cenitales que arrojaban a su interior una luz fría y clara. Las paredes estaban cubiertas de azulejos blancos, y el suelo era blanco también, de mármol, según me pareció. Había en él una especie de canalillos muy bajos a lo largo de las paredes. Al cabo de unos instantes de yo mirarlos, empezó a correr por ellos agua, al principio limpia y cristalina, pero que no tardó en teñirse de rojo claro, ya que de las paredes de los azulejos inmaculados comenzaron a deslizarse hilillos de sangre que resbalaban hasta ella y la iban coloreando. Luego, de algún sitio, cayó una mano blanca y maravillosa, cercenada muy limpiamente, que fue arrastrada por el agua sucia de sangre con gran suavidad.

La contemplé sintiendo un frío intenso, un horror que no había experimentado en el túnel. No había aquí latidos sospechosos ni rumores ni aquel calor animal: sólo claridad, luz intensa que no producía sombras, blancura y aquella mano que se deslizaba por el agua sangrienta y cuya presencia iba envenenando lentamente la atmósfera y haciendo de la sala algo que traía a la mente la imagen de un matadero.

Busqué una salida, y viendo al fondo una puerta —cuyo color blanco la disimulaba—, corrí hacia ella. La abrí con facilidad y me hallé en un estrecho corredor de techo muy bajo. Sus paredes estaban tapizadas de madera oscura, trabajada en pesados racimos, máscaras, amercillos de gesto feroz, y una fauna ambigua semejante a la de íos capiteles de los claustros. Las formas de aquellas figuras no eran rígidas y angulosas, sino hinchadas, espumeantes de curvas turbadoras. Avancé y, al torcer un ángulo muy agudo del pasillo, vine a dar en otro aún más bajo y estrecho, de cristal azul zafiro, tallado en hileras de puntas de diamantes. A su extremo me detuvo una puerta forrada de terciopelo púrpura, que me hizo dudar entre abrir y enfrentarme a otra leve atrocidad o volver sobre mis pasos. La abrí, porque presentía que mi camino no tenía retorno.

La puerta daba acceso a un gabinete rojo intensamente perfumado. Varios divanes, tapizados de raso y terciopelo malva, creaban una atmósfera voluptuosa y algo melancólica. Adosado a una pared había un aparatoso y riquísimo lecho de ébano y bronce, velado con colgaduras de terciopelo rosado y encaje negro sutil como una brisa. Me aproximé a él y entreabrí sus suaves y pesadas cortinas.

¡Oh, magnificencias de la crueldad! Sobre las sábanas de seda, de un blanco marfileño, bordadas con flores monstruosas y espumeantes de encajes, yacía el más hermoso cuerpo varonil que un dios ebrio de belleza creara jamás. ¿Cómo habría sido su cabeza, si así era el resto? El hecho de estar decapitado realizaba su hermosura, como ocurre con ciertas estatuas antiguas. ¡Qué suaves hombros y qué brazos fuertes y delicados! ¡Cuánta armonía en el esbelto torso, en la elegante curva de las piernas, en los largos tobillos, en los talones curvos! Yacía de bruces, en una postura relajada, sin la menor rigidez, como si hubiera perdido temporalmente la cabeza en medio de un sueño placentero, sin que ello le hubiera supuesto la muerte, sino únicamente una cierta ausencia. Vi brillar en la oscuridad de un rincón una espada, y un nombre resonó en mi cabeza como una explosión: JEHU-DIEL.

Cerca del lecho, sobre una repisa de mármol azulado, había una gran urna de cristal que contenía, sobre un almohadón de damasco escarlata, una pequeña cabeza. Era evidente que no pertenecía al hermoso cuerpo que yacía cerca de ella, pues era de mujer. Por su delicadeza, parecía haber sido cortada a un ángel. Bajo su frente pálida, ligeramente dorada, y las espesas cejas rectas y oscuras, brillaban unos ojos glaucos, semivelados por pesados párpados violáceos. Sus pupilas eran verticales, como las de los gatos. La apretada espesura de sus pestañas parecía excesiva y enfermiza, como una excrecencia. Enmarcaban las pálidas mejillas racimos de rizos espesos y arcaicos, que ponían en el almohadón de seda oscura una suntuosa nota de oro viejo. La nariz era fina y encorvada, y la boca pálida, plegada en una sonrisa en la que no supe discernir la ternura de la malevolencia. Aquel rostro era hermético como un enigma.

Fatigado por mis huidas y sobresaltos, me tendí en el lecho de ébano con el costado pegado al del cuerpo sin cabeza. Puse sobre mi cintura un brazo suyo, y sobre la suya uno mío, y, reclinando la cansada cabeza en su hombro, me fui quedando dormido, embriagado por el olor a jazmín que se desprendía de las sábanas y del de la sangre que ascendía de la enorme herida, tras haber comprobado con disgusto que en mi estado no me era dado gozar de los placeres del amor.

Cuando desperté, todo aquello había desaparecido, y me hallé al aire libre. Después de caminar largo rato al azar, fui a parar a la entrada de una gruta flanqueada por dos querubes de hierro cuya altura era el doble de la de un hombre. Sus tiaras estaban tachonadas de clavos de oro, y de oro eran también los rígidos bucles de sus cabelleras y sus barbas, así como sus cuernos dobles. Miraban fijamente ante sí con ojos fieros y rascaban el suelo con las pezuñas, levantando nubes de polvo. El rumor y el viento que producían sus alas me hicieron retroceder unos pasos, pero enseguida proseguí mi avance y penetré en la gruta sin que aquellos monstruos me molestaran.

Junto al fuego que ardía en su interior estaba sentada la negra Madre, de cuerpo poderoso y grasiento y cara de búfalo. Me hicieron beber de su doble hilera de pechos una leche espesa como pus. La acompañaban dos arcángeles azules de maravillosa hermosura, mudos y rumorosos, que me besaron en la boca. El beso de sus fauces sin lengua me supo a higos maduros.

IV

La segunda meta de mi peregrinación estaba situada en las alturas. Recuerdo haber subido por una escalera muy empinada, que al principio me aterró porque me pareció infinita. Sus escalones de zafiro brillaban de tal modo que, vista desde abajo, toda ella semejaba una gigantesca cascada que se me venía encima sin ruido. Subí penosamente al comienzo, temiendo a cada paso caer al abismo de campos y mares que se abría a mis pies. Cuando me habitué, mi malestar se disipó.

Ascendí durante siete días y siete noches. No necesitaba alimentarme pero sí descansar, de modo que al caer la tarde me acurrucaba en uno de los peldaños y mis sentidos se suspendían durante algunas horas.

Dejé atrás el sol y la luna, y penetré en una región rosada y diáfana, en la que reinaba un profundo silencio, denso como el aceite. Luego la luz fue aclarándose y enfriándose hasta volverse tan blanca que parecía irisada de azul.

Al amanecer del octavo día llegué al final de la escalera. Ante mis ojos deslumbrados se extendía una descomunal llanura de mármol blanco, liso y pulido como el suelo de una terraza, del que emergían gigantescas columnas blancas. Su base era mucho más alta que yo. No sorportaban techumbre alguna y horadaban sin sentido el cielo infinito, blanco y silencioso. Entre dos de ellas vi suspendida en el aire la figura de una mujer altísima, vestida con una túnica blanca y un manto azul celeste, cuyo cabello, ceñido a la frente por una diadema de doce estrellas, era agitado por un viento eterno. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho y el rostro amoratado. Su aspecto majestuoso me impresionó, pero al acercarme vi que estaba muerta, ahorcada, suspendida del infinito por una cuerda de hilos de oro. Llenaba el ámbito de un hedor tal a carroña que me hizo alejarme rápidamente de allí, temblando de asco.

Ignoro cuántos días estuve vagando por el resplandeciente desierto blanco. Me sentía devorado por una especie de fiebre, y mis pensamientos comenzaban a volar hacia los infinitos puntos de fuga de aquel espacio de locura.

Acabé por no pensar en nada, y continué mi incierto camino, desorientado y medio ciego. Al cabo de mucho tiempo, llegué a un punto en el que la regularidad del suelo se interrumpía bruscamente. Grandes bloques de mármol yacían, resquebrajados, emergiendo como puntas de icebergs en medio de una confusión alucinante. Parecía que todo aquel espacio había reventado desde dentro, vomitando bloques rotos, enormes piedras blancas, gigantescos grumos de eternidad mineralizada.

Levanté la vista y percibí el tranquilo y lento vuelo de un ángei maravilloso, casi transparente. De pronto, aquella criatura delicadísima pareció perder pie y cayó sobre el montón de ruinas, lanzando un alarido que me erizó

el cabello. Se desplazó contra las agudas aristas de los bloques, que quedaron teñidos de una sangre rosada, más fluida que el agua más pura. Después cayó otro, y otro. Uno de ellos no murió instantáneamente; le vi retorcerse a pocos pasos de mí, reventado, con las alas convertidas en harapos deslumbrantes. Varias veces intentó incorporarse, haciendo esfuerzos desesperados, y sus terribles dolores le hacían mover de un lado a otro la cabeza medio aplastada. Sus estertores me llenaron de desesperación, pues no sabía cómo ayudarle. Ya que no podía salvarle de ningún modo, puse fin a sus sufrimientos aplastándole con una piedra el cráneo, que crujió como una nuez cascada y se abrió, mostrando su maravilloso interior, la delicadísima estructura del cerebro angélico. La muerte puso en sus ojos adorables un velo de placidez, y yo, aunque horrorizado, sentí que había realizado una acción piadosa.

Durante largo rato permanecí arrodillado junto al precioso cadáver, preguntándome la razón de aquellas muertes absurdas de criaturas inmortales. La respuesta floreció en mi mente de un modo oscuro e instantáneo, como si una instancia superior me la sugiriera. Bruscamente, comprendí que me hallaba ante una brecha de la eternidad, un desgarrón espantoso que, de un modo incomprensible para mí, ponía en contacto dos universos paralelos y de distinta naturaleza. Hasta entonces, yo había distinguido el día de la noche; es decir, me encontraba en una región temporal, aunque infinita. Los ángeles habitaban en la superior, que no estaba regida por el tiempo, por lo cual eran inmortales. Pero, si tropezaban con aquel boquete que nadie se había ocupado de cerrar, caían dentro del tiempo y se destruían sin remedio. Me asaltó la duda de si también Dios reventaría en caso de pisar aquella especie de trampa.

La muerte de los ángeles se metió en mis sueños, y esa noche dormí mal. Cuando desperté, una luz vivísima me golpeó en los ojos brutalmente. Durante el sueño había sido transportado a la eternidad. Ante mí se extendía el palacio de Dios, enorme mole de granito gris cuyas descomunales puertas de plomo se abrieron para franquearme el paso. Recorrí en total soledad y libertad decenas de estancias vacías y me entretuve en algunas, mirando por las ventanas las extensísimas terrazas, algunas espantosamente sucias, cubiertas de excrementos de ave y con algunos grandes pájaros muertos pudriéndose bajo el cielo turbio.

En las paredes de las salas había gigantescos frescos que narraban la Creación del mundo, la Caída de Lucifer, la Expulsión del Paraíso: restos de una cosmogonía vieja y olvidada. Por algunos se extendían grandes manchas de humedad y redes de grietas que encerraban a las figuras en una especie de telarañas, y todas las pinturas estaban descoloridas y daban la impresión de un abandono y una desidia infinitos.

Llegué ante una puerta cuyas dimensiones me aterraron, que se abrió ante mí silenciosa y solemnemente. Tuve que llevarme las manos a los ojos para que el resplandor de la sala a la que daba acceso no me cegara. Allí estaban los nueve coros angélicos, y en medio de ellos el Altísimo, recostado en un trono de oro que soportaban unos gigantescos querubines de patas poderosas y alas de

hierro. De las nances de estos monstruos brotaban chorros de vapor, y sus pezuñas rascaban nerviosamente el suelo.

En torno a Dios resplandecían los Serafines, rojos y ardientes. Tendido al pie del trono, ofreciendo su cuerpo como escabel al Altísimo, yacía Miguel, en actitud orgullosa, apoyando' un codo en el pavimento de zafiro y empuñando la lanza con la otra mano. Su rostro delicado y feroz estaba lívido como el de un cadáver.

Me pareció que todos estaban enfermos: que los Serafines ardían de fiebre más que de amor; que una impotencia espantosa lastraba los cuerpos aparentemente poderosos de los Querubines; que el pálido Miguel estaba devorado por el excesivo celo y por la frialdad de corazón. Incluso Dios, a pesar de su tremenda belleza, daba la impresión de gran cansancio y angustia, como si una pena secreta minara lo más profundo de su ser.

Temí la posibilidad de que mi alma estuviera condenada a habitar aquel lugar ruinoso, en el que reinaban una desolación y una vacuidad espantosa. Pero no fue así. Apenas hube traspuesto el umbral de la estancia, dos Potestades armadas salieron a mi encuentro y me expulsaron de ella con infinita delicadeza.

V

Luego visité Satania, reino caótico y salvaje, regido por dos leyes férreas: la libertad total y la bestialidad pura.

Recuerdo haber recorrido esta zona con los sentidos exasperados, agotado y enardecido a la vez por un clima rudísimo. Cuando llegué, hacía calor; el suelo gemía y se agrietaba a causa de la terrible sequedad del aire y de la fuerza de un sol implacable. Derribados por el aliento abrasador del cielo inflamado, vi yacer en el polvo amarillo de sus llanuras a sus bestiales habitantes.

Me resulta difícil describir a los Santanitas, ya que su naturaleza y su aspecto eran tan híbridos que ni un solo miembro de su cuerpo pertenecía a la misma especie animal que otro. Sin embargo, el conjunto resultaba coherente, y prevalecía en su apariencia general un cierto aire faunescos no carente de armonía. No eran monstruosos, pero de sus cuerpos emanaba una animalidad violenta y espesa, mayor que la de cualquier bestia de nuestro mundo. Vivían en cuevas, en total promiscuidad, entregados a un desenfreno absoluto, no regulado siquiera por el instinto: se mataban a cabezazos unos a otros, se amaban apasionadamente, devoraban a sus hijos o les abrumaban con caricias depravadas. A veces comían hasta hartarse y luego permanecían tumbados sin moverse durante varios días, hasta que el hambre les impulsaba a buscar comida de nuevo; o bien, rodeados de alimentos, se dejaban languidecer de hambre, vencidos por una pereza irresistible.

En el centro de aquella región, en un cubil infecto, moraba su Amo, Satán, que me pareció la cristalización absoluta de toda la animalidad del Universo. Era una bestia oscura y peluda, hermosa en su hirsutez, una especie de gran cabrón envuelto en una nube de moscas negras, que al principio me parecieron sus espíritus guardianes, su corte; pero que no tardé en saber que formaban una unidad con él mismo. El zumbido de aquellas moscas formidables y el poderoso olor de la bestia constituían la ebullición de la Vida misma, el reverso de la Muerte.

Contemplé a la bestia largamente, y la adoré. Las corrientes que fluían de su naturaleza colosal penetraron hasta las zonas más recónditas de la mía, inundándome de fuerza. Comprendí entonces de un modo inmediato las cadenas simbólicas que unen al toro con la sangre, al cuerpo con el vello y la pezuña, al falo con el hocico y con el rayo, al cieno con el huracán: los enlaces entre todo lo que gira y aúlla en el Universo, de todo lo penetrante y vital.

VI

Liüthia era región de selvas y abundante agua, de clima cálido y húmedo. Sus habitantes, hembras esbeltas y feroces, eran más humanas que los Satanitas, pues su figura nada tenía de bestial. Había en ellas, por el contrario, una especie de hipertrofia de las características humanas, un refinamiento en sus miembros, una cierta gracia espiritual. Eran de tez oscura, casi negra, y su piel suavísima y tersa brillaba con apagados reflejos de seda. Tenían ojos grandes y almendrados, con párpados muy anchos y sin pestañas. En medio de sus escleróticas ligeramente amarillentas, ardían unos iris negros y relucientes como cuentas de cristal. Como todos los ojos intensamente negros, los suyos parecían rezumar dulzura, pero al mismo tiempo se adivinaba en ellos una malevolencia agazapada.

Los labios se extendían, sólidos y compactos, siguiendo un dibujo de preciosa curvatura, y su color era ligeramente más oscuro que el del resto de la piel, pero teñido de una púrpura que sugería una sensualidad poderosa, y también cierto relajamiento de la vitalidad, una especie de sutil decadencia.

Las perfectas cabezas, un tanto alargadas, se alzaban sobre cuellos gráciles. Los hombros eran anchos y los pechos duros y llenos, rematados por pezones poco salientes, ligeramente amoratados. La línea de las caderas era muy ondulante en las adultas, pero anormalmente sobria en las jóvenes, que parecían muchachos. Tenían los muslos largos, las piernas bien torneadas, los tobillos delgados y los pies grandes. Era un placer verlas caminar con su paso de cazadoras, elástico y amplio, un poco lánguido, enriquecido por un leve contoneo de caderas.

Aquellas criaturas no tenían machos como compañeros. Vivían en grandes chozas comunales, en tensa convivencia. Poseían extensas plantaciones que requerían pocos cuidados, y empleaban su abundante ocio en la caza y en hacer breves pero terribles incursiones en Satania, pues la carne de los Satanitas les agradaba sobremanera.

En chozas más pequeñas que las suyas, criaban algunos machos, hijos de Lílith, que era su reina. Les prodigaban toda clase de cuidados y agasajos, y se peleaban por servirles y hacer grata su corta existencia de bestias de sacrificio., Tuve ocasión de ver un par de esos magníficos machos, que permanecían todo el día sentados a la puerta de sus chozas, atados a una estaca por los tobillos. No se movían ni hablaban. Tan pronto parecían estar idiotizados como meditar profundamente sobre la suerte que les aguardaba. No se quejaban ni se rebelaban, porque su destino era perfecto y entraba dentro de las leyes que regían su mundo. Lílith les había parido para una existencia corta y para un final ritual, ante el que ellos se mostraban resignados y dulces.

Un día vi a las Lilitas cosechando maíz. Cortaban las cañas, que les

servía para techar sus chozas, con movimientos rítmicos y sin dar señales de cansancio, pese al calor que hacía y a la rapidez con que trabajaban. Al atardecer, cuando una de ellas hubo segado el último haz de cañas, todas comenzaron a aullar, de cara a la luna sangrienta que se elevaba en el cielo verde. Flotaba sobre los campos una niebla de fiebre, había en la tierra y en el aire un cierto estremecimiento, como un escalofrío de presagio.

Vi que traían a rastras a uno de los machos, que fingía resistirse porque así estaba establecido. Le hicieron arrodillarse a empujones sobre la última gavilla, y la más madura de las hembras comenzó a degollarle. Fue una operación laboriosa, porque aunque la mujer era fuerte, el elástico cuello del muchacho se resistía. Resultó especialmente fatigoso cortar las vértebras cervicales. Los golpes de la hoz de obsidiana menudeaban, y una lluvia de sangre nos mojaba a cuantos estábamos en derredor. La mujer sudaba y jadeaba. A cada golpe, el cuerpo de la víctima se convulsionaba, y de su boca abierta salían espumas y estertores. La hoz ensangrentada brilló una y otra vez, doblemente roja contra el poniente, y fue cortando el hueso poco a poco. Finalmente, la cabeza quedó sujeta al tronco solamente por la piel del lado opuesto al de la herida; es decir, hacia atrás, mirando al cielo con ojos espantados, ya que la hoz había comenzado su trabajo por la nuez. La mujer la tomó por el cabello y de un solo tajo acabó por separarla del cuerpo, que se derrumbó sobre un cenagoso charco de sangre. Entonces suspiré de alivio, porque aquella difícil agonía comenzaba a resultarme insoportable.

Dos expertas en los ritos avanzaron, reemplazaron a la sacrificadora y comenzaron a desollar el cuerpo todavía caliente. Trabajaban con habilidad y rapidez, en medio de un profundo silencio. Cuando la piel —un guiñapo chorreante y tibio— hubo sido separada, se revistió con ella a la muchacha más joven. El vientre del demonio muerto fue abierto y sus intestinos arrancados y lavados, para que sirvieran de cinturón a la joven que, ataviada de esta guisa, desapareció, de la mano de una mujer madura, por entre la maleza.

Las demás terminaron de despedazar al varón, reduciendo su cuerpo a un montón de pequeños fragmentos de carne y vísceras. Cada mujer tomó uno de los pedazos y todas salieron corriendo en distintas direcciones, para diseminarlos por los campos.

Aquella noche hubo un gran festín, al que acudió Lilith, el húmedo demonio de las noches, la primera compañera de Adán, a la que otros llaman Esfinge. Era oscura y alta, muy corpulenta y hermosa. Su cuerpo, untado de aceite, relucía a la luz de las antorchas. Su piel satinada tenía un oriente de perla negra. Presidió el festín recostada sobre la piel sangrienta de su hijo, habido de sí misma, pues era hermafrodita y no necesitaba del concurso del varón para engendrar.

Nos hartamos de carne dulce: entre todos dimos cuenta de los pedazos del joven macho muerto por la tarde, recuperados tras de su diseminación. Como invitado de honor, me agasajaron con sus sesos, que eran tiernos y buenos como

los de cordero, y que comí sin repugnancia. Lilith devoró los genitales de su hijo, como era —según dijeron— habitual.

Cuando hubimos comido, Lilith se levantó para hacer una libación en honor de la Luna, que se cubrió al punto de una espesa niebla roja. Entonces llovió sangre oscura que olía a mujer, y una gran templanza descendió del cielo, una tibieza fecunda y cenagosa, preñada de vida. La noche se ahondó, y resonó como el gemido de un parto monstruoso.

VII

Los Belialitas vivían en una enorme ciudad dorada. Palacios y templos erguían sus cúpulas y agujas hacia un cielo de color perla, perpetuamente nublado, aunque claro y brillante, porque los rayos de su sol lograban filtrarse a través de las nubes —algodonosas, pero muy sutiles—, inundando las calles y haciendo refulgir los tejados rojos, las cúpulas y los mármoles pulidos de las fachadas de los edificios. Casi todas las calles eran anchas y se articulaban armoniosamente, con la regularidad de un tablero de ajedrez, pero las había también estrechas, con tapias sobre las que espumeaba una maravillosa eclosión de árboles y plantas floridas. Había plazas colosales, auténticas llanuras de piedra perfectamente labrada, algunas suspendidas en terrazas sobre taludes y barrancos que se abrían a panoramas infinitos, perdidos en una niebla de oro. Otras, diminutas y recoletas, albergaban en su centro, como un corazón rumoroso, una fuente de latido cristalino.

Los Belialitas eran frágiles y hermosos, tanto los varones como las hembras. Sus miembros se articulaban con igual armonía que las calles de su ciudad. Exhibían una palidez suntuosa, y eran muy dados al lujo y al ocio, adoradores de toda belleza y aficionados a cortesías y protocolos inacabables, que a mí —tosco mortal— me exasperaban.

Solían vestir pesados trajes de terciopelo y brocado, bordados con perlas y piedras preciosas, cuyo abrumador recargamiento hacía resaltar la pureza de rasgos de sus rostros y la exquisita fragilidad de sus manos casi transparentes, que, al posarse con estudiado ademán sobre los ropajes de tonos oscuros y ardientes, parecían joyas caprichosas o flores un poco marchitas.

Las mujeres recogían sus pesadas cabelleras sedosas, cuyos colores eran una sublimación entre los más bellos de entre los nuestros —rubios nacarados, cobrizos de llama, negros abrasados—, con sartas de ajófar, hilillos de oro o agujas rematadas por enormes piedras preciosas de tonos fríos, que, lejos de apagar los ardientes de los bucles y trenzas, les conferían una calidad profunda y aterciopelada.

Aquellos seres presumidos y encantadores vivían despreocupados, acariciando raros animales semejantes a gatos, bañándose en termas gigantescas de pórfido, cuyas aguas tibias, enturbiadas por perfumes, debilitaban su vitalidad; o disfrutando ociosamente de la eterna primavera brumosa y clara en las terrazas de mármol.

Sólo turbaba aquel bienestar paradisiaco —que a mí me parecía un cómodo deslizamiento hacia la aniquilación— una circunstancia que, si bien no era frecuente, teñía de vaga inquietud el goce de los más dulces placeres. Era ello un terrible hedor a excremento, que a veces se desencadenaba sin motivo aparente sobre la ciudad, sumiéndola en una atmósfera de pesadilla. Parecía

como si un enorme animal invisible se cerniera sobre ella, dejando caer sus deyecciones sobre los lugares más hermosos. El olor era ciertamente molesto, pero lo que le confería aquella cualidad de espanto era la amenaza latente de lo que parecía ser portador: una amenaza que nunca llegaba a concretarse.

En los días de *tormenta* —delicado eufemismo belialita para denominar el fenómeno—, la población entera era presa de un pánico irrefrenable y de un nerviosismo que rayaba en la histeria. Todos palidecían —si cabe hablar de palidez en aquellos rostros naturalmente níveos—, y se sumían en una postración enfermiza que les retenía en sus lechos, con las ventanas cerradas y un sinfín de frasquitos y pomos de perfume al alcance de la mano, así como braseros de incienso y otros paliativos —que en manera alguna lograban neutralizar la pestilencia. Las calles desiertas eran recorridas sin obstáculos por ráfagas y vaharadas de aquel hedor demoníaco insoportable para los mismos diablos.

Belial, su rey, vivía al aire libre en una plaza de mármol, en un gran lecho de ébano espumeante de sedas y encajes. Toda su vida transcurría a la vista de sus súbditos, y su hogar era toda la ciudad, en cuyo centro se alzaba precisamente el lecho. Nunca lo abandonaba, ya que la fragilidad de su cuerpo le impedía permanecer de pie. Su belleza exquisita requería tantos cuidados como una grave enfermedad, y siempre se le veía rodeado de maquilladores, peluqueros, joyeros y perfumistas. Esta belleza era como una planta parásita que absorbía todas sus energías y crecía, pálida y enorme, envenenando la atmósfera de su ámbito y contaminando a toda la población.

Belial, a causa de esta oscura dolencia —incomprensible para mí—, era impotente para el amor. A pesar de ello, tenía esposa. Era ésta una belleza helada, pero preciosa sobre toda ponderación. Sus ojos verdes, clarísimos, tenían la mirada perdida y cortante, pero nunca animada por un calor interno. En su rostro parecían haber cristalizado las esencias de las más níveas palideces, y resaltaba con deslumbrante blancura sobre el tocado de terciopelo oscuro que lo enmarcaba desde la raíz del cabello hasta la barbilla. Esta dama fragilísima y cristalina, vestía invariablemente de terciopelo negro bordado de amatistas. Su vocabulario era el más inmundo y soez que yo había escuchado hasta entonces. Cuando sobrevenía la fétida *tormenta* le acometía un gran temblor y juraba suicidarse, pero nunca lo hacía —no podía hacerlo, en su calidad de demonio.

VIII

Lucíferia era un gran castillo rectangular, ocupado en sus tres cuartas partes por una biblioteca inmensa, que contenía todos los libros escritos en el Universo, los que han sido pensados y no han llegado a escribirse, y los que hubieran sido ideados o escritos por los escritores muertos. Y no sólo se hallaban almacenados allí los libros de los hombres de la Tierra — encuadernados en suave piel humana—, sino los de los habitantes de todo el mundo. Miríadas de millones de volúmenes se apilaban en atestadas estanterías, situadas en galerías y pasillos infinitos y estrechísimos, que apenas permitían el paso de un hombre y que formaban laberintos de calles. Las intersecciones de algunas de éstas estaban ocupadas por enjambres de laboriosos Luciferitas asexuados que se afanaban interminablemente en estudiar, investigar y recopilar catálogos e inventarios de las diversas secciones, y en elaborar unos ficheros que ocupaban el resto del edificio. Amontonábanse sobre sus mesas enormes pilas de libros y legajos, escrutados afanosamente por aquella columna de trabajadores inteligentes e infatigables, en cuyas frentes amplísimas se leía una fiebre monstruosa, un ansia insaciable de ordenar los conocimientos.

El gabinete de Lucifer, director de aquel complejo infinito, era pequeño y acogedor, de paredes tapizadas de seda ocre. Constituían todo su mobiliario una mesa renacentista de madera negra sostenida por Esfinges, un sillón de terciopelo rojo un tanto desvaído, y un gran armario oscuro. La luz provenía de un ventanal gótico de cristales ambarinos y polvorientos, cuya transparencia ligeramente deformante producía la sensación de que eran de materia fluida y acuosa, tal vez de miel. A su través se divisaba un paisaje imposible de cúpulas y viejos tejados.

Sobre la mesa había un libro de cantos dorados, que El hojeaba, deteniéndose a veces en alguna página y sumergiéndose en su lectura durante largo rato, tras de lo cual dejaba vagar una mirada perdida por la estancia y a través la ventana, y suspiraba dolorosamente.

Lucifer me pareció bello, con una peculiaridad notable: toda su tremenda belleza de criatura sobrehumana se concentraba en su rostro y en sus manos; el resto era enjuto, canijo, crispado y ligeramente repulsivo. El y su libro formaban una pareja inseparable y no se podía concebir uno sin el otro. Incluso se asemejaban físicamente, pues el rostro del demonio parecía haber absorbido la palidez de las páginas, y su traje haber pedido prestadas su negrura a sus cubiertas.

El libro contenía arcanos inconcebibles para el espíritu del hombre. Su lectura podía matar en un instante al mismo Dios, y consumía lentamente la vitalidad sobrenatural de Lucifer, a pesar de que este bibliotecario universal

está dotado especialmente para su lectura. No puedo decir quién es su autor, pues ni yo, ni Lucifer, ni nadie lo conoce, y mi mente flaquea cuando me lo pregunto. La contemplación del hermoso demonio inclinado sobre aquel volumen que le robaba la vida, me produjo una suerte de desesperación, una terrible sensación de impotencia universal. Vi arder en sus ojos la misma enferma furia impotente que en los de Miguel, su hermano gemelo y su antagonista. Ambos se esfuerzan por salvar algo, pero saben que nada se salvará, y languidecen de horror. Ambos asisten a un crepúsculo sin fin.

IX

A lo largo de mi peregrinación, mis meditaciones sobre lo que iba viendo se ensombrecían cada vez más. Descubría demasiadas brechas, demasiados enigmas, una especie de corrupción por doquier. Boquetes en el cielo, por los que se despeñan los ángeles; enfermedades oscuras en dioses y demonios, libros devoradores... Pensaba: «Una especie de pústula crece en medio del Universo, una invasión de podredumbre ante la cual el Caos es impotente, en la cual se estrella la misma Nada». Supe que hay suspendida una amenaza a cuyo lado el Apocalipsis y el Fin del Mundo son juegos de niños. Hay, además, una destrucción en la que la destrucción se destruye a sí misma indefinidamente, y cuyos instantes son los mundos.

Pero todo aquello era una verdad a medias, tal vez un malentendido. Lo comprendí cuando me hallé en presencia de Abraxas: en él acabó mi oscuro viaje por unas regiones diminutas y casi desconocidas del más allá.

Abraxas es el núcleo de todas las corrientes que circulan por el Universo; es la actividad perpetua, la puerta de entrada y de salida del Ser. Se me presentó como un turbio torrente de estrellas, como un inmenso dolor y una inmensa erección. Impalpable y masivo. El es el pavoroso instante en que ja luz increada y la tiniebla viva copulan, produciendo un rayo viril que crea todo lo duro y fuerte del Universo.

Su energía inmensa transforma el barro en mármol, el mármol en diamante, el diamante en luz y la luz en espíritu.

El comprendió mi terror y mi repugnancia ante el infinito, ante el hercúleo y estéril esfuerzo de dioses y demonios, y tuvo misericordia de mí —pobre ser, cuya vida nada significa y cuyo retorno al mundo no cambió un ápice de la armonía universal. Tomó el acuerdo de restituirme a mí ser primero y devolverme al necio pero cálido rincón que ha sido destinado a los mortales.

Y así fue como, traspasando la barrera de la Muerte, regresé a este grano de polvo que flota en la eternidad. Resucité y salí de mi tumba, como Lázaro, como Adriana, como tantos muertos deben hacer sin que los vivos lo sospechen o lo divulguen; todos los que, como yo, no pueden soportar el cielo, devorado por una decadencia infinita; ni Satania, lugar excesivo para nuestra fragilidad; ni la sofocante Lilithia; ni el país de Belial, refinado y quebradizo como un sueño; ni la existencia funcional de los demonios estudiosos de Luciferia. Todo eso nos atrae, pero nos excede. No hay sitio para nosotros en ninguno de esos reinos.

Tened compasión de nosotros, los rechazados por la Muerte.

EPÍLOGO

Mi regreso al mundo de los vivos fue tan espantoso como mi primer tránsito, pero cuando mi espíritu volvió a impregnar mi cuerpo y recobré la vida dentro del ataúd, me esperaba una grata sorpresa. La tapa estaba abierta y sobre ella brillaba, en las tinieblas, la sonrisa de Adriana. Me ayudó a salir de allí y me abrazó estrechamente. Luego dijo que no me molestara en contarle mis aventuras, porque también ella, en su momento, había hecho un viaje similar.

Durante mi ausencia, muchas aguas habían vuelto a sus cauces, engañando a todo el mundo menos a mi. Engracia se recuperaba de sus achaques y esperaba anhelante mi regreso, porque los preparativos de nuestra propia boda estaban ya muy adelantados. Nos casamos en primavera y nos instalamos en la ciudad, donde encontré un empleo mejor que el que desempeñaba en mi lugarejo. Mi padre murió al cabo de un par de años.

Durante mucho tiempo, veía a Adriana en los lugares y momentos más inesperados, pero a partir del nacimiento de mi hija, a la que puse su nombre, desapareció.

Ahora estoy cargado de años y pesares. Engracia ha muerto y sólo tengo el consuelo de mi hija, que es una hermosísima joven de cabellos rojos y ojos como el azabache. Un atolondrado bachiller quiere robármela, pero no lo permitiré. Mi Adriana. Mí tesoro. Mientras escribo estas páginas, oigo los sollozos que salen de su cuarto, donde la tengo encerrada desde hace un par de semanas. La llave está sobre mi mesa.

No sé de qué se queja. Sabe que la adoro. Dejo ante su puerta una bandeja con alimentos exquisitos tres veces al día, y flores recién cortadas del jardín, las más hermosas y fragantes, y los libros que sé que le gustan. Pero... solloza continuamente; creo que sufre. Algunas veces grita muy fuerte y luego se calla de repente, y entonces tengo miedo, porque me siento acechado por algo que se oculta en un rincón oscuro de la biblioteca. Necesito oírla para estar tranquilo y poder escribir en paz. Preferiría risas y palabras cariñosas, como antes, pero me conformo. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Mí mayor temor es que muera, aunque no creo que ocurra tal cosa de momento, porque es joven y fuerte. Pero, tarde o temprano, morirá, y entonces... ¿Qué será de mí entonces? Si yo fuera un mortal, moriría con ella, y le enseñaría el camino, pero no ¡yo soy! la muerte no me acogerá de nuevo, habiéndome rechazado una vez.

Ya sé. Cuando mi Adrianita muera, saldré en busca de la auténtica, de la primera Adriana. Tarde o temprano la encontraré, porque el mundo no es infinito y nosotros dos somos inmortales.

Nos hemos amado tanto.